

EDURNE CADELO

*Ojalá
mi luna
dibuje
tus mareas*



@lacadelo

*Ojalá
mi luna
dibuje
tus mareas*

Edurne Cadelo

Ojalá mi luna dibuje tus mareas

Junio de 2023

© de la obra Edurne Cadelo

www.lacadelo.com

edurnecadelo@gmail.com

Instagram: [@lacadelo](https://www.instagram.com/lacadelo)

Facebook: [Edurne Lacadelo](https://www.facebook.com/Edurne.Lacadelo)

Corrección: Paulo G. Conde | www.paulogconde.com

Ilustraciones y diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:

Nerea Pérez Expósito | www.imagina-designs.com

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Para Darío, por una vida llena de veranos.

«Septiembre puede esperar por nosotros una vez más».

El Último Incendio

Leiva

1

Adiós, clases. Hola, vacaciones

Gael

Positivo.

El balance de mi primer año en la universidad ha sido bastante positivo. Para las escasas horas que he invertido en estudiar y lo poco que me motiva la carrera, haber dejado solo Estadística es un triunfo.

Cuando terminé Bachillerato el año pasado, no tenía ni idea de lo que quería estudiar. Así que dejé que pasara el tiempo y, el último día, antes de que venciera el plazo, rellené la solicitud poniendo Económicas como primera opción. Conseguí plaza, me matriculé, y aquí estoy. Supongo que terminé eligiendo esta carrera por dos razones. La primera, que siempre se me han dado bien los números. Y la segunda, que Bruno, mi mejor amigo, iba a estudiar lo mismo. Pensé que sería más ameno pasar por esta nueva etapa acompañado. Aunque el campus de la universidad es pequeño, como nuestra ciudad, por lo que, si hubiera estudiado en otra facultad, nos habríamos seguido viendo la mayoría de los días.

—¿Vas a presentarte a la extraordinaria? —me pregunta Bruno cuando enfilamos el pasillo para salir del edificio; solo hemos venido a ver esta última nota.

—Creo que voy a pasar. Estoy deseando dejar de pisar este sitio hasta dentro de unos meses. Además, el examen será en unos días y no me apetece encerrarme a estudiar ahora. Estoy oficialmente en modo vacaciones.

—Bueno, solo es una, ya la aprobarás.

—Claro. Ya sabes que no me quita el sueño.

Lo único que me importa ahora es quemar todas las horas del verano como si no fuera a llegar septiembre. Playa. Fiestas. Chicas. Lo que surja.

Mi amigo me acompaña hasta mi moto. En realidad, no es mía, es de Axel, la pareja de mi madre, pero desde que me saqué el permiso la uso más que él.

—Gael... —No necesito girarme para saber que es Silvia.

—Hola —la saludamos Bruno y yo.

—Hola, chicos. Gael. ¿Tienes un minuto?

—Dime. —Puede hablar delante de mi amigo, no tenemos secretos.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —Directa.

—Todavía no lo sé.

—Vale, es que... —Hace una pausa, como si se lo estuviera pensando. Bruno y yo nos quedamos esperando a que continúe. A ver, es raro que estando los tres solo se dirija a mí—. Hemos quedado todos en casa de Mía para celebrar el fin de curso y...

—¿Quiénes son todos? —Bruno se mete en la conversación, sin invitación. En cuanto ha escuchado el nombre de su ex, no ha podido reprimirse—. Porque a mí nadie me ha dicho nada. —Me mira a mí, extrañado, como si yo tuviera más información.

—¿Qué? —Me encojo de hombros—. Yo no sabía nada.

—La fiesta la ha organizado Mía —le informa Silvia—. Y vamos a ir Leah, Asier, Neco, mi hermana y yo. Si no te lo ha dicho ella, igual es que...

—Perfecto —la interrumpe—. Gael y yo también vamos.

—Gracias por incluirme en tu plan sin preguntarme —me mosqueo.

Bruno lleva un mes un poco insoportable. Sé que está atravesando un mal momento desde que Mía le dejó, y trato de comprenderlo, pero es que en cuanto oye su nombre, se cortocircuita. Ella le ha dejado muy claro que no piensa cambiar de decisión, por mucho que él insista. Y, no sé, si no le ha dicho nada de la fiesta igual es porque era el último tío al que pensaba invitar, que para eso es su casa.

Silvia se sorprende de mi respuesta tan cortante. A ver, no es que tuviera otros planes más interesantes, no obstante, no me gusta que me organicen la vida. Ella me mira, esperando que añada algo más. No sé qué, la verdad.

Durante este curso nos hemos estado enrollando, nada serio, ni exclusivo, al menos por mi parte, no sé por la de ella. Solo sexo. Pensé que nos iba bien así, sin embargo, hace algunas semanas, ella me insinuó que podríamos ser algo más. Vamos, que se puso algo pesada con el tema de tener una relación menos casual. Yo, en ese instante, decidí dejar de quedar con ella a solas. Fui sincero, como siempre, y le expliqué que no quiero tener una relación ni con ella ni con nadie. Y menos ahora, con todo el verano por delante, cuando solo me apetece estar a mi bola, divertirme y conocer a gente nueva. Lo que me molesta es que nunca le mentí sobre lo que éramos y, de verdad, pensé que ella también lo tenía claro. Obviamente me equivoqué. Porque, tal y como me observa ahora, tan pegada a mí, parece que quiera comerme la oreja para volver a intentarlo.

—Venga, que no tenías otro plan —suelta Bruno y me mira como un perrito abandonado.

—Bruno, igual Mía no quiere que vayas —argumenta Silvia con tiento. Lo mismo que estaba pensando yo.

—¿Por qué no va a querer? —La cara de mi amigo ahora es un poema, y me repatea verlo así.

Conocí a Bruno cuando teníamos once años y empezamos a jugar juntos en el mismo equipo de fútbol. Nos caímos bien desde el minuto uno, a pesar de que somos muy diferentes. No sé por qué, pero congeniamos enseguida y nos hicimos inseparables. Antes de cumplir los trece ya empezó a salir con Mía. Ellos iban juntos a clase. Se enamoraron como locos, o eso dice él. Así que, sí, he vivido esa etapa con él. Entiendo que ahora esté jodido con su ruptura, pero no soporto que mendigue su atención.

—Mira. —Señalo con la cabeza a un grupo de tías que acaban de salir de la facultad y se han quedado en la puerta—. Ahí está. Pregúntaselo y resuelve el misterio.

Mía estudia doble grado de Derecho y ADE, como mi mejor amiga, Leah. Y da la casualidad de que su carrera y la nuestra comparten edificio. Bruno se aleja sin decir adiós y yo arranco la moto. Me pongo el casco mientras observo la escena. Su ex gesticula con las manos y él le toca la mejilla. Que no lloren, por favor. Porque vaya par de intensos.

—¿Me acercas a casa? —me pregunta Silvia—. Eso va para largo.

—Lo siento, solo tengo un casco. —La excusa perfecta.

—Cogeré el bus, entonces. Mándame un wasap, si vais, para comprar más bebida.

—OK.

Silvia se ajusta el bolso al hombro y se marcha. Cuando voy a quitar la pata de cabra de la moto, regresa mi amigo.

—Pasa a buscarme a las seis y media.

—¿Estás seguro de que quieres ir? —Trato de hacerle entrar en razón.

—Sí. Dice que quiere que podamos estar en el mismo lugar sin discutir, que puede ser un comienzo para esta nueva etapa de *amigos*.

—Ja. La teoría es cojonuda, pero la práctica no tiene nada que ver. Eres un iluso, *bro*. Silvia también me dijo que aceptaba que dejáramos de enrollarnos hace semanas y a la mínima oportunidad que tiene me tira la caña. ¿Crees que si me ve meterle la lengua a otra esta noche va a estar tan contenta?

—No, no creo. Pero, a ver, lo vuestro no es lo mismo, tú no has salido con ella.

—Exacto. Pues ya sabes, explícaselo.

—Pero Mía y yo llevamos juntos toda la vida. Si ella dice que podemos ser amigos...

—Miente. Una cosa es lo que dicen, y otra, muy diferente, lo que realmente piensan. Yo digo lo que pienso, siempre. Por eso me cuesta tanto entenderlas.

—Menos a Leah.

—Obvio. Leah es la excepción.

Sonrío cuando menciona a mi mejor amiga. Tiene razón, a ella sí que la entiendo. Después de quince años, nos tenemos pillada la medida. Nos conocimos cuando teníamos tres, en infantil. Nos besamos por primera vez con ocho, detrás de la puerta de clase. Y por segunda vez con doce, en el portal de su casa. No hubo una tercera vez, simplemente porque, ese mismo día, nos dimos cuenta de que eso jamás iba a volver a repetirse. La gente de nuestro entorno nos suele decir que haríamos muy buena pareja. Y, a ver, si algún día me planteara salir con alguien, sé que con ella me resultaría mucho más sencillo. Leah es una tía guapísima y superespecial, a mis ojos y a los de cualquiera que no esté ciego. Además, nos queremos muchísimo y nos entendemos muy bien, sin embargo, no nos vemos de ese modo. Yo soy como otro hermano para ella. Y ella es como otra hermana para mí. Sería incesto.

—Me voy, que mi madre se ha empeñado en llevarme de compras ahora.

—Eso sí que es un planazo —me mofo—. Saluda a Sonia de mi parte.

—Capullo. Ya sabes, no todo el mundo tiene una tarjeta de crédito para los vicios, cortesía del tío que se tira a tu madre.

—Oye, ¿quién es el capullo ahora? —Me río porque parece que ha recuperado algo de humor para devolverme el golpe.

Tiene razón. Tengo una tarjeta que me dio Axel hace unos años, cuando me fui con mi hermano a estudiar a Dublín. No soy de malgastar, aunque tampoco soy tonto, por eso no voy a renunciar a ese extra. Para mí es como si me diera la paga, pero en un plástico. En lo que se equivoca es en la definición que ha hecho de él, porque Axel dejó de ser solo el tío que estaba con mi madre hace años, cuando se convirtió en el padre de mi hermana Sofía. Ahora es un tío enrollado que entiende mis rayadas y que media entre mi madre y yo. Es alucinante que nos llevemos así de bien ahora, porque, cuando empezó a salir con ella, me caía como el puto culo.

—Me lo has puesto a huevo, Gael. Venga, luego pasas por casa a recogerme.

—Que sí, pesado.

Me pongo en marcha. Atravieso un bordillo para incorporarme a la carretera y me gano la pitada de un coche que venía demasiado rápido. Se nota que las clases han terminado, porque hay mucho menos tráfico.

Antes de ir a casa a comer, decido subir hasta el faro de Cabo Mayor. Me encanta la sensación de libertad que me da la moto y, ahora mismo, no la cambiaría por ningún coche. En vez de atajar, voy por el camino largo, pegado a la playa.

Cuando llego al faro y aparco, me coloco el casco en el codo y me siento en el muro al borde del acantilado. Saco un cigarro del bolsillo de mi cazadora y lo enciendo. Fumo poco, sobre todo cuando estoy en plena temporada, por lo que sé que no me costaría dejarlo. Disfruto de este momento de relax, con el Cantábrico de frente. Las vistas desde aquí son acojonantes. Mientras le doy las primeras caladas, pienso en todo y en nada. En las ganas que tengo de disfrutar de este verano que comienza y olvidarme de la rutina del curso. En que estaría genial que el padre de Bruno nos diera curro en alguno de sus *pubs* para ganar algo de pasta sin renunciar a la diversión. En que soy feliz así, sin complicaciones. Y cómo no, en las enormes expectativas que mi cabeza, por sí sola, ya tiene generadas.

2

La primera de muchas

GAEL

Al final, he pasado a recoger a Bruno subido en el asiento del copiloto del coche de Axel, porque mi madre no me ha dejado venir con la moto. Cuando he comido con ellos antes, se ha puesto muy pesada. Fiesta, alcohol, primer día de vacaciones, una combinación demasiado explosiva, ha alegado. Me ha obligado a entregarle las llaves de la moto y todo. Le ha dado menos importancia al hecho de que he suspendido una que a salir esta tarde. Me he levantado de la mesa para no seguir discutiendo, pero Axel, una vez más, de manera muy sutil, me ha pedido que me relajara y ha intercedido por mí. Confío en su criterio. Él me ha contado mil veces que ha estado en mi pellejo y que también tuvo una época en la que todo se la sudaba bastante. Así que me he tranquilizado y he accedido a que nos trajera, para tener la fiesta en paz. Además, me estaba pasando, porque él solo me da un toque de atención cuando ve que no elijo la manera más correcta de comunicarme con mi madre.

Mis padres se separaron antes de que yo cumpliera doce. El resumen rápido es que mi padre se enrolló con su ayudante y mi madre los pilló en plena acción. Por aquella época, yo desconocía los motivos que los llevaron a dejar de convivir, y digamos que, para mí, la única culpable de que no siguiéramos juntos los cuatro fue ella. Mi padre, en cambio, siguió siendo mi único referente y mi modelo a seguir. Ni tan siquiera le cuestioné que saliera con otra chica mucho más joven a los cuatro días de separarse. Supongo que mi cabeza preadolescente distorsionó la realidad. Después de ver cómo terminaron mis padres, me monté mi propia teoría sobre las relaciones, una en la que, de momento, sigo creyendo. Y es que casi nunca acaban bien. Antes de que naciera Sofía, Axel me dio un baño de realidad y de humildad con respecto a la relación que mantenía con mi madre. Me contó cómo se conocieron, lo perdida que parecía estar en algunos momentos, lo mucho que ella sufrió con la separación y con la pérdida de nuestra custodia durante un tiempo, y lo difícil que le resultó a él que ella le dejara entrar en su vida y, por lo tanto, en la nuestra. Mi padre, con su comportamiento, poco a poco se fue cayendo del pedestal y terminó decepcionándome. Ahora puedo decir que estamos bien, más o menos. Tampoco tenemos una relación idílica, aunque nos toleramos. Él vive a caballo entre Sevilla y Santander, y nos vemos poco. En cambio, con mi madre, las cosas son distintas. Ahora nos movemos sobre una delgada línea entre querernos mucho o solo soportarnos, supongo que se debe a que es la única que me pone límites.

—Es aquí —le indica Bruno, y para el coche delante del chalé de Mía.

Leah es la que abre la puerta de la entrada. Lleva un pañuelo de colores anudado en la cintura, a modo de falda, a conjunto con la parte de arriba del bikini. El *piercing* de su ombligo brilla tanto como su sonrisa en este instante. Su piel color chocolate con leche y sus rasgos la convierten en el foco de atención de todos los tíos. Incluso me atrevería a decir que les sucede lo mismo a las tías, a las que Leah tampoco descarta. Lo cierto es que yo todavía no la he visto

liarse con ninguna, aunque me consta que lo ha hecho, porque ella y yo nos lo contamos todo. No hay secretos entre nosotros.

—No te olvides de enfundártela, si la sacas a pasear. —Axel me lanza esa maravillosa frase antes de que salga del coche. Menos mal que Bruno acaba de apearse. A continuación, baja la ventanilla para saludar a mi amiga con ese halo de tipo encantador que tiene.

—Adiós, Axel. —Leah se despide de él, de forma exagerada, y con cara de idiota—. Menudo padrastro que tienes. Soy muy fan de tu madre, Gael. Muy fan. Cuando sea mayor, quiero encontrar uno así, más joven y buenorro, como hizo ella.

Sí, eso tampoco es un secreto, mi madre tiene diez años más que él.

—Leah, no me toques las pelotas que ya las traigo calentitas de casa —bufo, y ella se parte el culo junto a Bruno, que sigue en la entrada.

—No seas borde, anda. —Mi amiga me da un beso en la mejilla, y con la cercanía aprovecho para cogerla por la cintura y estrecharla contra mi cuerpo.

—¿Ya estamos todos? —le susurro en el oído.

—Sí. Aforo completo. Vamos, que esto promete. —Los dos miramos a Bruno cuando nos separamos.

—Sois tan graciosos que me parto. —Bruno se pica y pasa de nosotros mientras se marcha hacia el jardín.

Se conoce este lugar como la palma de su mano. Lo cierto es que es un casoplón. Una única planta de doscientos metros cuadrados. En mi opinión, un poco excesiva para tres personas. Dos porches laterales y dos jardines, uno delante, y otro detrás, donde está la piscina.

—Leah. —Le sujeto el codo antes de que siga avanzando—. Silvia está volviendo a la carga, igual luego tienes que seguirme un poco el rollo.

—¿Yo? ¿Siendo tu salvavidas? —Se ríe. Qué mejor que con alguien de confianza, ¿no?—. A ver, Gael, no engañaríamos a nadie. No seas capullo.

—Bueno, cosas más raras se han visto.

—Sí, como que Bruno y Mía pretendan ser *amigos*. Anda, pasa, que sabrás apañártelas solo.

Sin duda, Leah y Bruno son las dos personas que mejor me conocen. Y los dos saben que suelo conseguir lo que me propongo.

Caminamos por el lateral de la casa hasta el jardín trasero, donde nos esperan los demás. Los padres de Mía son abogados y tienen varios bufetes por España. Viajan constantemente y ella, como es hija única, pasa muchísimo tiempo sola. Bruno, siempre que podía, se quedaba aquí con ella a dormir, por eso me imagino que estar pisando este sitio le remueve todo de nuevo.

—Venga, tardones —suelta Silvia a modo de saludo.

—¿Qué queréis beber? —nos pregunta Anaís, su hermana pequeña.

Últimamente sale mucho con nosotros. Solo se llevan un año y, aunque es la más canija del grupo, es la más peligrosa. Silvia se la lleva a todas partes para tenerla controlada.

—Ron con cola —respondo yo—. Pero yo me sirvo, que no me fío de ti.

Anaís me saca la lengua y me echa los hielos en un vaso de plástico transparente. Asier y Neco están dentro de la piscina. Mía está sentada en una de las tumbonas, al lado de Silvia. Y Bruno se ha quedado de pie, pegado al borde, esperándonos.

—¿Qué pasa, tíos? —nos saluda Neco.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —pregunta Asier, y nos acercamos a chocar nuestras manos con ellos.

—Este —decimos Bruno y yo a la vez. Él me señala a mí y yo a él. Siempre balones fuera.

Asier y Neco resoplan, porque saben que mi amigo y yo podemos pasarnos horas así, chinchándonos. A los dos les hemos conocido este curso en la universidad. Tuvimos que hacer un trabajo en grupo y nos juntamos los cuatro. Neco es un tío que me cae bien solo a ratos. No sé, me parece que se lo tiene un poco creído y, a veces, me cuesta adivinar de qué palo va. Leah cree que solo lo digo porque somos dos gallos dentro del mismo corral. Está equivocada, no soy de los que necesita medirse el rabo con nadie, el mío es mejor, punto. Solo me lo dice porque a ella también le encanta picarme, es uno de sus vicios. Asier es un tío simpático que va de frente. Me cae mucho mejor. Es el típico rubio con ojos azules y con cara de niño bueno, en el que todas se fijaron en cuanto puso un pie en clase. Hubo bastantes lamentos cuando se enteraron de que a él solo le interesan los tíos. Vive en un piso compartido, enfrente de la facultad, y es de un pueblo escondido entre las montañas. Esta es su primera y última fiesta hasta septiembre, porque regresará a casa para estar todo el verano con su familia.

A estas horas el sol ya no calienta demasiado, pero la piscina está climatizada, así que nuestros amigos aguantan en el agua sin morir congelados. Me quito la camiseta y el vaquero y los dejo encima de una tumbona que está vacía. Silvia está en la de al lado, con las gafas de sol puestas. No veo sus ojos, aunque sé que me está mirando. Los idiotas de mis amigos empiezan a silbar en cuanto ven mis abdominales y ella se gira sin demasiado disimulo. Me quedo con el bañador negro que traía debajo del pantalón y espero a que Bruno termine de saludar a Mía para que se quite la ropa. Me despisto un segundo porque me llama Leah, y alguien me empuja por la espalda, tirándome al agua. Me cago en todo y grito, por la impresión. Ha sido mi amigo, que se descojona al ver mi careto. No me queda más remedio que salir de la piscina y perseguirle por el jardín. Estamos a punto de besar el césped con el culo. Las ovaciones de nuestros colegas desde la piscina nos llegan altas y claras, les hubiera encantado ver esa hostia. Aguanto el equilibrio como puedo y, en un quiebro torpe, lo atrapo. Siempre he sido mucho más rápido que él.

—Demasiado fácil —lo vacilo.

Entre empujones llegamos al borde de la piscina y, sin soltarle, me dejo caer con él al agua. Bruno me llama de todo menos bonito, porque no se había quitado los vaqueros. Forcejamos como dos críos, y, al final, entre risas y aguadillas, damos por terminado el combate.

—¡Puto loco! Mira mi pantalón. Esto no se va a secar ni de coña —protesta.

—En mi armario creo que tienes uno corto —le informa Mía, y se encoge de hombros, como si se arrepintiera de haberlo dicho delante de todos.

Son tan absurdos. Todos sabemos que han sido la pareja perfecta durante años y que se siguen adorando. Si ella no llega a cortar con él, seguirían siéndolo.

—¿Te ayudo a quitártelo, *bro*? —Le toqueteo el culo.

—¡Esas manos!

—¿Te ayudo yo? —se ofrece Asier, y Bruno le guiña un ojo.

Cuando conocimos al rubio se nos hacía raro escuchar sus piropos todo el rato, pero enseguida le pillamos el punto. Ahora sé que le echaremos de menos este verano. Él nos tira la caña en plan *colegueo* a menudo, y nosotros solemos seguirle el rollo.

—Si sales del agua, yo también puedo ayudarte. —¿Qué coño? Eso lo ha dicho Anaís. Y se ha ganado la mirada inquisidora de su hermana. Ahora sí que la he visto, porque se ha puesto las gafas en la cabeza sujetándose el pelo.

Bruno sale por la escalerilla y se seca con una toalla. Después, desaparece con Mía por el camino de losetas para entrar en casa y cambiarse.

—Sube esta canción. —Silvia se lo pide a Leah, que está al lado del altavoz y se levanta para ir hacia ella.

Suena *Nostálgico*, de Rvssian, Rauw Alejandro y Chris Brown. Las chicas se vienen muy arriba. Asier sale del agua y se une al bailecito con ellas. Le encanta mover ese cuerpo de alfiler que tiene. El sobradito también sale, pero se tumba con el vaso en la mano a observar el espectáculo desde la distancia.

—Ven aquí, borde. —Leah me llama y me hace el gesto con el dedo para que me acerque. Niego con la cabeza. ¿No decía que no iba a ayudarme? Vale, igual es que solo quiere bailar conmigo.

Me impulso con los brazos y salgo de un salto. Avanzo contoneándome hasta ella. No soy un gran bailarín, sin embargo, me defiendo. Tengo un par de movimientos estudiados de cadera y pelvis, que me dan mucho juego y un buen resultado. Mi amiga dice que soy muy modesto, al menos en esto, porque no se me da nada mal. Cuando llego hasta ella, Asier se mete en medio de los dos e intenta rodearme la cintura con sus brazos. Le driblo como puedo y termino estrellando mi cuerpo contra el de Leah, justo cuando termina la canción. Mi amiga emite un *oh* de falsa decepción y me tira un beso con la mano. Silvia, que ha visto claramente mi intención, se choca conmigo de camino a la tumbona para ponerse la sudadera encima del bikini.

Bruno y Mía regresan en ese instante. Ella se va con las chicas y empiezan a cantar el siguiente tema. Mi amigo se acerca adonde están las bebidas para servirse.

—Si le hubieras comido el morro a Asier, también la habrías espantado —afirma vacilándome.

—O no. Vete tú a saber —replico y elevo las cejas repetidas veces mientras veo que se echa más ron que refresco en su vaso—. Suave, que acabamos de empezar.

—Vaya, Gael controlándome a mí y no al revés. Esto sí que es raro.

—¿Vas a tener esa cara toda la noche? —me intereso.

—Tranquilo, estoy bien.

—Sí, estás perfecto. Se nota —ironizo—. Bruno, se va a ir un puto año a Italia. Tienes que empezar a aceptarlo. Ahora sois *amigos* —apuntillo y él resopla.

—Bésame el culo. —Esa es mi frase favorita y él me la copia cuando no tiene argumentos. Es raro, porque suele tenerlos—. Por cierto, me acaba de mandar un mensaje mi padre. Empezamos el jueves que viene a currar. Tres noches a la semana hasta el último día de agosto. ¿Te vale?

—¿En serio? ¡Qué bien suena! ¿Dónde? —le pregunto entusiasmado.

—En La Luna.

—¿En Somo? —Vale, parezco idiota porque no dejo de preguntar. Pero es que, de repente, es como si todo se estuviera alineando para tener un verano increíble.

Somo es una localidad costera que está justo enfrente de Santander, al otro lado de la bahía. En verano, multiplica su población. El pueblo se llena de veraneantes, sobre todo amantes del surf, que ahora está tan de moda en nuestra costa. Playa, chicas, fiestas... Bruno y yo, y un curro en un garito guay. Promete.

—Sí. Me ha dicho que nos podemos quedar en su ático. —Esto todavía se pone mejor, porque está justo encima del *pub*—. Él este verano no va a estar allí.

—Pues de puta madre. Así que cambia esa cara. Vamos a pasarlo de lujo. Ya verás como todo va a mejorar a partir de hoy. —Choco mi vaso con el suyo y nos salpicamos con parte del contenido por el ímpetu, menos mal que son de plástico y no se rompen.

—A partir de hoy —repite lacónico y se da la vuelta para buscarla.

Cuando la ve, le cambia el gesto a uno mucho más serio. Su ex sonríe a Neco, que está ayudándola con unas bandejas de comida que posan en la mesa que hay debajo de la pérgola de forja.

—Gael... —sisea para que solo le oiga yo—. Contrólame.

Paso mi mano por su hombro y no le digo nada más. Él y yo sabemos cuándo los silencios hablan. No tiene de qué preocuparse, cuidaré de él.

Nos sentamos juntos en el banco. Silvia le cambia el sitio a su hermana para sentarse a mi lado. Su movimiento ha sido tan descarado que todos se dan cuenta. Anaís se pega a Bruno. Mucho. Los demás se sientan enfrente. Seguimos bebiendo mientras picamos algo. Hablamos del primer año en la universidad y de las ideas preconcebidas que teníamos antes de entrar. Al final, tampoco ha sido para tanto. Rememoramos un par de fiestas que terminaron muy *top*, y Asier se lamenta por tener que regresar a su pueblo y perderse los días de playa y *perreo*. También nos confiesa que nos echará de menos.

—Nosotros a ti también. Quizás podamos subir a verte —dice Leah.

—Claro, me encantaría. Tengo un pajar que no se usa desde hace años. Lo podría adecentar y meteros a todos allí. Me haría mucha ilusión, sobre todo si vais para las fiestas, son a finales de agosto. No esperéis que aquello sea Ushuaïa, aunque sube una *furgoteca* que lo peta.

—¿Una furgo qué? —pregunta Anaís.

—*Furgoteca*. Una furgoneta que es una disco móvil. Es lo mejor del verano, eso y los litros de alcohol que nos regala Braulio, el del bar.

—Nosotros no sé si podremos ir. Bruno y yo vamos a currar en La Luna a partir de la próxima semana —les informo.

Nuestros amigos flipan y nos preguntan por los detalles. Bruno les pone al día con una emoción bastante fingida.

—¡Me muero de ganas! —exclama—. Playa. El ático con vistas al mar de mi padre para nosotros solos. Y tías al sol, de todas las nacionalidades. Va a ser el mejor verano de mi vida. Estoy contando los minutos, ¿verdad, Gael?

No, Bruno, no vayas por ahí. No te pega nada.

Mía pone los ojos en blanco, alucinando, y él continúa con su actuación. Voy a retirarle el vaso, sin embargo, Anaís ya le está sirviendo de nuevo. No quiero tener que pararle los pies delante de todos, aunque, por su bien, esta debería ser la última.

—Verdad, Bruno —le doy la razón. Mañana, cuando esté sobrio, ya le explicaré un par de cositas.

Leah, que está pendiente de nosotros, cambia de tema y nos habla de sus planes, que son currar por las mañanas en la academia de idiomas de sus padres y disfrutar al máximo por las tardes y las noches. Anaís sigue desatada y ahora tontea con mi amigo, que no tiene ni idea de cómo actuar con ella, y menos estando su ex delante. Le va a costar un huevo estar con otra tía. Silvia

le pide a su hermana que se controle con la bebida, y con Bruno, pero ella la ignora. Neco nos cuenta que se irá de vacaciones unas semanas con sus padres a su casa del sur. Lleva toda la noche metiéndoles fichas a Leah y a Mía, sin distinción. Además, aprovecha que todos le estamos mirando para invitarlas a ir con él. A ver, que puede que sea en plan bien, lo único es que nunca le había visto ir tan a saco, y menos con la ex de mi amigo. Si esto sigue así, la noche puede torcerse.

—Relaja. —Llevo mi mano a la pierna de Bruno para tranquilizarle. Si no deja de mover el pie, va a perforar el suelo. Cuando la retiro, es Silvia, con disimulo, la que posa la suya en mi paquete. Me pilla tan de sorpresa que doy un pequeño brinco en el asiento.

No me jodas.

—Voy a vestirme. —Me levanto y trato de salir airoso de esta situación.

No soy de los que dejan pasar una noche de sexo con una tía buena, pero a ella ya le he cerrado esa puerta. No, no voy a volver a abrísela.

—¿No vas a invitarme al *loft* esta noche? —me pregunta pegando su boca a mi oído. Me ha seguido hasta la tumbona.

El *loft* es mi casa. Bueno, lo llamamos así, pero más bien es un pequeño estudio que está encima de un local comercial y se comunica con el piso de mi madre. Tiene dos entradas. Una por su casa y otra por la calle, por lo que es perfecto para darme independencia. Moderno, diáfano y con todo lo necesario para mí. Cocina, baño, una cama grande, televisión y un sofá muy cómodo. Me mudé cuando empecé la carrera y sé que soy un auténtico privilegiado por tener un lugar solo para mí.

—Silvia...

—¿Qué? ¿No te apetece?

Voy a tener que ser más claro con ella.

—No.

—Vale, pero ¿en plan no, puede que otro día? ¿O en plan no, nunca?

—¿En serio quieres que te lo diga?

Lleva sus manos a mi cuello y se pega tanto que me impide atarme los botones del pantalón. Menos mal que los demás también se han levantado y están desperdigados, vistiéndose.

—Sí.

—Silvia, sabías lo que teníamos. Tú ahora quieres otra cosa y yo no. La última vez que lo hicimos, créeme, fue la última. —Da un paso atrás y se aparta. No es tonta, lo ha pillado.

La noche sigue y no vuelve a insinuarse. Todos bebemos y nos movemos al ritmo de la música para no apalancarnos. Alguien propone jugar al *Yo Nunca*, pero me niego. El ambiente está demasiado tenso para enrarecerlo más.

No disfruto todo lo que quiero, porque me dedico a no perder de vista el vaso de Bruno. A partir de ahora, le voy a servir solo refresco.

—¡Venga! Vamos a brindar —propone Leah, y la muy cabrona me mira a mí—. Por la primera de muchas. —Así, sin definir.

—Por la primera de muchas —repetimos todos.

3

Familia, resaca y amigos

Gael

Mi idea de fin de fiesta no era terminar durmiendo con Bruno en el *loft*. Sin embargo, la alternativa era llamar a su madre a las cuatro de la mañana para que le abriera la puerta, porque el capullo no encontraba las llaves. Al menos, no ha vomitado ni se ha movido desde que lo lancé sobre el colchón cuando llegamos.

Me levanto a beber agua, litros, y hago ruido a posta. Sin embargo, él ahí sigue; con la cara enterrada entre las dos almohadas y la boca medio abierta, sin inmutarse. Respira, lo he comprobado antes de ir al baño.

Son casi las tres de la tarde y mis tripas empiezan a rugir. Abro la nevera en busca de algo que pueda comer, sin mucho éxito. Y, entonces, oigo la vocecilla de mi hermana al otro lado de la puerta. Lo mejor será abrir y ver si todavía estoy a tiempo de comer con ellos como la mayoría de los días.

—¡Gael! —Menudo chillido—. Estás desnudo. —Me señala nada más verme.

Agacho la mirada y me doy cuenta de que solo llevo puestos los calzoncillos. Mi madre y Axel se asoman, alertados por el grito, y me echan la bronca por ser el culpable de que la enana chille así. Teo, en cambio, me lanza una camiseta desde su habitación que se estrella contra mi pecho.

—¿Ya habéis comido? —Se la devuelvo, prefiero darme una ducha y vestirme antes de sentarme a comer.

—Todavía no. Anda, pon la mesa, que ya está la comida hecha —me informa Axel.

—Bruno y Gael son novios —suelta ahora Sofía, que se ha colado en el *loft* y habrá visto a mi amigo en la cama—. Han dormido juntos.

Cojonudo. Lo que me faltaba.

Teo sale de su habitación y se cruza de brazos, aguantándose la risa, mientras espera a que le dé una explicación. Como lo ignoro, me pregunta:

—¿Cómo? ¿Tú...? ¿Pegándole a los dos palos?

—¿De verdad crees que tengo que aclarártelo?

—Tranquilo, tato. No voy a escandalizarme. Tengo la mente abierta.

—Y yo. —Podría soltarle una burrada porque me lo ha puesto a huevo, sin embargo, me comporto—. Pero no es el caso.

—Hacéis una bonita pareja... —me vacila—. Y, además, ya le conocemos...

—¡Para! —lo interrumpo antes de que el vacile roce lo absurdo. No es la primera vez que Bruno y yo nos quedamos dormidos en la misma cama, pero de eso a lo otro hay un mundo—. ¡Que estamos hablando de Bruno, joder! —protesto. Por cierto, también sería incesto.

—¡Esa boca! —nos riñe mi madre.

—Enana, ¿qué haces ahí? —Le encanta pasar al *loft* cada vez que puede y tumbarse en el sofá conmigo a ver los dibujos animados. Como imaginarás, no es la primera vez que se encuentra a

alguien en mi cama. Quizá por eso esté un poco confundida. Para ella, las chicas que ha visto ahí son mis novias y, por asociación, ha metido a Bruno en el mismo lote.

—Habrás usado protección, ¿no? —me pregunta Axel para seguir con la misma conversación, que pensé que ya estaba finiquitada. Este tío tiene una obsesión con el maldito látex. Lo más probable es que tenga acciones de Durex o de Control, porque de otra manera, no me lo explico. Mi preciosa polla tiene muy definido el gusto. No me ofende que lleguen a planteárselo, pero, vamos a ver, ¿acaso no me conocen?

—Por favor —se queja mi madre—. Queréis comportaros de una vez. No sé si os habéis dado cuenta de que aquí vive una niña pequeña.

—Sí, claro, pero a la enana le va el salseo más que a los de catorce.

El timbre del *loft* suena y salgo disparado a abrir. Aunque, si dejo que suene un rato, quizá el bello durmiente se despierte. Le va a encantar ver que mi familia está al corriente de nuestra noche juntos.

—¿Sí?

—Abre. —Es Leah, y es raro que se presente aquí sin haberme avisado.

Eso solo puede significar dos cosas. Una, que quiere tirarse conmigo en el sofá y analizar, punto por punto, todo lo que ocurrió anoche. O dos, que tiene alguna movida en la cabeza que necesita contarme. Quizá sea la primera. Ayer saqué a Bruno de la fiesta antes de que se arrastrara como un perrito en busca del cariño de su dueña, o sea, de Mía, que, por cierto, estaba bastante contenta. Contenta y festiva, eso también. No recuerdo la última vez que la vi así de desatada. No estoy seguro de si Asier y Neco se fueron a la misma hora que nosotros, lo que sí sé es que las hermanísimas ya se habían marchado un buen rato antes.

—Ho... Hola —titubea y lo entiendo, la escena que se encuentra es bastante curiosa—. Pensé que estabas solo.

Primero me mira a mí y luego observa al resto. Sofía está sentada en el sofá, enredando con el mando de la televisión. Y Bruno en mi cama, empezando a desperezarse. Resoplo en la puerta, esperando a que se decida a entrar. Todavía estoy en calzoncillos y sin camiseta, así que Leah me mira descolocada, aunque me ha visto mil veces así. Es lo que tiene este espacio sin tabiques, poca intimidad. Yo también me fijo en ella, y no trae muy buena cara, la verdad.

—Pasa, no te cortes. Hoy estamos celebrando una jornada de puertas abiertas.

—Ya veo.

—¡Leah! —Mi hermana la llama con un tono chillón, se ha debido de tragar un altavoz en el desayuno.

—¡Hola, Sofi! —Mi amiga se acerca hasta el sofá y la achucha.

Me hace gracia que sea así de cariñosa con ella y, en cambio, no pare de quejarse de sus dos hermanos mellizos; será porque ellos ya son dos adolescentes pajilleros.

—¿Qué hora es? —Bruno, con voz de ultratumba, se incorpora y se tapa la cara con la sábana. Después de lo que bebió ayer, le molesta hasta la luz natural.

—Hola, Leah. ¿Tú también te quedas a comer? —pregunta Axel asomándose por la puerta.

—No quiero molestar... —La sonrisa que se le dibuja en la cara a mi amiga es de anuncio. Lo *putoflipo* con ella.

—No molestas, tranquila. Teo, al final somos siete. Si el novio de Gael también se queda, claro. ¿Te pongo un plato, Bruno?

Mi amigo se frota la cara con las manos y parece que asiente. Creo que no ha sido consciente de la primera parte de la frase. Mejor.

—Me parto contigo —le espeto a Axel.

—¿Qué novio? —balbucea ahora el recién despertado. Vaya, sí lo ha captado.

Bruno intenta ponerse de pie, pero se queda en el borde del colchón mientras se sujeta la cabeza con las manos. Miro a Leah, que se está aguantando la risa, y la advierto con un gesto para que no diga ni una palabra, y menos en presencia de Sofía, que se queda con todo. Por suerte, mi hermana le da la mano y se la lleva a su habitación para enseñarle su nueva muñeca.

—Necesito un ibuprofeno —me suplica Bruno.

Le acerco la pastilla y un vaso de agua. Me tomo yo otro, también. Cuando es capaz de ponerse en posición vertical, se va directo al baño. Como soy un buen amigo, le dejo ducharse primero. Además, le presto ropa limpia. La suya huele a todo lo desagradable que te puedas imaginar. Abro las ventanas y cambio las sábanas mientras tanto.

—¿Estás mejor? —le pregunto cuando sale.

—Sí, aunque necesito sentarme hasta que me empiece a hacer efecto el ibuprofeno. Te espero en la mesa.

—Sí, sí. Tú como en tu casa. Por cierto, mientras me ducho, puedes ir contándoles lo del curro en el *pub* y nuestro cambio de residencia. A ti te tienen por un chico sensato y maduro.

—¿En serio? ¿Crees que hoy estoy lúcido para explicárselo? —se queja.

—No lo sé, pero seguro que mi madre se fía más de ti resacoso que de mí sobrio.

Recién duchado y vestido, mucho más despejado que antes, paso al piso y voy hasta el salón. Cuando llego, me doy cuenta de que ya están picando de los platos que hay en el centro de la mesa; vamos, que no han tenido la decencia de esperarme.

Sofía ya ha hecho de las suyas y, como mis amigos no saben decirle que no, los ha llevado a su terreno. Leah lleva puesta una corona de princesa, igual que la de mi hermana. Y Bruno una diadema de unicornio, con la que se ha apartado los rizos de la frente.

—Vosotros, tranquilos, no hace falta que me esperéis.

—Yo sí te estaba esperando, Gael —me dice risueña mi hermana.

Esa cara de bruja no augura nada bueno. La enana se acerca y tira de mi camiseta para que me agache. Cuando estoy a su altura, me planta una diadema blanca con orejas de conejo. Rosas. ¿Existe mejor combinación? En fin...

—¡Oh, qué precioso! El conejito y el unicornio. ¿Quién lo iba a decir? Estáis tan monos...

—Teo saca el móvil y consigo llegar a tiempo para quitárselo e impedir que me saque una foto. Forcejamos, y, antes de devolvérselo, echo un vistazo a la pantalla. Tiene un mensaje de Berta que solo leo a medias.

—¡Oh, Teo! Estoy contando los minutos para... —Imito la voz de su amiga.

—Eres imbécil. Trae aquí. —Me lo arranca de la mano y a punto estoy de meterle una colleja.

Mañana se va de vacaciones a la Costa Brava con Berta y su madre. Es la primera vez que se va con ellas tan lejos, y yo he estado picándolo con este tema desde que mi madre le dio permiso. Ella es su mejor amiga, como Leah es la mía. Lo que ocurre es que todos sabemos que Berta está loca por mi hermano desde hace años. Vamos, que quiere ser algo más que su amiga, aunque me parece que él no siente lo mismo.

—Teo. Gael. ¡Parad! —Nos separa mi madre.

—Y dejad el tema, por favor, que tu hermana sigue aquí. —Axel pone orden y por fin puedo sentarme a comer.

—¿Se lo has contado? —le pregunto a mi amigo.

—¡Ah, no! Es que yo también te estaba esperando. —Muy bien, Bruno—. ¿Ya os ha contado Gael que la semana que viene empezamos a trabajar de camareros en La Luna? Nos quedaremos en el ático de mi padre. Va a ser un verano inolvidable.

De locos. El sensato y maduro de Bruno ha sonado más Gael que nunca.

—¿Cómo?! —Esa es mi madre, indudablemente.

—Lía, vamos a comer, por favor. Será mejor que dejes el interrogatorio para después del postre. —Axel trata de apaciguarla.

—Es que... —Ella insiste—. Ni tan siquiera sabía que querías trabajar. En la asesoría también puedes echarme una mano, si no te apetece estar todo el verano sin hacer nada. Ya te vale, Gael. ¿Cuándo pensabas contármelo?

—No te he dicho nada, mamá, porque todavía no era fijo.

—Eso es verdad —asegura Bruno—. Mi padre me lo confirmó ayer.

—¿Y por qué en Somo? Tu padre también tiene negocios aquí. ¿Cómo vais a vivir solos todo el verano?

—Princesa... —intercede Axel, una vez más, para que por lo menos podamos empezar a comer.

—¿Sí, majestad? —responden mi hermana y Leah a la vez, metidas en el papel de la monarquía (a Sofía le encanta jugar a eso, incluso muchas veces se pide ser el príncipe). Menos mal que rebajan la tensión del momento con sus carcajadas.

Miro a mi alrededor y flipo. Ahora han contagiado a todos con su forma de reírse, incluida mi madre, que tampoco puede resistirse a los encantos de la pequeña de la casa, ni a los de su chico, claramente. Teo me guiña un ojo, sabe que, aunque sea solo por un rato, he conseguido una tregua.

Sé que mi madre tiene parte de razón, lo normal es que le hubiera informado sobre mis intenciones, pero tampoco creí que fuera necesario pedirle permiso, soy mayor de edad y ya han terminado las clases. Además, no sabía fijo dónde íbamos a trabajar. También podría haber sido en uno de los *pubs* que tiene aquí y me habría quedado en casa.

—Bueno, vamos a comer —comenta más relajada—. Pero, en cuanto se vayan tus amigos, tú y yo vamos a tener una conversación. Y, además, voy a hablar también con tu padre, para que me lo cuente él. El trabajo de camarero no me gusta demasiado. Y que viváis allí solos no me hace mucha gracia, tampoco. —Eso se lo dice a Bruno, que asiente mientras se lleva el tenedor a la boca. Cobarde.

—Venga, mamá. Poner copas no es nada malo. Además, ya sabes que es un sitio tranquilo, no una discoteca. Solo serán tres días a la semana. No es para tanto.

—No sé, tengo dudas. Si al menos ya me lo hubieras contado, pero así, de repente... Tendré que pensarlo.

Cruzo una mirada silenciosa con Axel, pidiéndole ayuda de nuevo. Sonríe. Espero que eso signifique que, entre los dos, podamos convencerla luego.

El resto de la comida es cualquier cosa menos normal. No sé de qué me extraño. Si es lo que tiene mezclar familia, resaca y amigos.

4

Así huele el verano

Gael

Guardo las últimas camisetas en el cajón del armario y coloco la maleta debajo de la cama. Bruno me ha dejado la habitación grande; la única que tiene cama de matrimonio y baño. La mejor. Dice que yo voy a darle más uso que él (a la cama).

Mi amigo está en la terraza charlando con su padre, que nos ha ayudado a instalarnos. Nos ha llenado la nevera, nos ha comentado las instrucciones básicas del ático, y nos ha entregado un par de juegos de llaves. Mi amigo ya estuvo aquí con Mía el verano pasado unos días, así que, más o menos, se acordaba de cómo funciona todo. También nos ha dado permiso para hacer fiestas, aunque está prohibido el *reggaeton* a partir de las doce. Ricardo le tiene inquina al género. En su juventud tuvo un grupo de *rock*, y, desde entonces, solo es fiel a ese sonido. Lo que no sé es por qué no animó a su hijo a tocar la guitarra eléctrica o la batería, en vez del piano. Con el buen oído que tiene Bruno para la música, podría haber triunfado. Los he dejado un rato a solas porque estaban hablando de toda la movida de Mía y no me apetecía meterme en su conversación, otra vez, ni repetirle que deje de lamerse la herida.

Convencer a mi madre no fue tan fácil. Y, como me advirtió, en cuanto mis amigos se fueron, hablamos del tema. Me volvió a repetir que no le entusiasmaba que mi primer trabajo fuera poniendo copas, y menos que nos mudáramos aquí. Axel y yo tratamos de hacerle ver que iba a ser una experiencia buena para mí, porque, aunque viva solo en el *loft*, es obvio que ellos siguen manteniéndome y dándome de comer. También llamó al padre de Bruno para informarse de todos los detalles, incluido el contrato. Tuve suerte, porque su amiga Julia vino a tomar el café y terminó de echarme el último cable; le recordó lo bien que se lo pasaron ellas aquel mes de julio a sus dieciocho, currando de camareras, y entonces sus argumentos en contra perdieron peso.

Cojo el móvil y hago una foto desde la ventana. Se ve un trozo de mar y parte de la playa. La subo a mi perfil de Instagram y añado: *Mejóralo*. Y luego unos cuantos *hashtags* veraniegos. No es que esté muy activo últimamente, aunque reconozco que, por las noches, cuando no me duermo, soy un poco *stalker*. Después, mando un mensaje a Leah. No nos vemos desde el sábado, cuando estuvo en mi casa comiendo, y hoy ya es miércoles. Al final, con todos allí revoloteando, no estuvimos a solas ni cinco minutos; la llamaron sus padres cuando íbamos a tirarnos en el sofá, y se marchó sin que nos diera tiempo a ponernos al día.

Yo:

¿Qué tal tu primera semana de curro?

En julio y agosto da clases de inglés por las mañanas a los niños más pequeños en la academia de sus padres. Le gusta tratar con ellos y, además, es bilingüe, así que no le supone ningún esfuerzo. Excepto por lo de tener que madrugar, que lo lleva fatal siempre, porque adora dormir.

Leah:

Normal. Ya sabes que la primera semana siempre me cuesta más.
¿Estás en casa?

Yo:

No, ya estamos en Somo. Acabamos de instalarnos en nuestra
residencia de verano.

Hago un par de fotos más de mi habitación y se las mando. No te he hablado del ático, todavía; para resumírtelo, diré que es una pasada. Ya había estado aquí, pero este invierno el padre de Bruno lo reformó, y, ahora, está impresionante. Colores claros, en muebles y paredes, con un estilo *boho hippie*, perfecto para la primera línea de playa y el olor a mar. Mi padre es decorador de interiores, así que conozco las tendencias. A él le gusta, de vez en cuando, enseñarme los proyectos en los que trabaja. El piso tiene tres habitaciones, aunque una está destinada a despacho. Dos baños. Uno dentro de esta habitación, como ya te he dicho antes, y otro al final del pasillo. Una cocina amplia y un salón grande, con una cristalera que va de pared a pared y de suelo a techo, por la que se accede a la terraza, que, sin duda alguna, es el mejor lugar de la casa. Las vistas al Cantábrico y a Santander desde aquí son impresionantes.

Leah: Pero ¿ya curráis hoy?

Yo:

No, mañana. Pero luego bajaremos a echar una mano, por lo menos para que nos cuenten cómo funciona todo. Poner copas no tiene mucho misterio, o eso espero. ¿Cuándo vienes a verme?

Leah:

No lo sé. Igual el sábado.

Yo:

¿Todo bien?

Escribiendo...

Escribiendo...

Vale, hay algo que le preocupa, es obvio. Ella es de las que se explaya hasta en los wasaps. Está rara. A ver si viene el fin de semana y podemos hablar un rato. Puede que también esté algo triste porque Mía se pira y nosotros vamos a estar aquí. Aunque lo nuestro no es un problema. Puede venir por las tardes en la lancha, cruzando la bahía, o si no en coche, que solo estamos a media hora de distancia. Nosotros trabajaremos de jueves a sábado, de siete a tres de la madrugada. El resto del tiempo podremos hacer planes todos juntos, como cualquier otro verano.

Leah:

Sí. Solo estoy cansada.

Yo:

Sabes que odio tus podcasts, pero puedo escuchar uno si lo necesitas.
O llámame, si quieres. ¿Estás así por Mía?

Escribiendo de nuevo. Tarda tantos segundos que sé que está borrando todos los caracteres y volviéndolos a poner; no los mismos, claro.

Yo:

Capulla, soy tu mejor amigo, no tienes que hacerte la dura conmigo.
Sé que vas a echarla de menos. Os presenté yo y, mira, al final os
habéis hecho amiguitas.

Leah:

Sí, supongo que la echaré de menos. Y más cuando vuelva a la universidad.

Leah y Mía estudian juntas, aunque la ex de Bruno está un curso por encima, por eso se va este año de Erasmus.

Yo:

Mientras sea menos de lo que ya lo hace Bruno... Tienes que ayudarme con él, no creo que sea capaz de soportar sus dramas yo solo todo el verano. Tendremos que buscarle un rollo para que la olvide.

Leah:

Rollo y Bruno no combinan. Parece mentira que no lo conozcas todavía. Solo ha estado con ella, ¿se te ha olvidado ese dato?

Yo:

Claro que no se me ha olvidado. Eso era un tremendo error, siempre se lo dije. Ahora tendremos que enseñarle a meterla sin enamorarse, que puede hacerse, ¿sabes?

Leah:

¿Como haces tú?

Yo:

Exacto.

Leah:

Afortunadamente, no todos somos iguales.

Me río, aunque ella no pueda verme. Si la tuviera a mi lado, ya me habría metido un guantazo. Que yo sepa, ella tampoco se ha enamorado nunca. Sé que le dio fuerte con una chica el verano

pasado, mientras estuvo en California visitando a la familia de su madre, aunque luego se le pasó, creo. Y no me ha vuelto a mencionar a nadie. Claro que eso no significa que no quiera hacerlo algún día; yo, en cambio, paso.

Leah:

Mía también me ha pedido que cuide de él. Tiene miedo de que se tire todo el verano encerrado en casa y triste.

Flipo. Si está tan preocupada, ¿por qué coño lo ha dejado así? Nosotros somos sus amigos y vamos a cuidarlo siempre. Lo que no es normal es que ella le rompa el corazón, se largue a miles de kilómetros, y encima nos pida que nos ocupemos de él, como si fuera un perrito abandonado.

Yo:

Pues dile que no sufra, que vamos a hacerle pasar el mejor verano de su vida.

Me despido de mi amiga con muchos emoticonos de copas y soles y quedo en llamarla mañana. Salgo a la terraza y pillo a Bruno y a su padre, fundidos en un abrazo. No puedo evitar acordarme del mío en este instante, que, por cierto, hace más de diez días que no me llama. Todavía no sé cuándo vendrá de vacaciones, pero seguro que un par de semanas, por lo menos, se dejará caer por aquí.

—Mira. —Ricardo me señala—. Ya está aquí. Gael, prométeme que no vas a dejar que Bruno se aburra este verano.

—Papá... —protesta mi amigo.

—¿Aburrirse? ¿Conmigo? Eso es imposible, Ricardo. —Me acerco a mi amigo y le estrecho entre mis brazos. Él trata de zafarse, sin embargo, soy más fuerte que él y se lo impido.

—¡Quita, bro!

—Si te encanta. —Le aprieto más.

—¿Bajamos? —Su padre me pasa el brazo por la espalda y entramos en el salón—. Quiero presentaros a vuestras nuevas compañeras y, de paso, enseñaros cómo va todo y lo que quiero de vosotros.

—Está bien. Espera, que tengo que coger las llaves. —Bruno se encarga de cerrar la puerta.

La Luna ocupa uno de los bajos del edificio, justo el que hace esquina después del portal. Es un local de tamaño medio. Tiene suficiente espacio para albergar una barra y algunas mesas altas con taburetes. Las cristaleras de la izquierda te permiten ver el mar. Por una puerta en el fondo se accede a la terraza exterior. Esta zona es más grande; tiene una barra de madera, pegada a una pared de piedra, que es la única que está cubierta con un tejadillo. Un par de árboles grandes en el centro, que dan una buena sombra, y a su alrededor, unas cuantas mesas con bancos hechos con palés, llenos de cojines. En una esquina han colocado una pequeña tarima de madera que hace las veces de escenario. Suelen venir a pinchar algunos DJs u organizan pequeños conciertos. Cientos de luces diminutas cuelgan de una pared a otra; de momento, están apagadas.

—Quiero que los dos trabajéis fuera, si hace bueno es donde más gente hay. No tenéis que atender las mesas, porque los clientes pedirán en la barra y se lo llevarán ellos mismos. No obstante, sí tendréis que turnaros durante la noche para recogerlas y limpiarlas, cuando se queden

vacías. También tendréis que reponer las neveras, porque el almacén está dentro. Esa puerta de ahí es la salida de emergencia. —Nos señala la que queda a la derecha—. Siempre tiene que estar uno de los dos en la terraza, nunca se puede quedar sin camareros, ¿entendido?

—Sí —respondemos al unísono.

—Lidia. —El padre de Bruno llama a la chica que está de espaldas, en la barra de dentro, colocando unas botellas. Ella se gira y nos sonríe. Yo la imito y no puedo evitar hacerle un repaso rápido, como el que me hace ella a mí, sin disimular.

—Hola. —Sale de detrás de la barra y se acerca a saludarnos. Primero da dos besos a Bruno, al que ya conoce, porque le aprieta la mandíbula de manera cariñosa antes de separarse y venir hacia mí. Sus labios se posan en mis mejillas y sus tetas, enormes, de las que no caben en una mano, se aplastan contra mi pecho. Castaña, con mechas rubias, con curvas pronunciadas, como las de un buen circuito, y los ojos marrón chocolate, expresivos.

—Encantado. Soy Gael.

—Igualmente. Uy, perdona, te he pintado un poco aquí. —Boca generosa y labios rojos, que son los que me han dejado la marca en la piel. Ella misma frota mi pómulo para limpiar los restos.

—No pasa nada. —Sonrío de nuevo.

Cuando se aparta, siseo un *joder* muy bajito, que solo oye Bruno. Sé que está poniendo los ojos en blanco, aunque no lo veo. A ver, es su culpa, él ya la conocía, podría haberme comentado que estaba así de buena.

—Te saca diez años, por lo menos —me anuncia, como si fuera un dato relevante—. No te hagas un Axel. —Será cabrón. Me muerdo la mejilla por dentro para no reírme.

—Lidia es la encargada. Confío en ella plenamente y en su manera de llevar el negocio, así que, desde ahora mismo, quedáis bajo su mando —dice Ricardo y nos guía para salir al exterior y presentarnos a la otra chica.

—Perfecto. Me encanta recibir órdenes —susurro en el oído de mi amigo para vacilarlo.

—Eres muy mamón...

Noemí es la otra camarera. Morena, bajita y mucho menos explosiva que Lidia, además de ser más joven. A su lado está Enzo, que solo viene cuatro horas al día para echar una mano en las horas de más afluencia, así que va un poco por libre.

—¿Alguna duda? —nos pregunta Ricardo.

—No, tranquilo. Todo claro. Si quieres, puedes irte ya —le dice Bruno a su padre, y nos despedimos de él, acompañándole hasta la salida.

Cuando vamos camino a la terraza, para empezar a ayudar a Noemí y que nos explique todo, Lidia me intercepta, cogiéndome del codo.

—Tú quédate conmigo en esta barra, mejor.

Vale, ese *mejor* ha sonado dos decibelios por debajo del resto de la orden y me ha puesto un poco cachondo.

—Bueno, *bro*, luego te veo, entonces.

—Gael, por favor. Recuerda que acabamos de llegar.

—No te preocupes, no tendrá quejas.

Niega con la cabeza y disimula una sonrisa. Suena *Me Quedo*, de Nil Moliner y Ana Mena, y me marco un movimiento de cadera delante de mi colega antes de que se aleje. En ese instante,

un grupo de cuatro chicas quiere pasar a la terraza. Bruno me aparta para que puedan avanzar. Ellas se ríen y le dan las gracias. Huelen a salitre, a arena y a crema solar. La mezcla perfecta de dulce y salado.

—¿Has olido eso, Bruno? —Mi amigo me mira sin entender nada—. Pues así huele el verano.

5

La bienvenida

Gael

Está siendo una noche tranquila. Se nota que los turistas van llegando al pueblo despacio. Lo más probable es que, a partir de este fin de semana, se empiece a animar la cosa. Por eso nuestro primer día de curro está siendo bastante llevadero; hay varias mesas ocupadas en la terraza; son grupos pequeños (la mayoría de chicas). Están en plan relax. Cervezas y risas. Noemí nos ha comentado que cuando apenas tendremos tiempo ni para ir a mear será los viernes y los sábados de agosto, así que nos ha dicho que disfrutemos de estos días calmados de julio. Al final, el padre de Bruno nos ha cambiado el horario y entramos a las ocho en vez de a las siete, mucho mejor. Así tenemos una hora más para estar en la playa antes de subir a cambiarnos. Además, durante la jornada, tenemos media hora de descanso para salir a cenar, por turnos.

Yo acabo de volver hace un rato de mi descanso. He aprovechado para subir a casa, comerme un sándwich y hablar con mi padre. Se ha sorprendido de que esté trabajando y me ha preguntado si era porque mi madre me había restringido la pasta. Le he dicho que no era por eso, que, simplemente, quería ganar dinero para mí, por lo menos para mis vicios (casi siempre sanos) y no tener que depender tanto de ellos. Sé que mi madre recuperó nuestra custodia, entre otros motivos, porque él se fue a vivir al sur. No tengo ni idea de a qué acuerdo económico llegaron, ni si durante estos años han tenido problemas. Lo único que sé es que a nosotros nunca nos ha faltado nada y, encima, Axel, sin tener por qué, siempre nos ha dado dinero para lo que necesitáramos. Mi hermano y yo ya no somos dos críos, sabemos que mis padres están todavía muy lejos de tolerarse o de poder estar juntos en el mismo lugar. Y también somos conscientes de que es mejor para todos que estén distanciados, así no se faltan al respeto. Estar en medio de sus discusiones fue una auténtica tortura, por lo tanto, preferimos quererlos por separado y listo. Antes de despedirme de él, me ha dicho que vendrá diez días en agosto y que nos veremos entonces. Cuando he colgado, he mandado un mensaje a mi madre preguntándole por todos. Están bien, aunque Sofía nos echa de menos. Estos días tampoco está Teo, así que no para de preguntar cuándo volvemos. Lo más probable es que mañana me acerque a verla y así pasar un rato con ella.

—¿Me pones una Coronita? —me pide una chica con unos ojos negros enormes.

—Claro. —La saco de la cámara frigorífica y la abro con el abrelatas que llevo colgado de la muñeca—. ¿Lima o limón?

—Lima.

—Buena elección. —Sonrío y la miro sin disimulo.

Ella sonrío y me imita, soy consciente de que se centra sobre todo en mi boca. La de ella no está mal, aunque tiene los labios finos y no me molan mucho.

El capullo de Bruno tose como si se hubiera atragantado. Da un trago al botellín de agua que tiene pegado a la caja y se gira. Es un actor pésimo. La morena saca un billete de cinco para

pagarme y lo sujeta entre los dedos unos segundos de más hasta que lo suelta y se muerde el labio, coqueta. Vuelve con sus amigas y, cuando se sienta, me menciona. Lo sé porque todas se giran con descaro y cuchichean. Ahora es cuando me hago el interesante; me muevo al ritmo de la canción que suena en este instante, *Dile*, de Jhay Cortez, que tiene un ritmo perfecto para balancear mi culo, y me giro, dándoles la espalda. Hoy la música está puesta desde el ordenador y la controla Noemí, porque eso también va por turnos. Así nos aseguramos de que lo que suene sea mucho más variado. Aunque tienen unas cuantas *playlist* ya guardadas, que son de las que más tiran, sobre todo cuando esto se peta y no pueden estar pendientes de cambiarlas.

—Necesitamos billetes de cinco y de diez —me dice Bruno con la caja abierta.

—Dame, ya voy yo. Seguro que Lidia puede cambiarnos.

—También puedo ir yo.

—Deja. —Le quito los billetes de la mano—. Es mucha mujer para ti —lo pico.

No lo menciona, aunque sé que está pensando en el tonto que nos traemos ella y yo desde ayer. Lidia es una tía extrovertida y no tiene pelos en la lengua, si algo le gusta, lo dice y listo. Y yo, pues, ya lo he mencionado, estoy dispuesto a disfrutar al máximo de este verano, y no, tampoco tengo pelos... casi en ningún sitio. Podría decir que entre nosotros hay química. O puede que solo sea un juego, porque no me puedo olvidar de la diferencia de edad. Jamás me he enrollado con nadie que me saque tantos años, sin embargo, tampoco me parece un obstáculo insalvable. El hecho es que soy bastante consciente de cómo me mira, así que no me dejo intimidar. Le pienso seguir el rollo, a ver hasta dónde llega.

—¿Y la de la Coronita?

—Meh...

—Toma, capullo. —Me tiende tres billetes de cincuenta euros y resopla.

Tengo unas ganas locas de que el domingo se despida de su ex definitivamente. A ver si sabiendo que estará a miles de kilómetros y que no va a verla durante meses, empieza a divertirse. Y, lo más importante, a pasar página y olvidarla. Desde que se ha despertado esta mañana, ha estado escuchando música *cortavenas*. Ha sido horrible despertarme con esa banda sonora. Era como si estuviera en medio de un sueño malo, uno de esos en los que caes al vacío durante segundos interminables, a la nada. Me he levantado con la intención de cagarme en toda su familia, aunque, cuando lo he visto en el salón, con esa cara de vómito verde, me ha dado pena y lo he dejado estar. Porque se le pasará pronto, ¿verdad?

Sonrío y le guiño un ojo, solo para cabrearlo más antes de irme para dentro. Noemí está recogiendo una mesa y Lidia le sirve una copa a un tío que se la está comiendo con los ojos. No le culpo, porque es una chica muy atractiva. Además, hoy lleva puesto un top blanco que deja todo al descubierto, la falda corta con vuelo también ayuda a ver piel. Él está sentado en un taburete, apoyado en la barra, y le acaricia la mano mientras ella vierte la tónica en su copa. Tienen confianza, porque ella no se aparta y le está mirando con una curva en los labios. Vaya, voy a interrumpir algo.

—¿Qué necesitas, bombón? —Ese apelativo cariñoso me ha sonado a MQMF. Y, a ver, que ella no tiene ni treinta. ¿O sí? Al final acabaré preguntárselo.

El tío aparta su mano y se gira sin disimulo para verme, juraría que se le acaba de borrar la sonrisa que lucía hace unos segundos.

—Cambio. —Sacudo los billetes entre los dedos y paso detrás de la barra.

—Espera, ahora te lo doy. —Se da la vuelta y abre la caja.

—Perdón, creo que he interrumpido algo —le susurro cerca del oído cuando me coloco detrás de ella. Huele a cítricos. Huele bien.

—Tranquilo, eso se interrumpió hace tiempo —me confirma entre susurros para que él no se entere—. ¿De diez?

—Si tienes alguno de cinco, mejor. —Doy un paso a la derecha para dejarle espacio. Y porque pegarme tanto a su culo no es bueno. Ahora no, quizá luego...

—Yo tengo dos de cinco, si quieres, que todavía no me has cobrado. —Su amigo se mete en la conversación y vuelvo a mirarlo. Castaño, ojos marrones, pelo tirando a largo, con mechones más claros. Me apuesto lo que quieras a que es *surfer*, siempre se les distingue.

—Tú estás invitado, Hugo —afirma ella y vuelve a contar los billetes para dármelos.

Cuando los cojo, acaricio su mano como antes estaba haciendo él y carraspeo. La muy cabrona se ríe y, sin previo aviso, lleva su otra mano a mi paquete y lo roza, haciendo un círculo suave por encima de la tela de mi vaquero. Por el rabillo del ojo veo como su amigo, o su ex, o lo que sea, nos observa y cabecea. No sé si me está utilizando para ponerlo celoso o, simplemente, está tonteando de nuevo. Lo único que tengo claro es que está despertando a la bestia y todavía quedan un par de horas para cerrar.

—Tú estás a puntito de quemarte, Gael —masculla y se aleja a atender a otra chica.

Se me escapa una carcajada y, en ese instante, llega Noemí, que se pone a hablar con ¿Hugo? sin entrar en la barra. Cuando me ve reírme, me pregunta:

—¿Cuál es el chiste?

—Mejor que te lo cuente ella, me voy afuera con Bruno.

La siguiente hora no paramos. Es como si la gente hubiera estado esperando a que dieran las doce para aparecer y pedir todas las copas que no hemos servido hasta ahora. Es lógico, porque, aunque el pueblo tiene buen ambiente durante el día, por la noche no hay garitos que abran hasta tan tarde, excepto nosotros. Por eso todo el mundo termina concentrándose aquí o haciendo botellón en la playa. Alguna petición nos pone en un apuro, porque no tenemos ni idea de cómo prepararla. Menos mal que Noemí viene con toda su buena disposición y nos explica cómo hacerlo. Mi amigo se excusa diciendo que somos nuevos e invita a los clientes a un chupito por la espera.

Tengo que hacer varios viajes al almacén para reponer las neveras, y por eso también se me pasa el tiempo más rápido. En esos paseos al interior, me cruzo con Lidia. Sin embargo, dentro también hay movimiento, así que, con la mirada y los labios, porque han subido un poco la música y nos cuesta oírnos, nos lanzamos mensajes bastante explícitos. Puto tonto. No sé si me dice que quiere comerme la polla o solo es mi subconsciente el que entiende eso cuando ella abre la boca. Que sí, que es mi jefa, pero tampoco está acosándome, ni yo a ella. Somos mayores de edad y es evidente que esto es un calentón. Si ella quiere, no veo por qué no vamos a poder liberar la tensión. Es sexo. Solo sexo.

El tal Hugo está ahora en la terraza, sentado con más gente en una de las mesas que hay debajo del árbol. Han pedido a Lidia las copas, no a mí. Desde la barra distingo a otro chico, con la misma pinta de surfista que él. Este no se ha molestado en quitarse ni el bañador ni las chanclas, y lleva un colgante con una tabla de plata en el cuello. Aparte de que siempre se los reconozca, suelen ir en manada. Con ellos está sentada otra chica. Solo veo su espalda cubierta por su pelo.

Tiene una melena rubia larguísima, ni rizada ni lisa, ondulada, de las que llegan hasta la cintura. Cuando terminan sus copas, se levantan para irse, pero no les veo las caras. El amigo de Lidia le pasa un brazo por encima a la rubia y llegan hasta la puerta muy abrazados, mientras el otro se ríe de algo que dicen. Si siguen así se van a fundir. ¿Querrá darle celos a Lidia? Pobre.

Quince minutos antes de la hora de cierre, ya se ha ido todo el mundo. Apagamos la música y cerramos la puerta. Recojo las mesas con Bruno y las dejamos limpias, en la medida de lo posible; por las mañanas viene una chica que se encarga de la limpieza más profunda. Contamos el dinero de la caja. Afortunadamente, nos cuadra a la primera, así que se lo llevamos a Lidia, que es la encargada de guardar la recaudación en la caja fuerte. La pillamos contando todavía la suya.

—Estoy reventado, tío. Me voy a meter en la cama sin quitarme ni la ropa —me dice mi amigo.

—Me faltan cien pavos y lo he contado tres veces —asegura Lidia con todos los montones de billetes encima de la barra.

—¿En serio? —Noemí resopla y mira su reloj—. Son las tres pasadas.

—Vete. Ya lo vuelvo a contar yo —le dice Lidia.

—Es que está esperándome fuera...

—Tira, anda. Hasta mañana. —Lidia se despide con la mano y vuelve a centrarse en el dinero.

—Vete tú también. Yo me quedo con ella —le digo a Bruno.

Mi amigo me mira y arquea una ceja, después la mira a ella, que le dice adiós con la cabeza y vuelve a coger el primer montón de billetes. Masculla algo parecido a un adiós y se gira para marcharse. Cierro la puerta por dentro antes de ir a la barra.

—Déjame a mí.

Empiezo por las monedas, incluidos tres paquetes de dos euros que están todavía en el cajón. Luego sigo con los billetes y la primera cifra que me sale es la exacta.

—Listo.

—¿Estás seguro? Si lo he contado tres veces. No puede ser —se lamenta ella.

—Está bien, Lidia. Mira. —Hago el recuento de nuevo en voz alta—. Si esa era tu excusa para quedarte conmigo a solas, no era necesaria.

Siento cómo se pega a mí por la espalda y, antes de que pueda darme la vuelta, pasa su mano por mi paquete. Sonrío y me giro. Tiene los ojos brillosos y, a pesar de la poca luz que hemos dejado encendida, observo como se mordisquea el labio, impaciente. ¿Es esto lo que quiere? Pues es lo que va a tener. Llevo mis manos hasta su cintura y la reto con la mirada, esperando su siguiente movimiento. Su cuerpo se acerca más al mío y se queda a punto de comerme la boca. Sonrío de nuevo, aunque no me muevo un milímetro. Estoy dándole la oportunidad de que se lo piense un poco más. Lo tiene clarísimo. Frota su palma por mi entrepierna con ímpetu y, entonces, nota que debajo del vaquero hay vida.

—Vaya. Y yo que pensé que también estarías cansado.

—Para follar, nunca.

—Pues ya somos dos.

Se mueve antes de que ataque su boca, porque ya no puedo esperar más. Recoge todo el dinero y lo mete en una bolsa de las que se usan para congelar. Para no dejar de calentarme, pone el

culo en pompa y sigue restregándose. Sin pensármelo, cuelo mis manos por debajo de su falda y me aferro a la carne de sus caderas.

—¿Aquí? —inquiero con la voz más ronca de lo habitual.

—No.

Tira de mí y entramos en el almacén. La puerta de la caja fuerte está abierta, así que mete el dinero, sin mucho cuidado, y cierra con el pie. Sin decir ni una palabra más, se lanza a mi boca. Su lengua se abre paso hasta que choca contra la mía. Es un beso húmedo y demandante. Sus manos son igual de ágiles; se enganchan a los botones de mi bragueta con prisa, en busca del tesoro. Llegados a este punto, tengo dos cosas claras. La primera es que vamos a follar. Y la segunda es que va a ser rápido. Tal y como me busca, se va a saltar los preliminares.

—Joder, Lidia —gimo cuando me saca la erección del todo, sin bajarme el pantalón, y se dedica a estrujarla entre sus dedos.

Actúo rápido y tiro de la tela de su top para sacarle las tetas del sujetador; es de los que no tienen tirantes, así que no me cuesta nada vérselas al completo. Son grandes y redondas. ¿Operadas? Puede. Demasiado duras al tacto. Nunca había tocado unas de catálogo. Las estrujo y juego con sus pezones. Lidia se retuerce, espero que de placer. La elevo del culo a pulso y la apoyo sobre la mesa que hay al lado de las jaulas de cerveza. Nos magreamos unos minutos más sin deshacernos de toda la ropa, aunque sí que le quito el tanga, porque me estorba. Tanteo su coño con los dedos y no meto mi cabeza entre sus piernas porque, cuando voy a agacharme, ella tira de mi pelo para volver a besarme; si chuparme los labios con la lengua como una posesa puede considerarse un beso. Le gusta ir al grano. No pienso protestar y tampoco voy a mostrarme indeciso. Follo desde que tengo dieciséis años, la única diferencia con las otras veces es que ella es mayor. La dinámica es la misma. El condón lo saco del bolsillo de mi pantalón y ella me lo pone.

—Tienes prisa —afirmo, no pregunto.

—Tengo ganas. Las he acumulado toda la noche.

¿De mí? No creo. Supongo que no se refiere a las ganas de hacerlo conmigo, sino a las de hacerlo, en general. Y me parece cojonudo que quiera aliviarse, sin darle vueltas al asunto y más si es conmigo. Ella misma es la que se la mete. Después, lleva sus manos a mi culo y me anima a empujar hasta llegar al fondo. Lo hago, cada vez más rápido y más fuerte. Estamos los dos muy motivados. En cuanto veo que se lleva dos dedos al clítoris y se acaricia, poso mi mano encima de la suya para acompañarla, nunca me ha gustado ser solo un espectador. Y, entonces, acelero al máximo. Ya no hay vuelta atrás. Terminamos un minuto después. Sudados, pegajosos y saciados. Cuando voy a darle un último beso lleva su mano a mi mejilla y me esquiva.

¿Una cobra? Vale, lo capto. Nada de muestras de cariño después.

Salgo de ella con cuidado, sujetando el preservativo para que no se derrame nada. Me lo quito y le hago un nudo. No sé si tirarlo a la papelera que estoy viendo o llevármelo. Al final, me lo guardo en el bolsillo. Ya lo tiraré luego en casa. Ella se pone de pie y se coloca la ropa, menos el tanga, que se lo guarda en el bolso. Yo también me visto y espero a que esté lista para salir juntos y cerrar.

—Gael, esto solo ha sido...

—La bienvenida. —Termino la frase por ella, restándole importancia.

No hace falta que me dé explicaciones. No se las he pedido.

Lidia se ríe y me da un beso en la mejilla antes de meterse en su coche y desaparecer.

6

¡Ha sido un accidente!

GAEL

Salgo de la ducha y no hay ni rastro de Bruno. Son casi las dos de la tarde y hace un día increíble. Mi amigo se habrá marchado. No sé, podía haberme avisado o haber dejado una nota en la nevera diciéndome adónde iba, como hacen las parejas; al fin y al cabo, nosotros, este verano, somos una, y no lo digo en plan moñas, ya me has entendido.

No lo veo desde que salió anoche del *pub*. Yo no tardé tanto en subir a casa, porque el polvo con Lidia fue... fue rápido, un *metesaca* en toda regla. Ella se corrió, que siempre es importante. Yo me corré, que, indudablemente, también lo es. Y ambos disfrutamos de, no sé..., ¿cinco minutos? No soy tan rápido ni cuando me la pelo solo. Supongo que las expectativas fueron demasiado altas. Y, a ver, después de haber currado mil horas, el almacén tampoco era el mejor lugar para follar. Fue de desahogo. De trámite. Lo puedo hacer infinitamente mejor, te garantizo que ella no ha visto mi mejor versión. Como le dije, este solo ha sido el de bienvenida. Bienvenida al pueblo, al verano, a las turistas que están por llegar, porque tengo intención de follar mucho más, sin embargo, no tiene por qué volver a ser con ella.

Dejo la toalla en el baño y me muevo por el piso desnudo, ventajas de que no haya nadie. Cojo un pantalón corto vaquero del armario y me pongo una camiseta blanca. También descuelgo la sudadera que está en la percha, detrás de la puerta. Voy a ir en moto y no quiero congelarme. Miro la hora en el móvil y veo que tengo dos mensajes de mi madre.

Mamá:

Gael, tu hermana quiere comer contigo, y mira qué hora es.

Mamá:

¿Quieres dar señales de vida?

Cagada. Tenía que haberme puesto una alarma anoche. La verdad es que caí encima del colchón rendido, tanto que no abrí ni la colcha, solo me desnudé.

Pillo el casco en la entrada y cierro la puerta con llave. Bajo por las escaleras a toda prisa y salgo pitando del portal. Tengo la moto aparcada justo enfrente. Me pongo la sudadera, me guardo el móvil en el bolsillo y me coloco el casco, aunque dejo la visera abierta. Me monto y quito la pata para empezar a maniobrar dando marcha atrás. Me cuesta porque está entre dos coches y me han dejado muy poco espacio. Todavía tendrán los huevos de decir que los de las motos somos los que siempre aparcamos mal. Enderezo la rueda de atrás para meterme en la carretera y arrancar. Justo entonces, un chillido me hace detenerme en seco.

—¡Para! ¡Para, joder! ¡Para!

¿Qué cojones? Me vuelvo y los chillidos empiezan a subir de volumen. No solo los de la chica que está agachada en la carretera, sino los del perro, que está tumbado en el asfalto. Y para

colmo, las voces de un grupo de niños que van vestidos con los trajes de neopreno y llevan las tablas de surf bajo el brazo. Se acercan a ver qué ha ocurrido y nos rodean. ¿Qué narices ha pasado? Vuelvo a poner la pata y me bajo de la moto mientras me quito el casco y lo poso en el asiento. La patata me va a mil. ¿La he pillado a ella? ¿A los niños? ¿A todo el puto pueblo? Porque cada vez aparece más gente. Me sudan las manos.

—¡Tubo, tranquilo! —balbucea ella y me doy cuenta de que le tiembla todo el cuerpo. ¿Ha dicho tubo? ¿Tubo? ¿El tubo de escape? Les habré golpeado con eso. No entiendo nada. No sé a quién he pillado.

—¡Hala! ¿Lo ha matado? —dice uno de los mocosos.

—No. ¿No ves que respira? Menos mal que no hay sangre. Yo odio la sangre... —comenta otro y cada vez se ciernen más sobre nosotros, cerrando el círculo, por lo que me empieza a faltar el aire. Ella no deja de temblar, nerviosa.

—Apartaos —estallo y me agacho para ver qué ha ocurrido—. Lo... lo siento. —Bajo el tono—. No os he visto. ¿Estáis bien?

Silencio. Uno que me parece eterno. Ella sigue sin levantar la cabeza para mirarme, solo protege al perro con todo su cuerpo. Oigo sus respiraciones profundas antes de que empiece a hablar. Inhala. Mantiene. Exhala.

—¿A ti qué coño te pasa, tío? ¿Es que no miras cuando das marcha atrás? ¿Estás ciego? ¿O simplemente eres idiota? —me espeta como si hubiera salido de un trance. Y ahora sí que me mira. Aunque no sé qué es mejor, porque lo hace mal, muy mal. Menudo carácter.

Vamos a ver, ha sido sin querer. Y no veo sangre por ningún lado. No he podido hacerles tanto daño, porque apenas he sentido el impacto. Además, ni tan siquiera había encendido el motor todavía. Ha tenido que ser solo un pequeño toque.

—No os he visto. ¿Tú estás bien? ¿Solo ha sido el perro? —me intereso.

—¿Cómo que solo el perro? ¿Te parece poco, idiota? —se indigna.

—Solo estoy preguntando, tranquila.

—No sé, es que igual también querías atropellarme a mí o a los niños.

—Te he dicho que lo siento. —Dos. Dos veces me ha insultado ya. No sé si voy a consentir que lo haga una tercera.

Mientras trato de calmarme, la observo. Tiene cara de niña buena hasta con el ceño fruncido. Es como si estuviera perdonándome la vida, que también puede ser. Tono de piel dorado. Dos franjas blancas de protector solar, las que usan los que practican deportes al aire libre, le cubren las mejillas y parte de la nariz, que son las zonas más sensibles. Por eso, apenas se le distinguen las pecas que tiene debajo, y que solo veo cuando me acerco más a ella. Se nota que está muy enfadada, aun así, no puedo evitar fijarme en su boca, ya sabes que tengo una obsesión con los labios. Pues bien, los de ella son carnosos y definidos. Y ahora dibujan una línea recta, muy recta. Lo extraño es que lo que más me impacta son sus ojos. Son increíbles. Y eso que, si las miradas matasen, mis amigos y mi familia ya estarían planificando mi entierro. Son de un color indefinido, entre verdes y grises, de esos que, dependiendo de la luz, parecen de un tono o de otro; bonitos, pequeños y algo achinados.

Como se da cuenta de que me he quedado observándola, manda a los niños irse hacia la escuela por la acera, en fila. También les pide que lleven su tabla y que le digan a un tal Leo que enseguida irá ella.

¿Escuela? ¡Ah, vale! Será una escuela de surf. Hay unas cuantas por esta zona. Claro, idiota. Vaya, no quería insultarme a mí mismo. Ella tiene el pelo mojado y también lleva puesto un traje de neopreno corto. Quizá ha terminado de dar clases a los niños. ¿Será la profesora? Es que es menuda, muy menuda. Los críos tendrían nueve o diez años. Soy malo calculando, pero tiene pinta de ser menor que yo. Mi mirada se desvía ahora a su pecho, pero solo porque respira de forma bastante agitada y me preocupa, no me gustaría que le diera un ataque de ansiedad o algo parecido.

—Vamos, Tubo. Intenta ponerte de pie, por favor, por favor... —suplica.

Joder. El perro se llama Tubo. Tu. Bo. Digo yo que se escribirá con be y no con uve, ¿no? ¿Qué clase de nombre es ese?

Primero, le toquetea el lomo con sumo cuidado y, después, la cabeza, para comprobar que no sangra. El perro no se levanta. Cuando llega a la pata derecha trasera, emite un quejido muy lastimero, y ella bufa, esta vez mucho más fuerte.

—Parece que es la pata, ¿no? Igual está rota. —Llevo mi mano hacia esa zona para tocarlo y ella me lo impide. Así que levanto las dos delante de su cara en son de paz. No tengo ni idea de perros, ni tan siquiera sé de qué raza es este. De tamaño es tirando a pequeño, con rizos marrones, y orejas lacias. No está muy gordo, quizá por eso no lo he visto cuando he dado marcha atrás. Aunque juraría que he mirado, y tengo buena visión periférica, mi entrenador siempre me lo dice.

—No lo sé, pero le duele. ¿No oyes cómo se queja? —El tono ha pasado de enfado a tristeza. A ver, el perro está agazapado en el suelo, supongo que asustado, sin embargo, la moto no estaba arrancada y no he podido darle un golpe tan fuerte, lo hubiera sentido—. Tranquilo, Tubo, ahora vamos al veterinario. Te vas a poner bien. Tienes que ponerte bien, amigo. No puedes dejarme sola. —Se acerca y le besa el hocico.

No me pasa desapercibida la lágrima que se limpia cuando se incorpora y lo coge en brazos. Me molesta ver llorar a las tías, no sé, no me gusta estar delante de ellas cuando eso sucede, no me preguntes por qué. Y menos si lo hacen por mi culpa. Ya le he dicho que lo siento, ha sido un accidente. Pienso en algo rápido. Muevo la moto para aparcarla de nuevo en otro sitio mejor, donde pueda salir luego de frente.

—¿Te largas? ¡Qué bonito! Lo atropellas, casi lo matas y ahora...

—¿Pero qué coño dices, niña? Solo estoy aparcando para acompañarte al veterinario.

—¿Tú?

—Sí, yo, el idiota. Aunque me llamo Gael, que es mucho más bonito. ¿Y tú eres...?

—Desde luego que una niña no.

Auch. No es solo cómo me lo dice, sino la mirada asesina que me lanza al hacerlo. A ver, que lo de niña ha sido una forma de hablar, que no sé la edad que tiene ni me importa. Lo raro es que haya acumulado tanta mala leche en un cuerpo tan pequeño. Además, pasa de estar triste a estar cabreada en un suspiro, eso es síntoma de inmadurez, ¿verdad? Me mira y se calla. Cuento mentalmente los segundos que pasan. Uno. Uno. Dos. Dos. Tres. Tres. Repetir los números es mi táctica de conteo. Justo. Tres segundos. Clavados. Ese es el tiempo que sus ojos han estado posados sobre los míos. Eso sí que no me lo esperaba. Molan, ¿eh? No se lo digo, no vaya a ser que se cabree más. Pues no son ni la mitad de preciosos que mi po... Ella chasquea la lengua

contra el paladar, como si estuviera escuchando mis pensamientos, y aterrizo de golpe. Comienza a caminar tan rápido que me deja atrás.

—Espera, mujer. —Me lo ha puesto a huevo. Doy dos zancadas para alcanzarla—. He pillado a tu perro, pero no soy de los que huyen. Así que vamos a ver qué tiene y así te quedas tranquila.

Suena mi móvil y lo saco del bolsillo. Es Axel. Coño, la comida.

—Axel, espera... —Le pido que me deje hablar antes de comerme la bronca—. No voy a llegar a tiempo, he tenido un accidente.

—Ja —espeta a mi lado la rubia—. Bonito eufemismo.

—¿Qué? ¿Dónde ha sido? Y tú, ¿cómo estás? —Oigo a mi madre por detrás toda cardíaca pidiéndole el teléfono.

—Estoy perfecto, Axel. Como siempre. —Me vengo arriba con la única intención de provocar a la dueña de Tubo.

—Buah... —suelta en cuanto me oye—. Qué patético.

—Espera, que te paso a tu madre —me dice Axel.

—No. No le des el teléfono, por favor. Dile que luego la llamo.

—Cobarde. —Pero ¿de qué va? ¿No va a cerrar esa pedazo de boca nunca? Me está tocando las pelotas a dos manos con su actitud. Sin embargo, será mejor ser cauto, al menos hasta que el veterinario nos diga que el perro no tiene nada grave.

—Pero, entonces, ¿tú estás bien? ¿Hay heridos? —me pregunta él.

—Yo estoy bien, en serio. He pillado a un perro.

—¿Lo has matado?

Pero vamos a ver... ¿qué les pasa a todos hoy?

—No, no está muerto. Estaba dando marcha atrás y le he debido de dar un golpe en la pata con la rueda. Voy con la dueña ahora al veterinario. Dile a mi hermana que mañana como con ella, que se lo prometo. Y ya me dirás lo que tengo que hacer para lo del seguro, que no tengo ni idea. Es la primera vez que tengo un accidente.

—Está bien —responde Axel—. Luego nos llamas con lo que sea.

La clínica veterinaria está a menos de quinientos metros. Leo en el cartel de la fachada que tienen horario continuo, así que la dueña de Tubo, todavía flipo con el hecho de que no me haya dicho su nombre, abre la puerta y pasamos al interior.

—Hola, Eli.

—Hola, Jana. ¿Qué le ha pasado a Tubo?

Bueno, pues se acabó el misterio, la chica de la recepción acaba de desvelarme su nombre.

Jana.

Jana, la niña ofendida.

Jana, la rubia despeinada.

Jana, la de los ojos *verdegrises*.

Jana, la de la boca imán.

Basta, Gael. A lo que estamos.

—Este —masculla con desprecio mientras me señala—, que ha atropellado a Tubo con su moto. Le ha pasado por encima y se queja de la pata de atrás, como esté rota...

¿Por encima?

Jana. Jana. Jana.

Hostias con Jana.

—¡Ha sido un accidente!

Casi guapo

JANA

—Deja de decir que ha sido un accidente, idiota —le reprocho.

Estoy cansada de que no deje de repetirlo, como si así redimiera su culpa. A ver, que quiero pensar que no lo haya hecho intencionadamente, pero él estaba dando marcha atrás y, por lo tanto, debería haber mirado por si pasaba alguien en ese instante.

—Y tú deja de insultarme.

—Está bien, chicos. No os enfadéis —nos riñe Eli, la mujer del veterinario—. Ahora le echa un vistazo Salva. No te preocupes, Jana, seguro que no es nada grave. Esperad ahí un minuto. Está vacunando a un cachorro y terminará enseguida.

—Vale. —Me resigno y voy a la sala de espera.

Me alegro de que no haya nadie, así seremos los siguientes. Cuando me siento, soy consciente de que estoy empapada. El susto y la mala leche me han cortocircuitado el cerebro y solo he pensado en traer a mi perro aquí. Acabo de salir del agua, de dar clase a los niños, así que tengo el neopreno calado y, encima, estoy descalza; a ver, que me encanta caminar sin nada en los pies, aunque eso no quiere decir que me guste hacerlo por todo el pueblo. Por si no fuera suficiente, también me chorrea el pelo. Tengo la melena larguísima, me llega hasta la cintura, a veces me da la ventolera y digo que voy a cortármela, pero suelo cambiar de opinión dos minutos después. Ahora, las gotas me caen por las puntas y salpican el suelo. Como era de esperar, el conjunto de todos esos factores hace que empiece a estornudar.

—Si quieres ir a cambiarte, puedo quedarme con él.

—Ja.

—Uf, qué miedo. ¿También muerdes? ¿O solo ladras?

—I... —Su dedo índice se acerca a mis labios y me los sella con un ligero roce.

Ese movimiento inesperado me bloquea y me quedo en silencio, al menos durante unos segundos. En cuanto recobro la respiración, estallo:

—¿De qué vas? ¿Quién te crees que eres para tocarme? —lo encaro.

Tubo levanta la cabeza al oír mi tono y le acaricio detrás de las orejas para tranquilizarlo. No conozco a este tío de nada, o al menos eso creo, porque cuando lo he mirado antes más de cerca, me ha resultado familiar. Quizá lo haya visto en algún sitio con anterioridad. Ahora bien, si se piensa que por ser casi guapo (mentira) y lucir esa sonrisa de capullo condescendiente, puede acercarse a cualquier chica, lo lleva claro. Con otras le funcionará, conmigo no.

—Rozarte —me contradice—. Solo te he rozado. No te he tocado, Jana. —Le da una entonación especial a mi nombre, entre suave y sarcástica, un poco infantil, que me provoca... No sabría decir qué es lo que me provoca exactamente, pero lo hace—. Y solo lo he hecho para que dejes de insultarme, porque sería la tercera vez y tengo un límite.

Lo miro. Mal. Lo miro muy mal. Además, no sé por qué me recreo de nuevo en sus ojazos. Azules, profundos y transparentes. Increíbles. Dependiendo del ángulo desde donde los miro son más o menos cristalinos, como el agua. Dios, me cabrea muchísimo esa comparación, porque, por si no lo sabes, el agua es mi elemento favorito. Mi oxígeno. Mi fe. Mi hábitat. Soy una yonqui del mar. Yo, si huele a salitre, respiro. Y ahora, como si se tratara de una maldita broma que me tenía preparada el destino, cuando le miro a los suyos, solo veo océano. Sus ojos son como una marea con marejada, mi preferida. Hipnóticos y estimulantes, todo a la vez.

Vale, esto es absurdo. Y raro, raro también. Porque yo nunca me fijo en los chicos, y él es uno, que encima va de listo, mis *favoritos* —modo ironía *on*—, con pinta de comerse el mundo y más cosas. Además, me lo acabo de cruzar y en la peor de las circunstancias. Todavía no lo entiendes, pero Tubo es una parte de mí, una muy importante, por eso necesito asegurarme de que está bien.

Regresa, Jana. Regresa, porque te has ido.

Vaya. Hacía demasiado tiempo que no me ausentaba en presencia de nadie. Me llevo la mano al costado y estornudo. Vuelvo a tocar la zona trasera de Tubo y, aunque hace un gesto de incomodidad, parece que se queja menos. Solo espero que no sea nada grave, porque no estoy preparada para verlo sufrir.

—Tengo una duda... ¿Tubo es con be o con uve? —¿Ahora va de curioso? ¿O de gracioso?

—Con be —ladro.

A ver, Jana. Si no te controlas, vas a darle la razón, solo te falta morderlo. Y no es una opción que esté barajando, ¿o sí? Él se inclina un poco hacia mí para acariciar la cabeza de mi perro, que está agazapado sobre mi regazo, y veo con más precisión sus labios. Carnosos. Rosados. ¿Mullidos? Hace tanto tiempo que no beso a nadie que mi amiga Iris ya me hubiera metido un codazo para que los probara. Por eso de tenerlos tan cerca, claro. Como si ella no supiera que al único que besé salió más sapo que rana. Desde entonces, no he sido capaz de volver a intentarlo. Si ella estuviera aquí, ya te habría hecho un análisis exhaustivo y detallado de toda la anatomía de ¿Gael? Ha dicho que se llama así, ¿verdad? No suena mal. Cinco minutos sentada con él le hubieran sobrado para hacerle la ficha. Yo soy de las que se expresan con pocas palabras, ahora bien, si me das mis pinturas y mi libreta, en unos minutos, lo clavo.

No obstante, voy a intentarlo. Alto. Piel clara, porque todavía no habrá tomado el sol. Pelo moreno. Lo lleva largo, peinado hacia atrás y un poco pegado, será por el casco. Como si me acabara de escuchar, se mete los dedos desde el nacimiento al lado de la frente para revolvérselo. Los ojos me los salto, que ya te los he mencionado antes. Nariz ancha, aunque guarda proporción con el resto de sus facciones, como la mandíbula o los pómulos. Medidas equilibradas para plasmar sobre el papel. Cuando abre la boca para sonreír, me enseña sus dientes, blancos. Muy blancos.

—Vale. ¿Practicas algún método para ahorrar palabras? —Me saca de este incómodo silencio que me había dejado bloqueada.

—No. ¿Y tú? ¿Practicas algún método para ser i...?

—¿Increíblemente amable y paciente con niñas bordes como tú? Pues no. Y es bastante raro, porque mi amiga Leah suele decir que el borde soy yo. Espera a que te conozca a ti.

¿Eh? ¿A mí? ¿Por qué va a tener que conocerme a mí? Si cuando salgamos por esa puerta, no vamos a volver a vernos. ¿O sí? No. Es difícil que volvamos a cruzarnos. Tiene pinta de ser un turista que ha llegado al pueblo para veranear. Una semana, a lo sumo dos, como la mayoría.

Aunque, escuchándole ahora con más calma, tampoco es que tenga ningún acento de fuera que pueda identificar.

—Jana. —Menos mal que Eli nos interrumpe—. Puedes pasar.

—¿Qué haces? —le pregunto cuando veo que se levanta.

—Voy contigo.

—No, gracias. Ya has hecho suficiente.

Me libro de él porque le suena su teléfono y atiende la llamada. Será su madre, con la que no ha querido hablar antes. Todavía me sorprende que alguien no quiera escuchar la voz de su madre, es más, me repatea el hígado oír como la mayoría de la gente joven echa pestes de sus padres y de todo lo relacionado con ellos. Yo daría todo lo que tengo por escuchar la de la mía, aunque solo fuera una vez más.

Durante los siguientes minutos, le cuento a Salva cómo ha ocurrido todo mientras él explora a Tubo. No para de tranquilizarme en todo momento, sabe de sobra que mi caniche lo es todo para mí. Me pone tan nerviosa verlo en la camilla que noto cómo me cuesta meter aire en los pulmones.

—Respira, Jana —me pide.

Llevo la mano a mi espalda y me bajo la cremallera del traje. Después, me saco la parte de arriba y la dejo sobre mi cintura. Intento coger aire despacio. Cuento cuatro inhalaciones y cuatro exhalaciones, un truco que nunca me falla. Hacía muchísimo que no me daba un ataque de ansiedad y me ponía tan nerviosa. Vuelvo a repetirlo.

—¿Mejor?

—Un poco.

—Ya verás como no es nada. Voy a sedarlo para que esté más relajado y le haré una radiografía para descartar una fractura. Pero, mira, ya no se queja tanto del dolor, eso es buena señal.

Veinte minutos después, ya tiene el diagnóstico. Todo indica que ha sufrido una pequeña luxación en la cadera, debido al impacto con la rueda. Si evoluciona bien en los próximos días, no habrá que operar. Claro que, para evitar que pase por el quirófano, tendrá que inmovilizarle la cadera y deberá guardar reposo. Eso es lo que más preocupa. Tubo está acostumbrado a seguirme a todas partes, sobre todo a la playa, y, cuando yo esté dando clases a los niños por las mañanas, no sé quién se va a ocupar de él. Es un perro muy inquieto, sigue teniendo la energía y la vitalidad de un cachorro y le encanta jugar.

—Entonces, ¿ya nos podemos ir? —Estornudo de nuevo y me fijo en que Tubo apenas levanta sus orejas con el estruendo.

—Todavía no. Voy a ponerle un antiinflamatorio y me llevará un rato inmovilizarle. Será mejor que vayas a cambiarte. De verdad que está bien, no tardará en bajar a la playa contigo. Ya lo verás. Hoy estoy hasta las diez, puedes venir a recogerlo antes de que cerremos. Así lo observo esta tarde. Te prometo que le daré mimos de tu parte.

—Está bien. —Me agacho y le beso la cabeza. También le acaricio detrás de las orejas, su zona favorita—. Tienes que ponerte bien, colega. Y no vuelvas a darme otro susto. —Otro beso de despedida—. Luego vengo a buscarte.

Supongo que Salva tiene razón y es mejor que se quede con él unas horas, por si acaso.

Cuando abro la puerta de la consulta, me encuentro a Gael hablando con Eli en la recepción. Le está entregando una tarjeta y ella anota los números en una hoja. Advierte mi presencia y desvía su mirada hacia mi pecho. Le sorprenderá verme con el traje en la cintura, pero llevo puesto mi bikini de triángulos naranja, tampoco es que vaya desnuda. Como soy imbécil y me pilla con pocos reflejos, agacho la mirada, por si se me ha salido una teta y no me he dado cuenta. Él se da cuenta, obvio, y se le escapa una sonrisa ladeada. Antes de que pueda abrir la boca para decirle algo, o para volver a insultarlo, se abre la puerta de la clínica y entra Hugo acelerado.

—Peque, ¿qué ha pasado? ¿Tubo está bien? —me pregunta y veo cómo Gael pone los ojos en blanco cuando lo ve. ¿O será cuando le ha escuchado ese *peque*? Les he dicho a Hugo y a mi hermano cientos de veces que dejen de llamarme así, que el mes que viene cumpliré dieciocho, pero ignoran mi petición. Siempre será la pequeña para ellos.

—Sí. Bueno, no del todo. Tiene una luxación en la cadera.

—¿Tú? ¿Has sido tú? —Ahora se dirige a Gael y lo estudia de arriba abajo, sin cortarse—. ¿Tú no eres el camarero de La Luna?

Bingo. Eso era. Claro que es él, por eso me sonaba su cara. Lo vi ayer en la barra de la terraza, desprendiendo testosterona, o como se llame la hormona esa que gastan los tíos buenos y creídos, que se piensan que, por su físico, cualquier chica caerá rendida a sus pies. La verdad es que todas las tías que estaban en el *pub* solo iban a pedirle las bebidas a él, me fijé precisamente por eso. Igual no estoy siendo muy objetiva con él, porque está más que bueno, pero es que el moreno, ojos azul marejada, me saca de quicio. Y, encima, su mirada ahora mismo me intimida un poco, porque es penetrante y perturbadora, eso también.

—Sí, el mismo. ¿Tú eras...? ¿Hugo? El amigo de Lidia, ¿no?

—El mismo.

—Soy, Gael. Encantado. Siento haber pillado al perro de tu... novia.

¿De tu qué? Encima ha hecho una pausa larga al decirlo, como si estuviera buscando la palabra adecuada. No me molesto en contradecirlo y Hugo tampoco. Solo se acerca a mí para saber si estoy bien y los dos pasamos de su culo. Me abraza y me da unos besos en la coronilla.

—Nos lo han contado los niños. Tu hermano tenía clase ahora con su grupo, así que, como tardabas, me he acercado yo. ¿Quieres que me quede con Tubo en lo que vas a cambiarte?

—También puedo quedarme yo. Total, ya no tengo nada que hacer hasta que entre a currar esta tarde —se ofrece Gael.

Qué pesadito. No se da cuenta de que no voy a dejar a Tubo con un extraño y menos con él, el causante del mal.

—No hace falta. —Hugo me abraza de nuevo cuando percibe mi tensión. Sentir su calor me reconforta. Sabe, igual que Eli y que Salva, que Tubo es mi compañero de viaje, que somos uña y carne. Y que no estoy preparada ni para perderlo ni para verlo sufrir. Mi perro es mi salvavidas —. Se va a quedar en observación —les anuncio—. Así que a la noche vendré a recogerlo.

—Vale, pues entonces vamos a casa. Estás congelada y mi tía nos está esperando para comer.

—Luego daré parte al seguro, pero, de todas maneras, le he dejado mi tarjeta. —Señala a Eli —. Pagaré todos los gastos. No te preocupes por eso.

Eli asiente con la cabeza y responde a una llamada, después, desaparece con el teléfono inalámbrico hacia la consulta.

—Eso es lo que menos me preocupa. No necesito tu dinero. Solo que, la próxima vez, te asegures de que no pasa nadie por detrás, y menos un perro que no puede advertirte.

—Ya te he dicho que lo siento, Jana.

—Vamos, peque. —Hugo abre la puerta y sale primero.

—Toma. —Gael me sujeta del brazo y sus dedos van a parar justo encima de mi cicatriz, debajo del codo. Es la más pequeña de las tres, pero la más dolorosa. Me aparto con brusquedad y él se extraña con mi gesto—. Es mi número. —Me tiende un papel con un móvil anotado a bolígrafo. Lo cojo—. Por si necesitas cualquier cosa o algún dato más.

—No me hace falta. —Lo arrugo y lo dejo encima del mostrador—. Ahora ya sé dónde encontrarte.

—¿Y yo a ti? ¿Qué pasa si yo quiero encontrarte? Dime, al menos, en qué escuela das clases, ¿no?

—Buen intento, pero va a ser que no. Hasta nunca, *casi guapo*. —¡No! Se me ha escapado. Aunque lo he dicho bajito, me ha oído, fijo. El sonido de su risa me acompaña mientras salgo por la puerta. Él también se va.

A mí me espera Hugo en la acera, y una ducha muy caliente antes de comer. A él, no tengo ni idea.

8

Casi fea

GAEL

Presiento que esta noche se lía, en plan bien, no me malinterpretes. Que en plan mal ya la lie yo ayer, a lo grande, además, atropellando al perro de Jana, alias *casi fea*. ¿Casi qué? Está bien, lo reconozco, es mentira. De fea no tiene nada, más bien todo lo contrario. Es guapa. Muy guapa. El problema es que, desde que me llamó *casi guapo* al despedirse, tengo la réplica en la punta de la lengua. Estoy contando los minutos para tenerla delante de nuevo y soltársela. Me muero de ganas de ver cómo reacciona, porque menuda mala hostia que tiene. Dicen que los perros se parecen a sus dueños, ¿no? Pues igual aquí está la excepción, porque Tubo ayer me pareció un buenazo, nada que ver con ella. Lo que más me ha descolocado es que salga con Hugo. Me parece un poco mayor para ella, aunque no quiero ser un hipócrita, que cuando es al revés no pongo pegas, así que olvida lo que he dicho.

Esta mañana he llamado al veterinario para preguntarle cómo estaba el perro. Me ha confirmado que Jana se lo llevó anoche a casa porque ya estaba mejor, aunque tardará unos cuantos días en recuperarse del todo. Presioné para que me dieran su dirección, aunque fue imposible por el rollo ese de la ley de protección de datos. Sin embargo, para dar parte al seguro necesito los datos de ella y del perro, así que han quedado en que la avisarán para que se ponga en contacto conmigo, hecho que, de momento, no se ha producido. Si no da señales de vida, tendré que preguntarle a Lidia. Si Jana sale con Hugo, seguro que sabe algo más sobre ella.

La Luna está hasta los topes. No hay mesas libres y apenas queda espacio entre unas y otras de toda la gente que está de pie. Hace un rato he salido a recoger los vasos vacíos, porque nos estábamos quedando sin ellos. Los chupitos de Jäger hoy vuelan. Si esto es lo que nos espera todos los sábados del verano, lo vamos a flipar.

—¿Ya han llegado? —me pregunta Bruno, nervioso.

—No, han escrito en el grupo que están cenando. Vendrán más tarde. ¿No has visto el wasap?

Me parece raro porque, desde que Silvia creó el grupo anoche y nos agregó, no han parado de bombardearnos con chorradas, memes y mensajes. Se llama «*Summer*», y el fin de su creación es estar al tanto de las quedadas y los planes durante las vacaciones, sobre todo para saber a qué playa vamos, si hace sol por aquí, o si hay alguna fiesta especial a la que acudir. Una especie de agenda, como si no tuviéramos suficientes grupos ya entre nosotros. «Uni». «Mamadísimo». «CabroBro». «*OnlyFriends*». «Equipo». «La familia sin Bru». «La familia sin Leah». «Cuarteto sin cuerda». Supongo que te harás una idea de los miembros de cada uno. Hasta tengo uno conmigo mismo para apuntarme las cosas importantes de clase. «Díselo a Gael». Originalísimo.

Las chicas y Neco han venido esta tarde a la playa. Hemos estado todos juntos disfrutando de un día muy bueno. Aquí, en el norte, los días soleados no están garantizados, por lo que cuando tenemos uno así, lo aprovechamos al máximo. Bruno y yo hemos estado con ellos hasta que nos hemos subido a casa para ducharnos y venir a trabajar. Ellos han debido de cerrar la playa.

Después, se han ido a cenar, sin pasar por el ático a cambiarse, aunque les dijimos que les dejábamos un juego de llaves por si querían subir.

El verano es la mejor época del año. Por el día, playa. Si hace malo, descanso o hago algo de deporte. Luego, ducha. Y por la noche, sí o sí, toca salir. Música, risas, buen rollo y alcohol (para el que le guste, que tampoco es obligatorio). Y así un día tras otro. El bucle perfecto. Bueno, nosotros, para variar esa dinámica, también curramos un rato, sin estrés, y encima disfrutando. Como hago yo ahora sonriendo a la italiana que está al final de la barra, que no ha parado de mirarme en toda la noche.

—No me ha dado tiempo. ¿Tú no ves cómo está esto hoy?

—Sí. Y deja de rayarte. Todavía vas a verla mañana, ya te despedirás a solas —le riño, porque sé que Mía sigue acaparando todos sus pensamientos—. Perdona, ¿qué me has pedido? —le pregunto a la morena con labios rojos que está levantando la mano desde hace un rato, como si estuviéramos en clase.

—Cuatro chupitos de tequila. —Me pone cuatro dedos delante de la cara y sonrío.

—¿Con limón y sal? —Chillo, porque hoy, además de las voces de la gente, está pinchando un DJ, así que es más difícil escuchar lo que nos piden a la primera.

—Sí, con tooodo. ¡Ey, chicas! Acercaos, que no voy a cargar con ellos —les pide a sus amigas.

Busco un hueco libre donde posar los vasos y se los sirvo. Menos mal que ya tenemos una bandeja preparada con el resto de condimentos y así vamos más rápido. Antes de bebérselos, me preguntan si puedo grabarlas mientras brindan. Hay gente esperando para pedir sus bebidas, pero, como no se impacientan, les digo que sí. Es muy difícil negarse cuando me miran con esos ojitos. Chocan los vasos, gritan una rima sobre el verano que no llego a entender, y, después, beben. Directo a su *story* de Instagram. Cuando voy a devolverle el móvil, me pide mi insta, así que yo mismo busco mi perfil y pincho en seguir. Demasiado *easy*.

—¡Camarero, cinco de esos! —grita Leah y se abre paso entre la marabunta, señalando los vasos que ahora están vacíos. Se encarama a la madera de la barra y me planta un beso en la frente. Me descojono cuando dos tíos que están esperando a pedirme sus bebidas la miran, flipados. El salitre no favorece la doma de su pelo, que ya es rebelde de por sí, y ese vestido blanco casi transparente también atrae las miradas.

—¡Que sean siete! —dice Mía muy entusiasmada y nos apunta con el dedo a Bruno y a mí.

A ver, nadie nos ha dicho que no podemos beber alcohol mientras trabajamos, aunque se sobreentiende que no vamos a cogernos un pedo cada vez que vengamos a currar. Además, tal y como está esto hoy, si nos sirviéramos una copa, no nos daría tiempo a tomárnosla. Sin embargo, un chupito es otra cosa. Son peligrosos, lo sé; no obstante, si no los mezclas, no matan.

—Yo paso —ladra Bruno.

—Venga, no seas aguafiestas. Es mi última noche con vosotros. Solo uno —insiste su ex.

Ha cedido. Solo tengo que ver la sonrisa que le pone a Mía para saber que se tomará ese chupito con ella. Me jode que siga cayendo con tanta facilidad; aun así, no voy a juzgarlo, simplemente porque yo jamás he estado así. Así de enamorado, o como coño se diga. Vamos, que nunca he estado tan colado por alguien como él. Por eso no sé cómo reaccionaría en su lugar, ni tan siquiera sé lo que se siente cuando alguien te deja, con o sin enamoramiento, porque siempre he sido yo el que ha cortado, no al revés.

—¿Solo tienes tequila? —pregunta Silvia—. Me sienta supermal al estómago.

—Te sienta mal porque siempre has bebido un montón antes, hermanita —le replica Anaís, de manera muy acertada, por cierto. Como ya he dicho, combinar copas y chupitos es la muerte—. Pero hoy solo te has tomado dos cervezas cenando. No te cortes —le anima la benjamina cuando me ve colocar siete vasos limpios y abrir la botella de nuevo.

—También tengo tequifresa —les informo.

—Sí, yo prefiero eso —me confirma Silvia.

—Lo que sea, que la vida es un día —argumenta Neco—. Además, luego vamos con mis padres, así que ninguno tendrá que conducir.

Lleno los vasos y le doy uno a Bruno. Los demás los cogen desde el otro lado de la barra y se esparcen un poco de sal en el dorso de la mano, menos mi compi y yo, que pasamos de la parafernalia, y Silvia, claro. Los alzamos a la vez y sonreímos.

—¿Quién hace el brindis?

Nos miramos los unos a los otros; el encargado de hacer las mejores rimas es siempre Asier y no está.

—Yo misma.

Ovacionamos a Leah por animarse.

—¡Vivamos a lo loco, que la vida dura poco! —vocea mi amiga y chocamos los vasos antes de llevárnoslos a los labios.

—¡Arg! Es lo peor —se queja Leah antes de chupar la sal y meterse el limón en la boca.

Muecas de asco y algún aspaviento es lo que sigue. La foto sacando la lengua se la mandamos a Asier. Nos da la risa floja al vernos los caretos.

Asier:

Os amo fuerte, idiotas.

Esa es su respuesta.

Bruno y yo seguimos a lo nuestro mientras nuestros amigos nos piden una ronda de cervezas y bailan con la música que pincha el DJ. En cuanto empieza a sonar *Tarot*, de Bad Bunny, se caldea el ambiente.

Media hora después, se calma un poco el jaleo y aprovecho para animar a Bruno a salir un rato a descansar.

—Vete con ellos. Me puedo quedar solo en la barra —le digo.

—Paso. Prefiero estar aquí.

—¿Por qué?

—Mírala. Es feliz, ¿no la ves? No quiero liarla. Ya no. —Suenan jodido.

Me giro para observar a Mía, no deja de reírse y de bailar. La que está algo más tranquila que de costumbre es Leah. Anaís y Silvia están hablando con unos tíos en la otra esquina.

—Un día más. Solo te dejo tener esa cara de acelga un puto día más. —Le amenazo con el dedo.

—Bésame el culo —espeta mi colega. ¿Otra vez sin argumentos?

—Luego, ahora voy a salir un rato a fumarme un piti.

—Vale.

Paso al lado de nuestros amigos y muevo la mano delante de la cara de Leah, parece ausente.

—¿Qué haces? —Arquea una ceja.

—Vamos, acompáñame a fumar. —No le doy tiempo a pensárselo. Cojo su mano y la arrastro hasta la puerta. Atravesamos el interior del *pub* y, un minuto después, estoy sacando el mechero del bolsillo.

—¿Cuándo lo vas a dejar?

—Cuando quiera, ya sabes que este no es mi vicio.

Mi amiga cabecea y se muerde la punta de la lengua para no batallar conmigo. Hacía como tres días que no fumaba, pero ahora me apetecía despejarme un rato. Darle unas caladas al pitillo no me va a matar.

—¿Ya sabes algo más de la dueña del perro?

Ayer, en cuanto llegó Bruno a casa y lo puse al día de la movida, no perdió ni tres segundos en informar al resto del grupo.

—No. Pero Lidia conoce al tío que sale con ella, así que, cuando cerremos luego, le preguntaré. Ahora, dime, ¿por qué coño estás así de ida?

—Por nada, solo estoy cansada. La playa es agotadora, y ni tan siquiera nos hemos dado una ducha después.

—El próximo día te puedes quedar a dormir con nosotros. Bruno no os ha dicho nada hoy, porque todavía está Mía.

—Lo sé. Han quedado mañana.

—Tengo unas ganas de que se largue.

—Gael...

—¿Qué? Es verdad, no voy a mentirte. Necesito que Bruno viva, no que sobreviva. Ya sé que no era la alegría de la huerta, pero estaba feliz, coño. Quiero que disfrute del verano, sin límites.

—¿Como tú?

—Sí, no sé por qué no seguís mi ejemplo.

—¿Cuál de todos? Porque eres una fuente inagotable de sabiduría —me pica.

—Lo sé. —Me pavoneo solo para ver el careto que pone—. Me refiero al de «solo la meto, no me comprometo».

—Sabes que el día que caigas lo vas a hacer hasta el fondo, ¿no?

—¿Caer, yo?

—Sí, tú. Vas a caer con tooodo —me rebate y me viene a la cabeza la morena de los chupitos de antes—. Y, ¿sabes lo mejor? Que me voy a partir el culo en tu cara. Será divertidísimo verte colado por alguna tía, amigo mío.

Doy la última calada al cigarro y lo apago. Antes de tirar la colilla al suelo, Leah, que tiene mucha más conciencia medioambiental que yo, me señala con los ojos la papelera que está debajo de la farola.

—Sigue soñando. Además, a ti tampoco te he visto nunca vomitar corazones.

Nuestros amigos salen del *pub* para marcharse y así me ahorro la charla que me iba a dar Leah por millonésima vez. Esa en la que me habla sobre las diferencias entre sentir solo una atracción sexual, como me pasa a mí con las tías, y experimentar una conexión con otra persona a muchos más niveles. Una que da lugar a que todo lo demás adquiera más sentido, sexo incluido. Ese es su tema de debate favorito conmigo, pero nunca me convencen sus argumentos.

—Gael... —me llama Mía. El padre de Neco ya los espera en doble fila—. A ti ya no te veré mañana.

—No. Que tengas un buen viaje —contesto frío y me gano la mirada asesina de Leah. ¿Qué quiere? ¿Que llore yo también?

—Cuídalo, ¿vale?

—Tranquila. —Avanzo hasta la puerta—. En cuanto te pierda de vista, se va a cuidar él solo.

—Ya te vale, Gael —me riñe Leah antes de cruzar para meterse en el coche.

Lo siento. Me ha salido del alma.

—Gael, deja de ligar y ponte a currar —me vacila Lidia cuando entro de nuevo.

—Podría decirte lo mismo.

Ella está fuera de la barra, muy pegada a un tío con greñas rubias, que la tiene agarrada de la cintura.

—Perdona, ¿ese es Gael? ¿El nuevo camarero? —pregunta él.

Me detengo y me giro.

—Sí, el mismo.

Arrugo el ceño, sorprendido. Lidia se aparta hacia un lado y, entonces, me fijo en su cara. El collar con la tabla de surf colgando de su cuello me da una pista. Es el que estaba el otro día con Hugo y con... Oh, vaya. Era ella, la chica del *pub* que estaba sentada con ellos era Jana. Esa melena larguísima es inconfundible, ayer la tenía mojada, por eso me despistó.

—¿Te conozco? —Avanzo hasta él con paso decidido.

—A mí no. Pero a mi hermana Jana sí. Eres el *atropellaperros*, ¿no?

—Prefiero *casi guapo* —siseo.

Lidia empieza a reírse.

Vaya, vaya, *casi fea*, ya te tengo.

9

No cuela, Jana

JANA

Ayudo a Marga a recoger los platos y a poner el lavavajillas. Las mañanas de los domingos suelen ser complicadas en el hostel, porque es el día de salida de la mayoría de los huéspedes. Pero, después de comer, el jaleo disminuye. Por lo que he leído antes en el libro de reservas, no estaremos completos hasta la tercera semana de julio.

—Para cenar solo seremos ocho. Así que no hace falta que me echés una mano esta noche, me puedo apañar sola —me comenta Marga.

—Puedo ayudarte, ya sabes que no tengo nada mejor que hacer.

—Descansar, eso es lo que tienes que hacer. Has pasado una semana muy intensa con los niños y, encima, está lo del accidente de Tubo. Te oí llorar anoche.

—¿Yo?

—Sí, sollozabas, en sueños. Casi subo a despertarte. Como paraste enseguida, no te quise molestar. Parecía una pesadilla.

Cojo una onza de chocolate negro del cajón y me la llevo a la boca. Recuerdo que me he despertado empapada en sudor esta mañana, pero no me suena haber tenido ningún sueño, ni bueno ni malo.

Mi habitación está en la última planta, que era la antigua buhardilla. Cuando nos mudamos aquí mi hermano y yo para vivir con Hugo y con su tía, la acondicionaron para nosotros. Consiguieron sacar un baño y tres habitaciones. La mía está enfrente de la de Hugo y al lado de la de Leo. En cambio, la de Marga está en la planta inferior y no debajo de la mía, precisamente, por eso me sorprende que me oyera. ¿Tanto grité? Y, ¿por qué no lo recuerdo? Supongo que el susto por lo que le pasó a Tubo me removió todo lo malo. Casi han pasado seis años. Seis años desde aquel maldito día, así que debería empezar a olvidarlo. O, al menos, a no recordar los detalles con tanta precisión, como me dijo la psicóloga que ocurriría. Por suerte, mi hermano y su mejor amigo no se han enterado; salieron de fiesta anoche y han regresado cuando estaba a punto de amanecer. Ahora, lógicamente, están tirados como dos despojos humanos en el sofá del salón comedor, con los portátiles encima de sus piernas, viendo vídeos de olas grandes.

—Puede que lo fuera. No lo recuerdo —afirmo.

—¿Ves? Necesitas desconectar.

—Está bien. Voy a subir a darle a Tubo el antiinflamatorio y me quedaré en mi habitación dibujando. Si necesitas algo luego, avísame.

—Espera. —Marga abre la nevera y saca un par de lonchas de jamón para que meta la pastilla entre ellas, a ver si así se la traga a la primera. Sonríe, porque me ha dado del que ponemos en los desayunos, que es el que más le gusta a mi perro.

Desde que lo recogí el viernes en el veterinario, no me he separado de él. Tubo y yo siempre estamos juntos. Y, ahora, con mucho más motivo. Como tiene que guardar reposo, apenas me

muevo de su lado. Cuando bajo a la cocina, lo tengo que dejar encerrado en mi habitación para que no me persiga. No quiero que baje las escaleras y se haga más daño. Tiene que reposar unos días, a ver si todo se coloca y no necesita pasar por el quirófano. No quiero ni pensarlo.

Cuando volví a casa el día del accidente sin él, se me vino el mundo encima. Me costaba respirar y tenía el estómago cerrado. Traté de disimular mientras comía (o esparcía los macarrones por el plato), con Marga y los chicos. Sin embargo, solo quería subir a mi habitación y acurrucarme en la cama. Menos mal que, por la noche, lo traje a dormir conmigo. Al final, he tenido suerte; ayer sábado no tuve alumnos y he podido ocuparme de él durante el fin de semana. Lo peor será mañana, lunes, cuando tenga que ir a dar las clases y no me quede otra opción que dejarlo solo tantas horas. Marga estará en casa todo el día, pero llegarán nuevos huéspedes y tendrá que ocuparse de las habitaciones, la limpieza y los desayunos. Ella se ha ofrecido a vigilarlo algún rato, pero no puedo cargarla con esa responsabilidad.

—¿No vas a la playa, peque? —me pregunta mi hermano cuando paso por el salón para subir las escaleras.

—No. Parece que hoy no va a haber olas. Voy a subir a dibujar. ¿Y vosotros?

—Nos iremos a casa de Daniela, luego —me informa mi hermano.

—Mañana tienes cuatro alumnos nuevos. ¿Podrás con todos? —se interesa Hugo.

—Sí, con ocho, perfecto. Es un buen grupo. Tres repiten de la semana pasada, y esos ya controlan un poco, así que no tendré problemas. ¿Y vosotros?

—Tu hermano tiene la mañana completa y la tarde casi. Yo tengo dos grupos por la mañana y dos individuales por la tarde. Estamos a tope. No sé si tendré que buscar a alguien más. ¿Cuándo viene Iris?

Me río. Está loco si se piensa que su prima va a querer dar clases los días que venga de vacaciones. Lleva taladrándome la cabeza desde hace meses; solo quiere quemar los días y desconectar de su estresada vida en Madrid. Se va a ir a Escocia para reforzar su inglés antes de empezar la universidad, así que solo vendrá unos días y no un mes completo, como hace siempre. Por esa razón, solo quiere coger olas y tumbarse en la playa. Ah, y por supuesto, salir de fiesta todas las noches. Vamos, como la mayoría de gente de nuestra edad. Yo soy la excepción. Si por mí fuera, solo saldría del agua para venir a dormir.

—Viene el lunes de la próxima semana, pero no cuentes con ella para dar clases, solo quiere desconectar.

—Y salir de fiesta, ¿verdad? —añade mi hermano.

—Exacto.

—Pues me parece cojonudo. A ver si así te saca de casa, peque. Que menudo año te has tirado estudiando. No has salido en todo el curso.

—Leo, no empieces... —protesto.

Todavía me descoloca que mi hermano no deje de animarme para que salga de fiesta desde que me dieron las vacaciones. Aunque no debería sorprenderme a estas alturas. Leo siempre me ha cuidado y me ha educado bajo su prisma y según sus valores: cabeza, libertad y diversión. Por eso nunca ha jugado un papel muy paternalista conmigo, más bien, todo lo contrario. Él me anima a que disfrute de la vida al máximo, aunque eso suponga cometer errores; según él, también forman parte del aprendizaje. El fallo es que Leo no sabía las ganas que yo tenía de acabar el instituto y dejar de ver las caras de mis compañeros. Desde que me pasó lo de Iván el

verano anterior, dejé de ser solo la rarita para convertirme en la rarita frígida. Así que me quedaron cero ganas de relacionarme con nadie. Lo peor fue que mis compañeras empezaron a alejarse de mí, como si lo mío fuera contagioso. Incluida Miranda, que se supone que era mi mejor amiga en el colegio, y con la que me seguía llevando bien. Por ese motivo, durante el curso, solo me he dedicado a estudiar, a coger olas, a dibujar y a tachar los días en el calendario hasta terminar la EBAU y perderlos de vista. Bueno, me sigo cruzando con algunos en la playa o en el pueblo, sin embargo, no es lo mismo un cruce de miradas exprés que tener que compartir espacio durante seis horas de lunes a viernes con ellos.

Dejo a los chicos en el salón y subo a mi habitación. En cuanto abro la puerta, Tubo levanta la cabeza y empieza a mover el rabo, deseando que cancele su encierro.

—¡Hola, colega! No se te ocurra moverte —le ordeno y me acerco a acariciarlo.

Escondo las lonchas de jamón con la pastilla en mi espalda, pero su olfato enseguida las detecta. Se las acerco a la boca y me río cuando se traga todo. Me chupa los dedos en busca de más y luego se relame. Miro la hora para controlar cuándo se lo he dado y, de paso, no olvidarme de que dentro de un rato tendré que sacarlo al jardín a hacer sus necesidades.

—Media hora y salimos. Te lo prometo. —Parece que me ha entendido. Se recoloca en su cama, que está a los pies de la mía, y agacha la cabeza de nuevo. Pobre. No me gusta nada verlo así, cabizbajo y triste.

Saco la libreta del cajón de mi escritorio y mi caja de lápices para bocetos. Antes de tirarme sobre el colchón, abro la ventana; me encanta ver cómo se mecen las hojas de la mimosa que tenemos pegada a la fachada. Me relaja y sí, sin duda, es justo lo que necesito.

Como le he comentado a Hugo, en unos días vendrá Iris. Y acabo de recordar que me pidió un dibujo del jardín, para llevárselo a Madrid, que todavía no he empezado. Concretamente, de su rincón favorito; detrás de los arbustos, al lado de la tapia de piedra. Allí hay un arco de madera, con una hamaca de tela colgada. Ese trozo de césped es un pequeño e íntimo oasis dentro de la finca, y a mi amiga le encanta estar ahí. Sus siestas en ese lugar suelen ser épicas. Estoy empezando a pensar en las proporciones y en cómo marcar el primer trazo, cuando oigo unos golpecitos en la puerta. Tubo es el primero que levanta las orejas, alerta. Yo me incorporo sorprendida, porque ni Hugo, ni Marga, ni mi hermano suelen llamar antes de entrar.

—Tenéis visita. —Marga abre la puerta y sonríe antes de dar un paso hacia un lado para que el chico que viene detrás de ella asome la cabeza.

¿Qué hace él aquí? Y, lo más importante, ¿cómo me ha encontrado?

—Hola —saluda Gael y me mira sin cortarse. ¿Siempre es tan descarado?

Cierro la libreta y me levanto de la cama como un resorte. Me estiro el *short* vaquero y me recoloco el top de ganchillo que me hizo Marga. Al estar tumbada se ha aflojado la lazada con la que lo sujeto en mi cuello. ¿Por qué narices le ha subido a mi habitación? Mi perro, en cuanto ha visto a Marga con él, ha decidido ignorarlo, dando por hecho que es un tipo de confianza, y, con la misma, se ha vuelto a acurrucar.

—¿Qué haces tú aquí?

—He venido a ver qué tal estabais... —¿En plural? ¿Por qué? Si a mí no me ha pasado nada —. Bueno, a ver cómo estaba Tubo —rectifica.

—¿Quién te ha dado mi dirección?

—Se la ha dado Leo —me confirma Marga. Maravilla. Ya le pediré explicaciones a él luego. La tía de Hugo nos mira a ambos y sonrío. Oh, no. No me puedo creer que ya se la haya camelado—. Dice que estaba preocupado, Jana.

—Sí, además necesitaba tus datos para el seguro. Ayer vi a tu hermano en La Luna, Lidia me lo presentó —añade él.

—Bueno. Os dejo, que todavía tengo que poner otra lavadora.

—Marga, no... —Quiero decirle que no se vaya, que se lleve a Gael, su olor a recién duchado, su colonia, y su par de ojos azul marejada lejos de mí, pero solo balbuceo como una idiota y no soy capaz de terminar ni una frase.

—Tranquila, Jana. Os dejo la puerta abierta.

Vamos, solo faltaría que nos dejara aquí encerrados. Menos mal que tengo la ventana abierta y corre el aire. Siseo un taco y me oye Tubo, porque abre un ojo. Gael, sin que le dé permiso, se acerca a él y se acucilla para acariciarlo.

—Llamé al veterinario y me dijo que estaba mejor y que te lo trajiste a casa. Aunque tendrá que guardar reposo unos días, ¿no?

Ladra, Tubo. Gruñe. Enseña los dientes. Quéjate. Haz algo.

Nada. Genial, colega. ¿No me digas que te cae bien?

—Sí.

Me acerco a ellos y paso la mano por el lomo de Tubo para apartar la de él, pero Gael no se inmuta, y vuelve a acariciarlo, esta vez rozando mis dedos, ¿intencionadamente? Pues no lo sé. La cosa es que, al ver mi reacción, algo desmesurada, quitando su mano, sonrío, con dientes y labios. Labios en los que me recreo tres segundos. Me pongo de pie y me alejo, todo lo que me permiten los doce metros cuadrados que tiene mi habitación.

—Espero que se recupere pronto. ¿Esto lo has dibujado tú? —Se levanta y se queda observando la pared de corcho que está enfrente de la cama. Ahí tengo colgados muchos de mis dibujos, recortes de revistas de surf, un mapa y alguna foto.

—No, mi prima.

—Ya. Y con esos lápices apuntas en esa libreta las borderías que dirás al día siguiente, ¿no?

—Me señala el despliegue que tengo encima de la cama—. ¿Me dejas verlas?

—¿Te crees gracioso?

—Y guapo. Gracioso, guapo y observador.

Sonríe, y lo peor de todo es que lo dice convencido. El ego de este tío no tiene límites. Me doy la vuelta y me asomo a la ventana, dándole la espalda. Mi melena larga, que llevo suelta, me sirve de barrera, para esconderme y poder respirar. No me gustan las distancias cortas, nunca me gustaron. Y, desde hace justo un año, las aborrezco. Más si tengo que soportarlas con un desconocido. No sé por qué extraña razón Gael invade mi espacio personal constantemente, lo hizo el viernes y lo hace hoy.

—Me flipa este —afirma y me giro para ver el que dice.

Se acerca al que está en la esquina izquierda. Un par de ojos rasgados, grandes y más verdes que los míos. Son los de mi madre y los dibujé para no olvidarlos. Su sonrisa también está plasmada en un papel, pero no la ha localizado.

—Te he dicho que los dibujos no son míos —miento como una bellaca.

—No cuela, Jana.

10

Vamos a ser amigos

GAEL

—Te he dicho que los dibujos no son míos. —Miente otra vez y no sé qué me hace más gracia, si ver su cara cuando me lo dice o lo nerviosa que se pone cuando ve que no me creo ni media palabra. Se cruza de brazos y se frota el codo derecho, en un gesto que ya la vi hacer el viernes.

—No cuela, Jana.

Desvío la mirada a otro dibujo. Este tiene una esquina levantada y no puedo evitar pasar mi dedo por ella, alisando la hoja. Es un perro, idéntico al suyo, sobre una tabla, surfeando una ola. Vale, Gael, eres idiota. Tubo se llama así por el túnel que hace la ola cuando se lanza hacia delante sin romperse contra el mar. Es jerga surfista. Evidentemente, no le había puesto ese nombre por una tubería. Sonrío al ser consciente de mi error, pero no digo nada. No quiero que se parta el culo en mi cara.

Me detengo en un mapa del mundo que está sujeto por las esquinas con chinchetas verdes, las de color rojo están concentradas en diferentes puntos de Australia.

—¿Puedes dejar de tocar mis cosas?

—Vaya, entonces sí que son tuyas.

—¿Siempre eres tan sobón?

Ladeo la cabeza y me muerdo la mejilla por dentro para no reírme. ¿Sobón? Eso ha sonado a abuelita. Si tú supieras...

—No lo sé. Nadie se ha quejado hasta ahora. ¿Tú siempre eres de la liga anticontacto?

Mi pregunta le fastidia. Solo hay que fijarse en cómo ha arrugado el ceño antes de asesinarme con la mirada. No pretendía ofenderla, solo seguir picándola. No sé qué me pasa, pero, desde que la conocí, no he podido sacármela de la cabeza. Hay algo en ella que me despista, y eso no es más que un aliciente extra para intentarlo.

¿Intentar el qué, exactamente?

No lo sé. ¿Conocerla? Supongo que me apetece saber más cosas sobre ella. Llámalo curiosidad. Me intriga. Y me descoloca su actitud conmigo. Quiero saber por qué no me soporta desde el minuto uno. Sí, ya sé que atropellé a su perro, pero no creo que tenga quejas, he dado la cara en todo momento.

Ayer, cuando conocí a su hermano, le pedí que me diera su dirección. Al principio, estuvo reticente, pero Lidia le dijo que era un buen tío y que se podía fiar de mí. Es verdad que necesitaba todos los datos para lo del seguro, así que terminó diciéndomela. Me confesó que el perro es muy importante para su hermana, aunque no me dijo el motivo. Me pidió que la perdonara, si se había puesto muy intensa el día del accidente.

Hoy me he despertado tarde, casi al mediodía. Bruno se ha ido a Santander a despedirse de Mía, así que he comido solo. Nada más terminar, he venido hasta aquí dando un paseo. El hostel Salitre está cerca de la carretera principal; gracias a las instrucciones de Google Maps lo he

encontrado a la primera. Al llegar, me ha recibido Marga, la tía de Hugo. Después de hacerme un examen visual exhaustivo y un cuestionario rápido sobre quién soy, de dónde vengo y qué hago aquí, me ha dejado entrar. Vamos, que he pasado su filtro. Mis respuestas han debido de ser tan convincentes que ella misma me ha acompañado hasta la habitación de Jana. Está en la última planta, es abuhardillada y grande. La decoración no sigue ningún patrón, es como si hubiera mezclado varios estilos, pero, por raro que parezca, todo encaja.

—Como ves, Tubo está mejor, ya puedes irte.

—Necesito los datos de los dos y tu móvil. —Oigo cómo resopla mientras saco mi teléfono del pantalón para buscar el chat conmigo mismo y anotarlos.

—Jana Mora González. Mi dirección es esta, ya la sabes.

—¿Vives aquí todo el año?

—Sí. ¿Algún problema?

—No, solo era una pregunta. No hace falta que saltes a mi yugular. ¿DNI?

Me lo da de carrerilla y, sin dejar que termine, también le pido su móvil. Lo guardo en la agenda. *Casi fea*. Después, me dice la raza de Tubo, es un caniche marrón, y su fecha de nacimiento.

—¿Y la tuya?

—16 de agosto de 2005. —Se arrepiente en el acto, porque se da cuenta de que ese dato no lo necesitaba para el trámite.

—Vaya, vaya, así que todavía no tienes dieciocho.

—Los hago el mes que viene —afirma a la defensiva.

—¿Y ya vives con tu novio?

—¿Qué novio?

—Hugo. Me dijiste que era tu novio.

—No. —Se aguanta la risa al ver mi reacción—. Eso lo dijiste tú, que eres de los que no ahorra en palabras, por eso tienes más posibilidades de cagarla.

—Pero tú no lo negaste. Os vi en La Luna, el primer día que curré. Esa melena tuya es inconfundible.

Automáticamente se lleva la mano al pelo, divide su melena en dos mechones y se los coloca por delante de los hombros. Me apuesto lo que quieras a que, aunque lo tenga limpio, huele a mar.

—Pues yo no me fijé en ti, como hicieron la mayoría de las tías que estaban en el bar esa noche.

¿Eh? ¿Cómo? Entonces, ¿se fijó en mí o no? No me queda muy claro. Ella sola ha caído en su propia trampa. Antes de que podamos seguir con la conversación, Tubo se levanta y Jana se agacha a cogerlo.

—Ya tienes todo lo que necesitas, ¿no? Pues te acompaño a la salida, tengo que bajar a Tubo al jardín.

—Trae, si quieres lo bajo yo. —Me acerco para cogerlo en brazos, sin darle la oportunidad de negarse. Vuelvo a rozarla. Esta vez no se aparta de manera brusca, porque está el perro en medio. El caniche me olisquea y me lame la muñeca, supongo que no le caigo tan mal como a su dueña, porque en ningún momento me gruñe.

—Ten cuidado, no lo aprietes mucho. Ahí le duele, todavía.

—Tranquila, ya sé lo importante que es para ti.

Se calla. Y el silencio lo inunda todo. Noto cómo coge aire, más fuerte de lo normal, antes de empezar a bajar descalza delante de mí las escaleras. En el último escalón, que da al salón, me detengo un segundo a observar la estancia. La decoración tiene los tonos del mar y es de temática surfera, muy acorde con ellos.

—Mola mucho este sitio —comento.

Un sofá azulón en forma de L, grande, al lado de una ventana que ocupa media fachada, por la que entra mucha luz. Una mesa baja, que es una tabla de surf, a la que le han colocado dos patas de madera. Una alfombra con dibujos de olas. Y, por último, las paredes, llenas de objetos colgados; la mayoría son cuadros de surfistas, también hay un par de tablas de monopatín, y hasta la figura de un tiburón de madera en la zona más alta. En el lado contrario, pegado a otro ventanal, está el comedor; una consola alargada de madera blanca, un par de mesas grandes y dos bancos azules a juego.

—Lo sé. Pero si sigues ahí parado, Tubo se hará pis encima de ti. —Me guía para que entre en la cocina y salimos al jardín por la otra puerta—. Déjalo con cuidado, ahí.

Obedezco y escucho que le dice que haga pis sin moverse mucho. Me apiado del perro, porque, con una dueña así de exigente, cualquiera le lleva la contraria.

Mientras Tubo olfatea el césped e intenta hacer sus necesidades con lo que tiene en la cadera, intento sacarle más información. Al final del jardín, que es bastante extenso, hay una pequeña cabaña de madera con el rótulo de la escuela. En el exterior tienen unos percheros con ruedas donde están colgados un montón de trajes de neopreno.

—Entonces, ¿eso es la escuela de surf?

—¿No sabes leer? Es lo que pone en el cartel.

—¿Y eres profesora en la escuela?

—Monitora.

Guapa y borde. Vaya, igual me suena esa combinación.

Tubo juega con unas hierbas y se mueve más de la cuenta, por lo que se gana otra advertencia de su dueña. Quiero saber más, quiero que me cuente su vida, pero es como hablar con una pared, y encima de las de piedra.

—¿No eres muy pequeña para dar clases?

Resopla y achina los ojos.

—¿Y tú muy mayor para ser idiota?

—Vamos, Jana. —Sonríe—. Solo estoy preguntando. Se puede mantener una conversación sin tener el cuchillo afilado en los dientes, ¿sabes?

—Es que esto parece un interrogatorio, no una conversación. —Desvía la mirada al perro y luego a mí. Arqueo una ceja, esperando a que se suelte un poco.

—¿Desde cuándo eres monitora?

—Empecé a dar clases a los más pequeños el verano pasado. Como me gustó, repito este año. Mis grupos van desde los seis años hasta los doce. Les doy clases grupales por la mañana. Por las tardes, ayudo a Marga con las tareas del hostel y los huéspedes. ¿Satisfecho?

—Qué va. Entonces, ¿la escuela es de Marga?

—No, es de mi hermano y de Hugo. Marga es la propietaria del hostel y de todo esto. Les cedió ese espacio en el jardín para que montaran la escuela.

—¿Y solo trabajan en esto? —me intereso.

—¿No piensas parar? —resopla.

—Todavía no. Vamos, es simple curiosidad. —No se lo digo, pero es que me extraña que se pueda vivir solo de esto.

—Pues sí. En invierno el tema está más flojo. Por eso ellos lo compaginan con otras actividades. Son creadores de contenido para algunas marcas de ropa deportiva y también colaboran en una revista. No son ricos, pero son felices.

—Suen a clase de filosofía.

—La felicidad no tiene nada que ver con el dinero —me rebate.

—A veces no, a veces sí.

Soy de los que piensan que tener pasta siempre ayuda. Yo no soy más feliz por tener dinero, que tampoco es que tenga muchísimo, pero puede que esté más cerca de la felicidad precisamente porque tengo menos preocupaciones en la vida por el hecho de tenerlo. No sé si me he explicado bien. Soy consciente de que no menciona a sus padres en ningún momento de la conversación, por lo que deduzco que es un tema delicado, así que tampoco le pregunto por ellos.

—Muy bien, Tubo. —Saca una galleta del bolsillo y se la da de premio.

—¿Yo no tengo galleta? También me estoy portando muy bien.

—Anda, así que también eres de esos.

—¿De cuáles?

—De los que no solo son creídos, sino que también necesitan que les coman la oreja todo el día para seguir sintiéndose bien. Muy típico.

Hos. Tias. Y el Óscar a la más borde es para... Jana.

—Típico es el sobao, *casi fea*.

—¿Qué tal, chicos? ¿Todo bien? —Marga aparece por detrás con un cesto lleno de ropa mojada.

—Sí. Gael ya se va.

—No. No tengo prisa. Espera, te ayudo. —Le quito el cesto de las manos a Marga—. ¿Lo vas a tender allí?

—Sí, allí. Oh, muchísimas gracias. Eres muy amable, cariño.

Tose, la niña tose. Como si le hubiera dado alergia lo que ha dicho sobre mí. Le dejo la ropa debajo de la cuerda y le voy dando las prendas para que ella no se agache. Jana nos observa desde la distancia con el perro ya en brazos.

—Ha tenido un año complicado. En realidad, nunca lo ha tenido fácil —sisea Marga para que ella no nos oiga. No sé lo que me quiere decir, pero tampoco es el momento de averiguarlo—. Necesita divertirse este verano, y no solo estando en el mar.

—Te diría que me gustaría ayudarla con eso, pero no he empezado con muy buen pie.

—Tú, tranquilo. Déjame a mí. —Me guiña un ojo. Pone la última pinza y coge el cesto para regresar al lado de la dueña del perro, que nos mira preocupada. Se huele algo, fijo—. Jana, he estado pensando, ya no tienes que preocuparte por Tubo. Gael se ha ofrecido a hacerse cargo de él por las mañanas mientras tú das las clases. Así ya no será una carga para mí. Además, si todo sigue así, solo serán unos días.

¿Cómo? ¿Me voy a quedar con el perro?

—Sí... —Titubeo porque estoy asimilando lentamente la información. Vaya con Marga, menuda lianta—. Puedo venir a buscarlo antes de que empiece tu primera clase, y luego vas a mi casa a recogerlo. —Se me ha ocurrido sobre la marcha.

Bruno me va a matar, pero, en cuanto la vea, lo entenderá todo. Lo entenderá porque me conoce como la palma de su mano.

—¿Eh? ¿Él? No sé. —Jana duda.

—Venga, es lo mejor. Así estarás más despreocupada durante las clases. Tubo ha hecho buenas migas con él, ¿no lo ves?

Acaricio al perro con suavidad ante la mirada inquisidora de su dueña, que no para de morderse el labio, con cierta efusividad. No lo pienses, Gael. No lo pienses. Su boca. Mi boca. Nuestras lenguas. ¿A qué sabrán sus besos?

Frena. A ver, que solo tiene un año menos que yo.

Visto así...

—Está bien, mañana a las diez menos cuarto aquí. A las dos, cuando termine la última clase, me paso a buscarlo. Mándame luego la dirección por wasap.

Marga me da un apretón en el brazo y se aleja. Cuando llega a la puerta, como Jana está de espaldas a ella y no la ve, levanta los dos pulgares hacia arriba y me sonrío. Tengo que aguantarme la risa para que no nos descubra.

—Muy bien. ¿Ves? Al final, tú y yo vamos a ser amigos.

—Solo vas a cuidar a Tubo, porque eres el culpable de que esté así. No te flipes. Y serán pocos días. No quiero que Marga esté pendiente de él, bastante trabajo tiene —comenta con pesar—. Así que tú y yo no vamos a ser amigos.

—Se lo decía a Tubo, *casi fea*. —La entonación es la clave. Abre la boca y la cierra sin emitir sonido.

Vuelvo a acariciar al perro y, un segundo después, enfilo el camino hacia la salida. No me doy la vuelta, así que no la veo, pero la escucho llamándome de todo.

De momento, Jana, vamos a ser amigos.

A ver si mañana me gano esa medalla

Gael

Tres minutos antes de las diez menos cuarto de la mañana, entro por la puerta de la escuela de surf. Exacto, ya no me acordaba de lo jodido que es madrugar tanto. Ya sé que esta hora es bastante decente hasta para estar de vacaciones, pero es que hoy me he levantado algo antes, porque he empezado a correr. Desde que dejé de entrenar, no había hecho nada de deporte y, aunque todavía no sé si seguiré jugando al fútbol un año más, no me apetece perder la buena forma física que tengo. Este cuerpo no se esculpe solo. Así que, a las ocho en punto, me he ido a correr por la playa. He intentado despertar a Bruno para arrastrarlo conmigo, pero me ha dicho que hoy es el *Blue Monday* de su vida, y que no tenía intención de salir de la cama en todo el día. No he insistido. En cuanto me vea aparecer con mi nuevo amigo peludo, va a espabilar y a llamarme de todo, no tengo dudas.

—Hola, ¿está Jana?

—Ha ido a buscar a Tubo. Pensé que no vendrías —me dice su hermano. No me mira, porque está ayudando a los alumnos a ponerse los trajes de neopreno en modo automático.

—Pues ya ves que sí. Soy un tío de palabra.

La escuela está abarrotada de niños. Los más mayores ya están cambiados y esperan afuera, al lado de las tablas.

—Vaya, el amiguito de Lidia. Pensé que no vendrías. —¿Otro igual? ¿Qué problema tienen conmigo? El tono de Hugo, que acaba de aparecer, es bastante forzado.

—Siento decepcionaros. Y me parece que los amiguitos de Lidia sois vosotros dos. —Ahora Leo sí que me mira, tanto que me va a desgastar. Esa mirada acojona. No he dicho nada del otro mundo, creo yo. Hugo solo coge aire por la nariz y lo expulsa por la boca con fuerza antes de mover el perchero. Solo hablo de lo que veo. Estos dos siempre están en La Luna, a veces juntos y otras por separado, no dejan de revolotear a su alrededor.

—¡Vaya! ¡Estás aquí! —exclama Jana, como si tampoco estuviera muy segura de que fuera a venir.

—Sí. Qué poca fe teníais en mí.

—Ninguna —masculla ella.

Le quito a Tubo de los brazos y lo saludo con unas caricias. Me olisquea como suele hacer y me río; de momento, es el único colega que tengo aquí.

—Jana, ya estamos listos. —Una niña muy morena, con un moño en lo alto de la cabeza, se cuela entre los dos.

—Vale, poneos por parejas para llevar las tablas y ahora nos vamos.

—¿Tu novio también viene? —pregunta la mocosa.

Me empiezo a reír solo. Lo han oído todos, aunque nadie me acompaña.

—No, Belí. Él no viene con nosotros. Además, no es mi novio. Ni tan siquiera mi tipo —sisea—. Venga, vete con los demás al jardín, ahora salgo.

No disimulo y me sigo riendo, solo que esta vez lo hago en un tono más bajo y más cerca de ella, por lo que noto cómo respira desordenadamente. Sus mejillas se encienden. ¡Oh, oh...! Alguien está entrando en calor.

Cojo un mechón de pelo que le cubre parte de la cara y se lo recoloco detrás de la oreja, luego me inclino y le susurro:

—Mientes fatal, *casi fea*.

—¿A qué esperas, Jana? Son casi las diez. —La advertencia de Leo hace que se sobresalte. Da un paso hacia atrás y casi se estampa contra el pequeño mostrador.

—Vamos —dice ella.

Salimos juntos y espero a que coloque a los niños en fila para bajar a la playa. El camino más corto es el que los lleva a pasar por delante de mi portal, así que los acompaño.

—No le des comida. Nada. Y menos dulce. Ponle agua para beber. Y sobre las doce o así, debería hacer sus necesidades. No dejes que salte. Ni que corra. Ni que se mueva.

—Valeee.

—¿Cómo que vale? ¿Ya está? ¿No tienes dudas? —Vaya carácter. Encima de que he escuchado sus instrucciones, se mosquea. No hay quien la entienda. Cuando pregunto, porque pregunto. Cuando me callo, porque me callo... En fin.

—Tranquila, tengo una hermana de tres años. Sé lo que es cuidar de algo tan pequeño.

—¿Algo tan pequeño? No sé si me ofende más tu comparación por tu pobre hermana o por mi perro.

—Venga, Jana. Relájate. Tubo estará bien. Somos amigos, ya te lo dije. Vivimos en el ático. —Le señalo el edificio cuando llegamos al portal—. Y tenemos una terraza enorme con vistas a la playa. Va a estar como un rey, mucho mejor que encerrado en tu habitación. Luego te mando un wasap y así me avisas cuando vayas a venir a buscarlo.

—Ten cuidado en la terraza. No lo dejes solo, no vaya a ser que... Esto es un error. Él nunca ha estado con extraños. Será mejor que lo lleve a casa. —Noto cómo coge aire y cierra los ojos, lo hace tan rápido que su pecho sube y baja sin control, como si estuviera entrando en pánico. El grupo ya está al principio de las escaleras para bajar a la playa. Solo espero que no llore, porque soy pésimo consolando.

—Ey, Jana, mírame. —Sostengo a Tubo con un brazo y llevo mi mano libre hasta la de ella para posarla sobre su dorso. Abre los ojos, descolocada por mi contacto, aunque, en esta ocasión, no se aparta, solo suspira. Acercó nuestras manos juntas a la cabeza del caniche y lo acariciamos unos segundos. Su tacto es suave. El del perro también, aunque ese me importa menos. Hace un ruido mostrando que está a gusto, el perro, no ella—. Voy a cuidar de él, ¿vale? Te prometo que él y yo hoy seremos uña y carne. No te preocupes.

—Está bien. —Se inclina y le da un beso en la cabeza. Cuando se yergue, me agacho unos centímetros y le señalo mi mejilla, a ver si cuela.

—En otra vida, *casi guapo*. —Vaya, qué rápido ha recuperado la mala baba. Se larga hacia la playa acelerando el paso.

Cuando entro en casa, todo sigue en silencio. Bruno está dormido, así que decido ir a despertarlo con el perro en brazos. Qué mejor que un buen lengüetazo en la cara para abrir los

ojos, ¿no crees? Aunque también te digo, despertarte con una lengua, que no sea de perro, en otro sitio, para mí siempre es un plus. Si estuviera aquí Leah, ya me habría metido un guantazo por cerdo.

—Bruno...

—¿Otra vez aquí? Eres el rey de los chapas.

—Sí, aunque ahora no estoy solo. Mira qué cosita más mona... —Pongo esa voz ridícula que ponen los adultos cuando hablan con los bebés, y entonces a mi amigo le pica la curiosidad. Como tiene la persiana bajada y no se ve apenas, se mueve para saber de qué estoy hablando.

—Dime que eso no es un perro.

—Esto no es un perro.

—¡No me toques las narices, Gael! No tengo la cabeza para tonterías.

—Me has dicho que te dijera que no era un perro, así que yo obedezco. Mira, Tubo, este es mi amigo, Bruno.

—Capullo. ¿Qué hace un perro aquí? Si se entera mi padre, nos matará.

Mientras se despeja, subo la persiana y abro la ventana. Tiene un aspecto horrible, pero no se lo digo.

—Es el perro de Jana.

—¿El que atropellaste? Vaya nivel de confianza, ¿no? Pensé que quería estrangularte con sus propias manos, no dejarte a cargo de su mascota.

—Creo que quiere ambas cosas.

—Uy, ¿y ese tono? ¿No decías que era una borde? ¿No me digas que ahora te mola?

—No digas tonterías. Solo estoy siendo amable.

—¿Con qué intención?

—Con ninguna. ¿Qué pasa? Soy un tío bueno. —Me parto el culo con mi doble afirmación—. Y ella está muy buena, también.

—Lo sabía. Aun así, no te pega nada cuidar de un perro, así que barajo dos opciones más. La primera es que ha herido tu ego pasando de ti, lo que me lleva directamente a la segunda, que es que quieres darle la vuelta a eso para tenerla comiendo de tu mano y pasar luego tú de ella. ¿He acertado?

—Más o menos. —¿Miento? Puede. O puede que solo diga media verdad. A ver, me jode que pase de mi culo sin conocerme, por supuestísimo, aunque lo de querer devolvérsela no lo tengo tan claro. Me intriga. Solo eso. ¿Un desafío? Quizá—. Si ayer no hubieras desaparecido durante todo el día, te habría contado nuestro acuerdo.

—Vale, vale. Necesito un café antes de que me cuentes esa movida. Y, por favor, saca al perro a la terraza, no quiero que ensucie nada.

Bruno y yo pasamos el resto de la mañana tirados en la terraza. No hace sol, aunque la temperatura es agradable. Lo pongo al día sobre mi visita de ayer a Jana, y le cuento lo poco que sé de ella. A su perro lo trato como un rey, como le he prometido. Le pongo un cazo con agua y hasta improviso una pequeña cama con una toalla y el cojín de uno de los sillones. La verdad es que Tubo es un bendito, no se queja ni una sola vez. Casi a las doce, me acuerdo de que es hora de bajarlo a hacer sus necesidades, y obligo a Bruno a acompañarnos.

—Cambia esa cara. Mía ya es historia —le digo cuando lo noto pensativo mientras busca las llaves.

—Estoy en ello.

Cuando cojo al perro en brazos para meternos en el ascensor, mi amigo se descojona. Me alegra que siga sabiendo reírse. Damos una vuelta cerca del edificio en busca de un sitio en el que pueda posarlo. El momento más chungo es cuando tengo que recoger su caca. Sí, sé que es lo cívico, no obstante, no deja de ser asqueroso. Al menos para los que no tenemos mascota y no estamos acostumbrados a hacerlo. Mi amigo se vuelve a *despollar*.

—Sonríe, *bro*. —Me hace una foto a traición con la cara de oler mierda, literal.

—Cabrón.

A continuación, la manda al grupo «*Summer*» y mi móvil no tarda ni tres segundos en empezar a vibrar. Leah es la primera que responde con un *gif* con mi jeto. Será mejor que pase de ellos.

Antes de la una del mediodía, le mando una foto a Jana de Tubo. Está tumbado y tiene mi cara cerca de su hocico, es bastante cómica, la verdad. El perro levanta una oreja, sorprendido por mi muestra de cariño, pero se vuelve a acomodar.

—Tranquilo, colega. A tu dueña le va a encantar —le digo.

Yo:

¿Nos echas de menos?

Jana no responde, así que supongo que estará dando otra de sus clases. La foto que acabo de mandarle también la publico en Instagram. ¿Jana tendrá un perfil? No lo había pensado antes. Tendré que buscarla. ¿Cómo se apellidaba? Mora. Eso es. Jana Mora. El texto para acompañar la foto me sale solo.

Mi nuevo mejor amigo (emoji perruno, cómo no). *El que me da amor por las mañanas*.

Antes de que guarde el móvil ya empiezan a llegar los primeros *likes*.

—¿Arroz o pasta? —me pregunta Bruno desde el interior.

—¡Pasta!

—No te muevas de ahí —le ordeno a Tubo cuando veo que tiene intención de bajarse de su cama.

Me asomo a la terraza y me fijo en todos los surfistas que están en el agua. Por su tamaño y esa melena, la distingo en la orilla. Tiene el agua a la altura de las rodillas y ayuda a un niño a colocarse bien sobre la tabla para lanzarlo al paso de la ola. Me gusta observarla desde aquí. Verla en su hábitat, el agua, que es lo que me dijo Marga. Solo hay que fijarse en la mayoría de dibujos que tiene colgados en la pared de su habitación.

Bruno me dice que ha puesto a hervir un kilo de macarrones, así que decido mandar un wasap a Leah para que venga a comer con nosotros, a ver si así, entre los dos, animamos un poco a nuestro amigo.

Yo:

¿Vienes a comer con nosotros?

Leah:

Vale, ¿hace sol ahí?

Yo:

No. Está nublado. Podemos ver una película y animar a este. Quizá a última hora nos podamos dar un baño.

Leah:

Ok. Llegaré sobre las tres.

Pongo la mesa en la terraza y, antes de que me dé cuenta, suena mi móvil.

Casi fea:

Estoy abajo.

Bruno se despide del perro hasta mañana y Tubo mueve el rabo, feliz.

Cuando salgo del portal, la veo apoyada en un coche, justo enfrente. Se ha cambiado de ropa, lleva una falda corta vaquera y una camiseta anudada por encima del ombligo. Tiene la piel del estómago color canela, como el pelo de Tubo. Cuando me acerco, se cruza de brazos delante del pecho y se toca el codo. ¿Te pongo nerviosa?

—Hola, colega, ya estoy aquí. —Se abalanza sobre mí para quitarme al perro de los brazos. Sonrío porque se les han iluminado los ojos, a los dos. Tubo le lame los brazos y mueve el rabo a toda velocidad.

—¿No te alegras de verme a mí, también?

—¿Quieres que mueva la cola? —contraataca.

—Eh... ¿Quieres que la mueva yo? —Igual me he pasado, pero es que me la ha dejado botando.

—Va a ser que no —replica.

—Venga, Jana... Si me he portado fenomenal. Mira qué contento está Tubo, todo gracias a mis cuidados.

Hago un puchero, a ver si así se ablanda un poco y baja la guardia. Jana levanta la mirada del perro para mirarme a mí. Noto cómo se detiene en mis ojos. Uno. Uno. Dos. Dos. Tres. Tres. ¿Otra vez lo mismo, Jana? Lo estás cogiendo por costumbre. ¿Te gustan? Pues a mí los tuyos *verdegrises* me flipan. Mucho.

¿Se lo digo? No. Todavía no.

—¿Quieres una medalla?

Jo. Der. Menuda borde.

—Oh, oh... —La voz de Leah, que acaba de escuchar a Jana, me impide entrar al trapo—. No sé quién eres ni lo que te ha hecho el borde de mi amigo, pero tienes todos mis respetos. A tus pies. —La capulla de mi amiga le hace una reverencia y veo que a Jana se le encienden las mejillas. Vaya, con público ya no eres tan valiente—. Hola, soy Leah.

—Yo... Ja... Jana —balbucea.

—Encantada. —Leah acaricia a Tubo y después me pasa la mano por la cara a mí, como si estuviera falto de cariño. La miro mal y ella se aguanta la risa.

Me doy cuenta de que Jana se queda mirando la mano de Leah hasta que esta la retira. Está descolocada, no hay duda.

—Bueno, nosotros nos vamos —nos informa Jana—. ¿Mañana a la misma hora?

—Sí —afirmo—. A ver si mañana me gano esa medalla.
Jana se gira y se marcha sin mirar atrás.
¿Y qué hace Leah? Descojonarse lo más grande. De mí, obvio.

12

Jana Banana

JANA

Suelto todo el aire que había retenido en mis pulmones cuando escucho a Salva, y por fin respiro aliviada.

—Jana, ¿estás bien? —me pregunta, extrañado.

—Sí, sí. Entonces, estás seguro de que no va a tener que pasar por el quirófano, ¿verdad?

—Pues prácticamente la operación está descartada del todo. Tiene que seguir en reposo unos días más y la semana que viene le haré otra radiografía para asegurarnos. Si todo va bien, será libre.

Llevo la mano al lomo de Tubo y lo acaricio, sigue tumbado en la camilla y, con lo inquieto que es, no sé por qué está tan tranquilo. Es como si el olor de la clínica lo dejara medio grogui, porque miedoso no es. Genial, ahora me deja por mentirosa. Empieza a mover el rabo, loco de contento, como si hubiera entendido lo que ha dicho el veterinario, al menos la última palabra, *libre*. Esa la ha tenido que pillar, de ahí su reacción.

Yo también estoy feliz. Me alegra saber que no van a tener que operarlo. Sé que las cirugías ahora son menos invasivas y no tienen nada que ver con las que se hacían antes, aun así, no me hacía especial ilusión que lo tuvieran que anestesiar y abrir. No estoy preparada para soportar la incertidumbre de una operación. Me volvería loca esperando a que todo saliera bien. Y, lo más importante, contaría los minutos para llevarlo de nuevo a casa conmigo. Puede que me pase de melodramática, aunque, créeme, de pérdidas sé un rato, y te puedo asegurar que ahora no puedo afrontar ninguna más.

—¿Has oído eso, colega? Si sigues portándote así de bien, pronto vas a poder correr y bajar conmigo a la playa. Buen chico.

Cuando se entere *casi guapo* de que sus cuidados están dando sus frutos, se va a venir arriba. Y te habrás dado cuenta de que el niño no necesita mucho para hacerlo, porque ya está en todo lo alto. Dejarle a Tubo estos tres días ha sido un acto de buena fe. Cuando peor lo pasé fue el lunes. Sufrí un pequeño ataque de ansiedad antes de entregárselo que casi me hace abandonar a mis alumnos y volver a casa con mi peludo, a encerrarme en mi habitación. Por suerte, Gael estaba allí, y, aparte de tranquilizarme, me mostró su lado más amable. Vi una pizca de preocupación en su cara; lo más probable es que no fuera por mí, porque no nos conocemos de nada, sino por la situación, que lo tenía descolocado. Si nunca has estado cerca de personas que sufren esos ataques, en muchas ocasiones repentinos, puedes estar un poco perdido y no saber cómo actuar. Él lo hizo bien, aunque, obviamente, estaba disculpado si no hubiera acertado. No es por justificarme, sin embargo, es normal que me entrara el pánico y me faltara un poco el aire, ¿no? Le estaba dejando mi bien máspreciado a un completo desconocido, que, además, tiene pinta de ser cualquier cosa menos un tío responsable.

Quizá le haya juzgado antes de tiempo, y me da rabia. Me da mucha rabia porque es una de las cosas que más odio que haga la gente, juzgar sin saber nada de la otra persona. A ver, que tampoco estoy pensando en ir a pedirle disculpas y alabar su buen comportamiento con mi perro. Lo primero, porque no me pega nada. Además, él y yo solo hemos mantenido conversaciones cortas, en las cuales le suelto todas las borderías que se me ocurren y que siempre se merece, según mi criterio. ¿Te he dicho ya que odio a los sobraditos? Pues eso. Y lo segundo, porque prefiero seguir manteniendo la línea de separación en la que nos movemos, por si acaso se equivoca.

¿Estás segura, Jana? ¿Segura, segurísima?

Sí. No sé.

A ver, creo que sí. Ya te he dicho que no me gusta nada. Bueno, en realidad, no me gustan los tíos como él. Los que se creen que han venido a este mundo para que los demás se postren a sus pies. Los que consiguen todo con su sola presencia, sin necesidad de esforzarse. La verdad es que... sus ojos azules, su pelo revuelto, su boca, su cuerpazo y hasta su sonrisa, amplia cuando escucha una de mis pullas, no me disgustan del todo. No voy a engañarte, Gael se ha aparecido, sin ser invitado, en algunos de mis pensamientos. Y eso es extrañísimo.

—Pues ya está. Pide cita a Eli para el próximo miércoles. —Menos mal que Salva me saca del bucle en el que había caído.

Me despidió de él, cojo a Tubo en brazos y paso por el mostrador para pedir la próxima cita.

—Han venido a buscarte —me informa Eli.

—¿A mí? —Me extraña, porque Hugo y Leo tenían clases.

—Sí, están en la sala de espera.

¿Están? ¿En plural? No entiendo nada.

Me asomo a la sala con infinita curiosidad y veo a Gael sentado en una silla con una niña encima de sus rodillas.

—Hola —les saludo.

—Hola, ¿qué tal está Tubo? —Se levanta, posa a la niña en el suelo y se acerca con ella de la mano hasta nosotros.

¿Será su hermana? Me parece que mencionó que tenía una de tres años, y esta es bastante canija. Por cierto, tiene un flequillo muy gracioso. Se llevan muchos años, así que es muy difícil encontrarles el parecido.

—Bien, ¿qué haces tú aquí?

—Ves, Sofía. —Se dirige a la niña—. Este es Tubo. Ya te dije que podríamos verlo, si no llorabas más.

Ella lo mira poniendo morritos, como si todavía no se lo acabara de creer. A continuación, me mira a mí antes de acercar su mano para tocar al perro. Tubo la chuperreteó y ella quita la mano entre risas.

—Hola, Sofía —me presento—. Este es Tubo y yo soy Jana.

—Hola, Jana Banana —suelta ella.

Abro mucho los ojos y me aguanto la risa.

—¡Sofía! —la riñe Gael, y cabecea.

A ella se le escapa una risilla y vuelve a toquetear al perro. Me los quedo mirando; bueno, en realidad, lo observo a él.

—Es por uno de los cuentos que tiene, se titula así —se excusa—. Aunque no te preocupes, no os parecéis en nada. La otra Jana es una orangutana. ¿Ya has terminado?

—Sí, aunque todavía no me has dicho qué estás haciendo aquí.

—He venido a ver qué te decía el veterinario. Quería haber llegado antes, pero mi madre me acaba de dejar a mi hermana para que la cuide toda la tarde, y no he podido llegar a la hora a la que tenías la consulta.

—No tenías por qué venir.

—Claro que sí, recuerda que Tubo es mi amigo. Además, quería saber qué tal han funcionado mis cuidados. ¿Está mejor? —¿Otra vez estás esperando una medallita? Pues espera sentado.

—Sí. Algo mejor. —Volteo los ojos como suelo hacer y él me ve, por lo que inmediatamente se le curvan los labios. Sin darme cuenta, mi mirada se posa en ellos. ¿Por qué narices me fijo también en su boca? Sus ojos. Su boca. Y de ahí no salgo. No lo entiendo. Él se da cuenta y también se concentra unos segundos en mis labios.

¿Esto está pasando? ¿Y este calor que me nace debajo del ombligo? No, imposible. Será el estómago, que lo tendré revuelto.

—¿Nos vamos? —Necesito salir a la calle.

Ellos me siguen. Gael coge a su hermana en brazos y se despide de Eli, que le confirma que ya habló con la compañía de seguros y que está todo solucionado.

—¿Dónde vamos ahora? —pregunta la niña.

—Vamos a acompañar a Jana y a Tubo a casa, ¿quieres?

—No... No hace falta. —Podemos ir solos—. Tubo y yo...

—Sí. Sí quiero —chilla Sofía entusiasmada antes de que pueda terminar la frase. Cómo voy a decirle que no, si me mira así.

Durante el camino, Sofía me va haciendo un montón de preguntas a toda velocidad, como una metralleta. Los años que tengo, mi color favorito, a qué colegio voy, el nombre de mi mejor amiga, qué muñecas tengo en casa, a qué me gusta jugar... Gael intenta calmarla, porque ha cogido carrerilla, aunque no lo consigue. En el fondo, está disfrutando con todo esto. Sabe que a ella no le puedo contestar con pullas como he hecho estos días con él, ni con monosílabos, así que, gracias a la inocencia de su hermana, espera con ganas a oír mis respuestas. Se entera de que he terminado el instituto este año, de que mi color favorito es el azul, como el mar, de que mi amiga se llama Iris, de que vendrá la semana que viene porque vive en Madrid, y de que tuve una Barbie sirena, que sigue guardada en un cajón de mi armario.

—Entonces, Jana Banana, ¿a qué has dicho que te gusta jugar? —me susurra él muy cerca del oído, antes de llegar a la entrada del jardín del hostel.

—Idiota.

—¿Tú también has dormido en su cama del *lorf*? Allí duermen muchas chicas y Bruno.

Gael suelta un taco muy bajito y la mira. Vaya, ahora se ha dado la vuelta a la tortilla. Pega su frente a la de su hermana, para que se concentre en lo que va a decirle.

—Sofía, se dice *loft* —la corrige, y yo arrugo el entrecejo. ¿*Loft*? ¿Muchas chicas? Si es que se ve de lejos lo que es—. Además, ya está, puedes relajarte un poco. Vas a aburrir a Jana.

—¿A mí? Qué va, es muy divertido escucharla.

Ella pasa de él y sigue rajando sobre sus muñecas y cómo le gusta disfrazarse. Menciona algo de que Gael es la princesa y ella, el príncipe. La táctica de su hermano es hacerle cosquillas, a

ver si así se calla. Suspira aliviado cuando por fin llegamos.

—Bueno, gracias por acompañarme. —Dejo a Tubo sobre el césped para que disfrute un rato antes de subirlo a la habitación, y Gael hace lo mismo con Sofía, que se sienta al lado de mi perro e intenta jugar con él.

—Sofía, tienes que tener cuidado con Tubo. Todavía no puede moverse, porque tiene una pupa —le informa él.

—¿Dónde?

—Aquí —decimos Gael y yo a la vez.

Lo peor de todo es que, en un acto reflejo, nos hemos agachado también a la vez para señalar la parte trasera de Tubo. Sus dedos rozan los míos, son apenas unas milésimas de segundo, sin embargo, ese mínimo contacto es suficiente para sentir un maldito calambre. Siento cómo se expande la descarga desde las yemas de mis dedos, pasando por mi brazo, mi tronco, mi columna vertebral hasta llegar a la última neurona de mi cerebro, como cuando toco la puerta de la furgoneta de mi hermano y me atraviesa a toda velocidad la carga eléctrica. ¿Le habrá pasado a él lo mismo? No creo.

—Hola, chicos. —Marga sale de la cocina para hacerme aterrizar—. ¿Quién es esta niña tan guapa?

—Es Sofía, mi hermana. ¿Qué tal todo por aquí?

—Muy bien, cariño. —Por favor, Marga. ¿En serio?—. Qué bien que hayáis venido, acabo de hacer bizcocho, así que os puedo dar de merendar.

—¿De chocolate? —pregunta Sofía.

—Sí, de chocolate.

—Yo quiero. ¿Puedo, Gael? ¿Puedo merendar?

—Sí, enana. Pero despídete de Tubo, que tiene que subir a descansar.

—Oh...

—¿Quieres acompañarme a dejarlo en su cama? —le pregunto al ver su cara de decepción.

—Sí, quiero, Jana Banana.

—¡Sofi! —Gael vuelve a reñirla.

Tendrá cara, si está encantado con mi nuevo mote, como si no supiera que de ahora en adelante él también lo usará. Marga se parte de risa al escucharlo, y la niña más. Yo me uno a ellas, es inevitable. Cojo a Tubo en brazos para subirlo al cuarto y Sofía me da la otra mano para acompañarme.

Tengo un problema

Gael

Lleva metida en el agua más de una hora. ¿Que cómo lo sé? Pues porque justo he mirado el reloj cuando la he visto bajar por la playa, enfundada en un *body* de neopreno negro que deja mucha más piel al descubierto que el traje que suele llevar cuando da clases. Sobre todo, la de su bonito trasero. Menuda imagen me ha regalado antes de cambiarse la tabla de brazo y joderme las vistas. Desde ese minuto, hace ya más de una hora, no he podido quitarle el ojo de encima. Y eso que desde donde estamos tumbados hasta la orilla hay cierta distancia.

La última conversación larga que tuve con ella fue el miércoles, después de salir del veterinario. Realmente, fue Sofía la que consiguió sacarle información con su lista interminable de preguntas. Sé que ha terminado bachillerato, que su color favorito es el azul y que no le gusta mucho la carne. Claro que mi queridísima hermana también le comentó una pila de movidas más, algunas bastante vergonzosas, que es mejor no volver a mencionar. No me pasó desapercibida la cara de espanto que puso cuando escuchó algunas, volteando los ojos, en ese gesto que ya la he visto hacer más veces. Ni tampoco la risa que se le escapó cuando se enteró de que Sofía me disfraza de princesa y lloro si no aparece el príncipe.

Con la ayuda de Marga, que nos invitó a merendar, echamos la tarde en el hostal. Fui testigo de la relación tan tierna que tienen, a pesar de no ser familia, y de lo bien que se llevan. También me di cuenta de que Jana es un culo inquieto, que siempre está echando una mano en el Salitre y en la escuela, anticipándose a las necesidades de los demás. Y también fui consciente de que sigue siendo igual de retraída. Se tensa cuando me acerco más de la cuenta o la rozo. Como ocurrió cuando nuestros dedos se tocaron mientras acariciábamos a Tubo. Yo sentí el latigazo. Rápido y anormal para un simple roce. ¿Y ella? Pues no tengo la certeza, pero tampoco la duda. En mi humilde opinión, vale, quito lo de humilde, ella también lo sintió. Por eso retiró la mano en cuanto se dio cuenta. Luego, seguimos con el cruce de miradas, a veces disimuladas, y otras mucho más cantosas.

Cuando nos despedimos, porque mi madre me llamó para avisarme de que ya venía a por Sofía, tuve que soltárselo.

—Reconócelo...

—¿El qué?

—Pues que te lo has pasado bien con nosotros.

—Bueno. No ha estado mal —le restó importancia.

—Entonces, igual sí podemos ser amigos, ¿no? —le dije con sonrisa triunfante.

—¿Tú y yo? Lo dudo, *casi guapo*. Pero Sofía y yo ya somos mejores amigas, ¿verdad? —Y se agachó para despedirse de mi hermana.

—Sí, Jana Banana —afirmó Sofía, y en ese momento nos tuvimos que reír los dos.

Qué juego me va a dar ese *banana*.

Para más coña, Jana la invitó a volver a merendar con ella cuando quisiera, así que la enana salió de allí mucho más contenta que yo.

El resto de los días nos hemos limitado a las entregas de Tubo y poco más. Ella está muy ocupada y tampoco ha aparecido por La Luna ninguna noche. Ni tan siquiera con su hermano o con Hugo, que, por cierto, estuvieron anoche bastante rato allí.

—¿Se puede saber qué miras con esa cara? —me pregunta Leah, que está tumbada con medio cuerpo en mi toalla y con el otro medio en la de Bruno, porque se le ha olvidado la suya.

—Nada.

—Dirás a quién —interviene mi amigo.

—Bésame el culo, *bro*. Y mira a ver si tienes algún *match* —contraataco. Paso de que hable más de la cuenta delante del resto.

—Espera, que lo adivino. Hay una rubita cogiendo olas, ¿me equivoco? —insiste mi amigo e ignora mi pulla.

—¿Sí? —Leah me mete un codazo para que se lo confirme.

—¿Qué pasa, Gael? ¿Ya tienes un nuevo juguete? ¿Y no vas a presentármela? —Neco se coloca la gorra que tenía al revés para mirar hacia la orilla, a ver si localiza mi objetivo.

—Pues yo también me voy a descargar Tinder —nos informa Silvia—. No quiero cerrarme ninguna puerta.

Genial, pero no hace falta que eleve la voz para decírmelo. Pensé que ya había asimilado que nuestro tema estaba finiquitado y que me importa muy poco lo que haga. Con esa revelación se convierte en el centro de la conversación. Los cuatro se ponen a hablar de la *app* en cuestión. Bueno, Bruno solo escucha y resopla, está a punto de desinstalarla, si no lo ha hecho ya. Fui yo el encargado de descargársela en su móvil y abrirle un perfil, a traición.

Jana decide poner fin a su baño, así que me levanto y voy a su encuentro antes de que se largue. Con un poco de suerte, estos capullos no me echarán en falta.

Bajo a la orilla fijándome en cada uno de sus movimientos. Lo primero que hace es posar la tabla en la arena mojada y soltar el invento que tenía atado al tobillo. Ella no me ve, así que aprovecho para deslizar mi mirada por todo su cuerpo. Está delgada, pero no extremadamente, como es pequeña tiene un cuerpo proporcionado a su tamaño. Las piernas y los brazos están definidos, supongo que por la tralla que se mete en el agua. No tiene mucho pecho, pero tampoco es minúsculo. A veces, cuando viene a buscar a Tubo después de ducharse, me doy cuenta de que no lleva sujetador. Lo reconozco, me pone muchísimo que una tía se levante la camiseta y no lleve nada debajo. No sé, me parece que la hace más salvaje y más libre. ¿Una tía? Venga ya, estás pensando en Jana, Gael, no en una pava cualquiera que se pueda cruzar en tus sueños. Está bien. Cuando me imagino a una chica haciendo ese gesto tan natural como es sacarse una camiseta por la cabeza sin ropa interior debajo, le pongo su cara. Su cara y sus tetas, aunque no se las haya visto. ¿Qué? Tampoco es tan raro. Soy humano, no he podido evitarlo.

Ella se incorpora y se revuelve el pelo, se nota que le cuesta meter los dedos entre su enredada melena, así que acaba separándosela en dos mechones, y se los coloca por delante del pecho, otro gesto que suele hacer mucho. La tengo calada. Tengo memorizados sus movimientos y no hace ni dos semanas que la conozco. Pero, a ver, que es que soy un tío observador, sin más. Sí, sin más.

—Hola. —La abordo cuando tiene la mirada perdida en la arena, todavía, así que da un pequeño bote.

—Dios. ¡Qué susto! —Eleva la mirada y se detiene justo en mi boca. Uno. Uno. Dos. Dos. Tres. Tres. ¿Estará pensando a qué sabré? Es fácil, que se ponga de puntillas y se acerque más—. ¿Qué haces aquí?

Uf... Se rompió la magia.

—He venido a comprobar si eras una sirena, como tu Barbie. Llevas más de una hora metida en el agua.

—¿Perdona?

Eso es, Gael, a por todas, que casi no se ha notado que has estado controlándola. ¿Dónde tienes las neuronas? Flotando entre sus ojos *verdegrises* y sus labios, ahora más morados que rosas, por haber estado tanto tiempo metida en el agua.

—Te he visto llegar antes, Jana Banana —dejo caer.

—¿Y?

Vale, me queda claro que Jana la borde está aquí. El problema es que no tengo ni puta idea de por qué cuando su mala hostia aparece, la mía se esfuma. Es como si acabara de descubrir un juego superdivertido y adictivo por primera vez en mi vida, el que, por supuesto, quiero ganar, obviamente.

—¿Ya te vas?

—Sí, he dejado a Tubo con Marga un rato porque había buen tamaño y necesitaba meterme, pero ya me voy.

—¿Solo haces surf?

—Sí. No me gusta ningún otro deporte. Bueno, si no hay olas, a veces salgo a correr por la playa con Tubo para despejarme. —Cambia el peso de un pie al otro y juega con los dedos en la arena. ¿Está nerviosa? O, a lo mejor, es que solo la pongo así yo.

Ay, Jana, a ver si esta partida no va a ser tan larga como espero.

—Yo voy a correr casi todas las mañanas. Si un día quieres salir conmigo —ella voltea los ojos, porque la frase me ha quedado bastante rara—, mándame un wasap y vamos juntos.

—¿Estás sordo, Gael? —Oh, cómo ha sonado eso. La voz le ha salido más melosa que nunca, por lo que su tono, entre quejido y gemido, ha conectado directamente con mi preciosa polla. Me concentro en su boca imán, sin cortarme, y ella balbucea antes de continuar—: Corro con Tubo, solo con él. En verano, prefiero el agua. Con olas o sin ellas.

—Bueno, entonces algún día puedes darme una clase particular, a ver si le pillo el punto al océano.

—¡Gaelito! —Ese es el capullo de Neco, que me da un pequeño empujón, apareciendo por mi espalda—. ¿La estás escondiendo para no presentármela? Qué egoísta —suelta entre risas como si estuviera de coña—. Soy Neco —se presenta.

Qué oportuno. Creo que estaba a punto de quedarse sin excusas y por fin iba a acceder a quedar conmigo. A Jana no le da tiempo a reaccionar, porque mientras dice su nombre ya tiene al baboso de Neco encima, dándole dos besos. Noto cómo se tensa y cómo me mira durante una décima de segundo por encima de sus hombros, un poco asustada. Me jode que la haya avasallado y también que yo no pueda hacer nada para remediarlo, porque el resto de nuestros amigos llegan en tromba y se abalanzan sobre mí.

—¡Venga, vamos a bañarnos! —gritan Bruno y Leah. A mi amigo se la presenté ayer cuando nos cruzamos con ella de camino al supermercado—. Hola, Jana.

—Hola —dice ella mucho más cohibida que antes.

Mis amigos caminan hacia el agua, incluido Neco, que por fin se aleja de Jana.

—Llévame al agua. —Perfecto, la que faltaba. Silvia, para montar el numerito a lo grande, se sube a mi espalda, colgándose de mi cuerpo como un mono. Además, me revuelve el pelo, gesto que sabe que odio.

—Vamos, Silvia, bájate.

—Uy, creo que es la primera vez en tu vida que me pides eso y no justo lo contrario, G.

¿Eh?! No, no puede ser. Y, para más coña, me llama G, como cuando nos enrollábamos.

Me doy media vuelta y la engancho de la cintura para que se baje. Cuando posa los pies en el suelo, me sonrío como una niña pequeña que acaba de liarla. Yo, en cambio, la miro muy serio y niego con la cabeza.

—Se te ha ido la pinza —le digo. Ella se larga sin darme más explicaciones.

Cuando me vuelvo a girar, la que ha desaparecido es Jana, que ya está llegando a las escaleras para salir de la playa con su tabla. Se ha largado así, sin despedirse. Me jode un poco su actitud, porque esto es nuevo para mí. Nunca me he tenido que esforzar en nada, y menos en ganarme la atención de nadie.

Y me molesta porque... ¿Me intriga? ¿Me inquieta? ¿Me interesa?

A tomar por el culo. Porque me gusta, ya está, ya lo he dicho.

Me gusta mucho, sobre todo si lo comparo con lo que me han gustado las demás. Jana, sin duda, me gusta mucho más, se lleva el oro. Mira, al final, la medallita se la voy a dar yo a ella, no al revés. Me estoy desviando del tema y nada de esto tiene sentido.

De acuerdo, entonces eso significa que...

Tengo un problema.

¡Qué bien que hayas venido!

JANA

Termino de secarme y me ajusto la toalla sobre el pecho. Me inclino hacia delante y me pongo otra en la cabeza para no gotear el suelo. Ni tan siquiera me detengo a ver mi reflejo en el espejo. Es tardísimo. Hace más de veinte minutos que tenía que haber ido a por Tubo, pero los padres de uno de mis alumnos han venido tarde a recogerlo y me han retrasado un montón. Le he mandado un mensaje a Gael para avisarlo, el problema es que he dejado mi móvil en mi habitación y no sé si lo habrá leído.

Cuando salgo del baño, escucho música. Es raro porque parece que el sonido viene de mi cuarto. Y, si mal no recuerdo, no he conectado el altavoz antes de meterme en el baño. *Good 4 U*, de Olivia Rodrigo, suena a todo trapo detrás de la puerta. No solo reconozco la canción, sino también la voz que tararea la letra imitando a la cantante.

Iris. Mi amiga. Mi *sister*.

Abro la puerta despacio, para no sacarla de su trance musical. Ella está de frente y me ve a la primera.

—¡Jane, ya estoy aquí! —Abre sus brazos y espera a que me acerque. Sí, de vez en cuando cambia mi nombre por una versión más *british*.

—Pero ¿cuándo habéis llegado? —Acorto los pasos que nos separan y dejo que me envuelva con sus brazos. Respiro su olor dulzón y suspiro.

Hacía casi un año que no nos veíamos. Hablamos la mayoría de los días, pero no es lo mismo. Es mejor sentirla así de cerca. Ella es mi mejor amiga desde que éramos unas niñas. Cuando terminó el colegio, se mudó a Madrid, y desde entonces solo podemos estar juntas en vacaciones. Parecemos una bola, así achuchándonos; aunque ella diga que mide dos centímetros más que yo, no se aprecian.

—Hace cinco minutos. He ido al baño a buscarte, pero tenías echado el pestillo.

—Claro, recuerda que comparto baño con tu primo y con mi hermano.

—A mí no me importaría que tu hermano entrara en el baño cuando yo me esté duchando. ¿Crees que me frotaría la espalda?

—Capulla.

La obsesión de Iris con mi hermano empezó hace un par de veranos, con los moviditos dieciséis, en plena ebullición de sus hormonas. Al principio, cuando llegó para pasar las vacaciones con nosotros, me cabreaba que solo me hablara de chicos, porque a mí no me interesaba nada el tema; mis hormonas no estaban desatadas en aquella época. ¿Y ahora? Ahora... no lo tengo muy claro. Bueno, al grano, lo que me molestaba era que no dejara de parlotear sobre mi hermano; sobre lo bueno que estaba, lo simpático que era, y la manera en la que podría conseguir que se fijara en ella. Algo muy improbable. Primero, porque Leo nos saca siete años. Y segundo, porque para él toda la vida seremos sus pequeñas. Tenía tantas ganas de

estar con ella y de disfrutar de su compañía, que me sentí un poquito abandonada. Afortunadamente, la tontería se le fue pasando en cuanto empezó a ver a mi hermano desfilando por el hostel con un sinfín de chicas, con las que era imposible competir. Eso no quita para que, cada vez que viene a verme, me suelte perlas sobre él, para que no se me olvide que sigue siendo su *crush*.

—Voy a vestirme. Es tardísimo —le digo deshaciéndome del abrazo—. Tengo que ir a buscar a Tubo.

—Creo que no va a hacer falta.

—¿Qué dices? —Abro el armario y me coloco detrás de la puerta, meditando un segundo qué ponerme—. Bastante que *casi guapo* se queda con él por las mañanas. Tenía que haberlo recogido hace un buen rato.

—Puede que tu móvil sonara cuando estaba conectando el altavoz y haya visto un par de mensajes...

—¿Cómo? —pregunto sorprendida. Me subo las braguitas por la cadera y me pongo una camiseta blanca, creo que el *short* vaquero está encima de la silla.

—¡La virgen! Mira que eres mala con las descripciones, *sister*. Y ya lo he localizado en Instagram. Atención. *Spoiler*: Ahora ya lo sigues.

La mato. No veo nada, porque sigo parapetada detrás de la puerta del armario, sin embargo, oigo el sonido del ladrido inconfundible de mi perro cuando ve a Iris y las carcajadas de Gael al escuchar semejante declaración.

Maravilla.

—Hola, soy Gael.

—*Casi guapo* para mi *sister*. Y *atropellaperros*, eso también. Yo soy Iris, encantadísima de conocerte.

Por favor, amiga. Contrólate, por favor.

Sí, puede que le haya hablado a mi amiga de él un poco. Solo un poco. Y, por lo visto, los detalles que le di en cuanto a su físico no le han hecho justicia. Mono. Alto. Ojos azules. Nada del otro mundo. ¿Mentí? Creo que no, lo que pasa es que podía haber sido más específica mencionando; sus bíceps fuertes, su cara angulosa, su pelo despeinado, su abdomen de *spot* publicitario, su mirada hipnótica y su maldita boca. Pero tampoco me apetecía reconocer que, cada vez que lo veo, lo estudio con más detenimiento. A ver, que es una tara que tengo por lo del dibujo. Lo de la memoria fotográfica y las proporciones, que son fundamentales a la hora de coger el lápiz. Deformación profesional, dicen, ¿no?

Ya.

—Ven con tu tita, colega. —Iris se acerca para coger a Tubo. No pierde el tiempo y le planta dos besos a Gael, poniéndose de puntillas, así, sin pensárselo.

—¿Qué...? ¿Qué haces tú aquí? —le pregunto a él.

—Vale, voy a empezar a pensar que tienes un problema con esa pregunta. Siempre que aparezco, dices lo mismo —me rebate.

Resoplo y salgo de mi escondite, estoy a punto de chocarme contra su cuerpo. Su atlético cuerpo. ¿Acabo de decir eso? Pues lo retiro. No sabía que estaba tan pegado a la puerta.

—Será porque siempre apareces sin avisar.

—Perdona, te he preguntado si querías que viniera yo con Tubo y me has respondido que sí.

—¿Cómo? —Es imposible. Oh, no. ¿Iris? Ahora sí que voy a asesinarla. Gael sigue sin alejarse de mí. ¿Qué pretende? ¿Hacerme una radiografía? De repente, agacha la cabeza para mirarme y yo, que estoy agilipollada, tiro del bajo de mi camiseta, porque todavía no me he puesto el pantalón y se me ven las bragas y, por consiguiente, demasiada piel—. Yo no he...

—Ups, habré respondido yo sin querer mientras ponía la música.

Lo sabía.

—¡Iris! —protesto.

—Será mejor que baje a ayudar a mi tía a poner la mesa. Nos vemos. —La traidora deja a Tubo en su cama y se larga, dejándome a solas con él.

—Muy bonito, huye. Y tú, ya puedes irte, entonces. Gracias —me dirijo a él.

—Espera... —Acorta el medio paso que nos separaba, que ya era insuficiente, y yo retrocedo esa misma distancia. Poso mi culo sobre el borde del escritorio. En una postura inverosímil, revuelvo los dibujos que tengo a mi espalda con las manos, porque no quiero que vea uno en particular que acabo de empezar.

Gael se inclina, demasiado. Tanto que su aliento casi me mueve las pestañas. Sus labios descienden hasta la altura de mi nariz, y, una milésima de segundo después, bajan hasta quedar paralelos a mi boca. ¿Qué va a hacer? Creo que he dejado de respirar, o, al menos, he dejado de hacerlo de manera consciente. Veo cómo se pasa la punta de la lengua por el labio inferior, despacio, y luego lleva su mano hasta mi cara, consiguiendo que un calor repentino ascienda desde mi vientre hasta mi garganta, que se queda seca.

—¿No estarás enferma, Jana? —Posa la palma de su mano sobre mi frente como si me estuviera tomando la temperatura—. Porque me ha parecido oír un *gracias* —se burla y, acto seguido, se aparta.

Recupero el espacio vital para coger el oxígeno que necesitan mis pulmones.

—Idiota. —Cojo el pantalón corto y me lo pongo a toda velocidad, sin fijarme en cómo me observa—. Ahí está la puerta.

—Lo sé, pero me gusta despedirme de la gente antes de desaparecer. No como hiciste tú el sábado en la playa.

—Jana, ¡a comer! —La voz de mi hermano me hace dar un salto, como si me hubiera pillado haciendo algo malo. En verdad, no lo he hecho, aunque mis pensamientos están más cerca del mal que del bien. Lo bueno es que me libro de tener que darle a Gael una explicación por mi huida. Simplemente, lo hice, sin motivo. Él parecía estar muy ocupado con su amiga y pensé que no notaría mi ausencia.

—Hasta mañana, colega. —Se despide de Tubo con una caricia detrás de las orejas y me deja pasar primero.

Cómo me gustaría borrarle esa sonrisilla arrogante.

Cuando llegamos a la planta baja, todos me están esperando. Lo primero que hago es saludar a los padres de Iris. De reojo, veo a mi amiga hacer muecas mientras nos mira. Es muy tonta.

—Gael, ¿te quedas a comer con nosotros? —le pregunta Marga, a la que le encanta tener la mesa llena.

—Él ya se va —me adelanto. Vale, he sonado muy cortante. Soy consciente.

—No seas borde, peque. —Fenomenal, Leo también se ha dado cuenta de mi tono—. Además, está cuidando a Tubo, puedes ser más amable con él, ¿no? ¿Te pongo un plato?

—No, muchas gracias por la invitación. Ya he comido, y mi amigo me está esperando para bajar a la playa.

—Guay. Mándale a Jana la ubicación. —Iris le coge el codo, con toda la familiaridad del mundo, y lo aparta—. Y luego bajamos nosotras. Me muero de ganas de darme un baño.

Se gana una mirada asesina, la mía. Claro que le da lo mismo, porque también se gana una sonrisa de oreja a oreja, la de Gael, con guiño incluido.

Pero si se acaban de conocer... ¿Ya le cae bien? ¿Qué narices les pasa a todos con este tío?

—Hasta luego, entonces. —Gael desaparece y por fin nos sentamos a comer. Yo al lado de Iris.

—¿Estás loca? ¿Por qué narices quedas con él?

—Porque me he colado en tus pensamientos y lo sé.

—¿Qué sabes?

—Que te pone tontorrón.

—Me pone de los nervios.

—Pero de los nervios buenos, ¿eh? Los que mojan tanto como el mar. Te he visto mirarlo. Por cierto, no te culpo. Está tremendo, el pavo... —Empieza a hacer gestos guarros con la lengua.

—¡Para!

Me vibra el móvil en el pantalón y veo que es un mensaje de Gael. ¡Si acaba de salir por la puerta! No es su ubicación, evidentemente. Es una foto de su mano derecha, la que está a medio dibujar en la hoja que tenía en mi escritorio. Maldita sea, la ha visto. En el boceto están la suya y la mía pegadas al lomo de Tubo.

Casi guapo:

Un regalo. Para que termines tu dibujo.

—Argh... —Pongo el móvil con la pantalla boca abajo.

—Tú no te preocupes. —Iris me pasa el brazo por la espalda—. Que ya estoy yo aquí para echarte una mano con él y solucionarlo.

—Claro... —ironizo—. ¡Qué bien que hayas venido!

Con ayuda o sin ayuda

GAEL

Busco a Bruno entre las mesas. Hace más de cinco minutos que me ha dejado solo en la barra y esto empieza a llenarse. Es viernes y, aunque ha llovido casi toda la tarde, y la terraza todavía está húmeda, nadie ha querido quedarse en casa.

—Ey —lo saludo. Aparece por fin y se mete detrás de la barra con la mirada pegada a la pantalla del teléfono—. ¿Qué se está quemando? No has soltado el móvil en toda la noche. —Pasa de mí y se lo guarda en el bolsillo trasero del pantalón—. Cojonudo.

—¿Qué? Solo estaba mirando los wasaps.

—Ya... No será que alguien te ha hecho *match* y está por aquí, ¿no?

—¡Que no, pesado!

Desde que le instalé Tinder, está más pegado que nunca a su móvil. Igual no ha sido una idea tan descabellada, como decía Leah.

—¿*Superlike*, entonces? Venga, no seas rancio. Enséñamela. ¿Está buena? —Elevo la cabeza para mirar por encima de su hombro, a ver si veo a alguna tía que lo busque; la mayoría están bailando o bebiendo, así que no distingo a ninguna que lo esté fichando.

—No seas brasas, Gael. No hay nadie cerca. Además, si tanta curiosidad te da la *app*, descárgatela.

—¿Tú me has visto? —Me señalo—. ¿Crees que me hace falta?

—No sé, ahora ya lo dudo. Viniste con la intención de no parar de meterla y desde tu *affaire* con Lidia, no has vuelto a estar con nadie.

—¿En serio has dicho *affaire*? Con ese lenguaje no me extraña que no te lleguen los *match*. Fue un polvo. Y sí, tienes toda la puta razón, sin embargo, si tú no hubieras anotado mal el teléfono de aquella italiana, podría haber vuelto a follar el domingo pasado, era evidente que ambos nos quedamos con las ganas. No sé, estoy empezando a pensar que me han echado una maldición.

—Sí, de nombre Jana y de apellido *tengo a Gael pillado por las pelotas*.

—Deja de drogarte.

—Y tú de engañarte. Ay, *bro*, estoy disfrutando como un niño la mañana de Reyes con este momento.

—¿Con qué momento?

—Con este. Verte colado por una tía por primera vez en tu vida es la bomba. Si a eso le añadimos que ella no te hace mucho caso, es mucho mejor de lo que imaginé.

—Pero ¡qué dices! —protesto—. Algo de caso sí que me hace. Estos días ha estado conmigo en la playa.

—Claro, ha estado contigo, conmigo y con su amiga. No te *putoflipes*. —Bruno niega con la cabeza—. Te lo está poniendo difícil, ¿eh? Lo peor es que ella no sabe que eso te motiva aún

más. Reconócelo.

—Está bien, listillo. Puede que tengas algo de razón.

O toda, pero tampoco tiene por qué restregármelo. Sí, Jana me gusta. Sí, Jana me pone tonto. Aunque lo que más me descoloca de todo esto es que no solo lo hace a nivel físico, sino también mental. La verdad es que no me la quito de la cabeza desde que la conocí. La novedad es que no solo pienso en el color peculiar de sus ojos, o en la curva de su culo y lo bien que encajaría dentro de mi mano, o en mis dedos enredados en su melena antes de inclinarme y comerle su preciosa boca, sino que también revolotean en mis sesos sus frases, su tono cortante cuando se dirige a mí, sus monosílabos, su forma de tensarse cuando me acerco y hasta su dichoso tic. Jana es un puto misterio para mí, de principio a fin. Y eso... eso me motiva, excesivamente.

Menos mal que ha venido Iris para echarme un cable. Su amiga se ha convertido en una aliada cojonuda. No sé cómo ha pasado, pero nos caímos bien desde que nos vimos. Conectamos. Sin ella y su insistencia, Jana no hubiera compartido conmigo ni la mitad de las horas que hemos pasado juntos estos cuatro días. Básicamente, porque el veterinario le dio el alta a Tubo el miércoles, y dejé de cuidar de él. Así que me quedé sin la excusa perfecta para seguir viéndonos. Por suerte, Iris ha obligado a Jana a salir por las tardes con ella, para desconectar de todo el curro de la escuela y del hostel, y disfrutar del verano como cualquier otra chica de diecisiete años. Se nota que Jana es mucho más madura que cualquiera de su edad y que se toma muy en serio sus responsabilidades. Quizá no debería exigirse tanto, o por lo menos, no hacerlo sin descanso.

Cuando llegaron a la playa el lunes, Jana estuvo callada la mayor parte de la tarde. Supongo que no está acostumbrada a desconectar de su rutina, aunque sea solo de vez en cuando. Vale, y también estaba picada porque descubrí el dibujo que tiene a medias en su habitación. Son nuestras manos sobre Tubo. Como me pongo tonto cuando se trata de ella, ya te lo he dicho, le mandé una fotografía de mi mano. Ella es tan reservada para sus cosas que, obviamente, se cabreó. Tiene talento. Mucho talento. Aunque no puedo ser muy objetivo porque, cuando vi la imagen, aún sin terminar, algo dentro de mí crujió. No me preguntes qué, no sabría decirte. Con Iris ocurrió justo lo contrario. Extendió la toalla al lado de Bruno y comenzó a lanzarnos todo tipo de información sobre ella, sobre su amistad con Jana desde que eran niñas, y sobre su próximo viaje a Escocia, adonde quiere ir, aunque con reticencias. En un primer momento, pensé que quizás ella y Bruno podrían enrollarse. Te juro que iba a intentar juntar a esos dos. Sin embargo, después de la primera tarde en la playa, me quedó claro que esa unión era imposible. Iris es demasiado. Demasiado todo. Vamos, que ni de coña encaja con mi amigo.

El resto de las tardes Jana ha estado más comunicativa. Sigue siendo rápida con las pullas, también es que a mí me gusta darle pie a que me las suelte. Sin embargo, no ha sido tan borde como otras veces. No sé si se le escapó a su amiga o fue iniciativa de ella, pero nos contó que está pendiente de la confirmación de un viaje a Australia en septiembre. De ahí aquel mapa que vi en su cuarto lleno de chinchetas. *Si nada se tuerce como la otra vez*, palabras textuales de ella, se irá con Hugo y con su hermano a vivir allí diez meses.

—Aquellas chicas están esperando. —Bruno me da un codazo y salgo de mi burbuja mental. Miro a la izquierda y las veo. La sonrisa de Jana es igual de grande que la de Iris, y eso sí que es raro.

—Hola, ¿qué os pongo?

—A ella, tontorrón; a mí, un Malibú con piña.

¿Cómo?

Eso es ir a saco y lo demás son tonterías.

—Por Dios, Iris. No veo el momento de que te pires a Escocia. —Jana voltea los ojos y bufa. Yo me parto el culo, porque su cara es un verdadero poema. El guiño que me hace su amiga es un puto chute de endorfinas para mí.

—¿Tontorrón con Coca-Cola? ¿O lo bebes solo? —la vacilo.

Me insulta, aunque con la música y el giro que doy para ir a por las botellas, su voz se distorsiona.

—¿Y esa sonrisa? —me pregunta Lidia, que ha venido a buscar cambio.

—La rubia, que le pone así. —Bruno mira a las chicas y Lidia desvía la mirada a esa dirección.

—¿Jana?

—Sí.

Menuda cara de sorpresa ha puesto.

—Cuidado, Gael. Esa niña ya ha tenido su dosis de drama para lo que resta de vida. No necesita que nadie más le haga daño. Y tú eres jugador de otra liga.

—¡Eh, suave! Solo somos amigos... De momento.

—Te lo digo en serio. Si solo quieres divertirte y anotar una más en tu casillero, olvídale. Jana no es como el resto —suelta Lidia—. Así que piénsatelo, antes de enredarla. —Me clava el dedo índice en el hombro, advirtiéndome—. Y, por cierto, no le des una puta gota de alcohol, que es menor de edad.

Coge los billetes y se marcha, sin decirnos adiós.

Bruno eleva una ceja, igual de sorprendido que yo por el sermón de nuestra jefa, y sigue atendiendo. A ver, ya sé que Jana es bastante reservada con su vida; no sé lo que se guarda, aunque tampoco tengo una necesidad imperiosa de averiguarlo en este instante. También sé que está a punto de cumplir la mayoría de edad, ella misma me lo dijo. Lo que me parece raro es que Lidia la proteja tanto, porque yo a Jana no la tengo por una muñequita indefensa, precisamente.

Llevo las botellas hasta donde están y sirvo la copa de Iris.

—Yo quiero lo mismo, aunque sabe a rayos.

Genial. ¿Y ahora qué hago? ¿Me comporto como un adulto responsable y como un empleado ejemplar, y no le sirvo alcohol? ¿O me hago el loco y le pongo la copa?

—No me hagas pedirte el DNI, *casi fea*.

—Muy gracioso. Ya he bebido alcohol antes —me rebate—. No mucho, pero algo sí. —Se ríe y se tapa la boca con la mano. Eso quiere decir que ha bebido algo hoy con su amiga, no que lo haga habitualmente.

—Servido por mí, no. —Le mantengo la mirada unos segundos. Quiero que me lea en el iris lo que le quiero decir. Que sepa que estoy haciendo mi trabajo.

—Le falta un mes, Gael. No te pongas tiquismiquis. —Iris me anima a que le ponga la copa.

—Me lo ha prohibido Lidia.

—Vale. —Iris coge su copa y se la da a Jana—. Toma. Vete allí. —Su amiga le indica el rincón de la izquierda, que es el que más concurrido está.

Antes de moverse, le da un trago largo mientras me mira. Después se pasa la lengua por el labio inferior y entonces mi mirada se enciende. Se enciende tanto que le manda un estímulo a

mi preciosa polla, que brinca. No. Me. Hagas. Esto. Pestaño, incrédulo por el giro que están dando los acontecimientos y porque empiezo a tener necesidad de probar su boca.

¿Está retándome? ¿O solo jugando? Porque me encanta jugar y, aunque Lidia me ha dejado un poco loco con esa advertencia encubierta, sabré comportarme. Desde hace días, me ronda una pregunta por la cabeza. ¿Habrá salido con alguien? ¿O todavía no? Supongo que si no lo ha hecho aún es por elección propia, porque Jana es una niña guapísima y seguro que ha tenido un montón de candidatos.

—Iris...

—Ahora me pones otro a mí. ¿Ves? Así de fácil. Si Lidia te dice algo, le dices que las explicaciones me las pida a mí.

—Está bien, tú sabrás.

Prefiero no discutir, porque yo también he bebido sin tener los dieciocho y no voy a juzgarlas. Cuando le doy su copa, se despidе tirándome un beso con la mano y no me queda más remedio que sonreír.

La siguiente hora es un puto caos. Bruno sale a recoger vasos mientras yo sirvo en la barra. Me he equivocado dos veces ya, el tío que me pidió ron con naranja me ha mirado como si tuviera déficit cuando le he servido *whisky*. La culpa es de Jana, que no para de contonearse. Se mueve tan bien que mis ojos se posan en sus pequeñas curvas cada tres segundos. Y, así, así es jodido concentrarse. Sin duda, hoy se está divirtiendo. Iris y ella no paran de reír y de bailar. De beber, tampoco. Sin embargo, la siguiente copa se la ha puesto mi amigo. Cuando él vuelve a meterse tras la barra, me escapo al almacén para traer un par de jaulas de refrescos y reponer la nevera.

Se nota que la *playlist* que suena la hizo Bruno ayer. Hay temas muy suyos; su gusto musical es inconfundible, pero también hay otros nuevos que fueron sugerencias que le hicieron Iris y Jana en la playa. Por eso, cuando suena *Tiroteo*, de Pol Granch y Marc Seguí, se ponen muy contentas. Manos al cielo, interpretando parte de la letra. Sus movimientos sinuosos y acompañados son como los de una serie de olas. Es la versión *remix*, así que es muy larga, por eso Jana se va dando saltitos hacia el baño, alejándose de su amiga antes de que termine la canción.

—Ahora vuelvo —le digo a Bruno y cierro la nevera.

Sigo a Jana, a una distancia lo suficientemente prudente para que no me vea, porque yo también me estoy meando.

Como ocurre siempre, hay cola en el baño de las tías. Lo extraño es que cuando llego allí, ella no está en la fila. Es imposible que haya entrado ya. No se habrá colado en el de los tíos, ¿verdad? Empujo la puerta de fuera con miedo. Los tres urinarios pegados a la pared están vacíos, sin embargo, la pequeña puerta blanca donde está el inodoro parece cerrada.

—*Casi fea*... —Me acerco y la llamo.

—No, te has equivocadooo. —Uy, ese tono.

—La que se ha equivocado eres tú, pero de baño.

Abre la puerta y se baja el dobladillo del vestido. Mis ojos se posan ahí, en la mitad de sus muslos y en sus diminutas manos rozándose. Ese no es el plan, Gael. Tú has venido a mear. Se apoya en el marco, sin salir del todo, ¿a qué está esperando? A que me funcione el cerebro.

—¿Estás bien? —me pregunta, y ahora sí que se mueve, hacia mí, a paso lento, observándome.

—Sí...

—¿Estás seguro? —Un puto palmo. Eso es lo que nos separa ahora mismo y estoy a punto de reducirlo—. Como te has quedado callado, y eso es muy raro... ¿Qué pasa, *casi guapo*? ¿Yo también te pongo tontorrón?

Me río, controlando. No quiero que se mosquee conmigo, pero es que está muy graciosa después de un par de copas.

—Tú me pones mucho más que eso. Pero vamos a quedarnos con ese bonito eufemismo. Ahora deberías irte con Iris, antes de que entre alguien.

—Puedo esperarte —afirma con el tono más suave que le he escuchado nunca. No se conforma con la proposición, sino que lleva su mano hasta mis labios y me los acaricia con la yema de los dedos. Por favor, Jana. ¿Eso que se mueve arrítmicamente es mi pecho? Cabeza, Gael. Cabeza, sí. Polla, no. Sería tan fácil lanzarme...—. Me flipan tus labios.

¡Vaya! Se le ha escapado. No puedo evitar reírme, ahora sin cortarme, porque sus palabras inconexas me terminan de descolocar. Cuando se pone de puntillas y acerca su boca a la mía, se me corta la risa. Su aliento dulzón por el alcohol y su olor eterno a sal se cuelan por mi nariz y activan mi sistema nervioso. Me muero de ganas de besarla, pero estamos en el baño de los tíos, ha bebido y, encima, estoy currando. He comido bocas en escenarios peores y nunca me ha importado demasiado, no sé por qué hoy sí. Menos mal que la única neurona que no debe de estar nadando en un puto charco de deseo decide tomar el control.

—Jana...

La puerta se abre de golpe y los dos nos separamos, como si estuviéramos cometiendo un delito. No te lo voy a negar, mi subconsciente me ha jugado una mala pasada y me he imaginado a Hugo o a su hermano entrando y pidiéndome explicaciones. El tío que acaba de llegar es rubio, con el pelo muy corto, y no muy alto. Nos enseña todos los dientes de manera un poco forzada en cuanto nos ve.

—Vaya, vaya, Janita. Pues sí que has cambiado. ¿Ahora te lo montas en el baño de los tíos? ¿O solo lo estás calentando como hacías conmigo?

¿Pero qué cojones dice este payaso?

Me enfoco en Jana. Solo quiero que ella esté bien, porque, como me centre en este retrasado, lo voy a empotrar en la pared con una sola mano. Ella se queda congelada. Y pálida. Vamos, que el medio pedo que lleva se le baja de golpe. Espero a que sea ella la que hable, sin embargo, en vez de decir una palabra, echa a correr hacia la puerta y se larga.

—¿Qué puto problema tienes? —Lo encaro cuando nos quedamos solos.

—Yo, ninguno. Pero en breve lo tendrás tú. Esa niñata es una frígida.

Uno. Uno. Dos. Dos. Tres. Tres.

Uno. Uno. Dos. Dos. Tres. Tres.

Cuento dos veces antes de sujetarle del cuello de la camiseta y retorcérselo debajo de la nuez.

—¿Qué haces, gilipollas?

—Mira por dónde tú sí que me has calentado a mí. Que sea la última vez que hablas de ella así. Y no quiero verte cerca de ella nunca más. ¿Lo has entendido? ¿O necesitas un puto esquema?

—¡Quita, cojones!

Lo suelto.

—La última vez —repito y, con la misma, me piro. Sí, sin mear.

Salgo a la terraza y la busco. No está por ningún lado, ni Iris tampoco.

—Se han ido hace dos minutos —me confirma Bruno.

—¡De lujo! —Esto todavía está hasta los topes y no puedo escaquearme.
Miro mi móvil y le mando un wasap.

Yo:

Tus labios también me flipan, *casi fea*. Cuando quieras y donde quieras nos probamos.

Antes de seguir atendiendo en la barra, le mando otro a su amiga.

Yo:

No sé quién es ese bastardo, pero dile a Jana que me da absolutamente igual. Solo me importa ella. Cuídala. Mañana hablamos.

El tiempo que pasa hasta que cerramos se me hace eterno. No puedo dejar de pensar en Jana; en su reacción al ver a ese tío, en su cara de asco, y en las palabras de él.

—¿Todo bien? —me pregunta Bruno cuando subimos a casa—. ¿Ha pasado algo con Jana?

—Ha pasado algo. —Eleva las cejas, esperando a que sea más explícito—. Pero no es lo que tú crees.

—Oh, lo siento, *bro*.

—Tranquilo, es solo cuestión de tiempo.

—¿Estás seguro?

—Se me ha clavado aquí. —Me señalo el pecho y mi amigo se parte el culo en mi cara, supongo que le choca verme en plan intenso—. Así que no hay vuelta atrás. Voy a estar con Jana.

Con ayuda o sin ayuda, voy a intentarlo.

16

Sí, matarlo

JANA

Tubo no se inmuta cuando aparto la sábana para salir de la cama. No es habitual que duerma encima de mi colchón, aunque este peludo me conoce tan bien que hoy apenas se ha separado de mí, y eso incluye hacerse el loco y tumbarse a mi lado cuando me he acostado antes. La resaca me ha acompañado toda la mañana, así que no he salido de mi habitación. Por suerte, Iris, que tolera el alcohol mucho mejor que yo, me ha sustituido con los grupos de la escuela y después me ha subido la comida aquí. Lo mejor de todo es que ha lidiado con Marga, Hugo y mi hermano para que no subieran a agobiarme con sus preguntas. Bastante me he comido el tarro yo sola con todo lo que sucedió ayer como para tener que dar explicaciones de mi bajonazo. El final de la noche no pienso ni reproducirlo, porque hace tiempo que aprendí a crear lagunas mentales en mi cerebro y él ha caído en una de esas. Si lo necesitas alguna vez, te lo recomiendo. Es un mecanismo de defensa tan válido como cualquier otro.

Mi bola de pelo favorita se mueve, solo para colocarse con las patas apuntando al techo, en una postura imposible, que, desafortunadamente, le permite seguir roncando. Desde que el veterinario le dio el alta y vuelve a tener libertad de movimiento, es un perro mucho más feliz. Y yo también.

Miro la hora en el móvil, que está cargando sobre mi escritorio, y bufo al comprobar que son casi las tres de la madrugada. Por algo mi perro está grogui. Lo envidio. Yo llevaba un par de horas con los ojos como platos, dando un millón de vueltas en la cama, por eso he decidido levantarme. No aguantaba más. Maldito insomnio. Hacía tiempo que no me desvelaba tanto. Aunque tampoco debería preocuparme demasiado; la verdad es que hoy he estado dormitando la mayor parte del día, así que habré agotado mis horas de sueño.

Enciendo la luz pequeña y me siento en la silla. Cojo mis lápices y abro la libreta. Al segundo, la cierro. Rebusco en el cajón, a ver si encuentro el dibujo que he dejado a medias. Sí, el que vio el listillo de Gael el lunes. No me hubiera enterado de su pillada, si no llega a enviarme una foto de su mano. Él, todo prepotencia.

Dios, Gael. Me cubro la cara con las manos, muerta de la vergüenza.

Se me fue mucho la olla con él, ayer. Supongo que todas estas tardes en las que hemos estado juntos en la playa, bastante a gusto, la verdad, me han hecho conocerlo más y juzgarlo menos. Cuando no le pierde la arrogancia, es divertido. Además, sabe cuándo hablar y cuándo observar, y eso me gusta, también. Quizá por eso ya salí de casa con la intención de bajar un poco la guardia con él y ver qué podía pasar. Tengo algunos recuerdos, unos más nítidos que otros, sobre todo los del baño a última hora. Lo sé. No debí entrar allí. Ni tan siquiera debí quedarme cuando apareció. El problema es que no sé lo que me sucede con él. Me enciende y me despierta, en todos los sentidos. A las pruebas me remito. Aunque no puedo martirizarme con eso. Ni un minuto más. Supongo que, visto desde fuera, fui un poco a saco. Y sí, había bebido y no lo hago

a menudo, pero, como ya he dicho, yo ya salí de casa con la intención de dejarme llevar con él o, por lo menos, con ganas de intentarlo, por eso el alcohol no es excusa. Y esa actitud, tan inesperada en mí, también fue fruto de los discursos motivadores de mi amiga y de mi hermano durante toda la semana. Que si parece un buen chico. Que Tubo ha estado muy bien cuidado. Que tienes que disfrutar del verano. Que deberías ser menos estúpida con él. Que dieciocho años solo se tienen una vez. Que no puedes aislarte para siempre. Que no todos los tíos son gilipollas...

El problema es que, aparte de esa determinación que ya llevaba de casa, Iris se empeñó en motivarme un poco más. Antes de ir a La Luna, quiso dar una vuelta por una zona concreta del paseo de la playa —la del botellón— y así saludar a otras chicas que suelen veranear aquí todos los años, por lo que empecé a beber primero. Solo fueron dos Radler. Más que suficiente para alguien que no toma alcohol, como es mi caso. Está clarísimo que las copas me sobraban, como pude comprobar después.

Leo el wasap que me envió anoche una vez más.

Casi guapo:

Tus labios también me flipan, *casi fea*. Cuando quieras y donde quieras nos probamos.

No hace mención a nada más, ni al pedo, ni a mi tonto, ni a la estampida de después. Sé que ha estado preguntando a Iris por mí esta tarde, porque mi amiga me ha leído sus mensajes y también el que recibió anoche de él, donde le pedía que me cuidara y que me dijera que no le importaba quién era ese tío que nos interrumpió. Me ha sorprendido que me haya dado espacio y que no me haya atosigado a preguntas. No sé lo que ocurrió después de que me largara del baño, aunque quiero creer que el imbécil de Iván no le contó nada más o que Gael no perdió su tiempo escuchándolo.

El móvil me vibra en la mano. ¿Crees en la telepatía? Porque yo voy a empezar a planteármelo. Gael me acaba de mandar un wasap. Sí, a las tres de la madrugada. Bueno. A las 03.06, para ser más exacta.

Casi guapo:

Estás después?

¡Eh! ¿Qué clase de pregunta es esa?

Yo:
Después?

Casi guapo:

Después. Cómo que después. Entonces, ¿me escribes estando dormida? Jaaa. Me molan tus superpoderes.

Vale. Me estoy perdiendo algo o esta conversación no fluye.

Yo:
Gael, ¿estás bien?

Casi guapo:
Siiiiiiip. Pero eso quería preguntártelo yo a ti.

Yo:
Estoy bien.

Miro la pantalla y veo que escribe y borra, así durante muchos segundos. Es todo muy raro.

Casi guapo:
Despierta. Mierda.
La pregunta era si estás despierta, Jana. Y borra ese jaaa que también se ha colado. Puto corrector. O putos chupitos matarratas.

Yo:
Sí, estoy despierta.

Me doy con el teléfono en la frente y me insulto. Soy muy tonta. Si estoy escribiéndole es precisamente porque estoy despierta. ¿Qué clase de respuesta es esa?

Casi guapo:
Genial. Pues abre la ventana, voy a subir por el árbol a verte. Ya que tú no has aparecido por La Luna.

¿Qué ha dicho?! No puede colarse en mi habitación, y menos subiendo por la mimosa, a no ser que lo que quiera sea abrirse el cráneo.

Mientras tecleo una respuesta que lo disuada de hacer esa tontería, veo a Tubo despertarse y levantar una oreja. No puede ser. ¿En serio ya está aquí? Dejo de escribir y me asomo por la ventana. Ahí está, pegado a la mimosa, estudiando la manera de empezar a escalar.

—Gael —susurro—. ¡Gael! —Tubo mueve la cola como si fuera la hora de su paseo y le chisto para que se eche en su cama. Como Gael siga con este numerito va a despertar a todos los huéspedes.

Oigo el ruido de la rama moverse y me asomo un poco más. Por fin él mira hacia arriba y me ve.

—¿Estás loca, Jana Banana? ¿Qué haces así asomada?

Claro, aquí la loca soy yo.

—No subas, por favor. Y deja de hacer ruido. Espera, que bajo.

Parece que obedece, porque vuelve a posar los pies sobre la hierba. Me miro en el espejo antes de salir. Tengo dos opciones, quitarme el pijama corto que llevo puesto y ponerme algo con más tela, lo que supondría darle a Gael más tiempo para liarla; o salir así y taparme con algo. Ya está. La colcha de *patchwork* que me regaló Marga, que es la que tengo más a mano. Me cubro con ella a modo de capa y salgo sin hacer ruido de mi habitación, aunque los chicos no han

regresado, y eso incluye a Iris, que se fue con ellos. Bajo las escaleras descalza y camino hasta la puerta de la cocina en silencio absoluto, para salir por ahí al jardín.

—Holaaa. Bonita capa. Dime que es de las que te hacen invisible, porque igual luego la necesito. —La sonrisa ladeada y sus ojos, fijos en los míos, me ciegan. Aunque solo los tres primeros segundos, porque, cuando intenta acercarse a mí, se tambalea un poco y se empieza a reír.

—Shhhh. —Me llevo el índice a los labios y le mando callar—. No hagas ruido. No quiero que despiertes a todo el mundo. Ven. —En un movimiento que no se espera lo sujeto del brazo y lo arrastro hasta el final de la finca.

—Guau. ¿Este es tu rincón secreto? —Se queda alucinado cuando ve el arco con la hamaca—. No me lo habías enseñado.

—Realmente es el de Iris y, cuando ella está aquí, lo acapara todas las tardes a la hora de la siesta. Yo suelo venir a dibujar.

—¿Y dónde están tus lápices? Porque el modelo está aquí. —Se señala a él mismo mientras se deja caer sobre la tela de rayas de la hamaca.

Me quedo de pie, con la mirada atónita en su cuerpo tumbado, y eso que la única luz que hay es la del farol que está pegado a la tapia, a unos metros de aquí. El pecho, que ya se lo he visto en la playa, se le marca debajo de esa camiseta blanca, así que es fácil adivinar su contorno, y más cuando coloca un brazo flexionado detrás de su cabeza y con la mano libre del otro da unos golpecitos en la hamaca para que me tumbe con él. Así es imposible que mi cerebro se ponga en funcionamiento para replicarle, a él y a su ego, que es del tamaño del océano.

—Gael, ¿qué crees que haces?

—Ven, tumbate conmigo.

—No soy Tubo. No recibo órdenes.

—Ni yo tu dueño para dártelas. Venga, Jana, solo es una petición inocenteee. —Alarga de nuevo la sílaba e hipa. ¿Inocente viniendo de él?—. Solo quiero que te tumbes conmigo un rato a ver la luna.

—Hoy no se ve.

—¿Cómo que no? Voy un poco tocado, pero veo bien, *casi fea*. Por ejemplo, ahora mismo estoy viendo a la chica más guapérri...

—¡Para! —le corto antes de que termine el adjetivo. ¿De verdad iba a decir guapérrima? ¿De dónde se ha sacado eso? ¿De un manual de léxico para folladores natos o algo así? Le indico que se mueva un poco, y me recoloco la colcha sobre los hombros para tumbarme a su lado. Poso mi trasero, y nos tenemos que mover los dos para acoplarnos. No es tan fácil encajar dos cuerpos en este trozo de tela, y menos con él, que es mucho más grande que yo. Nos balancea por el movimiento y Gael se gira un cuarto de vuelta.

—Ah, vale. —Se da un toque con la mano en la frente—. No se ve porque hoy hay luna nueva.

—Exacto. No me digas que sabes de lunas.

—Sí. Mi padre tenía un telescopio viejo en el salón. En vez de contarme cuentos por las noches antes de irme a dormir, observábamos la luna y las estrellas un rato, sé cositas. —Mueve su brazo y me abraza la cintura.

Menos mal que tengo la *colchacapa* encima a modo de escudo, porque no sé cómo reaccionaría mi mente en este instante si tuviera su mano sobre la piel desnuda de mi estómago,

por ejemplo.

—¿Por qué has venido a estas horas, Gael?

—Porque hemos cerrado el *pub* y Leah, que está desatadísima esta noche porque es su cumpleaños, ha decidido que fuéramos todos a la playa a bañarnos en pelotas.

—¿En serio?

—Sí, le ha parecido una idea cojonuda. No solo a ella, el resto del grupo ha secundado su plan. Por cierto, Iris también es una de ellas, ha estado un buen rato con mis amigos esta noche y ha decidido unirse al fin de fiesta. Yo pensaba subirme con Bruno a dormir, pero, para sorpresa de todos, él también se ha animado. Será por eso de quitarse las penas en el mar, como dice esa frase tan famosa, ¿no?

—La cura para todo es siempre el agua salada... —No sé por qué me recorre un escalofrío cuando lo digo, esta vez es tan evidente que Gael me abraza con más fuerza.

—Jana... —Su boca cerca de mi oído me pone nerviosa. Si giro un par de centímetros mi cara, solo un par, nuestros labios se rozarían. ¿Lo hago? Oigo su respiración fuerte y la mía descompensada, mientras su mano se mueve ligeramente, hasta la altura de mi ombligo.

—Gael... —¿A qué ha sonado mi voz? A súplica. Me estoy poniendo enferma de las ganas.

—Quiero besarte —me confiesa cuando muevo mi cabeza para enfrentarme a sus ojos azul marejada o a la marejada de sus ojos—. Me muero de las putas ganas de probar tus labios. Perooo... —sisea—. Hoy no. Te mereces una versión mejor que la que puedo ofrecerte ahora. —Se pasa la lengua por el labio inferior y siento un pinchazo entre las piernas. Y la imagen de su mano, que ya la tengo más que estudiada, se aparece ahí. Justo ahí.

Vamos, Jana. Si no te destapas un poco, vas a morir de un golpe de calor.

—Por cierto, yo también siento mi versión de ayer. Como pudiste comprobar, beber alcohol no es lo mío. —Me cubro la cara con la *colchacapa*, al final ha sido un acierto bajarla, sirve para salvaguardarme de cualquier situación.

—Ey. No fue tan mala. Tuviste momentos muy buenos... —Su mano abandona mi abdomen y me destapa la cara.

—Hasta mi huida. —Ahora nos miramos de frente y, de repente, el silencio se instala entre los dos. Gael inhala y exhala, como si estuviera contando mentalmente antes de hablar. Yo me limito a memorizar cada ángulo de su cara y a perderme en el azul de sus ojos.

—Jana, no voy a preguntarte por lo que pasó ayer, pero quiero que sepas que estoy aquí y, si quieres, puedo escucharte.

—Iván solo fue una mala historia. La única historia. —Me da igual darle ese dato, porque tampoco tengo que ir de algo que no soy. Creo que Gael ya se ha dado cuenta de que no soy como el resto de las chicas con las que se relaciona—. Empezamos a salir en primero de Bachiller y el verano pasado se terminó. Nada reseñable. Yo he arrancado esa página, sin embargo, a él le gusta recordármela.

—No volverá a hacerlo.

—Gael, no quiero saber lo que pasó cuando me fui.

—Tranquila, no era el lugar.

—¿Y tú? ¿No tienes malas historias?

Gael sonríe y yo me muevo para mirar de nuevo el cielo, que está moteado con algunas estrellas. No sé si habré abierto un melón, porque probablemente sus relaciones puedan llenar

una estantería de la biblioteca.

—No. Solo rollos. Algunos mejores que otros. No he salido nunca con nadie, si eso es lo que me estás preguntando. El último fue con Silvia.

—La de la meadita en la orilla.

Ahora se carcajea, lo hace tan alto que tengo que meterle un codazo o nos oirán.

—Vaya, la tenías guardada, ¿eh?

—¿Yo...? —Me hago la despistada, aunque no cuela.

—Sí. Era ella. Silvia es una amiga y durante el curso nos hemos estado enrollando. Lo aceptó, sin embargo, cuando acabaron las clases, me dijo que podíamos ser algo más. Ella sabía que lo nuestro era lo que era. —Me hace gracia que no diga sexo, como si fuera a espantarme.

—Sexo.

—Sí, exacto. Pero no lo digas con ese tono, Jana, que mi hígado ya ha filtrado los chupitos y sigo siendo un tío que quiere comerte la boca. ¿Recuerdas? —Otro pinchazo, en el mismísimo centro—. Además, si vuelves a susurrarlo así, mi preciosa po...

—¡Calla! —Le cubro la boca. No solo para que no me hable de la belleza de su miembro, que es la única parte de su anatomía que no he imaginado todavía, sino porque escucho risas y voces—. Es Iris con los chicos.

—¡Iris, estamos aquí! —chilla, y yo solo quiero matarlo.

Sí, matarlo.

Tendremos que repetir

Gael

—¡Mueve, Bruno! Hemos quedado a las nueve y ya son y cinco.

—¡Voy! —vocea desde su habitación.

Cuando sale todavía se está atando los botones de los vaqueros.

—¿Otra vez te has cambiado de ropa?

—Sí. El otro pantalón tenía arena en los bolsillos.

—Es lo que suele pasar si dejas tu ropa tirada en la playa de madrugada para bañarte desnudo, que sale rebozada. Por cierto, todavía no me has contado si montasteis una orgía al salir. ¿O lo hicisteis dentro del agua? ¿Todos con todos? ¿O solo hubo tocamientos?

—Tocado estás tú un rato. Tira, anda. ¿No decías que llegábamos tarde?

Me río porque no quiero insistir. Sea lo que sea, me lo acabará contando. Lo raro es que no ha soltado ni prenda de lo que pasó después de ese baño en la playa. Lo único que sé es que Leah iba a quedarse a dormir aquí y, en el último minuto, decidió irse con Silvia y Anaís a Santander. El mensaje que me envió para contármelo lo vi cuando llegué a casa, después de mi salida triunfal del hostel.

Todavía no tengo muy claro si ir a ver a Jana a las tres de la mañana fue una idea buena o pésima. Me apetecía verla y saber que estaba bien. Sin embargo, tumbarnos juntos en esa hamaca, sentir su respiración, a ratos descompensada, oír los engranajes de su cabeza y aguantarme las ganas de probar sus labios, fueron una tortura lenta. Para rematar mi visita, me pareció gracioso llamar a Iris cuando oímos su voz; de lo que no tenía ni puta idea es de que ella llegaba acompañada de Leo y Hugo. El primero iba bastante pedo, por lo que solo nos miraba y sonreía, casi sin ser capaz de soltar una frase coherente, como si le hiciera muchísima gracia haber pillado a su hermana en pijama con la colcha a modo de capa y conmigo en el jardín. En cambio, el segundo venía muy mosqueado y también había bebido; ya sabemos que el alcohol no le cae igual a todo el mundo. Así que nuestras risas escandalosas no le sentaron nada bien. Jana, la única sobria del grupo, tuvo que ejercer de madre de todos y nos mandó a la cama.

Salimos del portal y vemos a las chicas. Bueno. Yo veo a Jana. A Jana con esa falda corta y ese top blanco. A Jana con el pelo suelto. A Jana con su mirada puesta sobre mis ojos, mientras me muestra una sonrisa preciosa, breve pero preciosa. Y luego veo a Iris. Nos saludamos. Estoy a punto de acercarme y darle un beso en la mejilla a Jana, pero empieza a caminar y sería un poco forzado.

—¿A qué hora había que estar en el puerto? —pregunta la amiga de Jana.

—Dímelo tú, que eres la invitada especial de Neco —la vacilo.

A Jana se le escapa la risa con mi respuesta y su amiga me hace una peineta. No sé de qué se ofende, si es la verdad. El sábado estuvo gran parte de la noche con nuestros colegas y fue el propio Neco el que la invitó a venir hoy con nosotros. También le dijo que se trajera a Jana. Es la

víspera de Santiago y Santander celebra su Semana Grande, así que esta noche hay fuegos artificiales. Los lanzan desde la Segunda Playa de El Sardinero, y nosotros los veremos desde el agua, en el barco del padre de nuestro amigo. Me parece un buen plan para ser un lunes.

Iris y Bruno van hablando delante de nosotros mientras atravesamos el puente de Pedreña para llegar hasta el puerto. Leah me acaba de decir en un mensaje que ya están en el barco, así que aceleramos el paso. Cuando voy a preguntarle a Jana qué tal está, me entra un wasap. Es Teo.

Tato:

Tato, ya estoy de vuelta. ¿Me has echado de menos?

Sonríó y tecleo. Siempre ha sido el más moñas de los dos.

Yo:

Poco. Pero ya veo que tú a mí sí.

Tato:

Tampoco mucho. Ya veo que sigues siendo el mismo. Borda y creído.

Me río más fuerte y Jana me mira sorprendida.

—Es mi hermano.

—¿Tienes otro hermano?

—Sí, Teo. Va a cumplir diecisiete.

—Vaya, con Sofía os lleváis un montón de años.

—Sí, mis padres nos tuvieron a mí y a Teo. Cuando yo tenía casi doce se separaron. Luego mi madre conoció a Axel y hace tres años nació Sofía. No pensé que fuese a tener más hermanos con mi edad, sin embargo, ahora estoy encantado. Su llegada nos revolucionó a todos.

—Me mola Sofía —afirma—. Se ve que está rodeada de adultos, porque es muy espabilada.

—Demasiado. ¿Y tú? ¿Solo tienes a Leo? —Vaya, eso ha sonado raro, debería reformular la pregunta—. Quería decir que si no tienes más hermanos —me disculpo. No puedo dejar de observarla, y te puedo asegurar que el gris de sus ojos se come al verde ahora mismo.

—Tranquilo, lo he entendido. Leo es mi único hermano, me saca siete años, y como habrás deducido no tengo padres. Murieron hace casi seis años.

—Vaya. Lo siento. No quería...

—No pasa nada. —Trata de quitarle importancia. Soy buen observador, y se acaba de cruzar de brazos para tocarse el codo, eso significa que se ha puesto nerviosa. No sé por qué he dicho nada, verla triste es lo último que quiero. Las sonrisas de Jana son tan caras que cada vez que veo una me gustaría guardarla en una caja y devolvérsela cuando la necesite—. También tengo a Marga, a Hugo y a Iris. Ellos son familia para mí.

—Lo entiendo, Leah y Bruno también lo son para mí. Ella y yo somos amigos casi desde que llevábamos pañales. Y a él lo conocí a los once jugando al fútbol. Somos inseparables.

—Están hablando de nosotros —comenta mi amigo.

—¿De nosotros? —Iris se da la vuelta y nos mira a los dos.

—Sí, petarda —responde Jana.

—No te preocupes, lo que estaba diciendo era bueno —afirmo.

—¿Sí? ¡Qué bien! —Iris se pone a dar palmas haciendo el payaso. Bruno, a su lado, se parte de risa y me mira a mí. No se enrollarán, sin embargo, me alegra saber que se han caído bien—. Me da igual que me hagas la pelota ahora. Todavía no se me ha olvidado que habéis profanado mi rincón favorito del Salitre.

—¡Venga ya! ¿En serio vas a repetirlo otra vez? —protesta Jana, y a mí se me escapa la risa, por lo que me gano un guantazo de la rubia, que no es muy suave. Supongo que tiene tanta fuerza de remar sobre la tabla.

El tema es que, cuando Iris nos vio en la hamaca, empezó a jurar y perjurar que ese era su remanso de paz, y que ya no podría echarse una siesta sin pensar en nosotros allí acurrucados, de ahí lo de la profanación.

Tres minutos antes de llegar al puerto, le cuento a Jana, en líneas generales, a quién se va a encontrar en el barco. Silvia, Anaís, Leah, Neco, sus padres y puede que alguno de sus primos. Le advierto de que es un niño pijo.

—Como tú, entonces.

—¿Yo? No sé de dónde sacas esa idea.

—Espera, a ver... —Hace como que se lo piensa. Arruga el ceño y, automáticamente, mi dedo índice se posa justo en ese punto y se lo aliso, noto cómo respira más agitada. Vale, voy a tener que preguntarle qué problema tiene con el contacto, porque siempre que la toco, se tensa—. Moto, tarjeta, ¿cómo dijo Sofía...? Ah, sí. Vives solo en un *lorf*.

—Estudio-*loft*, tampoco es para tanto. Y está pegado al piso de mi madre. La moto es de Axel, su pareja, y la tarjeta también. —Eleva una ceja, esperando a que siga—. No tenemos barco, aunque, pensándolo bien, en Isla Sofía...

—¿En dónde?

—Isla Sofía. Es una isla muy pequeña en el Caribe, allí nació mi hermana. La familia de Axel tiene una casa allí, pegada a la orilla del mar. Y una barca para salir a pescar...

Cabecea y sonrío. Y me encantaría inclinarme y comerme esa sonrisa de una vez.

También me da tiempo a explicarle que mi madre tiene una asesoría y que Axel tiene un estudio de arquitectura, además de una familia bien posicionada. Supongo que, ahora que divisamos el pedazo de barco de Neco, entiende las diferencias entre él y yo que le he intentado aclarar.

—Bienvenida a bordo de mi yate, señorita. —Ha sonado como un baboso. Lo peor de todo es que lo remata cuando coge la mano de Iris y le besa los nudillos. Ella se limita a avanzar y saludar a las chicas.

—*Flipao*... —sisea Bruno, que va justo detrás de Iris—. Encantado. —Le tiende la mano cuando pasa por delante de él, a ver si también se la besa. Vaya, parece que mi *bro* está de buen humor hoy.

—¡Quita, capullo! Y menos la derecha, que, desde que te dejó Mía, no habrás dejado de hacerte pajas —suelta él.

Bruno ignora su comentario y le lanza un beso con los dedos. Dejo que pase Jana primero, a la que solo le dice *bienvenida a bordo*. Ella se queda cortada, esperándome.

—¿A mí sí me la besas? —Le planto la mano delante de la cara.

—¡Claro! Tú siempre tienes quien te las haga —espetea y mira a Jana, que debe de estar a punto de tirarse por la borda.

—Pues te equivocas, colega. Porque esta es con la que se la meneo yo a Bruno. Desde que vivimos juntos, lo compartimos todo.

Neco se descojona y busca a mi amigo con la mirada para preguntárselo. Vamos, que no se lo ha creído. Lo conozco y sé que ahora, cada vez que se tome dos copas de más, va a sacar el tema.

—¿¿Cómooo?! No me digas que mi Dios Divino ahora masturba penes. ¿Hay una lista para apuntarse? Porque yo quiero ser el siguiente.

—¡Coño, Asier! ¿Qué haces tú aquí?

—No podía perderme esta *party*. —Exagera el acento inglés—. Y me apetecía daros una sorpresa.

El rubio se lanza a darme un abrazo y Jana, que sigue parada a mi lado, no sé si acojonada o solo flipada con este percal, se tiene que apartar un par de pasos. Menos mal que Leah, que ha estado observándonos todo el rato, hace las presentaciones oportunas y se lleva a Jana con las chicas. Los padres de Neco nos saludan desde los mandos y nos comunican que zarpamos. Sí, con esa palabra tan náutica.

Asier me lleva agarrado del brazo hasta la popa. Hay cubos con hielo y bebidas. Además de bandejas con pasteles salados y sándwiches. Yo me abro una Coca-Cola con el abucheo de fondo de mis colegas, pero me la suda que me llamen *waterparty*, porque paso de beber también hoy. Jana bebe lo mismo que yo. ¿Será que hoy sí que queremos dar nuestra mejor versión? Ella no sé, yo lo único que quiero es que nos quedemos un rato a solas y que me deje probar su boca.

Mientras atravesamos la bahía empieza a anochecer. Asier nos cuenta sus días en el pueblo, lo diferente que es estar allí y lo raro que le resulta volver a vivir con sus padres, después de haber estado solo todo el curso. Nosotros le contamos cómo pasamos los días aquí, las anécdotas más bochornosas de La Luna, y el baño en bolas de esta peña.

—Cabrones, mira que desnudaros sin mí.

—Sin ti y sin Gael —añade Silvia. La miro, porque la tengo justo enfrente, me conoce y sabe que no me va a tocar las narices como pretende. Se lleva el botellín de cerveza a la boca y le da un trago antes de continuar—: No sé qué problema tenía, porque, menos mi hermana, y supongo que Iris, ya le hemos visto desnudo todos. —Hace un círculo en el aire.

—No tenía ningún problema, Silvia. Lo que pasa es que tenía otro plan. Uno infinitamente mejor.

—Ya... —Silvia le echa una miradita a Jana y vuelve a beber.

—Pues es una pena que no te quedaras. A mí me hubiera gustado verte. —Levanta la mano Anaís—. Pero, bueno, Bruno fue una grata sorpresa. ¿No creéis, chicas? —Anima al resto de las que estaban allí a comentar.

—No sé, yo sin gafas y de noche no veo casi nada. —Entra al trapo Leah.

Vale, ahora estoy convencido de que me he perdido algo, porque, en cuestión de segundos, hay un cruce de miradas extraño. Iris mira a Leah. Bruno mira a Leah. Y Leah se lleva la mano a la nuca y se revuelve el pelo; indudablemente, algo sucedió. Menos mal que el padre de Neco fondea enfrente de la playa y todos cogemos sitio para ver los fuegos. Yo me siento lo más lejos de Silvia que puedo y me las arreglo para que Jana se siente a mi lado.

—Ey, júntate un poquito más, que no cabemos todos —le pide Iris y oigo cómo Jana resopla.

Es verdad que no hay mucho más hueco. Todos nos hemos sentado en la popa con los pies colgando por fuera del casco.

—Ven. Ponte aquí. —Me muevo para coger más espacio y abrirme de piernas. Jana duda cuando ve mi intención, aunque el pequeño empujón de su amiga la convence.

—Te voy a aplastar.

—No voy a negar que eres fuerte, pero, por favor, ¿tú te has visto? Eres diminuta.

—Ja.

—Modo ahorro palabras *on*. Lo había echado en falta.

Bufa, sin embargo, se le escapa una sonrisa. Se pone la sudadera verde agua antes de sentarse delante de mí. Es de las que son *oversize*, de algodón grueso; aquí siempre salimos con ella, y más si vamos a estar cerca del mar. Agradezco que el tejido sea una barrera más entre mi bragueta y su culo. Apoyo las manos en la barandilla y Jana queda encajada entre mis brazos. El olor a sal de su pelo se cuela por mi nariz y, antes de que pueda acercarme un poco más a su cuello, para aspirar de nuevo, se abre la melena en dos mechones que se coloca por delante del pecho. Tiene un lunar en la parte alta de la nuca en el que no había reparado.

El primer cohete avisa de que el espectáculo va a comenzar. Mis padres siempre nos llevaban a Teo y a mí a la playa a verlos. Es un recuerdo feliz de mi infancia, cuando los cuatro éramos una familia. Lo más probable es que desde esta perspectiva, y con Jana pegada a mí, mi mente hoy cree uno nuevo.

Los *oh* de mis amigos, cuando los paraguas de colores tiñen el cielo, sumados al ruido de la pólvora, me permiten crear una burbuja para ella y para mí. Una en la que no nos sentimos rodeados. Llevo una de mis manos a su estómago y la poso ahí. Después, ladeo la cabeza y me echo hacia delante para estar más cerca de su cara.

—¿Quieres que te confiese algo que no sabe nadie? —le susurro en el oído. Me deja descolocado cuando su mano se posa sobre la mía. Lo cierto es que la tengo congelada, así que me encanta el calor que desprende la de ella.

—Dale.

—Te he puesto a ti delante porque me da miedo el mar de noche.

—¿Cómo? —Se gira medio palmo y la punta de su nariz casi roza la mía. Iris está a mi derecha y Leah a mi izquierda, no sé si estarán escuchándonos, pero se hacen las locas, ignorándonos y dándonos cierta intimidad. Por eso son familia—. No puede ser. Estás de coña.

—Te lo digo en serio. Me asusta mirar el agua con esta oscuridad. —Se intenta aguantar la risa—. No te rías. Me da pánico asomarme y no saber qué hay debajo.

—¿Peces?

—Oye, sirenita. Te estoy abriendo mi corazón y tú me vacilas.

—No, pero es que no soy objetiva cuando se habla del mar.

—Será por tus escamas.

—Ohhh. —Volvemos a oír las voces de todos, así que elevamos la cabeza y seguimos disfrutando de la cascada de luces en forma de palmera verde que ilumina ahora la noche, abandonando nuestra burbuja otra vez.

Cuando Jana coge mi mano, que ya está templada, y la cuela debajo de su sudadera para dejarla posada sobre la piel de su estómago, me provoca un escalofrío que me recorre la columna vertebral, dos veces. Sonríó como un gilipollas, aunque ella no me vea, porque sigue disfrutando del espectáculo pirotécnico, como si no me acabara de invitar a tocar su piel.

—La traca final es la que más me gusta —comenta Leah.

—Sí, pues ya me contarás la que quemaste el sábado —la pico—. Porque ese baño en bolas tuvo que ser épico.

—Calla y escucha —me ordena.

Cuando en el cielo retumba el último cohete, todos aplauden. No tardan ni cinco segundos en levantarse e ir hasta el altavoz para poner la música y seguir bebiendo. El plan es que volvamos al puerto dentro de un rato, porque ahora el tráfico marítimo, con todos los barcos que hay fondeados, está un poco complicado.

Jana y yo no nos movemos, como si nos hubieran anclado en este medio metro, lejos del resto.

—No quiero soltarte —le confieso, y volvemos a estar de frente, estudiando, con esta escasa luz, la intención en la mirada del otro.

La suya se desvía a mi boca. Uno. Uno. Dos. Dos. Tres. Tres. Y, antes de que pueda insinuar que me matan las putas ganas y que no sé cuánto tiempo aguantaré sin lanzarme, sus labios se pegan a los míos. De golpe. Sin precisión. Su boca se estampa contra mi boca en un movimiento demasiado impulsivo, supongo que ha decidido saltar sin pensárselo más. Estoy flipándolo mucho, no me esperaba que ella diera el paso. Pero sigo siendo Gael, aunque estos últimos días apenas me haya reconocido, así que tomo el control. Llevo mi mano libre a su nuca y la acaricio suave con las yemas de mis dedos. Ella coge aire y, en ese instante, entreabro mis labios y saco mi lengua a pasear. Se relaja en cuanto me siente y me invita a pasar. Me busca. La encuentro. Cerramos los ojos, yo después de ella. Los primeros segundos son solo de tanteo. El ritmo. La intensidad. La profundidad. Y sus manos, que ahora se anclan en mi espalda, tiran de mí. Los segundos restantes, no sabría decir cuántos, son solo de lenguas enroscadas. Jana besa muy rico, te lo digo yo, que sé de lo que hablo. Solo ha necesitado unos pocos segundos para confiarse y desarmarme. Peligro. Me conozco y sé que ahora voy a querer repetir. Es ella la que marca el final, cuando nos empieza a faltar el aire.

—Gael...

—Dime. —Solo me aparto un centímetro de su boca para ver su expresión, entre tímida y avergonzada.

Mira a su alrededor para ver si nos han visto, lo más probable es que sí. No quiero que se preocupe de los demás ahora. Estoy seguro de que Leah e Iris han obligado a todos a no decir ni una palabra, sobre todo para proteger a Jana. Enmarco su cara con mis manos para que se concentre solo en mí.

—Yo...

—Besas de lujo, Jana. —La corto antes de que diga algo que no quiero oír.

—No digas tonterías.

—Hablo completamente en serio. Y, aun a riesgo de que me insultes, te lo digo porque es un tema que controlo bastante bien.

—Idiota. —Voltea los ojos y se muerde el labio. ¿Eso es una señal contradictoria? Porque puedo inclinarme sobre su boca hasta que amanezca, sin problema—. Tú no lo haces mal para tener miedo al mar de noche.

—Y a las casi feas de día —replico—. Que no se te olvide, a esas les tengo pavor.

—¿Y ahora qué hacemos? —Ya estamos navegando de nuevo, aunque no hemos sido conscientes de que nos habíamos empezado a mover.

—No lo sé, pero si tengo que mejorar mi técnica, tendremos que repetir.

Solo se siente

JANA

Le hago un gesto con el dedo a Iris para que baje el volumen de la música. Se ha adueñado de mi altavoz mientras me visto y ha empezado a cantarme *One Kiss*, de Dua Lipa, como si estuviera en un concierto. Es su coña después de mis únicos besos con Gael. No, no ha habido más desde el primero y último que nos dimos en el barco hace dos días. Nuestra intención era repetir, pero su amigo Asier se mareó y casi se desmaya en la cubierta, así que todos estuvimos pendientes de él. Ayer Gael se fue a comer con su familia. Cuando regresó por la tarde, me mandó un mensaje para vernos, pero los padres de Iris nos iban a invitar a cenar y ya estaba a punto de salir con ellos.

Fue extraño volver a besar a alguien después de tanto tiempo. Y más del modo en que yo besé a Gael, asaltando su boca sin pedir permiso. Aunque solo me sentí perdida durante los cinco primeros segundos, mientras esperaba a ver su reacción. En cuanto él fue consciente de mi arrebató, tomó el control. No sé cómo explicarlo, pero es como si su lengua enroscada con la mía fuera el chute de energía que estaba esperando para querer seguir. Me sentí viva, igual que me pasa cuando estoy encima de la tabla cogiendo olas. Despierta. Feliz. Y también en calma.

—*One kiss...*

—Por Dios, ¿puedes dejar de cantar?

—Déjame, que es mi última noche contigo y tengo que llevarme un buen recuerdo hasta que volvamos a vernos.

—Y, por buen recuerdo, te refieres a vacilarme con lo del beso, ¿no?

—Obvio que no. Con buen recuerdo me refiero a esa sonrisa tan mona que tienes en la boca. No puedes negarme que Gael te mola y te hace cosquillitas aquí. —Salta sobre mí y me posa la mano en el abdomen. En el bajo abdomen, para ser más exacta. Ella sola se empieza a reír.

—Eres muy tonta, pero te voy a echar de menos.

Toca abrazo. Largo. Nos sorbemos los mocos de la nariz, disimulando la congoja. Esta mañana, después de desayunar, ya hemos llorado con Marga como testigo. Es que no me puedo creer que ya se vaya mañana, los diez días se me han pasado volando.

—Yo también a ti. Aunque me voy mucho más tranquila que el verano pasado. Sé que te dejo en buenas manos.

—No lo dirás por las de Gael... —la vacilo, porque en cuanto le dije que me había fijado en ellas y me habían gustado, no ha parado de mirárselas.

—He oído alguna cosa sobre sus manos, pero, sobre todo, he oído rumores sobre otra parte de su anatomía...

—¿A Silvia? —le pregunto y no sé por qué le doy esa entonación tan aguda.

—Sí, ella le menciona en casi todas sus conversaciones. Supongo que la ha dejado marcada. Aunque también he hablado con Leah...

—No le habrás contado nada de... —la interrumpo.

—¿De Iván? No. Solo le he dicho que tuviste una mala historia y que no habías vuelto a repetir. Le pregunté por Gael.

—¡Iris! Ahora pensará que soy una niña frágil a la que le partieron el corazón. Y no fue así.

—Claro que no. Ese imbécil no te partió el corazón, porque no estabas enamorada de él. Te hizo perder toda la confianza que habías ganado, y eso es mucho peor. Leah y Gael son amigos desde siempre, no sé, me ha transmitido confianza. Me parece una tía supersensata, y, evidentemente, nadie lo conoce mejor que ella. No podía irme sin saber algo más de él.

—¿Y qué te dijo? —Me pica la curiosidad.

—Que es un buen tío, borde y guapo. —Sonrío porque recuerdo cuando él me dijo que yo era más borde que él y que a su amiga le iba a encantar—. Sabe que tiene potencial y le encanta que las tías hagan cola por él. No obstante, también me ha dicho que tiene buen fondo, a pesar de que parezca un cabrón la mayor parte del tiempo.

Es mucho más que guapo, es ¿guapérrimo? Estoy fatal, me lo está pegando. A ver, se ve de lejos que le gusta gustar, no me parece mal, lo que ocurre es que, si solo muestra lo de fuera y se pavonea de ello, puede transmitir que no le importa que la gente crea que no guarda nada dentro. Yo misma le juzgué sin conocerlo.

—Es un engreído —afirmo, porque es así.

—Leah también me ha dicho que no va rompiendo corazones, que siempre es sincero con las chicas. Habla claro desde el principio y no esconde lo que quiere.

—Sexo y punto.

—Pues... —hace una pausa—, básicamente, sí.

Intento no variar el gesto, aunque no sé si lo consigo.

—¿Por qué pones esa cara?

Vale, no lo he conseguido.

—¿Qué cara?

—La previa a empezar a encogerte. Nadie te va a hacer pequeña otra vez, ¿te queda claro? Mírame. —Se acerca y me zarandea—. Te irás a Australia cuando termine agosto. Vas a currar allí un año. Vas a conocer a un millón de tíos buenos con los que probablemente te enrollarás. Vas a surfear en las mejores playas del mundo. Y vas a dejar atrás todo lo malo. Te mereces disfrutar de cada cosa bonita que te depare ese viaje. Así que no pongas cara de haber olido un pedo de Tubo. —El susodicho está tumbado en su cama y levanta una oreja, luego se recoloca de nuevo—. Y disfruta de este verano al máximo. Si eso incluye que Gael te toque con esas manos por todos los rincones, no te cortes, he oído que sabe hacerlo muy bien.

—Iris...

—Hablo en serio, Jana. Vas a cumplir dieciocho el mes que viene y te vas a largar. Si te apetece estar con Gael lo que queda de verano, hazlo. No hay duda de que él quiere estar contigo.

Bufo.

—¿Estar conmigo? Si él puede estar con cualquiera, sin pestañear.

—No seas tonta. ¿Has visto cómo te mira? Si te apetece llegar hasta el final por primera vez, hazlo. Créeme, cuando un tío habla de su preciosa polla y sus colegas no le contradicen, es porque saben que contra eso no pueden competir. Tiene pinta de calidad excelente.

—Dios, Iris. ¿En serio? Vamos, anda.

Me pongo las chanclas y cojo mi móvil para irnos, será mejor que deje de hablar de Gael y de todos los beneficios que, supuestamente, me proporcionaría su cuerpo.

Mi amiga se ha empeñado en hacer su fiesta de despedida en la playa. Así que me he vestido como un día normal. Me alegra no tener que arreglarme, porque los vestidos de fiesta y los tacones no van conmigo. *Short* vaquero negro y una camiseta corta de Vans, blanca, que no me tapa el ombligo. No me importa demasiado enseñar el estómago, porque, en cuanto empiece a caer la noche, me pondré la sudadera. Los chicos se han encargado de guardar las bebidas y el hielo que compró Iris esta mañana en su casa.

Salimos por la puerta de la cocina y nos despedimos de Marga, que nos dice que lo pasemos bien y que no abusemos del alcohol; me hace gracia que me meta a mí en el mismo saco que a su sobrina.

—¿Ves? Eres una mala influencia.

—Y eso que no sabe que también te induzco a los frotamientos con Gael.

—¡Iris! —Miro a ambos lados con preocupación. Espero que nadie lo haya escuchado.

Me alivia ver que Leo y Hugo siguen organizando las tablas y los trajes en la escuela. Iba a haberlos ayudado, sin embargo, están los dos de un humor bastante raro desde hace días. Estoy segura de que podría poner nombre a la culpable, sin riesgo de equivocarme. Los dos son muy viscerales y se quieren con locura desde que eran unos críos, así que espero que lo resuelvan pronto.

De camino a la playa, no puedo evitar pensar en todo lo que me ha dicho Iris sobre Gael. A ver, no soy idiota, y aunque no tenga experiencia enrollándome con chicos (lo de Iván fue la antiexperiencia), he vivido con mi hermano y con Hugo todos estos años. Sé cómo piensan la mayoría, o, mejor dicho, con la parte que piensan. También sé cómo funcionan las relaciones ahora. Ya he dicho antes que soy consciente de que Gael nunca tendrá problemas para estar con ninguna chica. Leah ha corroborado que le gusta el sexo sin implicaciones, y no es que yo esté buscando nada más, sin embargo, me extraña mucho que él quiera enrollarse conmigo. Vamos, con alguien como yo, quería decir.

—Basta, Jane. Cambia esa cara y deja de divagar.

—Y tú deja de colarte en mi cabeza —protesto.

A veces odio que me conozca tan bien.

Bajamos a la arena. Está prohibido beber aquí, sin embargo, las semanas más potentes del verano suelen hacer la vista gorda para tener la fiesta en paz con los turistas. Por supuesto, no somos los únicos que lo haremos. Ya veo a varios grupos sentados, algunos todavía en bañador. Les hemos dicho que se colocaran en la zona de la derecha, para resguardarnos un poco de los curiosos. Como todavía no ha anochecido, enseguida distingo la figura de Gael, está abriendo una botella de ron y tiene un cigarro en la boca. ¿Fuma? Vaya, otra sorpresa más. Es la primera vez que le veo hacerlo.

—Holi, holi... ¿No habréis empezado sin nosotras? —los aborda Iris en cuanto llega a su vera.

—¡Qué va! No se puede empezar una fiesta sin la reina —suelta Neco y viene a darle dos besos.

Iris me ha dicho que se dieron un par de morreos el día del baño nocturno, sin pasar a mayores. Lo dejó tocado, porque él, cada vez que coinciden, se le pega como una lapa.

—Hola. —Gael se quita el cigarro de la boca y me saluda.

Me quedo mirando su mano con el pitillo. No sé qué lee en mis ojos, porque lo apaga contra la suela de su chancla, sin terminarlo, y lo tira en una bolsa de plástico que han colocado al lado de los cubos con las bebidas.

—Hola.

Arruga el ceño al escuchar mi tono. He sonado distraída, como si no me importara verlo de nuevo. Estoy nerviosa y, encima, me siento tan descolocada cuando me mira, con esa intensidad, esperando algo más por mi parte, que me cruzo de brazos y me toco el codo.

Maravilla.

—Vuelta al modo ahorro, ¿eh?

—Eh... —Titubeo. ¿Se puede ser más tonta?

Vamos. Es Gael, tu lengua ha estado en su boca hace cuarenta y ocho horas. Recuerda que no muerde, solo besa, y lo hace satisfactoriamente bien. Y sus manos en tu abdomen y las tuyas en su nuca...

Por suerte, Leah viene a rescatarme, como si tuviera un sexto sentido. Me arrastra con ella para hacernos unas fotos de recuerdo y, además, me pone un vaso de cachi en la mano.

—Pruébalo. Está buenísimo. —Es ron con naranja lo que está bebiendo ella.

Doy un trago corto, pero el sabor no me disgusta, así que antes de devolverle el vaso, bebo uno bastante más largo.

—¿Quién pone la música? —pregunta Iris.

—Cualquiera menos Bruno. Tiene buen oído, aunque un gusto musical pésimo —masculla Gael y se sienta en la arena, al lado de un pequeño fuego que ha encendido Neco con unos palos. Bruno, a su lado, le tira un beso con la mano.

—El móvil que está conectado al altavoz es el mío, así que si tenéis alguna petición, aquí estoy. Hoy pincho yo. —Se señala Bruno.

—¿Sí? Pues a mí también me gustaría pinchar, sería una bonita despedida, ¿no crees, Iris? —suelta Neco sin filtro.

Mi amiga le desea suerte con eso, provocando las risas de todos. Él se lleva la mano al pecho, dolido. Me vuelvo a agenciar el vaso y le doy otro trago. Todavía llevo la sudadera atada a la cintura, así que cruzo las piernas a lo indio sobre la arena. El resto también se sienta, haciendo un círculo alrededor del fuego. Me pongo a la izquierda de Bruno. Gael está a su derecha. Me observa, bebe y me vuelve a mirar. Está muy guapo. Tiene el pelo mojado y peinado hacia atrás, por lo que sus ojos, a la luz del fuego, cogen más intensidad. Lleva unos bermudas caquis y una camiseta blanca de manga corta. Ha apoyado su culo encima de una sobrecamisa vaquera, del mismo color que el pantalón. Se ha deshecho de las chanclas y ahora juega con la arena entre los dedos.

Iris es la que lleva el peso de la conversación. Cuenta anécdotas de otros veranos, y en la mayoría me incluye. Los amigos de Gael hablan de lugares de Europa que han visitado y de su primer año en la universidad.

—Y tú, Jana, ¿qué vas a estudiar?

—Nada —respondo a Leah—. Aprobé la EBAU, sin embargo, este año voy a tomármelo sabático. Me voy a Australia a trabajar.

—Vaya, ¿se puede hacer eso? —pregunta Anaís—. ¿Y qué dicen tus padres? ¿Les da igual que no estudies nada?

—Los padres de Jana murieron —responde Iris por mí y apoya su mano en mi muslo.

—Vale... —La hermana de Silvia se lleva la mano a la boca, cortada—. Yo...

—No pasa nada.

Noto el silencio que se hace a continuación y me remuevo sobre la arena, porque no me gusta ser el centro de atención. Leah es la primera en sacar otro tema, hablan de una tal Mía, otra amiga de ellos, que se ha ido de Erasmus. Neco vacila a Bruno con algo sobre esa chica, deduzco que es su ex.

—Venga, vamos a animar el ambiente, que nos dormimos. ¿Jugamos al *Yo Nunca*? —propone Silvia.

—¿Tenemos quince años? —espeta Gael.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? Ah, no, espera, que estás tratando de protegerla. No te reconozco, G.

Silvia me mira en cuanto termina la frase y yo, por el rabillo del ojo, veo cómo Gael cabecea. Bebo otro sorbo mucho más largo y me quedo unos segundos mirando el fondo del vaso, pensando.

—Por mí no hay problema —mascullo—. Pero dejad que beba unos tragos antes de empezar, porque durante el juego será imposible.

—A ver, algo habrás hecho... —insiste ella.

—Supongo que todas las preguntas que estás pensando son de temática sexual, ¿me equivoco? —Silvia me mira entrecerrando los ojos y oigo la risa de Gael y el silbido de Neco—. Lo digo porque se nota que es tu preferida. En ese caso, no tengo nada que aportar, así que toma. —Me levanto, me pongo de rodillas y cojo la botella de ron para acercársela a la mano—. Toda tuya, terminátela.

—Esa es mi borde —sisea Gael.

Me levanto con los aplausos de algunos como banda sonora y me voy hasta la orilla. Será mejor que meta los pies en el agua, para liberar la tensión. No quería ponerme a su altura, pero es muy pesada la chica.

Oigo a alguien acercarse, sin embargo, no me detengo.

—Jana...

—No tienes por qué venir detrás de mí —me indigno.

—Ey... —Me alcanza y me coge de la mano.

—Gael. —Intento zafarme. Él me sujeta más fuerte. Los demás se han levantado y han empezado a brindar y a bailar.

—Para, por favor. —Ahora pasa sus manos por mi espalda y me encaja entre sus brazos—. ¿Me vas a contar qué te pasa?

—Nada.

—Oye, ahí arriba habías desactivado el modo ahorro de palabras. Así que, ahora, no vuelvas a él. Silvia todavía está analizando el sujeto de tu frase, le falta el predicado. —Me separo de su pecho y caminamos por la orilla para alejarnos más de ellos—. ¿Por qué has venido rayada?

—Yo no he venido rayada. Bueno, sí. No lo sé.

—No cuela, Jana. Y, por favor, sal del mar, ¿no ves que ya es de noche?

—No hablarás en serio, ¿verdad? ¿Tanto miedo le tienes?

—Sí. Ya te lo dije, me da miedo. No sé tú, pero yo no miento.

Salimos de la orilla y vamos hasta una zona muy oscura. Sin la luz de la hoguera apenas intuyo su silueta. Se sienta y me pide que lo haga con él. Me pongo la sudadera antes de acomodarme. Tira de mi cintura y me coloca sobre su regazo. Acerca su cara a la mía y se queda así, comiéndome el oxígeno.

—¿Qué haces?

—Voy a besarte. Lo que no sé es si antes o después de que me cuentes por qué estás así.

Cambio de postura y me coloco a horcajadas encima de él. Nuestras caras quedan de frente. Sus manos se cuelan por mi sudadera y se posan en el final de mi espalda. Me acaricia con los dedos, haciendo pequeños círculos, sin dejar de mirarme.

—¿Es por mí? ¿Te ha molestado algo? ¿O es que Silvia te ha dicho algo más?

—No. Ella no, es que... —Me callo.

—Cuéntamelo, Jana. No me hagas emplear otras tácticas. —Sus dedos se pegan a mi cintura y me hace cosquillas.

—¡Para, para! —Me revuelvo encima de su entrepierna. No sé si le hago daño, pero tose un par de veces.

—Vaya, una debilidad. Lo anoto —afirma con tono repelente.

Al segundo, empiezo a notar que se endurece. Oh, oh...

—Vaya, una debilidad. Lo anoto —le parafraseo y agacho la mirada hacia su paquete.

Mi gesto le pilla totalmente por sorpresa, eleva tanto las cejas que se le juntan al nacimiento del pelo, y a mí se me escapa una sonrisa triunfal.

—A tomar por el culo. Te voy a besar.

Y es justo lo que hace. O lo que hacemos. Nos besamos. Primero acoplamos nuestras bocas, y cuando mis labios comienzan a retroalimentarse del calor de los suyos, enredamos nuestras lenguas una y otra vez, en bucle. Nuestras manos se aferran a nuestras respectivas espaldas y, sin darme cuenta, mis caderas empiezan a balancearse sobre él. Madre mía. ¿Y este pinchazo en el vientre? Me aparto un centímetro para coger aire.

—Hostias, Jana.

Inspiro. Espiro. Controlando las ganas de volver a mecarme sobre su boca y sobre él, porque me ha encantado sentirlo debajo.

—Era esto lo que me preocupaba. —Agacho la mirada al punto donde se unen ahora nuestros cuerpos—. Supongo que no necesitas que juegue al *Yo Nunca* para saber que yo nunca...

—Has tenido relaciones sexuales.

—Puedes decir follar. No soy una cría, Gael. No, nunca he follado. —Agacho la cabeza.

—Eh, mírame. —Lleva su mano a mi barbilla para que lo mire a los ojos.

Por un instante, me pierdo en su brillo, en el tono de su iris, y en la calidez de su mirada, a pesar de la penumbra. No quiero que me tenga lástima, ni que se piense que soy una cría.

—¿Y qué? ¿Qué importancia tiene que no lo hayas hecho todavía? Supongo que no te habrá surgido la oportunidad. —Guardo silencio, no voy a contarle ahora los detalles—. A no ser que me digas que eres ultracreyente y que estás esperando al matrimonio.

—Idiota.

—Me gusta esa entonación. —Me atrevo a sonreír mientras le golpeo en el hombro—. Me gusta estar contigo y punto.

—A mí también me gusta estar contigo, aunque no tengo explicación para eso. Pero es que tú...

—¿Yo, qué?

—Que tú eres...

—Está bien, lo capto —me interrumpe—. ¿Qué narices te han dicho de mí? Es eso, ¿verdad? Vale, te han asustado.

—Gael...

—Mira, me hago una idea, así que prefiero que no me lo cuentes, no quiero mosquearme. Que me guste el sexo sin complicaciones no significa que cada vez que esté con una tía no pueda mantener la polla dentro de los pantalones, Jana. Espero que, al menos, también te hayan dicho que siempre soy sincero. —Se pone a la defensiva, aunque sigue mirándome a los ojos—. Y voy a seguir siéndolo. Me gustas. Y tampoco tengo ninguna explicación. Me gustas y me apetece estar contigo estas semanas de verano, si tú también quieres, claro.

A continuación, se pasa la lengua de manera deliciosa por el labio inferior y yo me muerdo el mío. ¿Por qué tengo ganas de volver a besarlo? Se está convirtiendo en mi nuevo vicio. Otro pinchazo. Esta vez creo que él también siente uno, en la misma zona baja que yo, porque las yemas de sus dedos se clavan en mi trasero.

—Pues, entonces, no hay nada más que añadir. Vamos a disfrutar y a divertirnos. —Pega su nariz a la mía—. Lo demás llegará, si tiene que llegar, Jana. El deseo no se busca ni se fuerza, solo se siente.

Solo se siente.

19

¿He caído?

Gael

—Venga, ponte el casco.

—Que no me voy a subir a ese cacharro, Gael. Me dijiste que íbamos a dar un paseo, no creí que fuera encima de esto. —Jana eleva la voz y Tubo ladra con más fuerza a mi moto. Cuando ve que me acerco a ella para calmarla, revolotea entre nuestras piernas sin parar de mover el rabo. Este perro es bipolar.

—¿Te quieres tranquilizar?

—¿No te das cuenta? Le estás haciendo revivir su trauma. Pobre.

—Te lo digo a ti, no al perro —la vacilo.

Niego con la cabeza mientras me susurra un «idiota» bastante ahogado, porque justo en este momento entran dos huéspedes por la puerta, y estamos en medio del acceso. Detrás de ellos, aparece Hugo, que se detiene en cuanto nos ve.

—¿Tú no tienes coche? —me pregunta con cara de malas pulgas.

—No, pero solo vamos hasta el faro de Ajo. —Es un pueblo que está a veinte minutos de aquí, tampoco es para tanto—. No voy a correr.

—Más te vale. —¿Eso es una amenaza? Porque me toca un poco los huevos que me trate como si fuera mi padre. En realidad, mi progenitor hace años que no me trata así—. No tienes por qué subir, si no quieres, peque.

—Hugo —se queja ella—. No soy una niña pequeña.

—Para mí sí. Por cierto, ¿dónde está tu hermano? ¿Ya sabe que vas a ir en moto con él?

Cojonudo. Me encanta que hable de mí como si no estuviera delante. ¿Sabrá que lo hice con Lidia? Quizá por eso me tiene atravesado, aunque es bastante ridículo, porque, por esa regla de tres, tendría que estar mosqueado con muchos otros, empezando por su amigo del alma.

—No, Leo no lo sabe. Y no tengo que pedirle permiso. Te lo repito, no soy una cría. Además, no sé dónde está mi hermano.

—Lo acabo de ver en la puerta de La Luna con Lidia —comento.

Hugo se gira para mirarme, mal. Así que mejor me ahorro los detalles de cómo Leo tonteaba con ella mientras le daba mordiscos en el cuello y en los hombros. A ver, que no es que yo tuviera especial interés en fijarme, lo que ocurre es que, al salir del portal, me los he encontrado ahí, en plena calle.

—Bueno, nosotros nos vamos. —Jana se despide de él y sonrío, porque eso significa que ha decidido subir a mi moto.

—Tú. —El dedito de Hugo señalándome me cabrea—. Ya puedes tener cuidado.

—Hugo, llama a Tubo para que entre contigo, por favor —le grita Jana cuando traspasa la entrada. El perro se resiste. Al segundo silbido, va tras él.

—¿Preparada? —le pregunto, y yo mismo le ajusto el casco. Ella se ata los botones de la cazadora vaquera que le he mandado ponerse.

—No. Pero necesito despejarme, igual hasta me viene bien el paseo.

Hoy se ha ido Iris. Y después de ser testigo de la amistad que tienen Jana y ella, sé que la rubia necesitará unos días para recuperarse de su ausencia. Es su persona vitamina, como les gusta decir ahora a los psicólogos. No se podrá quejar, al final, tuvo una despedida épica en la playa. Y eso que la noche empezó algo tensa. La lista de Silvia se comió el zasca de Jana y, después, desaparecimos un rato. No sé qué me pasa, cada vez me gusta más estar con ella a solas. Es evidente que lleva otro ritmo y que se abre a mí a paso lento. Me gusta que empiece a tener confianza para contarme sus cosas. Nos besamos, mucho, porque su boca es un auténtico vicio. También hablamos y terminamos confesándonos que queremos pasar juntos las semanas que quedan de verano. Cuando volvimos con el grupo, el ambiente ya estaba mucho más relajado, gracias a las dos botellas de ron que habían vaciado. Estuvimos bailando y cantando. La noche se llenó de risas y pullas, pero en plan bien, sin malos rollos. La foto que nos hicimos con el móvil tirado en la arena, abrazados en círculo, ha sido la que hemos compartido en nuestras historias de Instagram esta mañana para despedir a Iris. Ahora que se preparen los escoceses, que va para allá.

La ayudo a subir y le digo dónde tiene que poner los pies para ir más cómoda, y, después, me subo y arranco.

—Cuidado con el tubo de escape, ¿vale? —Le bajo la visera.

—Espera, espera —me pide antes de que maniobre y salga a la carretera—. ¿Dónde me agarro?

—¿Estás de coña? ¿Dónde te vas a agarrar? Pues a mí. —Sus minúsculas manos rodean mi cintura con cautela. Acelero aposta y ella se sujeta mucho más fuerte. Me descojono ahora que no puede verme.

Voy despacio, porque se lo he prometido a ella, no solo a Hugo, su protector. De vez en cuando, suelto la mano del manillar y la poso encima de la de ella, se la aprieto para que vea que está todo controlado. Me encanta ir en moto, me gusta sentir la potencia del motor entre mis piernas y la adrenalina recorrer mis venas cuando acelero, pero hoy estoy disfrutando de la conducción; me gusta sentirla pegada a mí, así que aflojo en las curvas, para que no tenga miedo, y me concentro en las vistas, en su calor y en el paseo.

Cuando llegamos y aparco la moto, Jana sigue sin soltarse.

—Hemos llegado. —Sujeto sus dos manos, que están aferradas a mi estómago, y me doy media vuelta para verla.

Levanta la cabeza y abre los ojos.

—No me lo puedo creer. —La ayudo a quitarse el casco y a bajarse.

—¿Qué?

—Pues que has venido con los ojos cerrados. El paseo es lo mejor, Jana. Además, he venido despacio.

—Eso es lo que te parece a ti.

—O sea, que te metes en el mar con olas de más de dos metros y no tienes miedo, pero te asusta un poco de velocidad. Esto es como cabalgar sobre el asfalto.

—Y a ti te encanta —afirma—. Sentía como te iba el corazón a mil.

—Ah, pero eso era por otra cosa —la provocho.

—Muy gracioso. ¿Ahora también me vas a decir que te palpita esa preciosidad de...?

—Vamos a ver, Jana. —Junto mis labios a los suyos y siseo sobre ellos—. No puedes hablar de mi polla sin conocerla.

—He oído cositas y me he hecho una ligera idea —comenta juguetona.

—Créeme, ligera no es. Así que cierra esa preciosa boca y camina. O te la cierro yo, gustosamente.

Se ríe y me muerdo el labio antes de abalanzarme sobre el de ella. Genial, ahora mismo no sé quién soy. Nos ponemos los cascos en los codos y juntamos las manos que nos quedan libres. La tiene congelada, así que se la froto para que entre en calor mientras caminamos hacia el mar.

El faro de Ajo es el último que se construyó en Cantabria y se ha hecho famoso porque en 2020 encargaron a Okuda que lo pintara. Si conoces al artista, sabrás que sus diseños están llenos de color. Así que pasó de ser un faro blanco más a uno *megainstagrameable*, sobre todo para los miles de turistas que lo visitan desde entonces.

Nos hacemos una foto y Jana se la manda a Iris. Su amiga tarda tres segundos en responder con un montón de emojis de corazones y el texto: *sois adorables*.

—Toda intensidad, ella.

—Ni te lo imaginas. —Suenan apagada—. Todavía no asimilo que no la veré hasta el año que viene.

—Bueno, conociéndola, se puede presentar en Australia a verte en cualquier momento.

Jana se ríe y se guarda el móvil. Le cuento que tengo algo de envidia porque, el año pasado, cuando yo no tenía ni idea de lo que quería estudiar, me hubiera encantado tener un año más para pensármelo, como va a tener ella.

—¿No te gusta tu carrera?

—Ni me gusta ni me disgusta. Me es indiferente. Y eso desmotiva bastante a la hora de levantarse por las mañanas para ir a la facultad.

—¿Y por qué te matriculaste en Económicas?

—Porque era la opción más fácil. Y porque estudiaría con Bruno.

—Vale, pero, si no te motiva ahora, aunque apruebes con facilidad, ¿cómo vas a ser feliz luego, cuando tengas que trabajar de eso? No tiene mucho sentido.

—No, no lo tiene —le doy la razón—. Pero tampoco me he planteado buscar otra opción.

Nos apoyamos en la valla que bordea el acantilado y nos quedamos embobados con las vistas. El Cantábrico en todo su esplendor. Durante unos segundos, permanecemos en silencio, pensativos.

Jana coge aire y lo expulsa despacio por la boca.

—¿Estás bien?

Asiente. Le quito el casco del brazo y lo poso en el césped, al lado del mío. Me pego a su espalda y la abrazo por detrás. Poso mi barbilla en su cabeza e inspiro su olor. Siempre huele a sal.

—¿Me estás oliendo? ¿Es una especie de tara o algo de lo que deba preocuparme? —Vaya, no está tan ausente como creía.

—No, es una pequeña adicción que me has creado. Me encanta cómo hueles. Siempre a sal. ¿Qué perfume usas?

—No uso perfume. Es el gel. Me lo regaló Marga hace un par de años y ya no puedo usar otro. Se llama Fior di Salina, es de una marca italiana. Lo adoro, es como si no saliera nunca del mar.

Aparto su espesa melena hacia un lado y me inclino para besar su cuello, concretamente la peca de su nuca. Mis brazos siguen envolviéndola y noto cómo se le pone la piel de gallina al instante.

Suena su WhatsApp y saca su móvil de nuevo.

—Es Hugo, me pregunta si he llegado bien. También tengo otro de mi hermano, ya se ha enterado de que estoy contigo.

—Vale, ¿van a hacerme luego un interrogatorio y a preguntarme por mis intenciones contigo? ¿O esa parte se la van a saltar? Porque, de momento, solo puedo decirles que me pones muy *tonto*.

—Tonto, ¿eh? —Jana se da media vuelta y cuela sus manos por debajo de mi sudadera; me gusta que sea ella la que empiece a tocarme, ¿será una invitación a que haga yo lo mismo?

—Sí, prefiero decirlo así.

Sonríe y voltea los ojos. Está preciosa cuando se deja llevar.

—Tranquilo, no van a decirte nada. Mi hermano estaba deseando que saliera de casa este verano después de mi encierro durante el curso. Y Hugo, aunque parece más protector, solo se preocupa por mí. En el fondo, es como si tuviera dos hermanos. No puedo reprochárselo, siempre han estado ahí, cuidándome.

—Por cierto, tengo una duda. ¿Hugo y Lidia estuvieron juntos?

—Sí, estuvieron saliendo un tiempo. ¿Por?

—Porque cuando he mencionado que estaba con tu hermano, antes, ha puesto una cara extraña.

—Bah —le resta importancia—. Ellos son así, su amistad está por encima de todo. Lidia es una buena amiga de los dos y también un espíritu libre.

—Lo sé. —Eso me consta, pero supongo que a Jana no le interesa saber lo que he hecho antes de conocerla. Además, después de ver a Hugo y a Leo estos días en el *pub*, me ha parecido que son más que amigos, aunque no es asunto mío.

—La conocen desde hace años y me parece que los dos están un poco colgados por ella. Ninguno quiere reconocerlo y tampoco les van las ataduras, así que tontean por temporadas, nada importante.

—Vaya, así que ya lo sabías.

—Yo también sé observar, Gael.

—¿Sí? ¿Y ahora qué ves?

Uno. Uno. Dos. Dos. Tres. Tres. Pasa de mirar fijamente mi boca a perderse en mis ojos.

—Tus ojos azul marejada.

Sonríe con orgullo y me inclino para besarla. Su lengua arrasa con mi boca hasta que encuentra la mía. Es un beso hambriento y profundo. Sus manos ahora deciden colarse también debajo de mi camiseta y ascender por mi abdomen hasta mi pecho. Sí. Me gusta. Me gusta su tacto. Su sabor en mis papilas. Y su jodido olor a playa. Me la comería entera, de arriba abajo, sin dejar ni un solo centímetro por probar. El calor le enciende las mejillas y su respiración se vuelve caótica. El morreo se nos va de las manos, no puedo parar. Aprovecho la inercia del beso para tocar su piel. Está ardiendo. Primero me agarro a su cintura y después escalo por sus

costillas hasta que mis yemas tocan el borde de su sujetador. Juego con los pulgares por el contorno inferior y, cuando los llevo hacia arriba para rozar sus pezones por encima de la tela, Jana se separa de mi boca y coge mucho aire, como si le faltara. Aparto mis manos de su cuerpo y las llevo hasta sus mejillas.

—Ey, ¿todo bien? —Su pecho sube y baja, descontrolado.

—Sí. Sí —titubea—. Se nos ha ido un poco la pinza, ¿no? Esto está lleno de gente.

Miro alrededor y veo a un par de familias con niños, que están paseando por la senda, cerca de nosotros, y otros turistas haciéndose fotos en el faro.

—Tienes razón, pero en mi defensa diré que has empezado tú. Así que —levanto las manos— la próxima vez elige un lugar menos concurrido.

—¿Y si no hay próxima vez? —Sonríe con malicia.

—Pues me quedaré con el recuerdo de una bonita empalmada con vistas al mar.

Las carcajadas de Jana son el mejor sonido del mundo. Abro la caja de sus sonrisas y las guardo ahí, hasta la próxima vez que me dedique una. A ella le parecerá gracioso, sin embargo, yo me voy colocando la polla mientras camino, no quiero sentarme luego en la moto y rompérmela.

Damos un paseo por el borde de la costa mientras ella me vuelve a hablar del mar. Casi sin darnos cuenta, es la hora de regresar. Tengo que ir a trabajar, así que conduzco más rápido que antes. Jana se agarra a mí con la misma fuerza que en la ida, solo espero que esta vez lleve abiertos los ojos.

La dejo en la puerta del hostel, y, como es tarde, no me bajo de la moto. Se apea y me da el casco.

—Gracias por el paseo. Lo necesitaba.

—Gracias por el calentón. Aunque no me queda claro si era lo que necesitaba yo.

—Idiota.

—Mañana te veo.

Arranco y salgo de allí para ir directo a La Luna. Bruno sale del portal cuando estoy aparcando, así que me espera en la puerta para entrar conmigo.

—Casi llegas tarde.

—Casi.

Me paro en la acera cuando me llega el sonido de una notificación de WhatsApp. Es de Jana y me manda el enlace de una canción. *Ocean Eyes*, de Billie Eilish. Sonríe como un auténtico imbécil cuando lo veo. Es la primera chica que me manda una canción, si excluimos a Leah, obvio.

—¡No! ¡No puede ser verdad! —grita como un trastornado mi amigo—. Has caído, *bro*. —Ahora se descojona en mi cara. Perfecto, la he cagado. He cometido un error de principiante: sonreír así delante de él—. ¡Oh, gracias, Dios mío, por dejarme ser testigo de este momento!

—Tira, anda.

Abre la puerta para dejarme pasar, no le puedo atizar porque llevo los cascos en las manos, aunque me quedo con las ganas.

Me gusta mucho estar con Jana. Me gusta descubrir cada día algo nuevo sobre ella y que ella descubra algo sobre mí. Me gusta ver que cada vez está más cómoda conmigo y que yo, aunque estoy algo perdido por primera vez en mi vida, cuando se trata de ella, respeto sus tiempos.

Seguimos lanzándonos pullas, pero en plan bien, nunca con ánimo de ofender, y eso me parece muy divertido. Y, por supuesto, me encanta sentir que los dos nos tenemos ganas, porque está claro que nos las tenemos. Así que, ¿he caído?

Un día malo

JANA

Tubo se tumba con las patas mirando al techo, pegado a mi muslo, en una postura de circo. Acto seguido, restriega su cabeza contra mi mano, buscándome.

—Que sí, colega, que ya sé que estás aquí —le digo mientras paso la mano por sus orejas. Gruñe feliz y me chupa; en vez de detenerse, se gira y se sube a mi regazo. No me queda más remedio que cogerlo, como si fuera un bebé—. Estás mimoso hoy, ¿eh?

¿La tristeza huele? Supongo que sí, porque Tubo ha debido de detectar los niveles altísimos en mi cuerpo, por eso no se separa de mí.

Hoy es 30 de julio y hace seis años que se murieron mis padres. O se mataron, porque todavía no lo tengo muy claro. Hoy es un día malo. Hoy es un día en el que no me permito ser feliz. Y es un poco absurdo, porque, hasta ayer por la noche, cuando salí de La Luna y Gael me acompañó a casa aprovechando su descanso, parecía que lo era.

He quitado el sonido al móvil. No me apetece hablar con nadie. Lo tengo delante y la pantalla no deja de iluminarse. A Gael ya le dije que hoy tenía planes con Leo, aunque no sea del todo cierto, y que no iba a poder verlo hasta mañana. Así que supongo que la de los mensajes es Iris.

—Peque... —Leo entra en mi habitación y se sienta a mi lado en la cama.

Su mano también acaricia a Tubo. Los dos nos miramos en silencio unos segundos, después, ambos desviamos la mirada a mi caniche. Sé lo que piensa, porque es lo mismo que hago yo desde hace años. Si mi hermano no me hubiera regalado a Tubo antes de marcharse a Australia, lo más probable es que yo tampoco estuviera aquí ahora.

—¿Has quedado con Gael? Te vendrá bien ir a dar una vuelta.

—No. Me voy a ir a dar un baño.

—Vamos, Jana. Hay bastante tamaño, hoy. Además, Hugo y yo tenemos que ir hasta la escuela de Daniela con las dos furgonetas, a por las tablas. —Es verdad, me dijo que hace falta más material para mañana, y cuando eso pasa, nos lo prestamos entre las escuelas de la zona—. No puedo bajar contigo.

—No necesito que vengas conmigo. —Mi perro se levanta y se va hasta su cama, parece que intuye que se avecina sermón.

—No puedes castigarte año tras año. No es sano. Ya sé que no puedo borrar los recuerdos de aquel día, ni todo lo que vino después. Pero sí puedo ayudarte a gestionar el dolor de manera distinta. Yo lo hago, Jana.

—¡Pero tú no estabas allí! —Me arrepiento en cuanto lo digo.

Sé que ese matiz le duele. Leo se fue con Hugo a Australia un mes antes del trágico suceso. Le habían concedido una beca y estaba a punto de entrar en el circuito profesional de surf, por lo que ese día él no solo perdió a sus padres, también dejó atrás su sueño.

—Lo sé. ¿Crees que no me hubiera gustado estar en casa contigo? Quizás ahora ellos estarían vivos.

—O los cuatro muertos.

—Vamos, Jana. Tienes que dejar de culpabilizarte por salir viva de allí. Y, por supuesto, no deberías entrar al agua y surfear hasta rozar la hipotermia en cada aniversario.

—En el agua respiro.

—Lo sé, pero estos días te he visto feliz y respirando fuera del mar, también. Supongo que el *atropellaperros* tiene algo de culpa, y, aunque va de guapete y se nota que es un niño de mamá, no se le ve mal tío. Así que, venga, llámale y sal a despejarte, dile que te lleve a dar otra vuelta en moto.

—O sea, me estás diciendo que irme con él en moto no es peligroso, pero meterme en el agua sí.

—No te hagas la tonta conmigo. Sabes que cuando te metes en el agua así, la mar te saca ventaja. Siempre. Ella siempre va por delante de ti y eso es muy peligroso. Si no funciona bien esta —me toca la cabeza—, el cuerpo no responde.

Mi hermano me abraza por enésima vez hoy y me susurra que, por favor, no vaya. Antes de irse, me da un beso. Sé que tiene razón, sin embargo, para mí sigue siendo la única manera de canalizar la opresión que siento debajo de las costillas. Dolor, tristeza y la maldita decepción, porque, aunque Leo y yo jamás hemos hablado de esto, los dos tenemos nuestra propia teoría sobre lo que ocurrió aquella noche, y las dos apuntan al mismo culpable.

Antes de marcharme, me asomo a la ventana de la habitación de mi hermano para comprobar que ya no están las furgonetas.

—Luego vuelvo, colega. —Me despido de Tubo.

Bajo hasta el salón y salgo por la puerta principal, para que no me vea Marga. Atravieso el jardín y entro en la escuela para ponerme el traje y coger mi tabla.

Son casi las ocho de la tarde cuando me meto en el agua.

Me subo en la tabla y remo mar adentro. A estas horas todavía hay algún bañista, así que intento llegar a un buen pico, donde nadie me pueda molestar. Tenía razón mi hermano, hay fuerte marejada, por lo que las olas tienen un buen tamaño, la mayoría pasan los dos metros y vienen con la fuerza necesaria para batirme contra ellas.

La primera vez que me caigo de la tabla hago medio tirabuzón en el agua para intentar salir. La corriente me ha engullido más de lo que esperaba. Cuando lo consigo, me muevo en círculos, buscando la tabla. La espuma blanca me dificulta encontrarla. Menos mal que no se ha soltado el invento, así que tiro y la recupero para volverme a subir.

Ráfagas de imágenes de aquel día se cruzan por mi mente sin mucho sentido. Van de atrás adelante, como si fuera el mundo al revés.

Las llamas.

Los gritos.

Tubo y yo escapándonos por la ventana a hurtadillas.

Él entrando por la puerta.

Remo más rápido, a pesar de que la fuerza de los brazos empieza a fallarme.

Más adentro. Más olas. Más recuerdos.

Tubo y yo volviendo a casa.

Yo encaramada al marco de la ventana.

Yo quemándome.

Pillo otra ola, esta me lleva casi hasta la orilla. La sensación de alivio que siento cuando tengo el control sobre mi tabla es indescriptible. Entro de nuevo y espero a la siguiente serie.

Otra ola. Otra caída. Intento contener el resto de recuerdos.

Me empiezan a doler las manos y los pies. Aun así, coloco mi cuerpo sobre la tabla y remo. Me pesan los brazos y se me acelera el ritmo cardíaco.

Otra ola. Otra caída. El maldito recuerdo.

Cierro los ojos con fuerza y solo veo fuego.

No sé el tiempo que paso así, entrando y saliendo, batallando. Lo más probable es que haya sido demasiado, porque el sol se ha escondido del todo y empieza a oscurecer. No queda nadie en el agua, la playa está casi vacía, y noto cómo me duelen los pulmones al coger aire.

Una ola más.

Hago un esfuerzo titánico y consigo coger la siguiente. Me cuesta un mundo ponerme de pie y salir encima de la tabla, sin embargo, lo consigo. Y la sensación es única, al menos durante un par de segundos, porque, cuando soy consciente de que mi cuerpo no responde, yo misma me tiro al agua. Por suerte, estoy cerca de la orilla y hago pie. Camino tambaleándome para salir y oigo cómo me empiezan a castañetear los dientes. Cojo aire por la boca y noto dos pinchazos fuertes, uno en el pecho y otro en la sien.

Mis pulmones.

Maravilla.

Igual he sobrepasado mi límite.

Pienso en Leo, en sus palabras y en que por nada en el mundo puede enterarse de hasta dónde he llegado hoy. Supongo que es el momento perfecto para terminar con esto. Me juro a mí misma que es la última vez que lo hago. La última.

Cuando mis pies ya están fuera del agua, levanto la cabeza y trato de enfocar la figura de la persona que tengo delante.

—Dios, Jana. Me estaba poniendo enfermo, casi entro a buscarte.

—Ga... Gael... ¿Qué...? ¿Qué estás...? —tartamudeo y tirito, todo a la vez.

Me sigue costando respirar, así que las palabras se me atascan en la garganta por falta de aire. Me suelto el invento y poso la tabla. Me quedo unos segundos así, doblada a la mitad, intentando que el oxígeno entre y salga. Cuando me estiro, Gael me envuelve con una toalla enorme y me frota con sus manos.

—Vamos, tienes que entrar en calor y quitarte esto. —Leo el miedo en sus ojos y me asusto por primera vez. ¿Tan mal estoy?

El resto de los pasos hasta salir de la playa los hago medio en volandas; el brazo izquierdo de Gael es el que carga con la mayor parte de mi peso y con el derecho lleva mi tabla.

—Joder, tienes los labios morados. Y los dedos de los pies, también.

—Tengo frío. —El repiqueteo de mis dientes le hace acelerar el paso—. Y no puedo caminar más.

—Está bien, tranquila. Subimos al ático, que está más cerca, ¿vale?

—Gael...

—Eh, no cierres los ojos, no los cierres. Mira, ya hemos llegado.

Abre el portal y entramos en el ascensor. Me envuelve entre sus brazos mientras subimos. Me susurra algo al oído, aunque debo de tener colapsado el cerebro porque no entiendo ni una palabra. Abre de manera atropellada la puerta de casa, deja la tabla en la entrada, y me lleva en brazos hasta una habitación.

—Voy a llenar la bañera. Quítate el traje.

Obedezco, o por lo menos lo intento. Me llevo la mano a la espalda y empiezo a bajarme la cremallera. Sigo temblando, así que no lo consigo a la primera. Oigo el agua del grifo correr.

—Espera, que te ayudo —se ofrece.

Gael baja la cremallera rápido y tira de las mangas. Cuando estoy solo con el bikini que tenía debajo, me lleva hasta el baño. Huele a su colonia, así que le muestro una leve sonrisa; eso significa que, poco a poco, voy recuperando los sentidos. Me coge en brazos y me mete en la bañera. Él se coloca de rodillas en el suelo, al lado del borde. El agua está ardiendo y mis músculos agradecen el contraste de temperatura, porque empiezan a aflojarse.

—Mueve los pies —me ordena—. Y sumérgete del todo, también la cabeza.

—No soy Tubo.

—Perfecto, que me repliques es buena señal. Me has dado un susto de muerte. Venga, que en cuanto entres en calor, te vas a sentir mejor.

Cierro el grifo y me sumerjo unos segundos. Por fin, dejo de tiritar. Cuando saco la cabeza, Gael me está mirando fijamente.

—¿Quién te ha avisado?

—Iris me ha preguntado si estaba contigo. Luego, me ha llamado tu hermano. Me ha dicho que él estaba liado y que si podía ir yo a vigilarte a la playa. Has estado muchísimo tiempo en el agua, Jana. Estaba a punto de entrar y sacarte a rastras.

—Perdí la noción del tiempo. —Me hago un ovillo y me abrazo las rodillas.

—Ya. ¿Estás mejor? ¿Te puedo dejar sola? —Su tono de voz es de preocupación y me siento culpable, porque tampoco tenían que haberle implicado en esto. Solo es un mal día. Solo uno.

—Sí.

—Pues desnúdate. —Sonríe al oír su frase, pero él está tan ido que ni bromea—. Y báñate tranquila. Ahí tienes gel y champú. Encima de mi cama te dejo ropa seca para cuando salgas. Estaré en el salón, voy a prepararte algo caliente. Bruno no está, así que estamos solos, tómate el tiempo que necesites.

Asiento y le doy las gracias antes de que se vaya.

El baño me sienta bien. Recupero la movilidad de todos mis músculos y el riego me vuelve a llegar al cerebro. Encuentro un secador en un cajón y me quito la humedad del pelo antes de salir. Encima del colchón, veo un pantalón de algodón gris, una camiseta del mismo color y una sudadera negra. Me pongo todo, aunque me queda enorme, y salgo en su busca.

—No tenía nada más pequeño.

—Así está bien.

—Toma, te he preparado un colacao caliente. ¿Tienes hambre?

—La verdad es que no.

—Yo tampoco, se me ha cerrado el estómago.

Me siento en el sofá y cruzo las piernas a lo indio, como si estuviera en mi cama.

—Lamento que te hayan metido en esto.

—Yo no. ¿Por eso no querías quedar conmigo hoy?

—Yo... Es un mal día, Gael.

—Es el aniversario de la muerte de tus padres, me lo ha dicho Iris.

—Así es. Pero...

Sus ojos océano se clavan en los míos y, aunque no lo pide con palabras, sé que quiere saber más. Supongo que contárselo me vendrá bien, soltarlo y avanzar.

—No voy a presionarte, Jana. Pero estoy aquí y puedo escuchar. Ahora mismo estoy intentando entenderlo.

Doy un trago largo y poso la taza en la mesa que tenemos delante. Él tira de mí y me coloca en su regazo. Sus manos enmarcan mi cara y me empieza a besar. Solo son besos cortos sobre mis labios, sin lengua. Después, junta su frente a la mía y suspira, como si él también necesitara unos segundos para calmarse.

Empiezo a hablar.

—Era de noche y Tubo estaba en mi habitación. Era un cachorro todavía, no paraba ni un minuto. Mi madre no quería que durmiera con él, pero me lo había regalado Leo antes de irse a Australia y éramos inseparables.

Gael contiene una sonrisa, quizás así entienda por qué es tan importante para mí.

Sigo:

—Vivía con mi madre en una casa baja cerca de la carretera que va al *camping*. Mi padre era alcohólico, había temporadas en las que estaba mejor, cuando iba a las reuniones, y otras en las que se descontrolaba y desaparecía. Esa semana llevaba dos días sin ir por casa. Hacía una noche buenísima, así que decidí sacar a Tubo por la ventana para ir a dar una vuelta. Le encantaba el jardín de los vecinos, que era enorme, y sabía que siempre tenían la verja abierta. Vi a mi padre entrar en casa cuando nosotros salíamos por la parte de atrás. Tenía casi doce años y sabía que podrían suceder dos cosas. La primera, que cayera en la cama fulminado de la borrachera. Y la segunda, que empezara a gritar a mi madre con cualquier tontería en busca de pelea; normalmente, era esa la opción que escogía.

—Jana... —Gael me interrumpe y me acaricia la mejilla. Me está limpiando un par de lágrimas, pero te juro que no soy de las que lloran como forma de desahogarse, prefiero las olas, como has podido comprobar—. No llores.

—Tranquilo. No suelo llorar, pero a veces se escapa a mi control. Déjame seguir.

Y sigo. Le cuento que me alejé con Tubo todo lo que pude y que cuando volvimos a entrar por la parte trasera ya oí gritos. También me vino un olor raro, sin embargo, en verano siempre hay barbacoas y no le di importancia. La cosa es que, de repente, vi una llamarada, como si alguien escupiera fuego. Corrí hasta la puerta para llamar al timbre y entrar. Estaba tan aturdida que me daba igual que me pillara. El fuego ya se veía a través del ventanal y el humo cada vez era más espeso. Seguía oyendo la voz de mi madre, distorsionada, y puede que la de mi padre también, aunque más lejana. Tubo empezó a ladrar como un loco y el calor, cada vez más asfixiante, envolvía todo el perímetro de la casa. Regresé hasta la ventana de mi habitación, por la que había salido. Las llamas habían llegado y apenas se veía nada. Solo quería entrar y sacar a mi madre de allí. Cuando salté lo suficiente para poder entrar, el fuego ya estaba llegando a las cortinas. El calor y el humo eran insoportables. Los recuerdos están difusos a partir de ahí. Dejé de oír gritos.

Tubo ladraba e intentaba morderme las zapatillas para que me bajara de la ventana. Y el vecino se echó encima de mí mientras el sonido de los bomberos cada vez se escuchaba más cerca.

—Joder, Jana. No puedo imaginar todo lo que sufriste. Tuvo que ser horrible.

Gael me envuelve entre sus brazos y yo entierro mi cara en su pecho. Dejo que salgan todas las lágrimas que quieran salir. Contárselo no entraba en mis planes, sin embargo, me ha sentado bien abrirme a él. Hay heridas que no tienen cura, pero, con el tiempo, pueden dejar de escocer.

—Lo fue. Aunque estoy aprendiendo a desdramatizarlo. Hablar de ello contigo ya es un comienzo. No quiero castigarme más, Gael. Así que voy a dejarlo en un día malo.

Un día malo.

21

Las señales

Gael

Lo repito, no me gusta ver llorar a las tías. Ya he confesado otras veces que me incomoda estar delante cuando eso sucede, y es justo lo que acaba de pasar. Hasta hace tres minutos, la cabeza de Jana estaba hundida en mi pecho mientras se desahogaba. Me he sentido completamente perdido. Y un poco idiota, también. Solo he sido capaz de abrazarla y de rogar para mis adentros que parara cuanto antes. Me da rabia, porque si Teo o Bruno hubieran estado aquí, seguro que habrían soltado las palabras exactas para consolarla. Es evidente que ellos son mucho más sensibles que yo. O más empáticos. Que conste, no me considero un tío frío, ni duro como una roca, solo que mi manera de demostrar lo que siento es menos expresiva. Yo soy de guardármelo y masticarlo, sin que se vea.

Hablando de mi amigo, no me ha dicho que no iba a venir a dormir. ¿Dónde se habrá metido? En este instante me vendría de lujo tenerlo cerca. Bruno es el único, junto con Leah, que sabe cómo calmarme, y créeme, después de todo lo que me ha contado Jana, yo también lo necesito.

Cuando he recibido el mensaje de Iris preguntándome si estaba con Jana, se me ha hecho raro. Después de decirle que no, me ha dicho que le iba a dar mi móvil a Leo, que era algo importante. No sé, lo primero que he pensado es que me iba a echar la bronca por llevarla en moto, o algo peor. A ver, que no tiene nada que echarme en cara, pero, ya ves, me entró la paranoia. Así que cuando he hablado con él y me ha pedido que fuera a la playa a ver si estaba Jana haciendo surf y que la vigilara porque él no estaba en el pueblo, no he hecho muchas más preguntas. Me he calzado, he cogido una toalla y he bajado. No había casi gente bañándose y la he localizado enseguida. Ha estado muchísimo tiempo dentro. La he visto caer y levantarse de la tabla infinidad de veces. Cuando ha empezado a anochecer, ya no sabía qué hacer. He estado a punto de llamar a su hermano y preguntarle. Y, entonces, ha salido arrastrando los pies y temblando. Ahí me he acojonado. Por eso he subido con ella al ático, que es lo que estaba más cerca.

—Gael... —Sigue en mi regazo, aunque ya no llora. Mis manos no se han despegado de su espalda.

No me puedo imaginar todo lo que ha sufrido, aunque ella haya intentado restarle importancia al peor día de su vida.

—¿Estás mejor?

—Sí, pero prométeme que no le vas a contar a Leo cómo he salido del agua.

—Jana, es tu hermano. Es más, voy a llamarlo para decirle que estás bien y que estás aquí conmigo.

—Por favor... —me suplica—. No quiero que se preocupe más, no se lo merece.

Entonces, sigue abriéndose y me cuenta que, cuando sus padres murieron, él dejó todo para cuidarla. Regresó de Australia, perdió su beca y la oportunidad de ser profesional. Abandonó sus sueños. Marga los alojó en el hostel y les facilitó todo para que abrieran la escuela y pudieran

trabajar. Leo se hizo cargo de ella, con apenas veinte años, demostrando que era capaz de sacarla adelante. Fue una época muy dura y llena de incertidumbre, porque querían evitar a toda costa que los separaran.

—Le debo todo, Gael. Se ha perdido un montón de cosas buenas por cuidarme. Por eso estoy deseando que termine el verano e irnos de viaje. Quiero devolverle parte de lo que tuvo que dejar atrás, porque todo ya es imposible.

—Está bien, pero déjame que le diga que estás sana y salva aquí conmigo.

—Vale. Aunque no puedo ir a casa ahora. Mira mi cara. —Se frota los ojos, que siguen rojos, y se muerde el labio, nerviosa.

—No hace falta que te vayas ahora. Puedo meter una *pizza* en el horno, cenamos y luego vemos una película.

—¿Me puedo quedar a dormir?

Vaya. Su pregunta me coge tan de sorpresa que me quedo en silencio unos segundos de más. La respuesta es un SÍ, en mayúsculas. No hay quien cojones me entienda. Después del sexo, prefiero dormir solo, así que no suelo invitarlas a quedarse en mi cama, aunque algunas lo hagan. En cambio, con Jana no ha habido sexo y me fliparía que durmiera conmigo, sobre todo hoy, después de escucharla. Está claro que se están invirtiendo los papeles. Los papeles de mi vida, digo.

—¿Estás segura?

—Si tú quieres.

—Claro que quiero, Jana. Pero ¿y tu hermano? ¿Crees que te dejará?

—No le tengo que pedir permiso, Gael. Leo nunca ha querido ejercer el papel de padre conmigo, hecho que agradezco, solo de hermano mayor. No te preocupes por eso. Aunque es mejor que se lo diga yo.

—OK. Entonces voy a meter la *pizza* al horno mientras lo llamas.

La dejo en el salón y me voy a la cocina. Oigo cómo le cuenta que está bien, que yo la estaba esperando y que como tenía algo de frío, vinimos primero aquí. Escucho su risa antes de repetirle tres veces que no se preocupe. Mientras espero a que el horno se caliente, mando un wasap a mi amigo.

Yo:

¿Me estás haciendo *ghosting* por algo en especial?

¿O es por alguien?

Bruno:

¿*Ghosting*? A ti se te va la olla. Estoy en Santander, ya te lo dije.

Yo:

¿Y? No me has dicho que no venías a dormir.

Bruno:

Me ha surgido algo.

Vaya, vaya. Cuánto misterio, ¿no? Aparece Jana por la puerta y tecleo rápido.

Yo:
Define algo.

Bruno:
Alguien.

Yo:
Cabrón. Mañana me lo cuentas, sí o sí. Y, por cierto, Jana se queda a dormir conmigo.

Me guardo el teléfono porque sé que ahora me acribillará a mensajes.

—Ya he hablado con mi hermano. Lo más probable es que en menos de un minuto recibas un wasap de él.

—¿Una amenaza?

Se ríe y, uf, no me había dado cuenta de lo que había echado en falta el sonido de su risa. No dejes de hacerlo, Jana. Nunca.

—No. Primero te dará las gracias y después supongo que te intentará colar una cuña sobre anticonceptivos. Es idiota, ya se lo he dicho.

Abro los ojos como platos y cabeceo. No me da tiempo a empezar a reírme, porque vuelvo a oír el móvil.

El chat con Bruno ya tiene tres mensajes, aun así, no caigo en la trampa. Solo miro el que me acaba de llegar de su hermano.

Leo:
Muchas gracias por todo, te debo una. Y recuerda ponértelo, paso de ser el tío Leo.

—¿Qué te ha dicho?

Me parto el culo y me guardo el móvil en el bolsillo.

—Nada que no supiera.

—Muy graciasos. Me voy al salón.

—Enciende la tele y busca algo en Netflix. ¿Qué quieres beber?

—Agua está bien.

Cenamos en el salón mientras buscamos alguna película que nos mole a los dos. Ha entrado en calor, porque se ha quitado la sudadera. No lleva sujetador, porque traía puesto el bikini. La camiseta le queda enorme, aun así, al moverse, la tela se le pega y se le marcan los pezones. Venga ya. ¿Es una especie de prueba? Porque no estoy muy seguro de superarla. Para dejar de mirarla, como y hablo. De comida, un poco trillado, lo sé. Le cuento que me alimentaría solo de arroz y pasta, en cualquier versión. Le comento que la mejor *pizza* del mundo la probé en Milán, durante un viaje que hice con mi familia hace unos años. Ella me dice que lo más lejos que ha ido ha sido a Hossegor, Francia, a surfear con Leo y con Hugo. La vacilo con lo cerquita que está Australia y termina confesándome que nunca se ha subido en un avión y que no quiere pensar en

las horas que va a pasar dentro de uno cuando se vaya. Parece que está más relajada, quizá le ha venido bien quedarse aquí conmigo. Cuando terminamos, seguimos sin saber qué ver. Así que ella recoge la mesa y yo saco el traje, el bikini y la tabla a la terraza, para que les dé el aire y no huelan a humedad mañana.

—Bonitas vistas. —Jana está pegada al marco de la cristalera para salir, observándome.

—Sí, no estoy nada mal. Aunque hace dos días que no salgo a correr. —Me levanto un poco la camiseta, solo para vacilarla, y dejo entrever parte de mis abdominales.

—Idiota.

—Me gusta la Jana que me insulta. La Jana de siempre.

—¿La de siempre? Nos conocemos desde hace menos de un mes, *casi guapo*. —Le hace gracia mi frase—. Dirás la Jana que soy con Gael. —Noto cómo se abraza y la recorre un escalofrío.

—Me gusta la Jana que conozco. En realidad, me flipa, pero no se lo digas, que no quiero que se lo crea. A no ser que se lo haya creído ya.

—Está en ello —me confirma con una tímida sonrisa.

Se revuelve un poco de aire y se frota los brazos, así que me acerco y la estrecho contra mi cuerpo.

—Será mejor que entremos, no quiero que te quedes fría.

Asiente y le doy la mano. Dejamos atrás el salón y la llevo directamente a mi habitación, porque podemos ver Netflix en mi portátil.

—Gael, gracias. —Jana me agarra de la camiseta, antes de que llegue a coger el ordenador, y se pone de puntillas para besarme.

Pierdo el control con ese beso, porque es explosivo, puro y demandante. Porque empieza con demasiada fuerza y despierta todas las ganas que he intentado mantener a raya los últimos días. Desde nuestro paseo en moto, no he dejado de acumularlas. Con ella sujeta a mí, se repite la misma dinámica. Nuestras manos buscando piel, colándose por debajo de la ropa. Nuestras lenguas enroscadas haciendo tirabuzones y el puto calor que se abre paso desde nuestros pies.

Sería tan fácil dejarnos caer sobre el colchón, desnudarla y dejarnos llevar. No. No puedo ni tan siquiera imaginarlo, porque mi polla, aparte de preciosa, es rápida, y ya está anticipándose. Necesito pensar en algo asqueroso para que se me baje. No, Jana, no cueles la mano ahí. Sus dedos juegan con el botón de mi vaquero y me quedo sin aire. Mis dedos hoy van mucho más lentos que los suyos, será por el pánico que tengo a cagarla. Me estoy desviando. ¿Algo asqueroso? La pota que me echó Leah en la fiesta de graduación de la ESO, encima de mi entrepierna. Te juro que si no me la baja ese recuerdo...

—Jana... —Separo nuestras bocas y puedo oír su quejido. Mis manos ahora enmarcan su cara para que me mire. Las tuyas siguen acariciando mi piel, en concreto la de debajo del ombligo—. Ey, ha sido un día duro, tienes que estar agotada, creo que deberías acostarte.

Espero no haberme convertido en un capullo romántico todavía, aunque tampoco es que siga siendo el mismo que llegó al pueblo hace semanas. Sí, estoy parando a una tía. Espera, rectifico. Estoy diciéndole a una niña que me mola la hostia que debería dormirse. ¿Eh? ¿Me lo puedes explicar?

—Y tú conmigo. —Es ella la que nos arrastra hasta el colchón. Nos colocamos de lado, cara a cara, para seguir besándonos.

Con Jana estoy perdido. No sé dónde está el límite ni hasta dónde quiere llegar. Así que hago lo que tendríamos que hacer todos siempre en estos casos, dejarnos guiar.

Vuelven los besos, esta vez más pausados, más íntimos, como si quisiera controlar el nivel de excitación, que se desborda. Sus dedos juegan con el vello que se pierde por debajo de la cintura de mi pantalón y me suelta el botón. Mi capullo está a un milímetro de asomarse por el elástico del bóxer; esto no hay imagen desagradable que lo baje. Lo roza con el pulgar y entonces me quedo sin aire.

—Jana...

Mis manos se mueven lentas desde su cintura hasta sus costillas y cuando ella cuela la suya para agarrarme la polla, ocurren dos cosas. La primera, que no me corro de milagro. Y la segunda, que me armo de valor y rozo sus pezones con mis dedos. Hostias. Se arquea e inhala profundo. Este calor es inhumano. Y lo cachondo que me pone debería ser delito. Aparto una mano de su pecho para quitarme la camiseta. Cuando Jana me ve el torso desnudo, se muerde el labio.

No te corras, Gael. No te corras.

—Encantada —sisea de coña, como si se estuviera presentando a mi preciosidad. Se me escapa una carcajada. Cuando hace el amago de empezar a meneármela, reprimo un gemido en su boca.

Es increíble sentir sus dedos envolviéndomela. Me dejo arrastrar por todo lo que me provoca y me aventuro a colar mi mano derecha por la cintura del pantalón; le queda tan grande que no me supone ningún esfuerzo. Ella cierra los ojos, espero que sea de gusto, y desciendo despacio por debajo de su ombligo. Su respiración se hace más trabajosa y cuando estoy a punto de llegar a su pelvis, antes de su vello púbico, si es que tiene, me suelta la polla para sujetarme la muñeca con fuerza y detenerme.

—Gael... Yo... No puedo. Lo siento. No puedo.

Se aparta de mi cuerpo y se sienta, apoyando la espalda en el cabecero. Su reacción me pilló tan de sorpresa que me quedo bloqueado unos segundos. No sé qué ha pasado. ¿He hecho algo mal? Porque parecía que le estaba gustando y, además, me ha dado a entender que quería seguir. Ahora mismo me revienta la cabeza y otra cosa. Me levanto de la cama y me pongo la camiseta, dándole espacio.

—No, Jana, el que lo siente soy yo. No debería haber empezado. —Me froto la cara con las manos—. Será mejor que te duermas. Voy a fumar un piti.

—Gael, no tienes que disculparte. Lo que pasa es que yo...

—Descansa. —Sujeto el pomo de la puerta para abrir.

—Por favor, no te vayas.

Me giro y la miro, apoyo la espalda en la puerta, porque ahora mismo necesito un poco de espacio.

—Jana, en serio, no pasa nada. Estás mal y has pasado un día duro. No tienes que darme explicaciones, ¿vale?

—¿No quieres seguir escuchando mis mierdas? Porque, aunque te parezca raro, tengo más.

Me cabreo y no sé muy bien el motivo. Puede que me sienta como un imbécil, porque está claro que todavía no confía en mí del todo y me va contando sus movidas por fascículos. O no sé, puede que solo sea impotencia por verla así, triste de nuevo, cuando hace un momento parecía que había dejado todo atrás.

—Te escucho. —No puedo decir más.

—Vale, pero ven aquí.

—Aquí estoy bien.

—Gael. —Se levanta y se acerca a buscarme.

—Jana... —Me sujeta de las manos, pero después de lo que acaba de pasar en la cama, me cuesta mucho tocarla. Jamás se me ocurriría traspasar sus límites.

Una de las cosas que mi madre se encargó de grabarme a fuego cuando empecé a liarme con las chicas es que siempre estuviera atento a las señales para poder identificar cuándo tenía que parar y alejarme. Y esta señal es más que luminosa.

—Por favor... —me suplica y accedo a sentarme al lado de ella en el borde del colchón—. Déjame explicártelo.

Se remonta a la noche del incendio de nuevo y al momento en el que intentó volver a entrar por la ventana.

—Me quemé con el marco y tengo dos cicatrices bastante feas. Una en la ingle y otra muy cerca de la pelvis. A mí me da igual vérmelas, son parte de mí; no me gustan, pero tampoco las aborrezco.

—Jana, todo el mundo tiene cicatrices; igual no son siempre por quemaduras, pero pueden ser por caídas o por accidentes. Nuestras pieles no son perfectas.

—Lo sé, el problema es que las mías están en una zona tan íntima que no soporto ni tan siquiera que me las rocen. No sé si por pánico a que me repudien, o porque la única vez que alguien se acercó, me bloqueé tanto que me hizo sentir asco de mí misma.

—¿Iván? —pregunto. Ahora mismo es al único que veo siendo un puto cretino con ella.

—Sí. Fue bastante traumático.

—Valiente payaso. ¿Te forzó?

—No, pero casi. Cuando le detuve, igual que he hecho contigo, él siguió insistiendo hasta que me puse a gritar. Después, me dio un ataque de ansiedad. Prefiero ahorrarte los detalles. Cuando cortó conmigo, se dedicó a decir que era frígida por todo el instituto.

Ahora me hierve la sangre. No me puedo creer que todavía haya tíos tan subnormales. ¿Dónde está el placer que se espera del sexo cuando estás con alguien, si ves claramente que la otra persona no disfruta? No lo entenderé jamás. Si yo solo quiero correrme, sin dar placer, me la pelo y punto. Yo esta semana he batido mi propio récord y no pasa nada.

—Menudo gilipollas. Ey, mírame. —Levanto su barbilla y miro sus ojos *verdegrises*, que están más achinados que nunca—. No quiero verte así. Y menos recordando a ese impresentable. Vamos a olvidarnos de los últimos diez minutos, ¿vale?

—Vale. —Jana sonríe y le doy un beso suave en los labios, que no la convence demasiado porque arruga el entrecejo.

—Has hablado de dos cicatrices. ¿Y la del codo? —me intereso, porque ya no quiero que se guarde nada más.

—Esa fue un accidente. Un día mi padre llegó borracho, dio un golpe a la mesa del salón, que era de cristal, y un pequeño trozo se me clavó a mí en el codo. Tuvieron que llevarme a urgencias para sacármelo. Es la única cicatriz que me duele, porque él, ahí, ya empezaba a descontrolarse, y mi madre no era capaz de verlo.

—Ven aquí. Lo siento, pero es que necesitaba saberlo.

—No pasa nada. No hablo a menudo de ello. Pero me ha sentado bien contártelo. Va a ser verdad eso de que el dolor empieza a disminuir cuando lo mencionas en voz alta. —Se sorbe la nariz—. ¿Ya no vas a fumar?

—No —respondo con media sonrisa. Antes ni me apetecía, solo era la excusa perfecta para salir a que me diera el aire. Jana me mira, primero a los ojos y después a la boca. Luego se muerde el labio y me contengo—. Pero nos vamos a dormir.

Se ajusta el pantalón a la cintura e ignoro que debajo no lleva ropa interior. Yo me quito todo y me quedo solo con el bóxer. Nos tumbamos de nuevo, solo que esta vez abrimos la colcha y nos metemos debajo. Llevo una mano a su mejilla y le aparto el pelo de la cara, está guapísima aun así de cansada. Le doy un pico y me giro para pegar nuestros traseros y evitar cualquier clase de tentación, aunque ella se gira y se pega a mi espalda. Pasa su brazo por encima de mi cintura y me abraza.

—Gael... —Su mano se posa sobre mi abdomen y acaricia mi piel, peligrosamente.

—Buenas noches, Jana.

—Mira que eres borde.

—Le dijo la sartén al cazo.

Sonríe sobre mi nuca y antes de dejar un beso sobre mi cuello, me susurra:

—Gael, quiero volver a intentarlo.

Sonrío mucho, aunque ella no me vea. Tengo que ser firme y no puedo ignorar las señales. Ya hemos comprobado que no son el lugar ni el momento adecuados.

—Yo también, *casi fea*. Pero no va a ser hoy.

Se los ha llevado el agua

JANA

Dejo a Gael y a Marga recogiendo los restos de la cena y subo las escaleras para ir a mi habitación a por una sudadera. Gael está muy misterioso, quiere llevarme a dar una vuelta en moto ahora, a pesar de que son más de las diez de la noche. No ha querido decirme adónde ninguna de las tres veces que se lo he preguntado, según él, para no estropear la sorpresa. Solo me ha dejado caer que es mejor que no me quite el bikini que llevo debajo de la ropa, pero que me abrigue. Esa contradicción me ha descolocado más.

Ha sido Leo el que lo ha invitado a cenar hoy con nosotros en el hostel. Quería darle las gracias por rescatarme en la playa el domingo y por devolverme sana y menos triste el lunes por la mañana. Él, mejor que nadie, sabe lo que es estar pendiente de mí y de mi estado mental ese maldito día del año. Le conté a Leo que había hablado con Gael sobre nuestro pasado y se alegró mucho de que hubiera tenido el valor de abrirme con él. Todos saben que mi círculo de confianza es bastante reducido y que me cuesta un triunfo dejar entrar a nadie. Leo se ha burlado de mí durante toda la cena con risitas infantiles, cada vez que me pillaba mirándolo. En cambio, Hugo ha sacado su vena de hermanísimo mayor y lo ha acosado con preguntas sobre su vida; estudios, deportes, aficiones, hasta lo ha interrogado sobre sus gustos musicales.

Salí del agua tan hecha polvo que es lógico que Gael se asustara tanto. Me he prometido a mí misma no volver a castigarme así. Buscaré otro modo de canalizar la rabia y el dolor de los recuerdos. Claro que habrá que esperar al próximo año para ver si cumplo la promesa.

Gael me preparó un baño caliente, me prestó su ropa y me escuchó romperme. Lo que menos me apetecía después de eso era volver a casa y ver la decepción y la tristeza reflejadas en los ojos de Marga, Hugo y Leo. Así que le pregunté si podía quedarme con él. Dormir con Gael resultó ser toda una experiencia. Una bonita experiencia. Sobre todo, después de la paliza que me metí en el agua, las lágrimas y ese intento frustrado de placer, que mi cabeza se empeña en boicotear. Ha sido la primera vez que dormía con un chico, sin contar a Leo, claro, porque mi hermano se ha acurrucado conmigo en la cama durante la mayoría de mis pesadillas. Sin embargo, estar pegada a Gael, encajada entre sus brazos, no es ni remotamente parecido. Lo más loco de todo es que me gustó compartir las sábanas con él y, aunque no se lo dije, me hubiera gustado compartir mucho más, pero tuve miedo de volver a bloquearme.

Antes de llegar al último escalón, oigo las voces más altas de lo normal de Hugo y Leo.

—No podemos seguir así. ¿No te das cuenta? —espeta Hugo.

Están en su habitación, con la puerta entreabierta, por eso, a cada paso que doy los oigo mejor.

—Claro que sí, hostias. Pero ya la conoces, Hugo.

—¡Por eso mismo! Vamos a acabar más jodidos que ella.

Vaya, ahora han subido el volumen. No sé por qué, pero me parece que están hablando de Lidia. Antes de que estos dos se mosqueen más, empujo la puerta para que me vean y se

detengan.

—Peque... —Hugo me mira y fuerza una sonrisa, a mí no me engaña.

—Ni peque ni nada. ¿Estáis discutiendo?

—No, solo hablábamos.

—No soy tonta, Leo. —Miro a mi hermano, a ver si deja de mentirme a la cara—. Lleváis unos cuantos días raros, no me mintáis. —Ahora señalo a Hugo con el dedo—. No sé qué os pasa, pero arregladlo. En menos de un mes nos iremos a Australia y por nada en el mundo quiero que se fastidie el viaje.

—No te preocupes, Jana. —Hugo se queda clavado mirando a mi hermano, en busca de apoyo.

—¿No te ibas a dar una vuelta con Gael?

—No cambies de tema.

—¿Estás segura de que tiene permiso para llevar esa moto?

—¡Hugo! —protesto, porque hoy solo muestra su vena más paternalista conmigo y no me parece nada bien.

—Vale, vale. —Levanta las manos en son de paz—. Si te mola y confías en él, tendré que hacer lo mismo.

—No me mola, es solo mi amigo. —¿Estoy mintiendo? Claramente. Lo más gracioso de todo es que se me escapa una sonrisa tonta con mi propia mentira, encima me acuerdo de las palabras de Gael cuando nos conocimos, vacilándome con que seríamos amigos. Ellos, al ver mi cara, se empiezan a reír.

—Vaya, mira quién es la mentirosa ahora —mete baza mi hermano y se lanza a mis brazos.

—Vamos, peque. No pasa nada, alguna vez tenía que suceder. —Hugo lo imita y acabo apachurrada entre los dos.

Me deshago de su abrazo y entro en mi habitación. Tubo está roncando. Desde que ha vuelto a su actividad normal de seguirme a todos los lados, termina agotado. Me pongo la sudadera blanca con el logo de la escuela y bajo las escaleras de dos en dos. Cuando llego a la planta baja, le doy un beso en la mejilla a Marga, que ya está en el sofá, y me despido, porque Gael me espera en la salida con la moto en marcha.

—Toma. —Me tiende una mochila pequeña negra para que me la cuelgue en la espalda.

—¿Y esto?

—No pesa.

—Eso ya lo veo. —Me ajusto las asas sobre los hombros—. Pero ¿vas a seguir con el misterio? Porque igual no me subo y vas solo.

Arquea una ceja y, como no reacciono, él mismo se acerca para ponerme el casco. Antes de metérmelo, se inclina y me da un pequeño beso sobre los labios que me pilla desprevenida. La cara de tonta que pongo debe de ser de libro, porque se lo toma como un *me muero de ganas de que me lleves a cualquier sitio*.

—Sube, *casi fea*. —Me baja la visera y me ayuda a montarme—. Y agárrate.

Salimos del pueblo y en dos minutos estamos en el siguiente. Me sujeto con fuerza a su abdomen y abro los ojos de manera exagerada; entre el casco y la velocidad, apenas distingo adónde nos dirigimos. Cuando coge la rotonda y toma la segunda salida en dirección al mar, alucino. No puede ser. Creo que ya sé nuestro destino. Vamos a la playa de Los Tranquilos. Es

pequeña y está muy protegida de las corrientes. Hoy ha hecho un día increíble, sin viento, y con una temperatura más alta de lo habitual, así que el agua ha estado como un plato y menos fría.

Aparca en el mirador, al lado del banco. Me ayuda a bajarme y nos quitamos los cascos, que dejamos encima del asiento. Antes de decir nada, me retira la mochila de la espalda para cargarla él y me mira.

—¿Qué hacemos aquí, Gael? —pregunto con una chispa de expectación en mis ojos y en mi tripa.

Nos giramos y los dos contemplamos el mar, que nos espera con su tono más renegrido, y eso que hoy hay luna llena y aporta algo de claridad extra a la noche.

—Alejar los monstruos e intentarlo de nuevo.

—¿Los tuyos? —le pico.

—Los de los dos. —Pasea su pulgar por mi mejilla en una caricia tierna y yo me estremezco.

Vaya. Ahora sí que mis tripas hacen nudos marineros cerca de mi vientre. Me encanta el sitio, está completamente vacío y, además, protegido. Me encanta que haya pensado en un lugar que pudiera calmarme, pero lo que más me gusta de todo es que haya pensado en vencer sus miedos y los míos, juntos.

Esta noche no soy la única rarita de los traumas.

Gael se ríe al ver mi gesto de aprobación, y se inclina para darme un beso mucho más largo que el de antes. Su lengua recorre cada rincón de mi boca y sus manos se aferran a mis caderas, para apretarme contra él. Siento todos sus músculos sobre mí y cómo sube mi temperatura corporal. Como cuando me pongo a dibujar enfrente de la chimenea de *pellets* del salón las tardes de invierno. Hago un ruido bastante lastimero cuando se detiene y nuestros labios dejan de saborearse.

—Vamos. —Entrelaza nuestros dedos y bajamos por las escaleras con cuidado hasta la playa.

Posa la mochila en la arena y la abre. Saca su toalla y la extiende antes de empezar a descalzarse. Desvío la mirada a la toalla y luego a él. Está callado, supongo que dejando que haga mis propias conjeturas, pero la inexperiencia y el miedo a lo desconocido se apoderan de mí. Menos mal que Gael no deja de observarme y, como ya me dijo el domingo, siempre está atento a las señales.

—¿Ahí? —Titubeo y señalo la toalla con la cabeza.

—Ey, mírame. —Da un paso hacia delante y me envuelve entre sus brazos. Luego me gira para que pegue mi espalda a su pecho y me coloca mirando hacia el mar—. Ahí. En tu elemento, Jana.

Su voz acariciando mi oído, su seguridad al decirlo y su mano debajo de mi ombligo son una bomba. Una bomba a punto de explotar. No tengo ni idea de si estoy preparada para algo así.

—¿Estás seguro? A estas horas, el agua estará fría, y además a ti no te gusta demasiado.

—Por eso tú irás delante. —Me sujeta de la barbilla para que voltee mi cara y vuelve a besarme. Esta vez mucho más lento.

Nos despegamos para seguir desvistiéndonos. Me descalzo mientras él tira de mi sudadera y se lleva la camiseta a la vez. Me falta solo el *short* vaquero, que deslizo por mis caderas. Él me imita y se quita el suyo, quedándose con el bañador que traía puesto debajo y yo con el bikini. Aprovecho para recogerme el pelo en un moño.

—¿Preparado? —Cojo su mano y la pego a mi abdomen.

—Espera. —Se agacha y saca el móvil de su pantalón. Enciende la linterna y lo deja en el suelo, alumbrando de abajo hacia arriba, de manera indirecta, cerca de nuestros pies.

—Gael, ¿qué estás haciendo? —Siento cómo los nervios y las dudas ascienden por mi garganta. Él lo nota y enmarca mi cara entre sus manos, inclinándose para que me pierda en el azul marejada de sus ojos, que ahora vislumbro mejor.

—¿Confías en mí?

—Sí —afirmo rotunda, porque sus dedos ya descienden por mis brazos y sus labios se comen mis dudas.

La tensión de mis músculos se diluye a la misma velocidad que me da besos y caricias. Mejilla. Boca. Barbilla. Cuello. Hombro. Clavícula. Esternón. Sus manos se anclan en mi cadera, sobre el borde del bikini.

—Gael...

—Mira al mar y respira. —Me gira cuando su boca deja besos cortos entre mis pechos mientras desciende hasta mi ombligo. Se pone de cuclillas y cuando su índice y su pulgar se agarran a la tela de mi braguita y la bajan un par de milímetros, me fallan las piernas. Cojo aire tan fuerte que él levanta la cabeza para comprobar que estoy bien.

—Jana, solo quiero mirar. Te prometo que será un segundo. Pero quiero memorizar tu mapa. No voy a tocarte, ¿vale? No todavía.

—¿No? ¿Y entonces? —pregunto alarmada, porque no solo acumulo miedos y dudas y traumas, también ganas. Él me genera todas las ganas del mundo y estoy cansada de guardármelas.

—No en la arena. —Se ríe al ser consciente de mi impaciencia.

Siento la brisa sobre mi sexo cuando termina de deslizar la parte de abajo de mi bikini. Lo hace con tanto cuidado que no me roza nada más que las caderas. Me concentro en el mar, sin agachar la cabeza, porque sé que sus ojos ahora están posados en los dos zurcidos que marcan la zona más íntima de mi cuerpo. El primero está pegado al comienzo de mi vello, horizontal, rugoso y de unos tres centímetros. El segundo zigzaguea como si delimitara el vértice de mi triángulo, a medias entre la ingle y el pubis. No están ásperos como la lija ni suaves como la seda. Yo procuro no tocarlos.

Gael devuelve mi braguita a su sitio y desanda el camino hasta llegar a mi boca con un nuevo reguero de besos.

—¿Preparada? —me pregunta ahora él a mí mientras se pega a mi espalda.

—Sí.

Cuando el agua alcanza la punta de nuestros dedos retrocedemos un paso y nos reímos.

—Está congelada.

—¿Esa es tu pobre excusa? —Lo pincho—. Porque ya sabías que esto no es el Mediterráneo.

Me da un pequeño mordisco en la nuca, después, un beso, y volvemos a avanzar. Lo hacemos lento y entre risas, habituándonos a la diferencia de temperatura.

—Cuidado con esa roca.

—Tranquilo, ya la he visto.

—¿Te habías bañado alguna vez de noche? —me pregunta con la boca pegada a mi oreja, excitándose. Sí, no soy una experta, pero estas sensaciones que despierta en mi cuerpo tienen que ser eso. Pura excitación.

—Evidentemente sí. ¿Y tú?

—Evidentemente no.

Camino hasta que nos llega el agua por la mitad de los muslos. Bueno, a él le queda un poquito más abajo.

—¿Vas bien? ¿Quieres que pare? —le pregunto.

Oigo cómo coge aire y respira profundo. Ladeo la cabeza para ver si tiene los ojos abiertos y compruebo que sí. Nos miramos, con la sonrisa en los labios.

—No pares. Ni de besarme ni de caminar. Y por supuesto, no me sueltes —me dice.

Su pecho retumba en mi espalda cuando coge aire. Me hace gracia verle aferrado a mí. Con nuestras lenguas enredadas en esta posición algo incómoda, me meto un poco más, hasta que el agua me llega por debajo del pecho. Vuelvo a mirar al horizonte y Gael apoya su barbilla en mi hombro. Siento su paquete, algo más duro que antes, sobre mi trasero. Su mano derecha dibuja una línea descendente desde mi ombligo. Esta vez juguetea con sus dedos sobre el borde de mi bikini sin bajármelo. Dejamos que las suaves olas nos mezan unos segundos, mientras escuchamos el maravilloso murmullo del mar.

—Jana...

—Mmm... —gimo, y ni tan siquiera ha acariciado un centímetro más abajo.

—¿Estás segura de que quieres intentarlo? —Detiene su índice y su corazón debajo de la tela, a un par de milímetros de la primera cicatriz.

Retengo el aire en mis pulmones unos segundos y contemplo la inmensidad del mar. El olor a salitre me baja las pulsaciones. Suelto el aire y dejo que la marea se lleve nuestros monstruos.

—Sí.

Me besa detrás del lóbulo de la oreja y echo la cabeza hacia atrás para apoyarla en su pecho. Con la mano izquierda coge la mía derecha y la posa encima de la de él, que ya se ha saltado uno de los puntos críticos y reposa sobre el principio de la línea de mi vello. No puedo describir lo que siento. Mi cuerpo se muere de impaciencia y mi mente se muere de incertidumbre. ¿Seré capaz de llegar al final? ¿Disfrutaré de todo el camino? No quiero pensarlo, pero el fantasma del maldito bloqueo sigue ahí.

—Voy a tocarte, Jana. Cuando estés preparada para que yo siga solo, saca tu mano. Y si no quieres que continúe, párame. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza una vez y vuelvo a apoyarme en él.

—Necesito oírlo —insiste.

—Sí. —Sin meditarlo más, parpadeo, y saco la mano de mi bragueta.

—Joder, Jana.

El jadeo le ha salido del pecho, porque me ha vibrado la cabeza. El corazón me va a mil cuando sus dedos llegan a mis pliegues. Los separa y los acaricia despacio, pero sin detenerse. Es increíble y nuevo. Muy nuevo para mí. Pasea su nariz y su boca por mi cuello y aspira el olor a sal, que ahora no solo impregna mi cuerpo, sino también el suyo. Ancla su otra mano a mi cadera, para que no me mueva con el movimiento de la marea, y se pega mucho más a mí. El agua me golpea el pubis y la impresión por todos los estímulos es abrumadora. No me puedo creer que me haya estado perdiendo esto. ¿Será siempre así? No. Estoy convencida de que es mejor si te toca la persona adecuada.

—Dios, Gael... Me... me gusta.

—Pues fuera del agua es infinitamente mejor, créeme.

—¿Y por qué has querido hacerlo aquí? —No sé si suena a queja o a deseo, porque las palabras me han salido en medio de los gemidos que no puedo controlar. Su lengua no deja de lamerme y a mí me palpita todo.

—Porque las barreras son más fáciles de derribar en los lugares donde nos sentimos seguros.

—Oh, sí... —Eso que presiona con la intensidad adecuada es mi clítoris. Lo sé porque hubo un tiempo en el que me tocaba, dentro de mi cama, y siempre a oscuras. Después de lo de Iván, dejé de hacerlo. Me encanta cómo lo hace él y cada vez me excito más. Con esa precisión, no tardaré en tener un orgasmo.

—Espero que eso signifique que voy bien.

—Vas muy bien. Mejor que bien.

Me succiona el espacio que queda entre mi clavícula y mi hombro, a la vez que mueve su cadera hacia adelante, para frotarse contra mi trasero. Levanto un brazo y me agarro a su nuca con la mano izquierda. Necesito sujetarme a él o, al final, cuando me corra, seré un peso tan ligero que me llevará la corriente.

Durante los siguientes segundos, usa todos los dedos de su mano; con unos me abre, con el pulgar me masturba, y con el índice me penetra. Es inesperado e increíble sentirlo en mi interior. Cierro los ojos, porque me sé de memoria cada trazo de su mano. Podría dibujar hasta el recorrido de sus venas. Así que, aunque no la veo mientras me toca, la imagino ahí, grande, perfecta. Primero cubriéndome, serpenteando las cicatrices. Y, después, abriéndose paso dentro de mí. El hormigueo de placer comienza en el centro de mi sexo y, como por arte de magia, se expande por todo mi cuerpo, como si me hubiera atravesado un rayo. Gael sabe que estallo, porque cierro los muslos con fuerza y le apreso para no dejarlo salir. Me voy mientras él se hace cargo de mi cuerpo. Me pitan los oídos y me mareo. Débil, pero inmensamente feliz. Cuando aúllo su nombre, rendida, me da la vuelta y me coge en brazos para sumergirnos los dos. Juntamos nuestras bocas debajo del agua y cuando emergemos, sin soltarnos, no podemos dejar de sonreír. Nos hunde a los dos de nuevo antes de abandonar el mar.

—Adiós, monstruos —afirma y me posa de pie sobre la toalla en la orilla.

—¿Se habrán alejado lo suficiente?

—Alejarse no sé, pero sordos se han quedado seguro, después de oírte pronunciar mi nombre.

—Idiota.

—No te enfades.

Temblamos porque, después del calentón, nos estamos quedando fríos. Gael sacude la toalla y nos envuelve a los dos con ella para secarnos. Nos besamos con ganas, para volver a entrar en calor.

—No me enfado. Es que ha sido... Uf. No tengo palabras. Gracias. Y, sí, puede que se me haya ido un poco la cabeza cuando me he...

—¿Corrido? —Se burla—. Vamos, dímelo.

—Cuando me he corrido, sí. ¿Contento? —Después de lo que ha pasado en el agua es una tontería no llamar a las cosas por su nombre.

—Mucho. De eso se trataba, *casi fea*. —Volteo los ojos y él se ríe—. A mí me ha costado un puto triunfo que no se me fuera la pinza. Gracias por confiar en mí, y tranquila, no tienes de qué preocuparte. Te prometo que a los monstruos se los ha llevado el agua.

23

Amigos

GAEL

Poso la jaula con las cervezas encima de la barra y relleno la cámara frigorífica.

—Gracias, tengo la espalda fatal desde hace un par de días y no puedo levantar ese peso —me explica Lidia mientras tira una botella vacía de ginebra al cubo del vidrio.

—Tranquila, tengo que rellenar también la nevera de afuera, así hago las dos del tirón.

—Vale. Antes de las doce, viene Enzo de refuerzo hasta el cierre, así que luego puedes quedarte en la terraza. ¿Ya has salido al descanso?

—No, estoy esperando a...

—¿Jana? —me pregunta y meneas la cabeza, pero sonriendo.

Supongo que sus amigos, Hugo y Leo, la han puesto al día sobre mi amistad con ella. Desde aquel día que me echó aquella especie de bronca para que no jugara con ella, no ha vuelto a decirme nada. Debe de tener la cabeza en otro sitio, porque la mayor parte del tiempo parece ausente.

—Sí.

—¿Por eso eres más borde con las clientas? ¿Porque ya estás pillado?

—¿Yo? —me indigno—. ¿Alguna se ha quejado?

—Puede. —Se le escapa una sonrisa.

—Vale, ¿me estás vacilando?

—Solo un poco. —Se mueve para recoger un vaso, pero se detiene a medio camino.

—¿Estás bien?

—Sí, solo estoy cansada. Están siendo unas semanas agotadoras. Oye, por cierto, no creo que haga falta decírtelo, pero lo que pasó entre nosotros el mes pasado es mejor...

—Que no lo sepa nadie.

—Exacto. Bastante complicada es mi vida ya.

En ese instante, entran por la puerta Leo, Hugo y Jana. Lidia los mira y fuerza una pequeña sonrisa, pero a mí no me engaña, porque veo cómo se sujeta al borde de la barra, tensa.

—Será porque te buscas los problemas a pares. —Sonrío y me gano su mirada asesina. Ella se pone a atender a una pareja, que ya estaba esperando, e ignora deliberadamente a los recién llegados.

—Hola, ¿sales ya? —me pregunta Jana cuando llega hasta mí.

Desde nuestro baño nocturno la semana pasada apenas nos hemos visto. No te daré detalles, porque no quiero recrearme en lo que sentí cuando ella se corrió entre mis dedos. Genial. Ya se me ha escapado. Fue brutal. Estuve tan concentrado en medir mis caricias y que le gustaran que me olvidé por completo de la locura que era meterse en el agua casi a las once de la noche. Cuando nos secamos y nos vestimos, la llevé de vuelta a su casa. Los dos necesitábamos una ducha caliente. La mía con final feliz. Después de las erecciones intermitentes que sufrí durante

toda la noche, no me quedó más remedio que apañarme yo mismo. El resto de los días nos hemos visto solo a ratos. Estamos en pleno agosto y el pueblo está atestado de gente. Noemí ha estado mala unos días y Bruno y yo hemos currado parte de sus turnos. Jana también ha estado entretenida; ha tenido las clases grupales con los niños por las mañanas y, por las tardes, algunas individuales. Si a eso le sumas que el Salitre está completo y que ella siempre ayuda a Marga en todo lo que puede, pues no hemos podido coincidir como nos hubiera gustado.

—Dame tres minutos. —Señalo la jaula de cervezas que tengo que llevar para reponer la nevera de la terraza—. En cuanto las meta en la cámara, nos vamos.

—Te acompaño.

Me voy abriendo paso entre la gente que abarrota la terraza y Jana me sigue. Es jueves, pero supongo que, de aquí a final de mes, todos los días serán iguales. Me meto detrás de la barra y abro la nevera mientras ella se apoya en la esquina, a esperarme.

—Vaya, vaya, pero qué ven mis ojos. —La voz de mi hermano se cuela por mi tímpano. Está con su amiga Berta y se han colocado justo al lado de Jana. ¿Por qué no me ha dicho que iba a venir?—. Desde que tienes novia, estás muy desaparecido, tato.

Lo mato. Sí, me da igual que haya cientos de testigos.

—Me parto —siseo. Por el rabillo del ojo miro a Jana, que se está mordiendo el labio para no reírse. Genial. Lo ha oído—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Hola, Teo —lo saluda entusiasmado Bruno—. Cuánto tiempo sin verte. —Chocan sus manos—. Hola, Berta.

—¡Hola! —repiten los dos.

—Ya ves, me apetecía ver a mi hermano, que desde que está enamorado no da señales de vida.

Bruno tose, mira a Jana y después me mira a mí. Luego, se *despolla* vivo. Mi hermano, como está gracioso hoy, no se da cuenta de que mis ojos son como espadas láser.

—Dímelo a mí, que vivimos juntos y apenas nos vemos en el desayuno —se recochine a mi colega.

—Vosotros flipáis mucho, ¿no?

Ellos me ignoran y Jana, que se lo está pasando pipa viendo cómo me cago en todo para mis adentros, ni corta ni perezosa, se presenta a mi hermano.

—Así que eres el hermano de Gael. Yo soy Jana.

—¿Has dicho Jana? —Mi hermano se queda descolocado al oír su nombre, que me sonsacó hace un par de semanas, y entonces mira a Bruno, que asiente. Y yo le llamo «capullo» moviendo solo los labios.

—Sí. La misma.

—Vaya, la he cagado. La humanidad está a punto de perder a un futuro arquitecto —suelta Teo y se lleva la mano al pecho—. Soy Teo, pero por poco tiempo, porque mi hermano está a punto de cometer un fratricidio.

—Hola, yo soy Berta, la amiga de Teo.

—Así que Arquitectura, ¿eh? —se interesa Jana.

—Sí. Si todo va bien, me iré a estudiar a París.

—Guau, París. Eso promete.

—No tanto como Australia —intervengo mientras se dan dos besos.

Mi hermano le pregunta sobre el viaje y se sorprende de que no vaya a estudiar nada este año. Jana le cuenta que cuando regrese le gustaría matricularse en Turismo. A mí ya me lo había contado hace unos días. Me confesó que le encantaría, en un futuro próximo, poder tener su propio hostel, algo pequeño y muy acogedor.

—¿Qué estás haciendo aquí, tato? No me has contestado. —Cierro la cámara y salgo de la barra—. ¿Y por qué no me has avisado?

—Mamá y Axel están cenando con unos clientes, cerca. No teníamos ningún plan mejor para hoy y nos han dejado aquí. Cuando terminen, vendrán a recogernos. Igual quieres presentarles a Jana, también.

—Por supuesto —ironizo—. ¿Y Sofía?

—Se ha quedado a dormir con Julia.

—Buah, esta canción me molaaa. ¿Te acuerdas de cuando la escuchamos en el chiringuito de la playa? —Berta agarra a mi hermano de la mano para hacerlo bailar y él, incomprensiblemente, lo hace.

Suena *La Inocente*, de Mora, y los dos empiezan a cantar y a moverse muy pegados. ¿Aquí hay tema? ¿O lo hubo durante su viaje? Porque yo también puedo tocarle las pelotas a él. Me lo guardo para la siguiente ocasión, porque ahora es mi descanso.

—Vaya mierda de oído que tiene la juventud ahora —sisea Bruno.

—Habló el *viejoven*. —Cojo a Jana de la mano para salir—. En un rato vuelvo —le digo a Teo.

—Un placer haberte conocido, Jana —comenta ceremonioso—. Si estás aguantando a mi hermano este verano, tienes todos mis respetos.

—Cuando vuelva, te voy a matar —lo amenazo, y Berta se ríe.

Antes de salir a la calle, le hago un gesto a Lidia, señalando mi reloj, para que sepa que salgo ahora.

—Tu hermano es...

—¿Un capullo que va a morir? —interrumpo a Jana.

—Iba a decir muy simpático.

—Claro, porque no lo has aguantado dieciséis años. —La arrastro para alejarnos del *pub*.

Como solo tengo media hora, lo más cerca que tenemos es la playa. Son más de las once, pero todavía hay gente en la arena. Algunos están bebiendo y otros enrollándose, las dos únicas alternativas posibles a esta hora.

—Tranquilo, Gael. Sé que te estaba vacilando.

Sus palabras me producen ¿alivio? ¿O justo lo contrario? No estoy enamorado de Jana ni es mi novia, solo somos amigos. ¿Me gusta? Muchísimo. Rectifico, me gusta la hostia. Vale, que dicen los expertos (Bruno y Leah) que precisamente eso está más cerca de lo del enamoramiento que cualquier otra cosa. Aunque, como nunca me he visto en una situación ni remotamente parecida, tampoco sé identificarlo. Que sí, que ellos ya llevan días asegurando que lo estoy, pero no voy a comerme la cabeza con el tema. Tampoco es el fin del mundo.

Ahora, que ella se haya tomado las palabras de mi hermano como una coña no sé si me entusiasma demasiado. No me gustaría que se colara por mí, porque dentro de veinte días se marchará y no volveremos a vernos. Sin embargo, puede que mi ego se haya sentido algo herido al ver que ella está tan segura de que no tenemos nada.

Es ella la que se detiene antes de llegar a la orilla y se cuelga de mi cuello para besarme.

—Ven aquí, Jana Banana —siseo sobre sus labios.

La boca de Jana es jodidamente prometedora, y cada vez que cierra los ojos al besarme, mi subconsciente no deja de pedirle deseos. El beso es profundo y largo, con más lengua que labios. Me recuerda al que nos estábamos dando ayer en el salón del ático antes de que apareciera Bruno y nos cortara todo el rollo. Por cierto, mi colega me debe una explicación. Los dos estábamos convencidos de que el otro no iba a estar en casa a esa hora, y de repente, pum, ahí, frente a frente. La manera extraña en la que nos miramos fue algo desconcertante. Enseguida se metió en su habitación y puso música cuando le sonó el teléfono. Fue jodidamente raro.

Jana había subido solo un rato, antes de irse a ayudar a Marga con las cenas. Se notaba que los dos teníamos ganas de estar a solas, así que estuvimos dándonos calor en el sofá. Los besos y las caricias se empezaron a desmadrar. Cuando llegó mi amigo, ella estaba con la mano dentro de mi bóxer.

—¿Ya has cenado? —me pregunta cuando abandona mis labios. Mis manos están posadas en el principio de su culo y la tengo apresada con las piernas. Mi cuerpo es una jaula de la que no me gustaría dejarla salir.

—No, pero piqué algo antes de entrar a trabajar. No te preocupes. Además, siempre puedo comerte. —Hundo mis labios en su cuello y chupo haciendo un poco de presión sobre su piel. Su risa rebota contra mi pecho.

—Ayer estuviste a punto.

—No me lo recuerdes. Eres mala. —Me alejo un paso, porque sus manos ahora se posan en mi trasero y es ella la que se frota contra mí—. Muy mala.

—Yo también quería comerte a ti. Y, bueno, también quería hacer más cosas...

Uf, pero ¿cómo ha sonado eso de bien? El tono meloso, su lengua rozando el lóbulo de mi oreja y el olor a sal que desprende su cuerpo me sacuden. Además, su confianza en mí me hace venirme muy arriba.

—Vale, puede que ahora sí que me haya enamorado un poco. —Intento soltar el nudo de nervios que tengo en medio de la garganta.

Sé lo que quiere y no me estoy haciendo pajas mentales, te lo aseguro. Hay que estar muy ciego para no saber interpretar todas las señales que me manda. Su mirada achinada más brillante que nunca anclada en mi boca. Sus manos completamente decididas sobre partes muy específicas de mi cuerpo. Su respiración caótica, que hace que su pecho se mueva arrítmicamente. Y, por si tuviera alguna duda, sus palabras. Jana, ahora que se siente preparada, no solo me dice lo que le apetece, sino que lo hace de una manera muy convincente. Como en este maldito instante, que lleva su mano a mi paquete y aprieta mi polla por encima de la tela de mi pantalón. Respiro profundo y sonrío antes de darle un suave mordisco en el labio.

—Te lo digo en serio, Gael.

—Jana, lo sé. Sé todo lo que quieres. Y ella también. —Agacho la mirada y poso mi mano encima de la suya para que pare. Tengo que volver a trabajar y me gustaría hacerlo sin estar empalmado. Aunque dudo que pueda quitármela de la cabeza—. Me gusta mucho la idea.

Entrelazamos nuestros dedos y caminamos por la orilla, apartándonos de la gente.

—La semana que viene es mi cumpleaños, y en veinte días me iré —comenta con la voz más dulce que antes—. No sé, había pensado que tú y yo... —Me suelta la mano para mirarme de

frente, y se toca el codo, nerviosa.

—Tú y yo...

—Vale, no sé cómo decir esto para que no suene raro.

—Nada de lo que sale de tu boca suena raro. —Mi pulgar acaricia su labio antes de pasear por ahí mi lengua.

—Me gustaría estar contigo estos días y divertirnos, si tú quieres, claro. Me quiero llevar a Australia un bonito recuerdo de este verano. Y eso incluye... —Eleva las cejas y me muerdo la mejilla por dentro para no reírme, no de ella, sino de las vueltas que le está dando al tema—. ¿Me vas a hacer decirlo? —Ahora frunce el ceño y yo paso mi dedo por encima para alisárselo.

—Puede... —susurro, y ella me atiza en el brazo—. Sería gracioso oírtelo decir.

—Mi regalo de cumpleaños.

La carcajada brota sola y me gano otro pequeño guantazo.

—Vaya, bonita metáfora.

—Idiota. —Intenta alejarse, pero la detengo.

—No huyas. —Voltea los ojos, pero me deja abrazarla—. Ya veo que lo tienes todo pensado. Has elegido hasta la fecha.

—Vale, olvídalo. —Vuelve a ponerse seria y se separa de mí—. Está claro que no soy el tipo de tía con las que estás normalmente. No encajo en tu perfil para follar. —Se da la vuelta y acelera el paso. Ha sonado tan borde como cuando la conocí.

—Jana...

—Adiós, Gael. Vuelve al trabajo.

—Vamos, Jana. —La sujeto de la muñeca y la giro para abrazarla—. No te pongas así, solo te estaba picando. Y me ofende que pienses que yo tengo un puto perfil para hacerlo. Eso es una gilipollez. Tú eres diferente a las otras tías con las que he estado, y qué. ¿No te has parado a pensar que igual por eso me gustas mucho más?

—No hace falta que lo adornes, Gael.

—Me gustas, Jana. Me gustas muchísimo, joder. Me mola la idea de estar contigo hasta que nos despidamos. Así que tendrás tu regalo de cumpleaños, y ojalá que sea inolvidable. No pasa nada por decírmelo, Jana. Nosotros somos amigos, a pesar de que tú tuvieras tus reticencias al principio. —La chincho para no centrar la conversación en el hecho de que acabo de aceptar su proposición.

Mi frecuencia cardiaca se está disparando. Trato de disimularlo delante de ella, pero me cuesta un puto triunfo.

¿Por qué he aceptado? Porque me matan las ganas. Y porque será su primera vez y me encanta la idea de que sea conmigo.

—¿Amigos? Pensé que solo querías ser amigo de Tubo —contraataca.

—Todo formaba parte de un maléfico plan, Jana. Primero, enrollado con el perro; después, enrollado con la dueña. Solo era cuestión de tiempo.

—Idi... —Mi boca se come el resto.

Mi regalo de cumpleaños

JANA

Apoyo de nuevo el móvil sobre el lomo de los libros y retrocedo dos pasos.

—Me has *matao* —protesta Iris desde el otro lado de la pantalla—. De repente, he visto fundirse mi vida a negro.

Estábamos en medio de una videollamada cuando mi móvil se ha precipitado sobre el escritorio, menos mal que no se ha roto la pantalla.

—¿Quieres dejar de decir tonterías? Esto es importante.

—Encima de que lo hago para quitarte los nervios. A ver, date una vuelta.

Me giro para que me vea por detrás. Este es el tercer conjunto que elijo en la última media hora. Nada me convence, y a ella, por la cara que pone, tampoco.

—¿Muy soso?

—Meh... ¿De verdad que no tienes otro sujetador? —me pregunta.

—Vale, Iris. Como siga así, voy a llegar muy tarde —me quejo. No nos ponemos de acuerdo ni en la ropa interior—. ¿Qué tiene de malo este sujetador? —Me quito el vestido que me había puesto, que era como para ir a la playa, y observo el conjunto de algodón gris que llevo puesto.

—Pues que parece el de una niña de trece años.

—Gracias por tu sinceridad, pero estás a un paso de conseguir que me raje. Voy a mandar un wasap a Gael y anular nuestra cita. Será lo mejor.

—Pero ¡qué dices, trastornada! Es tu cumpleaños y tienes que celebrarlo, sí o sí. Además, es una fecha muy importante.

—Sí, ya sé todo el rollo ese de que alcanzo la mayoría de edad y bla bla bla...

Leo no ha dejado de repetírmelo desde que me ha traído el desayuno a la cama esta mañana para felicitarme. Tenemos tanto trabajo que no hemos podido ni comer juntos. Yo lo he hecho con Marga en la cocina, tardísimo, por eso tampoco tengo mucha hambre. Además, de postre, he devorado un buen trozo de su tarta de queso con mermelada de arándanos, que es mi favorita del mundo.

—Qué mayoría ni qué leches. Es importante porque hoy, por fin, vas a entregarle tu flor a Gaelito.

—Se acabó, voy a colgarte. —Me cago en toda su familia mentalmente, a la que tengo mucho aprecio, mientras ella se parte el culo en mi cara desde Escocia.

—Ni se te ocurra. ¿Por qué no te pones la falda vaquera negra y ese top de ganchillo que te hizo mi tía? Con ese, además, no tienes que llevar sujetador.

—¿Y no será raro cuando me desnude?

—¿Raro? —Se ríe sola. Sola—. Para nada, Jana. No sé si todavía no te has dado cuenta, pero no vais a jugar a las prendas. Vais a follar.

—¡Quieres cerrar esa boca!

Saco la falda y el top de mi armario. Y sin que ella me vea, me cambio la braguita. Tengo una negra de licra básica, es tipo brasileña y tiene algo más de tela que un tanga. La lencería no es un tema que me preocupe demasiado, porque la mayor parte del año uso más bikinis que bragas, por eso tampoco tengo mucho donde elegir.

—¿Qué pasa? A las cosas se les llama por su nombre, *regalo de cumpleaños* —entona repipi.

—No sé para qué te conté nada.

—Pues porque necesitabas un empujón. El mío, aunque sea en la distancia.

Cuando vuelvo a ponerme delante de la cámara, silba.

—¿Qué tal ahora?

—Di. Vi. Na.

—Está bien, pues deséame suerte.

—No la necesitas, amiga. Te veo *dentrísimo* de esta historia. Aunque, en realidad, lo que vas a tener dentro va a ser la preciosidad esa de la que presume Gael.

—Adiós... —Me acerco al móvil y le tiro un beso con la mano.

—Mañana quiero todos los deta...

Cuelgo y me miro en el espejo mientras me pongo mis Vans negras. No está mal, al menos no me he disfrazado. Llamo a Tubo por la ventana, que está revoloteando todavía por el jardín, y espero a que suba y se acueste en su cama.

—¿Tú no me vas a desear suerte? —Le acaricio detrás de las orejas y él gruñe de gusto.

Sonrío y me voy, antes de que los nervios me paralicen las extremidades y no pueda llegar a su casa.

En menos de cinco minutos, estoy llamando al timbre. Nada. Ni tan siquiera me contesta. Me quedo como una idiota mirando el portero automático y comprobando que he pulsado el botón correcto. Vuelvo a intentarlo, pulsando con más fuerza. Ático A. Pasan cinco segundos hasta que se abre la puerta.

Cuando el ascensor llega a la última planta y salgo, veo que la puerta del piso está abierta. Vaya. ¿Qué querías, Jana? ¿Una alfombra roja? Cabeceo y suelto todo el aire que he debido de acumular en mis pulmones desde que he salido de mi habitación, de ahí la falta de oxígeno en mi cerebro.

—¡Estoy en la cocina! —me grita, y suelta una lista interminable de tacos.

Sonrío y noto el olor a comida quemada.

—Hola... —Cierro la puerta.

La ventana de la cocina está abierta, pero todavía hay restos de humo, así que me lo encuentro batiendo el trapo al aire para despejar la zona. Me quedo quieta, a un paso de entrar. Hace unos años, a Marga se le quemó una sartén mientras yo estaba en la cocina; en vez de salir corriendo cuando ella me lo pidió, me bloqueé. Perdí la mirada en las llamas y me dejé caer contra la pared, desconectada de la realidad. Menos mal que estaba Hugo a mi lado y me cogió en brazos para sacarme de allí. Así que me alegro de haber llegado diez minutos tarde.

—Hola. —Gael debe de ser consciente de que me he quedado quieta, porque viene a mi encuentro. Tira el trapo en la encimera y cierra la puerta—. He tenido un problemilla con la cena, pero está todo controlado. ¿Estás bien? —Me lleva de la mano hasta la terraza para respirar aire puro.

—Sí —respondo y me centro en sus ojos océano, que ahora no dejan de observarme—. Siento llegar tarde —me disculpo—. Pero es que no sabía qué ponerme y...

—Estás perfecta, *casi fea*. ¡Feliz cumpleaños!

Como si me hubiera leído el pensamiento, Gael me silencia con un beso. Es intenso, tanto que me sujeto a sus bíceps para no tambalearme mientras él cuele su mano por detrás de mi melena para agarrarme de la nuca con fuerza. No habrá salido a la puerta a recibirme, pero se le notan las ganas.

¿Y a mí? Seguro que también. Con él cerca han vuelto los nervios a mi estómago, los buenos.

—Tú estás guapo, sin el casi.

Y es verdad. Se ha puesto un vaquero largo muy clarito y muy justo, que le queda de vicio, y una camiseta negra. Está descalzo, y aunque los pies, sobre todo los de los chicos, suelen ser horribles, te diré que los de Gael no están mal. Me pregunto si tendrá algo feo.

—Ja, ja, ja. —Se ríe y conseguimos separar nuestras bocas—. No tienes que fingir conmigo, Jana. Me pone igual tu lado borde. —Voy a pegarle un guantazo, pero es más rápido que yo y sujeta mi mano para posarla sobre su pecho—. He cometido un pequeño error de cálculo y el primer intento de cena está en la basura. Pero soy un tío con recursos.

—Tranquilo, la verdad es que no tengo mucha hambre. —Llevo mis manos a sus costados para colarlas debajo de su camiseta y disuadir mis nervios. Cuando hundo mis dedos en su piel, gruñe.

—Jana... —susurra, y por primera vez desde que he llegado lo noto nervioso—. En serio, puedo preparar algo rápido; mientras tanto, puedes sentarte y contemplar el mar. Mira, había puesto ahí la mesa. —La señala con la mirada. Ha colocado un pequeño mantel, los platos, los cubiertos y dos copas—. Espera...

Gael se aleja y coge un altavoz, toquetea en él y en su móvil, pero no se oye nada. Yo lo miro, aguantándome la risa. Es muy cómico ver cómo se desespera porque no suena la música.

—Gael...

—¡Joder! Este cacharro ahora no tiene batería. Soy tonto, podía haberlo cargado esta tarde. Voy a buscar el cargador.

—Gael, para. —Me acerco con paso lento a él.

—Te sientas, te pongo música, te relajas y... ¿qué se me olvida? La cena, coño. Enseguida traigo algo para cenar, ¿qué quieres beber?

—Gael, ¿quieres escucharme?

Vale, ahora me queda muy claro que está atacado, y lo peor de todo es que parece inseguro, y eso sí que es raro en él. ¿Será que ha cambiado de opinión?

—Espera, que enciendo estas velas. —Se mete la mano en el bolsillo para sacar el mechero, menos mal que llego justo a tiempo de detenerlo.

—¡Velas no! —Lo debo de decir de manera tan contundente que se queda petrificado—. Por favor —rebajo el tono.

Odio las velas. Las odio. Y él parece entenderlo.

—Jana, yo... —Se pasa las manos por el pelo, revolviéndoselo—. Lo siento, perdóname. No sabía que... Esto es un completo desastre. Soy un completo desastre.

—No digas tonterías, no eres un desastre, pero estás raro. ¿Has cambiado de opinión? Porque si no quieres hacerlo, puedo irme a casa y ya nos vemos otro día. —Sueno apagada, y espero que no vea el miedo que reflejan mis ojos. Miedo a que no sea con él. Miedo a que no sea en este

instante. Porque, desde hace días, no puedo pensar en otra cosa. Quiero llegar hasta el final y quiero hacerlo con Gael, ya se lo dije.

—¡No! Claro que no, Jana. Cómo no voy a querer hacerlo contigo. Ni se te ocurra pensar esa gilipollez. —Enmarca mi cara con sus manos y me acaricia lento con los pulgares. Se inclina para que nuestros ojos queden enfrentados.

—Pues cálmate, por favor. Porque verte así no me ayuda.

Sonríe y su aliento acaricia mi boca.

—Lo siento. —Frota su nariz con la mía y sus manos se posan en mi espalda, las mueve de abajo arriba, tocando mi piel—. De verdad que lo siento. Tenía todo pensado para que estuvieras bien, para que te sintieras cómoda. Y, mira, no he dado una. Yo solo quería que todo fuera perfecto.

—Y será perfecto. Solo necesito que vuelvas a ser el Gael que conozco, ¿vale? El Gael en el que confío.

—¿De verdad confías en mí?

—Por supuesto, si no estaría en cualquier otro lugar.

Resopla y veo cómo su mirada se pasea de mis labios a mis ojos. Su brillo vuelve y, a pesar de la oscuridad y de que suene muy cursi, me deslumbra.

—Está bien. Entonces, déjame ofrecerte lo único que todavía controlo: mi cuerpo. —Abre los brazos en cruz y con la tontería destensa el ambiente.

Cabeceo sin ocultar mi sonrisa, muy parecida a la suya. Ambos cogemos aire antes de que nuestras lenguas colisionen. El beso es cálido y profundo. Y se vuelve caótico a cada segundo. Dejamos de esconder las ganas y supongo que, por fin, somos dos cuerpos que buscan cómo complacerse, porque, en el primer parpadeo, mis dedos ya buscan el botón de su pantalón y los suyos ascienden desde mis costillas hasta el contorno de mis pechos. Cuando está a punto de rozarme los pezones, a los que le he facilitado el acceso por no llevar sujetador, me empiezan a fallar las piernas. Así que, como solo quiero más, más de todo lo que empiezo a sentir, doy un salto y enrosco las piernas en su cintura, para que me lleve adonde sea.

La primera parada es antes de atravesar el acceso al salón, en la pared de la terraza. Ahí, la lengua de Gael abandona mi boca mientras sigue pronunciando mi nombre y se desliza desde mi barbilla hasta mi esternón. Lame despacio. Una. Dos. Tres veces. Me gusta que no se controle ni se detenga, como si por fin fuera él, sin disfraces. Que yo no lo haya hecho nunca no significa que tenga que tratarme como si fuera de cristal. No tengo experiencia, pero me siento lo suficientemente capacitada para seguir su ritmo, el que él imponga. Espero que mi mano colándose apresurada por la cintura de su pantalón y de su bóxer a la vez, también le dejen claras mis intenciones.

¿Has sentido alguna vez con todas las células de tu cuerpo? Yo sí. Lo estoy haciendo ahora, cuando Gael me recorre con las yemas de sus dedos. Vibro, como cuando me pongo los auriculares con la música a tope y dibujo, o como cuando cabalgo sobre una ola larga que sé que me llevará hasta la orilla.

—Dios, Jana. Tenía tantas ganas de ti. —Cubre mi pecho con su mano y ejerce una leve presión.

—Y yo de ti.

Noto cómo la gota que sale de su punta humedece mis dedos, así que me envalentono y empiezo a presionar su erección. Una vez. Dos. Aunque de lo que tengo ganas es de verla y de sentirla dentro de mí. Como solo le he desatado dos botones del pantalón, no tengo mucho espacio para maniobrar a gusto, por lo que Gael protesta, no sé si de dolor o de placer. No me da tiempo a preguntárselo porque me sujeta por las nalgas con fuerza y entramos en el salón a trompicones. Hace un amago de posarme en la mesa, pero se lo debe de pensar en el último segundo y continúa por el pasillo hasta llegar a su habitación. Enciende la luz con una mano y cierra la puerta con el pie. Antes de bajarme, me apoya contra la madera para volver a besarme.

—Tenemos que parar —sisea contra mis labios.

—¿A... Ahora? —El miedo vuelve a mí.

—Sí. Pausa.

Me desliza para que pose los pies en el suelo y me da la mano para colocarnos al final de la cama.

—¿Y mi regalo de cumpleaños? —me quejo, y veo cómo sonrío al ver mi cara de *no me puedes dejar así*.

—Lo tendrás, Jana. Pero tienes que desenvolverlo despacio.

Sus manos van directas a la lazada de mi top, se pega un poco con ella hasta que consigue soltármela y quitármela, entonces, la prenda cae al suelo. Me observa con una mirada cargada de deseo que consigue que mi vientre se contraiga. Jamás pensé que nadie iba a mirarme así, y menos él. Le quito la camiseta con manos temblorosas y acaricio todo su abdomen hasta llegar a la fina línea de vello debajo de su ombligo.

—¿Así?

—Despacio, Jana —repite—. Te tengo tantas ganas que o bajamos la intensidad o me correré sin enseñártela. Tu olor, tu pelo... Todo tu bendito cuerpo me pone muy malo. —Suelta los tres botones de la falda y empieza a deslizarla con suavidad por mis caderas, erizando toda mi piel, hasta dejarme solo con la braguita.

—Gael... —jadeo, y consigo sin mucho esfuerzo que lo siguiente en aterrizar en la alfombra sea su pantalón.

—Eres preciosa, Jana. Y tú sí que eres un regalo para mí.

25

Para no olvidar

Gael

—Eres preciosa, Jana. Y tú sí que eres un regalo para mí.

—Quiero vértela.

Me río, porque la impaciencia la está matando. Y no sé si quiere disfrutar del momento o solo quiere que pase, cuanto antes, para quitárselo de encima. En cualquier caso, voy a tratar de que sea especial y de que le quede un buen recuerdo.

—Espera. —Voy hasta la mesita y enciendo la luz de la lámpara pequeña para apagar la del techo—. Mejor, ¿no?

—Sí.

Me acerco a ella, pero todavía no nos tumbamos. Me pego a su pecho y siento sus pezones duros sobre mi torso, su respiración entrecortada en mi cuello y sus manos, ahora más tímidas, sobre mis caderas.

—Yo también quiero verte desnuda —confieso, y cojo sus manos para llevarlas hasta la cinturilla de mi bóxer.

Me muero de ganas de ver toda su piel, aunque tenga mil dudas de los pasos que voy a dar a partir de aquí. Me descoloca y me frustra, porque jamás me he sentido así con nadie. Sus cicatrices siguen ahí y no quiero que se preocupe por ellas; a mí me dan absolutamente igual. Lo único que quiero es cubrirla con cada centímetro de mi cuerpo. Jana me baja el bóxer despacio, arrastrando la tela y las yemas de sus dedos por mis caderas y mis muslos. La piel se me pone de gallina. Se muerde el labio y le paso el pulgar por encima. Inspira y desvía su mirada de mi pecho a mi abdomen. Espira. Sigue descendiendo y termina el recorrido posando sus ojos en mi erección, que ahora apunta a su estómago.

—No te vuelvas a morder el labio así, a no ser que quieras que te llene el ombligo.

Abre los ojos, sorprendida, muy sorprendida. No quiero asustarla, pero toda esta previa me está poniendo cardíaco. Sus labios jugosos y sus ojos achinados, fijos en mi entrepierna, me alteran mucho más.

—Es... —Sonríe y yo la imito, aliviado. Lleva su mano a mi polla y empieza a masturbarme. Ya me la había rozado con anterioridad, pero ahora. La dejo hacer, aunque tengo que contenerme. Piensa algo, Gael. Algo que no te haga eyacular en cero coma—. Es bonita.

—Preciosa. Joder, Jana... —gruño.

—¿Así? —pregunta tímida. Ese movimiento de muñeca es la puta bomba—. ¿Te gusta? —Su voz entrecortada no ayuda.

—Me encanta —susurro contra sus labios, y la detengo.

La beso con mi lengua medio dormida y la rodeo para colocarme a su espalda. Mi erección se pega a su trasero y mis manos se cuelan por el elástico de sus braguitas. Se las quito despacio

hasta que ella, con más prisa que yo, se las saca por los pies. Lleva su mano hacia atrás para seguir tocándome.

—Jana... —jadeo en su oído. Ella separa las rodillas y deja caer la cabeza hacia atrás hasta posarla en mi clavícula.

Mi mano recorre el camino que ya trazó en el agua y se posa sobre su sexo. Está mojada. Está empapada. Y sus dedos tirando de mi fina piel mientras me masturba son mi ruina. La palpo, la tanteo, la abro y la penetro con un dedo. Contrae los músculos y lo engulle. Lo saco y vuelvo a meterlo, esta vez lo giro dentro y acaricio sus labios antes de centrarme en su clítoris.

—Gael... Voy a...

—Dale, Jana. Cuando quieras y como quieras. Estoy aquí para ti.

—Quiero tenerte dentro de mí. —Suelta mi polla y se gira. El brillo de nuestros ojos casi nos ciega, aun así, no dejamos de admirarnos. Uno. Uno. Dos. Dos. Tres. Tres.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—¿Sigues confiando en mí?

—Nunca he dejado de hacerlo, Gael.

La levanto a pulso por el trasero y me subo al colchón de rodillas con ella. Poso lentamente nuestros cuerpos y me estiro para sacar un condón de la mesita.

Su pelo desperdigado por la almohada. Su respiración agitada. Su mirada clavada en mi erección. Su pecho. Su boca. Su sexo. Nervios y calor.

Me lo pongo con tiento para no romperlo. No me temblaba la mano así desde que me la enfundé por primera vez. Jana lo nota y posa su mano sobre la mía, para ayudarme a estirarlo hasta la base. Me inclino y me apoyo sobre los codos, a los lados de su cabeza, para dejar que siga cogiendo aire. Nos besamos y le prometo que iré despacio. Curva sus labios y ella misma lleva sus manos a mi trasero para restregarse contra mí, desde abajo. Me gusta lo guapa que está excitada. Me gusta que tenga ganas de sentirme dentro. Me despego unos centímetros para recorrer su piel con mis dedos. El cuello. La separación de sus pechos. Los pezones. El abdomen. Hago todo el recorrido con mi boca en su oído.

—Necesito que me guíes, Jana.

—Sigue... A... Así. —Arquea la espalda y su pecho se roza con el mío.

—¿Te gusta?

—Sí, sí. —Cierra los ojos y respira con profundidad cuando mis dedos zigzaguean por su vientre hasta su pubis. Se abre de piernas y llevo mi boca a su pecho, dejo un reguero de pequeños besos entres sus tetas antes de lamerle los pezones. Se retuerce debajo de mí y aprovecho para penetrarla con dos dedos a la vez. Da un pequeño brinco—. Gael...

—¿Paro? ¿Quieres que baje el ritmo? —Saco los dedos despacio—. Abre los ojos, Jana. Necesito que me mires y me hables.

—Métemela ya. Por favor...

Me aguanto la risa porque la desesperación está hablando por ella. Llevo mi boca a su oído y me sujeto la erección para guiarla hasta su entrada.

No puedo reproducir todo lo que le digo para que se relaje y que intente disfrutar, solo reconoceré que soy explícito, pero también cariñoso. Cuando meto la punta, ella clava sus dedos en mi espalda y me suplica que siga, que no la deje ahí. Te juro que tengo que hacer un

verdadero ejercicio de contención para no entrar de una sola estocada hasta el final. Avanzo despacio, mientras estudio cada reacción de su cuerpo. Sus labios entreabiertos, sus párpados pesados y la fuerza de sus dedos sobre mí. Menuda presión. Balanceo mi pelvis despacio y entro un poco más. Jana contiene un quejido o un jadeo, supongo que es el resultado de mezclar placer y dolor, hasta que se habitúa al tamaño y a mí.

—Espera un segundo...

—¿La saco?

—Ni se te ocurra, Gael —me ordena. Acaricio su mejilla y pego mi frente a la suya para reflejarnos en los ojos del otro. Está asustada o incómoda, y ninguna de las dos opciones me motiva—. Solo necesitaba recolocarme debajo de ti.

Piensa rápido, Gael. Piensa.

—Ven aquí. —Sin salir del todo de ella, ruedo sobre el colchón y nos quedamos de lado, frente a frente. Paso su pierna sobre mi muslo y, en esta posición, empiezo a empujar desde otro ángulo hasta que consigo llegar al final. Contiene el aire, pero no deja de mirarme, y en el gris verdoso de sus ojos noto que ahora sí. Muevo mis caderas hacia ella con calma, disfrutando de todo el recorrido, porque me apresa tanto que podría correrme antes del tercer empujón. Es Jana la que se deja llevar cuando ya se siente cómoda, y me anima a que lo haga con más ritmo.

—Sigue, Gael. Sigue. —Sus manos se entrelazan detrás de mi nuca y buscamos nuestras lenguas antes de sucumbir.

No sé si desde esta posición consigue más fricción sobre su clítoris, porque le digo que no sea boba y se toque, pero ella me dice que no hace falta, que va a correrse así. Supongo que será que está sintiendo la misma intensidad con mis penetraciones que la que siento yo estando dentro de ella. Sea lo que sea, solo importamos nosotros y este jodido momento. Como si nos hubieran alienado, comenzamos a movernos acompasados, y por fin disfrutamos de este baile. Tres minutos es lo que tarda Jana en gritar mi nombre mientras se contrae entre mis brazos. Uno más es lo que me cuesta a mí pegar mi boca a su cuello y caer rendido a este orgasmo compartido que llevaba tantos días esperando.

—Joder, Jana. —Sigo dentro de ella, con la nariz pegada a su piel y su pelo enredado entre mis dedos—. Ha sido... —inhalo y exhalo, tratando de normalizar mi ritmo cardíaco—. Jodidamente bueno.

Una puta fantasía.

—Gael, yo... no. No puedo ni hablar. —Respira profundo y sonrío con una mezcla de vergüenza y deseo—. Me ha gustado muchísimo —afirma—. Aunque no me hagas demasiado caso, ya sabes que no tengo nada ni remotamente parecido con lo que compararlo.

—Vale... —carraspeo ¿aliviado? Espero que de verdad lo haya disfrutado. Me sujeto la base para salir de ella y quitarme el condón. La cara de disgusto que pone cuando me retiro me rompe los esquemas—. No me mires así, *casi fea*. Podría quedarme a vivir en posición horizontal dentro de ti.

No suelo compartir momentos muy íntimos ni demasiados mimos después de follar, por eso estoy flipando conmigo mismo por querer seguir aquí, a tres centímetros de ella. Cuando me quito el condón del todo y le hago un nudo, me doy cuenta de que las yemas de mis dedos se han teñido de rosa, apenas se nota, pero Jana también lo ve.

—Eso es... Dime que no he manchado la colcha. ¡Qué vergüenza! —Se tapa la cara con las manos.

Echo un vistazo rápido y veo que no hay restos de sangre, solo un poco en mis dedos.

—No, tranquila. Solo ha sido esto.

—Menos mal. —Se aparta las manos y me mira de nuevo. Le digo que no hubiera pasado nada si se manchan y la tranquilizo otra vez—. Me encantaría quedarme así, Gael, pero, por si acaso, debería ir a ducharme.

—Sí, claro. Puedes usar este baño, si quieres. Yo voy al otro y luego te espero en la terraza. Voy a preparar algo de cena. No sé tú, pero, ahora, yo sí que me muero de hambre. —Le doy un beso lento en los labios y se nos escapa un pequeño gemido a ambos. Me levanto y cojo un bóxer limpio del cajón.

—Yo también, pero no enciendas la cocina, Jordi Cruz. —Se parte el culo ella sola con su chiste—. Me conformo con un sándwich.

—Vaya... —Me doy la vuelta y me tiro encima de ella, le sujeto las manos por encima de su cabeza y mi polla, que está más bonita y reluciente que nunca, se despierta de nuevo—. Así que ahora me vacilas, ¿no? —Mi lengua juguetea con el lóbulo de su oreja y luego soplo en ese mismo punto, provocándole cosquillas.

—Gael, para. Gael... Por favor.

—Antes me decías que no parara, a ver si te centras, Jana.

—En serio. Me estás clavando esa preciosidad, pero acabas de decir que estás hambriento —continúa entre risas y jadeos—. Y necesito ir al baño.

—Está bien. —Me muevo y le doy la mano para que se levante.

Me encanta verla desnuda, sin cortarse, es como si ella también se hubiera olvidado de sus propias cicatrices.

—Te veo en la terraza. No tardes.

Media hora después, ya hemos devorado tres sándwiches. Ella uno y yo dos. Me los he currado; llevaban hasta tortilla francesa. No mentía cuando le he dicho que estaba famélico.

Saco de mi bolsillo la cajita, antes de que se me olvide, y la poso al lado de su plato.

—Toma.

—Gael, ¿qué es esto?

—Tu regalo.

—Ese ya me lo has dado.

—Lo sé, pero me apetecía que tuvieras algo más... tangible.

—Ya, pero... —responde nerviosa, y coge la caja—. No tenías que haberme comprado nada.

Lo abre con cuidado y, cuando ve que es una cadena de plata con una pequeña luna colgando, separa los labios formando una O.

—¿Te gusta?

—Me encanta, Gael. Es precioso. Muchísimas gracias.

—No tienes por qué dárme las, Jana. En cuanto lo vi, supe que era para ti.

Me levanto y la ayudo a ponérselo. Cuando ya he enganchado el cierre, se coloca la melena detrás de los hombros de nuevo y se lo toca. Se pone de pie y se cuelga de mi cuello para darme un beso tierno. El brillo de la luna resalta sobre su piel morena. Sonríe sobre mis labios. Hoy

tiene los ojos más verdes y más brillantes que otras veces. Ella, la luna y las mareas. La combinación perfecta.

Nos recostamos en uno de los sillones de la terraza. Jana solo lleva puestas sus braguitas y mi camiseta, la que me he quitado antes. Yo, un pantalón corto de algodón que he pillado en el cesto de la ropa limpia. Se posa sobre mi pecho. Su interminable melena revuelta sobre mi piel me hace cosquillas mientras miramos su mar, ahora mismo en calma. Me alegro de que Bruno esté desaparecido desde ayer y estemos solos.

—Si no cambia el viento, mañana tampoco habrá olas —se lamenta—. Para los más peques está bien, pero los adultos necesitan algo más de tamaño.

—Y sin olas no sabes qué hacer con tu vida, ¿no?

—Idiota.

—Pues yo puedo proponerte un montón de actividades físicas con las que también te vas a divertir. —Me inclino y le doy un beso en la boca antes de que vuelva a insultarme.

—Me quedo con el surf. —Voltea los ojos y tuerzo el morro. También me llevo la mano al pecho, herido.

—No puedes comparar algo que has hecho solo una vez en tu vida con lo que haces a diario.

—Claro, entonces, me estás diciendo que ahora debería follar todos los días, ¿no? Para poder comparar qué actividad me gusta más.

—Exacto. —*Si es conmigo, indudablemente.* Me quema en la punta de la lengua, pero me callo—. A mí es lo que más me gusta del mundo. Más incluso que el fútbol.

—Eso es porque no has probado el surf —insiste y se mueve, sentándose a horcajadas encima de mí. Mis manos se van directas a sus muslos. Son suaves y están duros. Mis dedos suben y bajan, provocándola—. ¿O sí lo has hecho?

—Noop.

—No me lo puedo creer. ¿Nunca? Me estás vacilando.

—Te lo digo en serio. Nunca me ha llamado.

—¿Y no quieres intentarlo?

—¿Vas a enseñarme tú?

—Se trata de aprender del mejor, ¿no? —Cómo me pone ese tono—. A no ser que seas un cobarde. Sé, por experiencia, que las primeras veces asustan. —Se muerde el labio y ladea la cabeza. Bonito cambio de tema, Jana—. ¿Tú no te pusiste nervioso? La primera vez, digo. ¿O fue hace tanto tiempo que ni lo recuerdas?

—Sí lo recuerdo, Jana. Por cierto, vaya cambio de juego que has hecho, ¿no?

—Un *preguntas y respuestas*.

—Soy más de *verdad o reto* —la pico. Ella achina los ojos más que nunca y arruga el entrecejo—. ¿En serio quieres hablar ahora de eso?

—¿Por qué no?

—Está bien. Mi primera vez fue con Blanca, una amiga de la infancia. En Cádiz, en su habitación. Fue la primera vez de los dos y fue...

—Guau —me interrumpe—. ¿De los dos? Pues sería un momento muy bonito, ¿no?

—Fue un desastre, Jana. Éramos dos críos nerviosos e inexpertos. Me puse como tres condones hasta que estuvimos convencidos de que estaba bien colocado. Luego, fue todo rápido y torpe. Encima, sudamos a mares.

Jana se ríe y lleva sus manos a mi pelo. Le gusta enredar con los mechones más largos detrás de mi nuca. No sé si se está dando cuenta, pero se me ha puesto la piel de gallina. Me concentro en su boca y mi cerebro se cortocircuita montándose hipotéticas escenas que no hemos vivido.

Esta niña te mola un huevo, Gael. Reconócelo.

Lo reconozco. Soy muy consciente.

—Esa idiotez de que si pierdes la virginidad a la vez con alguien que te importa es mágico solo sucede en los libros y en las películas. Hay que aprender a no romantizar todas esas movidas, Jana. El sexo es sexo. Y lo principal es que se disfrute. Si eso no pasa a la primera, no hay que darle demasiada importancia. Créeme, se puede aprender y mejorar en las siguientes veces.

—Yo he disfrutado mucho. Muchísimo. —Se lleva las manos a la cara para ocultarse.

—Ey, no vale esconderse. ¿No estábamos con lo de las preguntas? Pues es mi turno. ¿De verdad te ha gustado?

—Sí. Me ha encantado. Se nota que has aprendido y mejorado mucho desde tu primera vez —dice con una voz muy dulce.

—¿Sí? —Mi ego aplaude—. Repítemelo.

—Ni de palo. Ya no sé ni lo que he dicho, tengo memoria de pez —me vacila.

—De pez, ¿eh? ¿Sabes lo que pasa, *casi fea*? Que como ha sido tu primera vez, te acordarás siempre. Y te voy a confesar un secreto. —Me acerco a su oído y susurro—: Yo también lo haré, porque ha sido para no olvidar.

Detener el tiempo

JANA

Cuatro días me ha costado convencer a Gael para que se meta en el agua a hacer surf. Y hoy, por fin, lo he conseguido. Aunque ha sido más fruto de la casualidad y del cabreo que tiene con su padre que por mi insistencia. Pero es que me da rabia que la gente hable mal de algo a lo que ni tan siquiera le ha dado una oportunidad.

Estoy sobre mi tabla mientras espero a que reme de nuevo hacia dentro. Acaba de coger una ola, de manera más que decente, que le ha llevado hasta la orilla. He alucinado un poco con su técnica, la verdad. Me ha tenido que jurar que jamás se había subido encima de una tabla hasta hoy porque no me lo creía. Cuando lo he visto coger la primera ola, he pensado que me había vacilado. Es evidente que se le dan bien los deportes, en general, porque ha pillado la dinámica enseguida. Antes de meternos, le he dado cuatro indicaciones básicas. Luego, ha remado con arte hasta colocarse a mi lado. Se ha estado fijando en mí y ha esperado a ver cómo cogía yo un par de olas antes de intentarlo él. A partir de ese instante, no ha necesitado más ayuda.

—¿Nunca te cansas? —me pregunta cuando llega hasta mí.

—Del agua salada, nunca. ¿Y tú? ¿Quieres dejarlo ya?

—Una más.

—Para ser tu primer día no se te ha dado tan mal.

—¿Tan mal? Vamos, Jana. Estoy deseando oírtelo decir. Se me ha dado...

—Normal —lo corto—. No te vengas arriba, Kelly Slater. Has tenido la suerte del principiante.

—Llámalo así. —Su sonrisa de capullo arrogante me pone de los nervios. Vale, igual solo me pone, a secas.

Mientras esperamos a que llegue una serie que me convenza, le explico que aquí, como la playa está orientada a mar abierto, hay buenas olas todo el año. Es decir, de no haberlas aquí, lo más seguro es que no las encuentres en todo el norte de España. En el pico en el que estamos nosotros hay olas principalmente de izquierdas y buenas derechas en bajamar, como es el caso ahora, por eso igual le ha resultado más fácil surfearlas, porque al ponerse de pie en la tabla va de cara a la ola.

Pillo la primera y es tan buena que me permite alargarla hasta la espuma. Él coge la siguiente. Es muy divertido ver cómo su ego se hunde en el agua a la vez que lo hace él. La ola le mete un buen revolcón. Veo cómo emerge y busca la tabla. La sonrisa arrogante ahora es la mía, mientras observo cómo trata de recomponerse desde la orilla. El muy bobo no desiste, será que quiere terminar el baño con un buen recuerdo, así que me bajo la cremallera del traje y me saco las mangas mientras lo espero. Lo intenta un par de veces más, sin éxito, así que me siento a contemplarlo. A la tercera va la vencida.

—Ni una palabra, *casi fea*. —Deja la tabla sobre la arena y se sienta a mi lado. Oigo su respiración todavía trabajosa por el esfuerzo.

—Mi intención no era cebarme contigo, *casi guapo*. Pero...

Sus labios impactan sobre los míos y su lengua entra con prisa para tragarse mis palabras. Sabemos a sal. Puedo confirmar que es uno de mis sabores favoritos, y más si lo degusto sobre su boca. Desde que nos acostáramos el miércoles, estamos intentando arañar minutos para poder estar a solas. Lo malo es que ha sido prácticamente imposible coincidir los dos, sin nadie más. Él, trabajando de noche, yo, de día y, encima, tanto la escuela como el hostel durante el fin de semana han estado hasta los topes. Ha sido de locos. Por eso, había puesto todas mis esperanzas en pasar juntos el día de hoy. Sin embargo, cuando me escapé anoche para estar con él durante su descanso, me informó de que hoy se iría a Santander, porque había quedado con su padre. No voy a engañarte, me vine un poco abajo con la noticia. Así que cuando me ha avisado de que había un cambio de planes y que me pasaba a buscar, me he alegrado un montón.

Cada vez que pienso que solo nos quedan unos días para estar juntos, me pongo triste, no puedo remediarlo. Después de lo que hicimos el miércoles y de lo bien que me siento con él, estar todas las horas del mundo que podamos juntos es lo que más me apetece ahora. Estoy segura de que no voy a olvidarlo nunca. No solo porque fuera mi primera vez, sino porque fue demasiado bonito y especial, al menos para mí. Cuando se lo conté a Iris al día siguiente, ahorrándome algunos detalles, me felicitó por la suerte que había tenido. Según ella, las primeras veces nunca suelen ser tan buenas ni tan placenteras. Gael también le restó importancia al momento en cuestión, aunque para mí sí que la tiene. Definitivamente, ellos pueden decir lo que quieran, pero para mí, la mía fue perfecta, así que sí, me considero afortunada.

No tengo ni idea de por qué Gael, en pocas semanas, ha sabido llegar tan bien a mí, hasta el fondo. Y no lo digo por lo que estás pensando. Ha conseguido traspasar todas las capas que me he ido poniendo con los años en solo unos días. Quizá por su forma de ser, abierta y sincera. Por su labia, que también la tiene. O simplemente porque desde el primer día me consideró un reto y por eso no ha parado de trabajárselo hasta que lo ha conseguido. Me dijo que íbamos a ser amigos cuando yo solo pensaba que era un flipado. Y, ahora, no solo tendría que darle la razón en eso, sino que, de alguna manera, nos hemos convertido en algo más.

—Gracias. No sabes cuánto necesitaba esto. Ahora te entiendo un poco mejor. Ya sé por qué te gusta batallar contra el mar, y más en los días jodidos. —Su voz suena algo menos apagada que cuando fue antes a buscarme a casa. Sus ojos océano se pierden en los míos y yo solo puedo mirarlo.

—¿Estás bien?

—Ahora, mejor. —Se inclina y me da otro beso, esta vez más pausado y más largo—. No sé por qué me sigue jodiendo, pero lo hace.

El padre de Gael llegó a Santander hace dos días con una nueva novia a la que él ni tan siquiera conoce. Me ha contado que no se ven desde hace más de ocho meses. Hoy habían quedado para estar juntos, pero, antes de que él cogiera la moto para irse, su padre lo ha cancelado. Por eso me ha ido a buscar, porque no quería pensar. Como lo he visto de bajón por primera vez desde que lo conozco, se me ha ocurrido que lo mejor era venir aquí para que soltase lo malo en el agua.

—Porque él te importa, eso es inevitable. Sé de lo que hablo. Mi hermano ha tratado de odiar al nuestro millones de veces, todavía hay días en los que se le escapa en voz alta. Sin embargo, sé que, en el fondo, no lo piensa. Mi padre era un enfermo y nunca se curó. Antes de ponerse tan mal, fue un buen padre. Yo apenas tengo recuerdos buenos con él, porque era muy pequeña, y los pocos malos se han ido difuminando con los años, excepto el último, obvio. Leo era más mayor cuando todo empeoró, por eso hay cosas de las que es incapaz de olvidarse.

El sol hace rato que desapareció y a Gael le castañetea los dientes, así que me levanto y le doy la mano para ayudarlo a ponerse de pie y regresar a la escuela.

Cuando pasamos por delante del portal de su casa, vemos salir a Leah.

—¡Hola!

—Ay, hola. No os había visto —nos dice risueña.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunta Gael en un tono bastante borde.

—¿Yo? —Ahora ella suena rara, como a la defensiva. ¿Les habrá pasado algo? Porque Gael no me ha comentado nada, y sé que hablan a diario—. ¿Qué pasa? ¿No puedo venir a verlos?

—Claro, pero creo recordar que anoche te dije que estaría en Santander. Así que como no hayas venido a ver a Bruno... —Gael estudia la cara de su amiga.

—Solo he venido a devolverle la sudadera que me dejó el otro día, ya sabes lo maniático que es con su ropa. ¿Has hecho surf? ¿Tú? —Cambia de tema—. Vaya, Jana, tienes que significar mucho para él, porque no cede a las peticiones de cualquiera —afirma—. Nunca ha querido subirse en una tabla, ni tan siquiera para acompañarme a mí cuando tuve una época en la que me dio por ahí.

Sonríe y miro a Gael, esperando a que se pronuncie, pero solo cabecea.

—Nos vamos, que me estoy quedando frío.

—Bueno, borde mío, no hace falta que te pongas así —comenta su amiga.

—Claro. Miss Simpatía.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha sentado mal el baño?

—No, me han sentado mal otras cosas, Leah. Me parece cojonudo que ayudes y apoyes a Bruno en lo de relacionarse porque te lo pidió Mía, y ya sé que mi opinión os la bufa. Pero, al menos, podíais tener la decencia de contármelo y no excluirme de vuestros planes. Parece que tengáis una secta secreta.

—Vamos, Gael. No te estamos excluyendo de nada. Reconoce que tú has estado muy ocupado. —Leah me guiña un ojo, sin maldad.

—Gael, si quieres voy tirando y te espero en la escuela —me atrevo a decir, porque está claro que tienen que hablar, a solas.

—No, me piro ya. —Empieza a caminar solo con la tabla debajo del brazo, dejándome con su amiga.

—No tiene un buen día. —Me encojo de hombros, disculpando su estampida—. Su padre le ha llamado para decirle que hoy tampoco podía verlo.

—Mierda. Se me ha olvidado que había quedado con él. Siempre le hace lo mismo. Carlo es bastante imbécil, pero no le digas que te lo he dicho. Intentaré llamarle esta noche, a ver si está más calmado.

—Vale. —Me despido y empiezo a caminar, a ver si lo alcanzo.

—Jana —me llama Leah—. No mentía antes, eres especial para él, solo hay que fijarse en cómo te mira.

—¿Tú crees?

—Sí. Estoy segura, así que cuídalo.

Acelero el paso con una sonrisa tonta en la cara. Leah es su mejor amiga y sé que pocas personas le conocen tan bien como ella o como Bruno, así que me creo sus palabras. Nadie me había importado nunca de esta manera. Por supuesto, lo cuidaré. Lo alcanzo en la entrada y atravesamos el jardín en silencio, no quiero agobiarle más. Limpiamos las tablas y las dejamos recogidas. Leo está colgando los trajes en los percheros y haciendo recuento del material para dejarlo listo para mañana.

—¿Qué tal? —le pregunta mi hermano—. ¿Quieres rellenar la encuesta de evaluación de la monitora ahora? ¿O esperas a la próxima clase?

Gael sonríe, por fin, y antes de que abra la boca para decir que soy la peor monitora del Cantábrico, me abalanzo sobre él y le doy un beso bastante provocador. Se queda haciendo la estatua, porque estamos delante de mi hermano y de Hugo, que carraspea justo detrás de nosotros.

—Pero vamos a ver, peque. ¿Cuándo has dejado de jugar con las *barbies* para besuquearte con Ken? —me pica Leo.

—No me jodas, ¿Ken? —se queja Gael por la comparación, y se aleja de mí como si tuviera una enfermedad contagiosa—. A ver, no ha estado mal, pero no sé si repetiré. —Me guiña un ojo.

—Entonces, eso significa que no te ha entrado el bicho todavía. Una pena —se mofa Hugo.

—Pues lo siento, hermanita, claramente este tío no es para ti —añade Leo.

Gael se queda algo descolocado, normal. Mi hermano y Hugo pueden pasar de ser encantadores a ser unos auténticos cretinos. Vacilar es lo suyo. Además, si yo estoy en medio de la conversación, su vena protectora sale con demasiada frecuencia a relucir, aunque no lo pretendan.

—¿Habéis terminado de tocarnos las narices ya? —me quejo—. Vamos, coge tu mochila y nos duchamos arriba.

—¿Arriba? —me pregunta extrañado Gael.

—Pero por turnos, ¿eh? —suelta Leo y Hugo asiente. Fenomenal, ahora que están de buenas otra vez, hacen piña.

—Adiós.

—Adiós, tíos —se despide Gael—. Y, para que conste, únicamente no soy para ella, como has dicho, porque os la lleváis a la otra parte del mundo. Lo del surf me ha parecido un puto juego de niños.

La carcajada de mi hermano retumba en las paredes de madera mientras que la mandíbula de Hugo roza el suelo. Vaya, puede que a mí también me haya dejado un poquito en *shock*.

—Gael se queda a cenar, chicos. Luego venís a por más, si eso —los pico.

—¡Estás loca! ¿Cómo me voy a sentar con ellos en la misma mesa? Después de cómo me la he sacado ahí.

Niego con la cabeza y sonrío.

Cuando atravesamos la cocina, le decimos a Marga que luego bajamos a echarle una mano con la cena, y subimos las escaleras. Le doy la mano y lo llevo directamente al baño. Cierro la puerta y pongo el pestillo.

—Entonces, ¿era mentira lo que les has dicho? —Acorto la distancia que nos separa y pego mis manos a su pecho, le acaricio y me muerdo el labio mientras pienso en las ganas que tengo de volver a verlo desnudo.

—Jana... ¿Qué se supone que estás haciendo?

—No me has contestado. ¿Es verdad que, si no me fuera, tú y yo...? —Ahora llevo mis manos a su cintura y le quito la toalla que traía anudada. Después le clavo los dedos en el trasero y me pego a él como una lapa.

—Tú y yo nos estamos quedando sin tiempo, Jana. —Sus manos se posan en mi cara y acaricia mis mejillas hasta que bordea el contorno de mis labios con su pulgar. Un pinchazo por debajo de mi ombligo me obliga a hacer presión juntando mis muslos—. Y, ahora mismo, no tienes ni idea de cuánto me jode. Es la primera vez en mi vida que daría marcha atrás a las agujas del reloj para que volviera a empezar julio. Así que, créeme, todo lo que les he dicho es verdad.

—A mí también me gustaría que fuera julio y repetir cada paso, excepto el atropello de Tubo.

—Me llamarías idiota otra vez con esa cara de mala hostia...

—Y tú me comerías la boca con los ojos, como si fuera superapetecible.

—Sigues siendo superapetecible, Jana. —Pasea su lengua por mis labios, despacio, y mis pezones se ponen tan duros que puedo perforar la tela del bikini. Noto que no soy la única a la que se le pone algo duro—. Pero, ahora, sal para que pueda cambiarme.

—No quiero salir, Gael. —Así, sinceridad a tope.

—Jana, por favor —suplica, y mis manos se cuelan por la cinturilla de su bañador para bajárselo—. Me gustaría conservar mis pelotas cuando baje a cenar, y si tu hermano o Hugo suben y nos pillan aquí, terminaré sin ellas. No vamos a tentar a la suerte.

Le agarro la polla con la mano derecha y hago una ligera presión.

—Jana... —gime cuando juego con su punta—. No me puedo creer que esté diciéndote que no.

—Vamos, Gael. Quiero volver a hacerlo. Acabas de decir que nos quedamos sin tiempo, pues tendremos que aprovechar lo que nos queda.

Me pongo de rodillas delante de él y termino de quitarle el bañador. Sujeto su erección de nuevo y me la meto en la boca, hasta el fondo. No tengo ni idea de cómo voy a comérsela, pero supongo que no será tan difícil.

—Me cago en la puta, Jana. Vas a matarme.

—¿Quieres que pare? —Le miro a través de mis pestañas. Ha echado la cabeza hacia atrás y se ha metido un puño en la boca. Está muy guapo conteniéndose.

—Mi cabeza sí, mi rabo no —afirma, y jadea cuando le chupo la punta como si fuera un helado. Me gusta, también sabe a sal—. Aunque, aquí, lo único que importa es lo que quieras tú, Jana.

—Ahora, comértela. Luego, ya veremos.

—Hostias, Jana. Dime cómo cojones puedo detener el tiempo. —Se muerde el labio con saña y sisea un *pray for Gael* que me hace reír cuando lo engullo de nuevo.

Debo de estar haciéndolo bien, porque enreda sus dedos en los mechones mojados de mi pelo, pero no me guía, ni me presiona, solo acompaña mis movimientos. Me encanta verlo así de excitado. Me encanta ser la causante. Y me encanta que mi cuerpo disfrute igual que si él me estuviera tocando a mí.

Ay, Gael. Ojalá yo supiera cómo detener el tiempo.

27

Mi familia

Gael

Meto la moto en el *loft* y aviso a Teo para que baje. Parece ser que nuestro padre tiene un hueco hoy en su apretadísima agenda y por fin vamos a verle. Como hemos quedado cerca de aquí, iremos dando un paseo.

—Hola, tato —saludo a mi hermano.

—Hola. Sabes que tengo entre cero ganas y ninguna de verlo, ¿verdad? —me confiesa Teo, y asiento.

La realidad es que él está mucho más distanciado de mi padre que yo. Y no lo culpo. Nuestro progenitor nunca ha puesto nada de su parte para entender la personalidad más sensible de mi hermano y Teo hace tiempo que se cansó de tener que justificarse.

En cinco minutos llegamos a la cafetería donde hemos quedado y encontramos una mesa libre en la terraza. Mientras el camarero viene a tomarnos nota, aprovecho para mirar un segundo el móvil, no vaya a ser que me haya mandado un mensaje para cancelarlo, y ya sería la tercera vez.

—¿Es papá? —me pregunta Teo impaciente—. Llega tarde. Recuerda que tienes que recoger a Sofía luego, y a mí me está esperando Berta. No pienso cambiar mis planes por él.

Mi hermano tiene razón. Yo también espero que no se retrase mucho. Dentro de un rato también llegará Jana en la lancha; he quedado con ella aquí para dar un paseo y pasar la tarde juntos con mi hermana.

—No, son estos. Leah, Silvia y Neco se suben al pueblo de Asier. Son las fiestas este fin de semana y tienen el chat en llamas.

—Mola el plan.

—Lo sé, pero Bruno y yo curramos, así que me dan ganas de silenciarlos, o nos volverán locos.

Lo que digo es una tontería, porque con Leah tengo tropecientos chats más y me bombardearía igual. Además, se pone muy cansina si no le respondo. Después de que nos cruzáramos el domingo, me estuvo llamando hasta que le respondí cerca de medianoche. Al final, solo quería saber cómo me sentía por lo de mi padre y todo eso. La conversación se centró en mí y en mis últimos días con Jana, así que se desvió de ella y de mi colega. No sé, está resultando un verano bastante atípico para los tres.

—Cualquier fiesta con Asier promete.

—¿Y tú cómo lo sabes? Nunca has salido con él.

—El primo de Berta nos invitó a una fiesta antes de terminar las clases. Estuvimos con Asier y otra gente. ¿No te lo contó?

—No que yo recuerde. —Me guardo la información para preguntarle a mi amigo. Cuando Asier sale con *otra gente* es cuando queda con conocidos suyos gays, que van a fiestas principalmente para ligar. No suele invitarnos, porque dice que somos demasiado *heteros* para

ese ambiente. Estoy a punto de preguntarle a mi hermano dónde coincidieron cuando veo venir a mi padre de la mano de una chica.

—No podía venir solo... —masculla Teo, y yo bufo.

No nos ve desde hace meses y tiene que venir con ella. Si no le dobla la edad, le falta muy poco.

—Hay cosas que no cambian.

—Hola, tíos. ¿Qué tal estáis? Dadme un abrazo.

¿Tíos? Vale, ahora le toca comportarse como un colega más, me conozco de sobra este numerito.

—¡Papá! —exclamamos Teo y yo, dejando claro nuestro parentesco.

—Coño, estáis enormes. ¿Vais a seguir creciendo? Esta es Leticia, mi novia. Estos son Gael y Teo, mis chicos.

Ella nos da dos besos y con la misma se despide. Nos dice que se va de compras para dejarnos a solas. Un punto para ella. El fallo es que, antes de irse, se dan un beso con restregón incluido. Mi padre le estruja el culo y le dice algo al oído antes de morderle el cuello. Fantástico. Es lo que hay. No sé qué esperaba. Nos sentamos de nuevo y él se pide un *gin-tonic* mientras nos cuenta lo contento que está por vernos después de tanto tiempo.

—Tengo muchísimo trabajo. Allí hay mucha pasta, chicos. Ahora he dejado Sevilla y estoy en Marbella. Tengo muy buenos clientes y no escatiman a la hora de invertir en buenos proyectos. No puedo quejarme. Y vosotros, ¿qué tal el verano? Ya sé que los estudios bien. ¿Y las nenas? ¿Qué? Estaréis dándolo todo, ¿no? Si yo pillara vuestros años de nuevo, no me hubiera amarrado a vuestra madre ni de coña.

—Genial —sisea Teo—. En ese caso, Gael y yo no estaríamos ahora sentados aquí. Lo habías pensado, ¿no?

—A ver, solo estoy siendo sincero. Éramos muy jóvenes para condenarnos así. Espero que vosotros no cometáis el mismo error que cometí yo.

—¿El de enrollarte con tu ayudante estando casado y que te pillara tu mujer? —Lo siento. Me sale del alma.

Hasta Teo, que es el más calmado de los dos, me mira incrédulo por el arrebato. Normalmente suelo ser yo el que evita los temas delicados cuando estamos los tres. Lo que pasa es que ya no somos unos críos, no tenemos que callarnos, y hace mucho tiempo que tengo calado a mi padre.

Cuando vivimos él y yo solos, y su novia lo dejó, entró en bucle. Salía todas las noches con mi tío de copas y cada vez pasaba menos tiempo conmigo. No iba a verme a los partidos, no se preocupaba de mis necesidades, ni de cómo iba en los estudios. Para más coña, traía a casa cada noche a una mujer distinta, sin importarle que yo los viera o los oyera. Como ese rollo no le llenaba del todo, empezó a comerme la cabeza con mi madre y con Axel. Me manipuló y me envenenó, haciéndome creer que, si Axel no estuviera en su vida, podríamos ser de nuevo una familia unida. Yo me lo creí. Apenas tenía catorce años por entonces, y lo único que me importaba en el mundo era volver a estar juntos los cuatro. Así que pensé que quería arreglarlo. En el fondo, aquello solo fue palabrería, porque en ningún momento demostró con hechos que quería recuperarnos. Para colmo, jamás reconoció que la había cagado poniéndole los cuernos a mi madre, ni mostró ningún arrepentimiento.

—Eso no fue un error, Gael. Eso fue la vida, que te pone un caramelito delante y tienes que comértelo. Ya me darás la razón en unos años.

Por favor, suena tan patético. Es como si todo lo que sintió por mi madre hubiera sido mentira. Teo resopla a mi lado y se remueve en la silla.

—Eso suena muy patético hasta para ti —afirma Teo.

—Me lo has quitado de la boca. Y, por cierto, frotarte con tu novia marcando territorio en mitad de la calle también es bastante ridículo —añado.

—Claro, pero que tu madre se echara un novio más joven en una isla, se quedara preñada con casi cuarenta, y encima tuviera una hija, no, ¿verdad? Eso es lo más normal del mundo. Ja, ja, ja. —Sonríe con desdén.

—¿En serio, papá? ¿Vas a seguir con la misma cantinela toda la vida? Porque deberías haberlo superado ya —argumento.

—Déjalo, Gael. No ves que sigue siendo el mismo narcisista de siempre —apunta Teo mientras mi padre sigue sonriendo.

Como he dicho antes, me costó un tiempo darme cuenta de que él ya no quería a mi madre y, lo más importante, que no tenía ningún interés real en recuperarla. Lo único que sucedía es que él no soportaba que ella hubiera encontrado a alguien con quien volver a formar una familia. Cuando me di cuenta de que estar a su lado me hacía más mal que bien, le pedí que me dejara irme a estudiar a Dublín un curso, y accedió. Después de eso, mi madre recuperó mi custodia y él se cambió de ciudad. Estuve jodido, porque, en el fondo, yo echaba mucho en falta a mi padre; al que había sido conmigo antes de romperlo todo, claro. Y supongo que lo sigo haciendo, porque ese padre que tuve nunca volvió.

Con los años, también he sido consciente de lo mal que me porté con mi madre cuando todo se desmoronó. Fui un egoísta y estaba convencido de que ella era la única culpable. Mi padre era mi ejemplo a seguir y jamás cuestioné nada de lo que hizo. Cuando mi madre nos presentó a Axel, todavía me porté peor. Él jamás estuvo en mi contra, todo lo contrario, siempre me tendió una mano, aunque yo no quisiera cogérsela. Necesité algunos años para darme cuenta de cómo era todo en realidad. A mi madre la juzgué desde el principio, algo que nunca hice con mi padre. Supongo que me pilló en una edad muy mala y vulnerable, aunque tampoco debería ser una excusa; Teo era más pequeño que yo y lo llevó mucho mejor. Los años que he vivido con Axel y con mi madre me han servido para abrir los ojos, para saber lo que se puede esperar de una relación sincera, aun con sus enormes diferencias. Con ellos he descubierto que puede existir ese amor del bueno, del que tanto habla el pesado de Axel, que ellos siempre mantienen vivo a base de exprimir momentos. Aunque yo, a veces, siga creyendo en mi teoría de que, realmente, muy pocas relaciones funcionan.

—No digáis chorradas —espeta nuestro progenitor—. Yo solo digo que hago con mi vida lo que quiero, igual que ella.

—Perfecto, si tú eres feliz, adelante. Lo que pasa es que no parece que lo seas cuando no dejas de compararte con mamá —afirma Teo.

—Venga, no os enfadéis. Solo ha sido una apreciación —se defiende él.

—Ya. Pues cuando nos volvamos a ver el año que viene —la pulla me sale sola—, ahórratela. Que no se te olvide que Sofía es nuestra hermana y Axel es su padre, por lo tanto, se ha convertido en nuestra familia, también.

—Me lo anoto, pero soy mayor, igual me falla la memoria —bromea, pero a Teo y a mí no nos hace ni puñetera gracia.

Le da un último trago a su copa y yo mismo pido la cuenta.

—Tengo que irme, Berta me está esperando. —Teo mira el reloj y se levanta.

—Y a mí, Jana. Estará a punto de llegar.

—Berta sé quién es, pero ¿y Jana? ¿Un nuevo rollito?

—Una amiga. —Controlo el tono, es una tontería terminar mosqueados.

—Una amiga muy especial. Hoy va a llevarla a cenar a casa. —Teo se va de la lengua y mi padre sonríe orgulloso.

—¿Y a mí no me la presentas? Aprovecha, ya que estoy aquí.

—Tengo que recoger a Sofía en la asesoría, le hemos prometido llevarla a comer un helado. Si vas a estar por el centro, podemos vernos luego.

No hace falta que me conteste, porque, en cuanto he pronunciado el nombre de mi hermana, he visto su reacción. La pelota está en su tejado.

—No va a poder ser. —Acerté—. Leticia quiere que la acompañe a no sé qué tienda, luego.

—Pues nada, entonces. Llámanos si tienes otro hueco antes de irte, para despedirnos —digo con toda la ironía del mundo.

Nos abraza de nuevo y nos alejamos de él.

Teo se va a toda prisa y yo cruzo para ir hasta el embarcadero. Llego justo cuando Jana sale de la lancha. Sonríe al verla. Está muy guapa. El pelo suelto y la piel todavía más morena que ayer. Lleva puesto un *short* vaquero negro, algo deshilachado, y una camiseta de rayas, crudas y negras. En los pies, sus Vans.

—Hola, ¿estás bien? —me pregunta alertada al ver mi cara.

Trato de disimular la incomodidad de la media hora anterior, porque, en vez de estar contento por haber compartido un rato con mi padre, después de tantos meses, estoy desilusionado de nuevo. Es incapaz de pasar página y avanzar.

—Ahora mucho mejor. —Mi mirada se concentra en esa pedazo de boca que pienso comerme. Ella sonríe y se pone de puntillas. El beso es interminable.

Subimos a la azotea del Centro Botín y nos hacemos una foto con Somo de fondo, porque Jana quiere llevársela de recuerdo. Después, vamos cogidos de la mano hasta la asesoría, que está a unos metros de aquí, con el mar a nuestra izquierda. Cuando llegamos, Sofía está esperándonos en la entrada con Julia.

—Hola, chicos —nos saluda la mejor amiga de mi madre, y aprovecho para presentarle a Jana—. Encantada. Vaya pareja de guapos que hacéis, ¿no? Sois de portada de revista.

Jana sonríe tímidamente y yo pongo los ojos en blanco. Julia carece de filtro, y miedo me da lo que pueda decirle. Por suerte, parece que se controla.

—¿Y mi madre? He tardado un poco porque había quedado con...

—Lo sé. No me digas más. —Julia no puede ver a mi padre, se nota, ¿no?—. Tu madre se acaba de ir, me ha dicho que os ve luego en casa. Esta pecosa me estaba poniendo la cabeza como un bombo porque no llegabais, así que sacadla de aquí, por favor.

—Venga, enana. Vámonos.

—Hola, Jana Banana. ¿De qué vas a comer tú el helado? —Genial, mi hermana me ignora.

—Hola, Sofía. —Jana se carcajea—. Pues a mí me encanta el de nata. ¿Crees que tendrán?

—Claro —entona demasiado repipi—. Tienen de tooodos los sabores. Yo lo quiero de chocolate y Oreo. —Menuda bomba—. Venga, que me ha dicho mi papi que Gael nos invita. —Se agarra a su mano y la arrastra hacia la puerta.

—Gracias por dejarme acompañaros, chicas —me quejo y me hago el ofendido mientras nos despedimos de Julia.

El paseo con ellas es muy divertido; ver a Jana reírse todo el rato con las tonterías de mi hermana y contestar a sus decenas de preguntas absurdas me gusta. Además, mientras las observo interactuar, consiguen que me olvide de la conversación con mi padre.

—¿Seguro que estás bien? ¿Por qué me miras así?

—Porque quiero, Jana. ¿Todavía no te has dado cuenta de que me tienes loco? —Me inclino para darle un beso ante la atenta mirada de mi hermana, que arruga la nariz.

—Gael, tu hermana —susurra Jana en mis labios. Le doy un pequeño mordisco antes de separarme de su boca.

—Quiero ir al tiiovivo de los Jardines de Pereda —nos interrumpe Sofía—. No os beséis más.

—Ni un beso más, prometido —le dice Jana, y junta sus manos. Arqueo las cejas, sorprendido por esa afirmación.

—No lo habrás dicho en serio, ¿verdad? —protesto, pero Jana me ignora y solo le presta atención a la enana, que cruza el paso de cebra de su mano.

Estamos un rato en el parque infantil y, después, mi hermana quiere subir en el tiiovivo. Me mareo en estos trastos, sí, no puedo evitarlo. Y ella es demasiado pequeña para subirse sola, así que intento disuadirla.

—Sofía, ¿no prefieres ir primero a comer el helado?

—No, quiero subirme ahora.

—¿Qué pasa? No me digas que eres de los que se marean en las atracciones...

—¿Lo has leído en mi frente?

—Más o menos. Es que te estás poniendo amarillo —se carcajea Jana y ella misma se va con Sofía para comprar el *ticket* y subir juntas.

Les hago un par de fotos y las mando al grupo de la familia. Ellas no dejan de saludarme y reírse en cada vuelta.

—Gracias, Jana Banana. Te debo una.

—No me des las gracias. Ha sido muy divertido.

Cogemos los helados en la Vacanze Romane, en el paseo de Pereda. Chocolate y Oreo para mi hermana. Nata para Jana y el sabor del mes para mí, que lleva mascarpone. Después, volvemos a cruzar para ir pegados al agua y contemplar la bahía más bonita del mundo, la nuestra. Caminamos hasta la duna de Gamazo y nos sentamos a descansar en la grada. Jana le cuenta a Sofía curiosidades de la luna y las mareas mientras se toca el colgante, en un gesto que hace consciente o inconscientemente desde que se lo puse en el cuello, y que a mí me pone *tontotierno*. Mi hermana escucha embobada toda la explicación, y yo también, para qué negarlo. Se nota que es un tema que le apasiona. Jana podría pasarse horas y horas hablando del mar. Mi hermana tiene la cara llena de restos de helado, las manos pegajosas, y un buen manchurrón en el vestido blanco. Perfecto, está hecha un cromo. Así que, cuando empieza a caer el sol, decidimos irnos a casa para ducharla antes de que lleguen sus padres. Por el camino, pongo a Jana en antecedentes de lo que se puede encontrar durante la cena. Mi madre, la controladora. Teo, el

tocapelotas. Sofía, la niña de los cuentos de Disney. Y Axel, el del puto efecto hipnotizador con las chicas. Jana sonríe y me llama exagerado.

Entramos por la puerta del *loft* y, una vez más, la enana toma la iniciativa y le enseña todo, sin ahorrarse explicaciones.

—Ahí está el baño y esa es la cama de Gael.

—Ajá. —Jana busca mi mirada y, cuando la encuentra, nos tenemos que contener para no reírnos.

Eres mala, Jana, muy mala. Si no estuviera aquí Sofía...

—Aquí también duermen chicas.

—¡Sofía! —protesto; pero si eso ya se lo contó.

—¿Chicas? ¿Varias? —Jana se hace la sorprendida, esperando a ver cómo salgo de este charco en el que no me he metido.

—Yo vi una, un día. Desnuda.

—Así que una... —masculla Jana.

De lujo. ¿Qué se había imaginado? ¿Que las traía a pares?

—Vestida te voy a meter yo a ti en la bañera. ¡Vamos! Al agua. —La cargo sobre mi hombro, a riesgo de que me pote el helado, si es que ha llegado a comer algo, y abro la puerta para pasar al piso.

—¡Gael, con ropa no! —protesta ella.

—Hola, chicos. Acabo de llegar, no sabía que ya estabais aquí. —Axel está sentado en el salón con un montón de papeles encima de sus piernas. Cuando me ve cargar con ella como un saco de patatas, recoge sus cosas y se acerca a quitármela.

—Hola. Esta es Jana. —Me giro porque no sabía si estaba detrás de nosotros, y se la presento—. Y esta enana necesita un baño. Largo.

Axel le da dos besos a Jana y nos confirma que él se encarga del baño de Sofía. Nos pide que pongamos la mesa, mientras tanto. Oímos a mi hermana cantar desde el baño la canción de *Coco* y a su padre hacerle los coros mientras colocamos el mantel.

—¿Preparada?

—Claro. Además, Axel parece un tío súper...

—No termines esa frase, por favor.

Jana se parte de risa, pero, en vez de cambiar de tema, me dice que mi madre tiene muy buen gusto; sé que se refiere a Axel, pero no pienso entrar al trapo, bastante tengo con aguantarle la cantinela sobre lo bueno que está mi padrastro a Leah.

Cuando Sofía sale del baño, ya con el camisón puesto, llegan Teo y mi madre. Más presentaciones antes de sentarnos a cenar.

—Encantada, Jana. Me alegro de que estés aquí. No sé si lo sabes, pero es la primera vez que Gael trae a una chica a cenar, sin contar a Leah, claro —anuncia mi madre.

—Encantada. —Jana le devuelve el saludo.

—Mamá... No la agobies, por favor. Deja que nos sentemos a cenar, por lo menos.

—Oh, ¡qué bonito! Tato está enamorado. Axel, trae tu cámara, esto hay que inmortalizarlo.

Colleja voladora para mi hermano, que ahora sí que está sentado a mi derecha. Jana, a mi izquierda, se parte de risa de nuevo. Me parece increíble verla así de feliz.

—Son novios. Se han estado besando *to el rato, to el rato* —interviene Sofía.

—Joder, enana.

—Los tacos, Gael —me riñe mi madre—. Venga, acompáñame a la cocina para traer la cena.

—Voy... —Le guiño un ojo a Jana y Axel me pilla, cojonudo. Él empieza a sisear palabras cursis y a partirse el culo. Me levanto y le fulmino con la mirada antes de seguir a mi madre.

—Perdona. —Se lleva una mano al pecho, teatrero—. Estoy en *shock*.

—Capullo...

—¡Gael!

Entro en la cocina detrás de mi madre y espero a que me dé los platos con los entrantes.

—Es muy guapa. Me gusta mucho cómo la miras, Gael. Además, tiene una sonrisa bonita y sincera. —Cabeceo, porque menudo escrutinio—. Pero ¿y tu sonrisa? Todavía no la he visto desde que he llegado. No la verdadera.

—Mamá, sé por dónde vas, pero no es el momento —me quejo—. No quiero hablar.

—Gael, soy tu madre. Te conozco y sé que te duele la distancia, y no solo la física. Siempre te empeñas en hacerte el duro, el impenetrable. Todo lo que te molesta te lo quedas dentro, y eso es un error, no tendrías que hacerlo. Además, Teo me ha puesto al día.

Echa un puñado de nueces a la fuente del queso y me la tiende.

—Pues entonces, ya lo sabes. Solo estoy cansado de que siempre sea lo mismo. Él no va a cambiar.

—Lo siento, cariño. A mí también me gustaría que las cosas fueran de otra manera.

—Y a mí. Pero no lo son. —Cambio el peso de lado y resoplo—. Están esperándonos, y no quiero dejar a Jana sola.

—Vale. Pero solo quiero que sepas que estoy aquí para ti. Siempre lo he estado.

—Ya lo sé, mamá. Y eso también me jode un huevo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he sido tan idiota contigo...

—Eh... —Lleva sus manos hasta mis mejillas y se acerca a darme un beso sonoro, manteniendo sus labios pegados a mi piel durante unos segundos—. Eras un crío, Gael, y siempre has tenido mucho carácter. No todos asimilamos los cambios de la misma manera. No pienses en el pasado. A mí lo único que me importa es que seas feliz ahora. Y que nosotros seguimos siendo una familia.

—Te quiero, mamá. Aunque nunca te lo diga.

—Yo también te quiero a ti, cariño. ¿Y a ella? ¿La quieres ya?

—¿En serio, mamá? —me quejo.

¿La quiero? Pues, para ser sincero, creo que sí. A ver, me refiero a que lo hago de manera distinta a como puedo querer a mis amigos. Es otro tipo de sentimiento, uno nuevo para mí. Pero no pienso decírolo, y menos a mi madre, porque tampoco sabría cómo definírselo.

—Venga, que el pescado está a punto y no habéis sacado ni los entrantes —nos interrumpe Axel entrando en la cocina. Me viene genial para salir pitando y terminar con la charla.

Cuando nos sentamos, sigo siendo el blanco de sus troleos, sobre todo de los de Teo, que hoy está crecido.

—Te voy a dar otra colleja —lo amenazo.

—Dejad a Gael, no veis que lo está pasando francamente mal. —Axel intercede por mí.

—Me encanta que lo defiendas, vecino —declara mi madre y se pega a él para besarle. Con lengua. Teo, Sofía y yo no nos inmutamos, porque ya los conocemos, sin embargo, Jana termina de fliparlo. Sí, esa es la electricidad de la que no dejan de hacer alarde. Axel me mira y me devuelve el guiño cuando se separan—. Pero déjanos meternos un poco con él, es tan inesperado y nuevo para esta familia que haya traído a alguien...

—Y alguien normal, mamá, que no se te olvide ese detalle. No te ofendas, Jana, es que a él le suelen ir las guapas y lerdas —apunta Teo—. Vamos, tato. Reconócelo.

—Qué cansinos —me quejo—. Está bien. No hace falta que sigáis humillándome, familia. Es más que evidente que Jana me gusta. ¿Queréis que lo diga en alto para que descanséis? Pues venga, allá voy. Jana me gusta la hostia. Perdón por el taco, enana. Ahora, ¿podemos cenar ya?

—¡A cenar! —chilla Sofía.

Los cinco segundos de silencio que vienen después de mi confesión me parecen una puta hora. Jana se gira para mirarme a los ojos y me pierdo en el tono brillante de los suyos. Estrecho su mano debajo de la mía, contra su muslo. Ahora se concentra en mi boca. Uno. Uno. Dos. Dos. Tres. Tres. Mis labios se acercan a los suyos, me da igual que estemos sentados en la mesa, rodeados de todos, porque, en este instante, en mi cabeza solo estamos ella y yo. Nos damos un beso suave y noto cómo se nos eriza la piel, a ambos. Nos va a costar un mundo separarnos. Es una pena que nos estemos quedando sin tiempo.

Por fin, mi familia se apiada de nosotros, y cenamos mientras hablamos de todo y de nada. De los sueños que teníamos de críos, del viaje de Jana, de surf, de mi trabajo en La Luna y de los días de verano y su energía. Las risas de Sofía, las pullas de Teo y de Jana contra mi persona, que no han cesado, aunque son más suaves que antes, y las miradas entre Axel y mi madre, a ratos incendiarias y a ratos orgullosas, me arropan. Porque, no voy a mentir, después de confesar delante de todos que me he pillado hasta las trancas por Jana, me he sentido un poco desnudo. Menos mal que ellos están aquí, para lo bueno y para lo malo. En eso consiste ser una familia, ¿no?

Mi familia.

Echarme de menos

JANA

Me quedo con cara de tonta viendo cómo Gael abraza a su madre. Debe de ser muy obvio, porque Teo se coloca a mi lado y pasa su brazo por encima de mi hombro, con total confianza, antes de achucharme.

—Nunca lo había visto tan moñas. No se lo digas, pero me encanta verlo así de blandito. ¿Es cosa tuya? —me pregunta.

—No creo. —Niego con la cabeza y sonrío—. Él y yo solo somos...

—¿Perfectos? —me vacila—. Al menos desde fuera lo parecéis. Te prometo que nunca había visto a mi hermano tan relajado y feliz. Es una pena que tengas que marcharte.

—¿Nos vamos? —Gael me corta antes de que pueda responder a Teo.

—Cuando quieras.

Su madre y Axel se acercan a darme dos besos y me desean suerte en mi nueva aventura, una vez más.

—Un placer, Jana.

—Igualmente. La cena estaba buenísima. Muchas gracias —les digo.

—Gracias a ti por venir. Y tened cuidado con la moto —apunta Lía—. No corras, por favor.

Gael y yo le damos un beso a Sofía, que se ha quedado dormida en el sofá porque no quería meterse en la cama hasta que nos fuéramos, y pasamos al *loft*.

—¿Ha sido muy horrible? —me pregunta, y hace una mueca muy mona de sufrimiento.

—¿La cena? Qué va, me ha encantado. Teo y tu hermana ya me caían genial. Son adorables. Y Axel y tu madre son la caña. Son una pareja de guapos, también. —Hago alusión a las palabras de la amiga de Lía y Gael se ríe—. Me gusta tu familia. Ojalá yo...

—Lo siento, Jana. No quiero que te pongas triste. —Pega su boca a mis labios y empieza a besarme despacio—. Pensarás que soy un idiota por quejarme de ellos.

—Es normal. Yo también me quejo de Leo y de Hugo, a veces. Marga es tan buena que es imposible enfadarse con ella. Pero tienes mucha suerte, se nota que os quieren mucho, e incluyo a Axel en eso. Ya sabes que soy de las que piensa que los vínculos no solo los da la sangre. Son geniales, te lo digo de verdad.

—Son muy intensos. A veces me agobio un poco, porque mi forma de ser es diferente a la suya. Sé la suerte que tengo con ellos, con este sitio y con la vida que tengo en general. Pero he tragado mucha mierda, Jana. Yo no soy como mi hermano. Yo me guardo las cosas y me las como solo. Las acumulo dentro hasta que reviento, porque nunca me ha gustado mostrar a los demás cómo realmente me siento.

—¿Lo dices por lo de tu padre?

—Sí, por todo lo que pasé cuando se separaron. Por cómo me comporté y por lo que perdí. Es evidente que nada volverá a ser como antes, pero me ha costado un poco entenderlo.

—Sé lo que quieres decir. A mí también me costó hacerme a la idea de que todo había cambiado. Al principio, tuve ayuda psicológica y me sirvió mucho. Luego, quise mirar hacia delante por mí misma, por eso me centré en perseguir mis sueños y en librar mis propias batallas.

—Te tengo algo de envidia, ya te lo dije. Tú eres como Teo. Los dos tenéis las cosas muy claras. Os fijáis unas metas y vais a por ellas. Yo jamás he tenido nada en mente; ni la carrera que iba a estudiar, ni dónde me veo en un futuro, ni tan siquiera un sueño por el que ilusionarme. Siempre he escogido el camino más sencillo, uno que no me alejara de mi zona segura, sin demasiadas complicaciones, que me permitiera ser feliz y punto. No te voy a decir que soy un tío infeliz, porque te mentiría. Sin embargo, los últimos días, no dejo de preguntarme si no me vendría bien estar un tiempo solo y buscar en mi interior algo que me motive, aunque me acojona pensar que, aun así, quizá no encuentre nada, porque no lo hay. Puede que simplemente sea así. Fácil.

—Lo más probable es que exista algo. Solo tienes que escucharte y buscarlo, Gael. Hay personas que escuchamos a gritos nuestros sueños desde pequeños. Y otras, como tú, solo oyen pequeños murmullos, que ni tan siquiera identifican. Por eso tienes que prestar mucha más atención. Y tampoco deberías agobiarte, puede que lleguen más tarde o que no lleguen, pero no por eso vas a ser menos feliz. Tú mismo lo has dicho.

—Gracias, Jana. Por escucharme, por dejarme compartir horas contigo y por regalarme este verano.

—Gracias a ti, Gael, me has ayudado mucho, me has abierto un mundo lleno de posibilidades. —Elevó las cejas repetidas veces para vacilarlo—. Me has abierto...

—Vale, lo capto, cabrona. —Se muerde la mejilla por dentro para no reírse—. Eres consciente de que no necesitaba oír eso, ¿verdad?

No quiero pensar en cómo nos vamos a despedir, es obvio que ninguno de los dos tiene ganas de ponerle fin a esto que tenemos, que tampoco tiene nombre. Por eso no tocamos el tema, ni tan siquiera mencionamos si seguiremos en contacto después de que me vaya.

—No, en serio. Gracias por todo, menos por pillar a Tubo.

—Sabes que, si no hubiera pillado a Tubo, tú y yo...

—Lo sé, el pobre fue el daño colateral.

Los dos sonreímos, dejando atrás la intensidad de la conversación anterior. Es la primera vez desde que lo conozco que lo he visto así de vulnerable. No sé si habrá sido por ese encuentro con su padre o por haberme invitado a cenar con su familia. Lo único que sé es que hoy se ha abierto mucho más a mí, y me ha dejado conocer una parte de él que no suele enseñar a nadie.

Gael me abraza y pega su oreja a mi oído para susurrarme:

—¿Te apetece que nos quedemos aquí un rato?

—¿En el sofá? —Lo señalo con la cabeza. Es rojo y perfecto para este lugar. No me extraña que esté encantado de tener este sitio para él—. Es que tu cama me da un poco de grima, ahora mismo.

—¿Grima, eh? —Lleva sus manos a mis caderas—. Voy a tener que cerrarle esa boquita de piñón a mi hermana. —Ahora las cuela por debajo de mi camiseta y se quedan ancladas en mis costillas. Me encanta la presión que ejerce con sus dedos sujetándome, como si no quisiera soltarme nunca—. Además, no sé por qué lo ha dicho, hace meses que nadie se mete ahí.

—Me gusta ese dato. —Me muerdo el labio cuando su mano derecha se desliza hasta posarse sobre mi pecho, por encima del sujetador. Juega con el borde de la tela y me fallan las rodillas. Me estoy poniendo malísima, y si lo que me está presionando el estómago es lo que creo, él también. Así que llevo mis manos a su trasero y lo atraigo hacia mí. Aumenta el roce, aumentan las ganas.

—Me alegro.

—Aunque me cuesta creer que *casi guapo* no haya pillado con nadie más en estos meses.

Gael se aleja de mí un paso y eleva una ceja, sorprendido por mis palabras. Gruño, porque ya no me toca. A ver, no se lo estoy preguntando directamente, pero si suma dos más dos...

—¿Quieres preguntarme algo en concreto? Soy todo oídos. —Vale, ahí está toda esa maldita seguridad, le ha durado bien poco la ausencia de ella.

Vamos, Jana, te lo ha puesto en bandeja. ¿Qué narices necesitas saber? Parece mentira que a estas alturas no sepas que hay cosas que es mejor ignorar, por la paz mental y todo eso.

—No. Solo quiero decir que...

—Te lo repito, *casi fea* —me corta—. Solo tienes que preguntármelo.

Cojo aire, poco, porque se ha inclinado hasta mi boca y apenas hay hueco para que circule el oxígeno entre los dos. No lo pienso, no quiero pensarlo. Tampoco puedo apartar mi mirada de sus ojos azul marejada, porque disfruto perdiéndome en ellos, igual que cuando floto en el océano y nada más importa, cuando todo desaparece y solo importo yo.

—Olvidalo. Nos quedan siete días para estar juntos y quiero aprovecharlos. No sé si te habías dado cuenta, pero me gusta estar contigo.

—A mí me gustas tú. Mucho, joder. Y no quiero pensar en que no falta nada para que te vayas —suelta con rabia, como si le doliera. Estampa su boca contra la mía y me separa los labios con la lengua, las dudas me las trago con la saliva.

El beso se vuelve loco y sus manos empiezan a impacientarse en busca de mi piel. Baja el borde del sujetador y me acaricia alrededor del pezón, sin tocarlo. Provocándome. Jadeo tan fuerte que sonrío orgulloso. Mis manos entrelazadas detrás de su nuca son mi cable a tierra. Si no me sujeto a él, me caeré. Quiero volver a tenerlo dentro de mí.

—Gael, no se te ocurra parar. Me da igual el sofá, la encimera o la cama, solo quiero tumbarme en alguna superficie y tener tu preciosa polla dentro de mí.

La carcajada que suelta por mi impaciencia es tan escandalosa que llevo mi mano a su boca para callarlo. Él, en vez de controlarse, lame la palma de mi mano con la punta de su lengua y yo cierro con fuerza los muslos para contener el espasmo.

—Quiero comerte enterita, Jana. Y, después, quiero hundirme en ti, todas las veces que quieras. No tengo prisa, aunque esta preciosidad me reviente. —Me quita la camiseta en un movimiento rápido y yo hago lo mismo con la suya. Observamos cómo nuestros pechos suben y bajan arrítmicamente y juntamos nuestras frentes. Contamos hasta tres mentalmente mientras nos miramos. Dicen tanto nuestros ojos como nuestras bocas.

—Gael, por favor —suplico cuando su lengua recorre mi cuello—. Puedes hacer conmigo todo lo que se te pase por la mente.

—Hostias, Jana. ¿Te estás oyendo? Yo quiero ir despacio y tú pisas el acelerador. Me vuelves muy loco. No sé qué me has hecho, pero solo pienso en follar contigo y no separarme de ti jamás.

Sonrí y me muerdo el labio, es tan divertido verlo así. Desatado y conteniéndose, todo a la vez. Trata de hacerse el duro, pero termina cayendo. No estoy acostumbrada a que ningún chico me diga lo que le provoco, por eso me flipa que Gael no se corte y me lo grite.

—¿Te desnudas o te desnudo? —Llevo mi mano a su paquete y cierra los ojos cuando aprieto. Está duro, y solo pienso en las ganas que tengo de tenerlo sin ropa encima de mí.

—Dios, Jana. Eso ni se pregunta. Sigue —me anima para que le suelte el botón del pantalón.

—Por supuesto que voy a seguir. —Con la otra mano tiro de su pantalón y arrastro su bóxer. Su erección se libera y mi vista indudablemente se desvía ahí.

—Mi turno. —Él hace lo mismo conmigo hasta que solo somos piel. Me coge por el culo y me posa sobre el colchón, sin abrir la cama.

—¿Has cambiado las sábanas?

—Sí, pero te quiero fuera de ellas.

Gael se estira para sacar un preservativo de la mesita y aprovecha para bajar la intensidad de la luz. Me siento mejor cuando es más tenue, y él lo sabe; me encanta que me lea tan bien, que no necesite preguntar, ni yo responder. No hablamos, solo sonreímos como idiotas y respiramos de manera entrecortada mientras nos acariciamos. La intención de comerme se convierte en una realidad cuando pasea su boca desde mi frente hasta mi ombligo. Se detiene ahí y comienza a repartir besos alrededor, provocándome cosquillas.

—Lo de comerte entera iba en serio, y eso incluye las cicatrices, Jana. No quiero dejar de probar ni un solo centímetro de ti. ¿Podrás aguantarlo? —Me mira a través de los mechones de su pelo que ahora le caen por la frente, esperando a que le dé permiso. Cuando mi mano se posa en su cabeza y ejerzo una leve presión para que continúe descendiendo, entiende que es un sí.

Los siguientes minutos con su lengua y sus labios besando todos mis rincones son indescriptibles. Mi cuerpo está sobre su cama, pero mi cerebro está orbitando junto a las estrellas, lejos de aquí. Hasta cuando posa su boca sobre el zurcido de mi piel, me excita, y, lejos de incomodarme, me parece el gesto más íntimo del mundo. Cuando su lengua se cuela entre mis pliegues junto a su dedo, me vuelvo completamente loca. Presiona. Lame. Besa. Acaricia. Me masturba por dentro y por fuera, tomando todo el control. Jadeo tan fuerte que busco la almohada para taparme la cara y amortiguar el sonido. Muerta de vergüenza y de placer.

—Oh, Gael... Por favor, no puedo soportarlo más. Necesito tenerte dentro de mí.

—Primero en mi boca, Jana. Córrate y déjame verte. Quiero grabarme tu imagen así, gozándotelo en mi cara y en mi cama. No te tapes.

El orgasmo es tan fuerte que convulsiono, nace debajo de mi vientre, como un tornado, y explota, envolviéndome en una espiral frenética de los pies a la cabeza. Cierro los ojos, intentando absorberlo mientras grito su nombre. Es demasiado largo e intenso. Me deja tan exhausta que no soy consciente de que cuando termino de correrme Gael ya está de rodillas poniéndose el condón. Se inclina para besarme mientras me la mete. Abro los ojos cuando noto cómo me llena, y me pierdo de nuevo en su mirada y en su boca durante tres segundos.

—Estás preciosa después de correrte. ¿No se puede hacer eterno este instante?

—Creo que no tenemos ese superpoder, todavía.

—Pues es una lástima, porque no tengo ni puta idea de lo que voy a hacer cuando te vayas, Jana.

Entra y sale, deleitándose.

—Espero que echarme de menos.

¿Y ahora qué?

JANA

No me gusta acumular objetos. Supongo que cuando un incendio arrasa tu hogar y no respeta ni una sola de tus pertenencias, aprendes la lección y prefieres acumular recuerdos en vez de cosas. Por eso no me sorprende que mi vida entera quepa en una maleta. Mi ropa, mis pinturas, mi libreta y alguna foto. Aun así, me ha costado un triunfo cerrarla. Literal y figuradamente. Los dibujos se quedan colgados en la pared, excepto uno, el que terminé ayer; estos días han sido tan ajetreados y locos, con las clases, los preparativos del viaje, las tareas del hostel y los ratos con Gael, que apenas he tenido tiempo libre para sentarme a dibujar.

Quiero irme. Quiero meterme en ese avión (el primero de cuatro) y volar lejos. Conocer otros paisajes, otra cultura y surfear olas mucho más grandes en un océano distinto. Quiero devolverle a mi hermano la oportunidad de vivir su aventura, aunque sea seis años después. Quiero intentarlo. Sin embargo, mi rincón especial siempre estará en esta habitación abuhardillada del Salitre, donde llegué siendo una niña perdida y triste. Y donde, gracias al calor y el cariño de Marga, Hugo y Leo, he crecido feliz. Con ellos los miedos se hicieron más pequeños y los monstruos dejaron de aparecer cada noche.

Tampoco me puedo olvidar de Gael, que, durante estos dos meses, me ha hecho vivir y sentir con una intensidad desconocida para mí. Con él he aprendido que las jodidas cicatrices se mantenían más vivas en un trocito de mi mente que en uno de mi piel, y que no tenía ningún sentido seguir dándoles espacio. Así que le estaré eternamente agradecida por aligerar mi carga. Sonrío al pensar en él y en cómo nos conocimos. En la idea tan equivocada que me hice de él en ese primer encuentro y en el error que supone encasillar a las personas sin conocerlas. Un error que los humanos no nos cansamos de cometer. No voy a engañarme, la sonrisa que muestran mis labios es bonita, pero también triste. Desde que cené con él y su familia la semana pasada y compartimos un ratito a solas en su *loft*, he estado un poco así. Contenta y desbordada por lo que me provoca, y a la vez, nostálgica y apagada porque esto se termina aquí.

Me pongo las sandalias marrones de tiras, tipo romanas, y me las ato alrededor del gemelo. El bolso pequeño a juego me lo cruzo por el pecho y me estiro el vestido blanco; me lo regaló Leo por mi cumpleaños y todavía no lo había estrenado. Tiene el escote en pico, delante y detrás, y la tela es muy ligera. Hacía mucho que no me arreglaba tanto. He quedado en pasarme por La Luna y ya llegó tarde. Lidia y los amigos de mi hermano han organizado una pequeña fiesta de despedida. Además, es el último día de trabajo de Gael y Bruno. Mañana se irán a Santander y nosotros saldremos pronto hacia Madrid. Nuestro avión hacia Doha (la primera de las dos escalas que haremos) sale por la noche.

—Enseguida vuelvo, colega. Sigue durmiendo. —Acaricio a Tubo, que está tumbado en mi cama, y cierro la puerta al salir.

No me puedo creer que mañana tenga que despedirme también de él. Sé que lo intuye, porque hace varias noches que duerme conmigo. Va a ser la primera vez que estemos separados y me da mucha pena. Podría llevarlo con nosotros, pero aquí hará compañía a Marga, sobre todo cuando el hostel se quede vacío. Aunque ahora me cueste, sé que es lo mejor para los dos. Bajo las escaleras distraída mirando el móvil y casi me tropiezo con ella en el último escalón.

—A ver si te vas a romper algo antes de irte y la lías.

—Ay, Marga. No seas ceniza. Esta vez todo va a salir bien, tengo ese presentimiento. —Le doy un beso en la mejilla y nos despedimos.

Lleva un par de días triste. Sé que es porque nos va a echar mucho de menos, pero es tan buena que no se atreve a decírnoslo para que no nos sintamos mal por irnos. Hace dos noches, cuando Gael me acompañó a casa, Marga estaba con Tubo dando una vuelta por el jardín. No se dio cuenta de que yo había llegado y escuché cómo le contaba a mi perro lo triste y a la vez contenta que se sentía por nosotros. Me pareció tan tierno que me alejé e hice que volvía a entrar de nuevo en la finca, esta vez avisándola, solo para no romper su momento. Nos abrazamos durante muchísimo tiempo, hasta que las lágrimas furtivas empezaron a asomar por nuestras mejillas y entonces nos empezamos a reír. Le dije que la iba a echar muchísimo de menos, que sin ella y su amor incondicional todos estos años yo no hubiera sido ni la mitad de feliz, y que la quería muchísimo. Ella le quitó importancia, como siempre, a todo lo que ha hecho por nosotros desde que llegamos aquí.

De camino al *pub* le mando un audio a Iris. Ella también volará mañana de Gales a Madrid, pero, en vez de hacer su maleta, se ha dedicado a bombardearme toda la tarde con mensajes guarros, preguntándome por cómo he preparado mi despedida con Gael; ha agotado todos los *gifs* de fuegos artificiales de su móvil.

—No he preparado nada, pesadita. Lo que surja estará bien, aunque me gustaría dormir en mi cama la última noche, a ser posible con él. Además, llevamos esquivando el tema de la despedida toda la semana, así que no sé.

Lo envío y guardo el móvil en el bolso. Empujo la puerta y saludo a Noemí, que está en la barra de dentro. La verdad es que apenas hay turistas ya; encima, es jueves y último día de mes. El pueblo suele quedarse vacío antes de la última semana de agosto, por lo que, a estas alturas, solemos estar solo los que vivimos aquí todo el año. Camino hacia la terraza y, en cuanto pongo un pie fuera, me doy de bruces con Iván, que se planta delante y me impide avanzar. Levanto la cabeza y veo a mi hermano y sus amigos riéndose en la barra, pero están de espaldas y no me ven. Gael, en cambio, está recogiendo una mesa cerca de nosotros. Noto cómo se tensiona cuando se da cuenta de que Iván está obstaculizándome la entrada.

—Parece que el mamón de tu novio busca en esa morenaza lo que tú no le das —escupe Iván con una risa de lo más forzada y se quita de mi camino, largándose.

Inconscientemente desvío la mirada hacia la chica de la que habla. Respiro con alivio cuando veo que es Leah. Aunque, para qué voy a engañarme, es una idiotez que me ponga celosa o lo que sea que es esto que me quema por dentro, porque mañana Gael y yo nos separaremos y hará lo que quiera. Aun así, siento un pellizco en el estómago imaginándolo con otras. Sin darme cuenta, me quedo pegada al suelo, y me llevo la mano al codo para frotarme la cicatriz.

—¿Qué te ha dicho? —Gael se acerca. Lleva su mano hasta mi codo y me aparta la mía para detener mi tic.

—Nada.

—Ese nada suena a todo. No me mientas, Jana. No estoy ciego, te he visto tocarte el codo. Te ha puesto nerviosa. Algo te habrá dicho ese imbécil para que te pongas así.

—Lo que me diga me la suda —respondo más seca de lo que pretendía—. Lo del codo no ha sido por él, Gael. Ha sido por ti.

Maravilla. Yo sola me delato.

Venga, no te cortes, díselo todo. Dile que ya estás de bajón porque os vais a separar y que le vas a echar muchísimo de menos. Y, ya puestos, coméntale que te duele pensar que va a estar con otra en cuanto te subas a ese avión.

—¿Por mí? —se sorprende—. ¿Qué he hecho? —Ahora lleva sus manos a mi cara y acaricia mis mejillas con sus pulgares.

—Tú nada, he sido yo. Bueno, en realidad ha sido mi cabeza, que se ha adelantado un día...

—Ey, mírame. —Junta nuestras frentes y me pierdo una vez más en sus ojos, hoy más marejada que nunca—. No eres la única que no deja de darle vueltas, ¿vale? Llevo todo el puto día jodido. Leah y Bruno pueden dar fe. Pero, por favor, todavía estamos aquí. No te subas a ese avión antes de llegar al aeropuerto.

—Es que es... es difícil controlar lo que siento. Controlarme.

—Lo sé, pero no quiero que perdamos las horas que nos quedan. Prométeme que vamos a disfrutarlo.

—Te lo prometo.

—Mucho mejor así. Lidia me ha dado permiso para salir antes. Mañana tengo que hacerle el favor de abrir al de las cervezas y eso supone madrugar. Así que vamos a brindar con tu gente, y dentro de media hora, nos largamos. No pienso compartirme ni un minuto más.

—¿Media hora? Con veinte minutos será suficiente.

Sonríe satisfecho y me besa en los labios, suave al principio; cuando el beso se vuelve incontrolable, la voz de Leah nos interrumpe.

—¡Ey, parejita! —Nos llama por el micrófono—. Dejad de besuquearos y venid aquí, que este tema es para vosotros. Bruno y yo queremos hacer una dedicatoria especial a nuestro borde favorito, porque, aunque él no lo reconozca, le flecharon el *cora*.

—Los voy a matar —masculla Gael, y me da la mano para acercarnos a la barra.

Sus amigos están subidos en la tarima. Gael me cuenta que el grupo que ha tocado esta tarde se ha dejado varios instrumentos y que parece ser que sus colegas se los han agenciado. Lo que no sabe es lo que nos han preparado.

La voz de Leah cantando *Elastic Heart*, de Sia, con Bruno tocando el teclado, nos deja a todos flipados. Flipados y mudos, porque hasta los colegas de mi hermano se han callado para escucharlos. Gael me abraza por detrás y nos balanceamos al ritmo de las notas. Siento el calor de sus manos sobre mi vientre y una contracción larga entre mis muslos que debería ignorar. Suenan increíbles. No quiero llorar, pero es que ahora mismo me cuesta un mundo no desmoronarme. Leah nos mira y sonríe. Después, mira a Bruno y comparten un guiño cómplice. Me giro para ver la cara de Gael, que los mira, divertido, pero también un poco emocionado, no puede ocultarlo. Los aplausos cuando acaban son interminables. Ellos nos saludan con una reverencia, como si hubieran dado el concierto de su vida, y se bajan del pequeño escenario.

—Sois unos cabrones, ya os pillaré a solas. —Gael se abalanza sobre ellos y estos le abrazan mientras le revuelven el pelo, como unos críos.

—Oh, ¿te has emocionado? —le pica Bruno.

—¿Con vuestro dueto? Ni de coña.

Nos partimos de risa los cuatro mientras Gael y Bruno se meten detrás de la barra para servirnos unos chupitos.

—Me alegro mucho por ti, Jana —me dice Leah cuando nadie nos oye—. Va a ser una experiencia increíble, ya lo verás.

—Eso espero. —Miro a Gael, que ahora está hablando con mi hermano, y me quedo callada unos segundos. Ya he dicho que no quería llorar, ¿verdad?

—Está mal. Como has podido comprobar, es un borde, pero tiene su corazoncito.

Asiento con la cabeza porque la descripción que ha hecho Leah es bastante acertada. Su amiga me dice que Bruno y ella cuidarán de él hasta que se le pase, que no me preocupe.

Cae la primera ronda de chupitos y Leo coge el micrófono. Él no canta, solo habla. Las frases más emotivas se las dedica a Lidia. Yo la busco entre todos para ver su reacción y la encuentro con la cabeza hundida en el pecho de Hugo. Pobres, les va a costar mucho separarse. Como ya no hay clientes, Noemí ha cerrado la puerta y se ha unido a nosotros. Los amigos de mi hermano me abrazan y me piden que cuide de los chicos. También me confiesan que se mueren de envidia. Aunque el destino más famoso para los surfistas es Byron Bay, nosotros vamos a Noosa, un pequeño pueblo costero en la famosa Sunshine Coast, a unos mil kilómetros de Sídney. De todas maneras, la mayor parte de esa costa es un paraíso para los locos de las olas, por lo que todos me comentan que matarían por hacer ese viaje.

Los veinte minutos se convierten en cuarenta.

—Es hora de irse —me susurra en el oído Gael, y te juro que se me erizan hasta las pestañas.

Bruno y Leah son nuestros cómplices. Nos escaqueamos hacia la salida sin decir adiós y ellos nos acompañan para cerrar la puerta por dentro de nuevo. Me dan el último abrazo, deseándome buen viaje.

—¿Subimos? —me pregunta Gael señalando el portal del ático.

—No, no quiero subir.

—Va... vale —responde cortado.

—Es que quiero dormir en mi cama, Gael.

—Entonces, te acompaño.

—No lo has entendido. Quiero dormir en mi cama, contigo.

—¿Conmigo? Y Marga y los demás, ¿no se mosquearán?

—Marga ya estará dormida y puedes irte antes de que se despierte, si lo que te preocupa es el paseíllo de la vergüenza mañanero.

—Qué buen humor tienes, *casi fea*.

—A ratos —me sincero—. De todas maneras, no se va a asustar si te ve salir de mi habitación. Por mi hermano y por Hugo no te preocupes, seguro que llegan justo para irnos a Madrid.

—Pues entonces, vamos, que no nos queda mucho tiempo. —Gael sonríe y acelera el paso, ahora le entran las prisas.

Nos descalzamos nada más entrar y subimos las escaleras en silencio, aunque lo más probable es que él esté escuchando todos mis pensamientos. En cuanto traspasamos la puerta de mi

habitación y la cerramos, nos quedamos parados, mirándonos a los ojos. Yo flotando en su iris y supongo que él haciendo lo mismo en el mío. Se inclina hasta que nuestras narices casi se rozan.

—Gael, quiero grabarme esta noche a cámara lenta —confieso, y contengo todo lo que me provoca su mirada posada en mi boca.

—Es tu habitación, tu cama y tu noche, Jana. —Gael respira despacio, intentando que su volcán interior no entre en erupción y tome el control.

No me lo pienso y alcanzo su boca. Primero juego con sus labios. Los muerdo, los lamo, le tiento y lo enciendo, disfrutando del proceso de sacarle de quicio a menos revoluciones de las que suele hacerlo él. Aunque enseguida perdemos la calma. Lleva sus manos a mi culo y me encaja entre sus piernas, restregando su paquete sobre mi vientre.

—Estás muy guapa con este vestido, pero ahora mismo solo quiero arrancártelo. Así que haz conmigo lo que quieras, Jana. Pero hazlo ya.

Me gusta escuchar sus quejas convertidas en súplicas. Me gusta que su cuerpo reaccione así. Me gusta que su deseo nunca esté por encima del mío. Sí, lo sé, es evidente que me gusta ÉL. Entero.

Tubo, que solo había abierto un ojo al vernos llegar, decide saltar de la cama y darnos una bienvenida más calurosa. En cuanto ve que nos estamos desnudando, se acerca y nos chupa los pies. Gael lo saluda y le dice que ahora no puede atenderlo, porque este juego es para mayores. Le pide que se tumbe en su cojín, pero mi perro no hace caso hasta que soy yo la que le da la orden.

Nos acercamos al borde del colchón. Gael me saca el vestido por la cabeza después de que yo le haya quitado la camiseta. Cuando descubre que no llevo sujetador, sonrío y acerca su boca a mis tetas. Vuelve a bajar el ritmo, como si de repente hubiera recordado que hoy no tenemos prisa, y empieza a recrearse en ellas. Echo la cabeza hacia atrás y me mareo. Estoy abrumada por la excitación, por su olor, que me va a perseguir, y por la delicadeza de los trazos que dibuja sobre mi piel con su lengua. Antes de que se ponga de rodillas para colarse entre mis piernas, porque he adivinado su intención, le doy un pequeño empujón para que se tumbe de espaldas. Tubo se piensa que estamos jugando de nuevo y se sube de un salto a la cama.

—¡Tubo, bájate! —le grito. Ahora padece sordera.

—Vamos, colega. ¡A tu sitio!

Se me escapa una risa tonta, porque mientras Gael lo intenta, sin éxito, yo ya le he quitado el pantalón y el bóxer y lo dejo sobre la colcha. Solo falta mi braguita, que es la siguiente en desaparecer. Quiero ir despacio, pero tampoco puedo perder el tiempo.

—Espera un segundo. —Cojo a Tubo en brazos y lo saco de la habitación. Supongo que pille la indirecta, y salga un rato al jardín por la cocina.

Gael se ha acomodado en la almohada, con las manos cruzadas detrás de su cabeza. Su cuerpo de infarto, estirado sobre mi colchón en una fiesta, como la que pienso darme con él. Me muerdo el labio para contener las ganas que tengo de disfrutarlo y me acerco al borde de la cama con paso lento. Empiezo a reptar por sus piernas, inclinándome para recorrerlo con mi lengua. Sonríe. Se muerde la punta de la lengua y se le escapa un jadeo. A la altura de su polla me detengo.

—Jana... —susurra mi nombre y lleva sus manos a mi pelo, para enredar sus dedos en los mechones de mi melena. Le encanta hacer eso y a mí que lo haga.

Le chupo solo la punta. Una pasada. Dos. Después continúo ascendiendo muy despacio. Paso mi lengua por sus costados, por sus abdominales y me entretengo con sus pezones. Primero uno y luego el otro. Se revuelve debajo de mí y siento la humedad en la cara interna de mis muslos. Cuando llego a su boca, me estrecha entre sus brazos con fuerza, como si quisiera fusionarnos. Me acaricia la espalda, el trasero y la nuca. Yo a él, la mandíbula, los hombros y el pecho. Bajamos el ritmo de nuevo. Nos susurramos promesas que mañana se convertirán solo en recuerdos. Cuando hace amago de querer darnos la vuelta, se lo impido.

—Déjame coger un condón, por lo menos.

—Espera, primero quiero sentirte así. —Me separo de su pecho y sujeto su erección para colarla entre mis pliegues—. Por favor, Gael. Esto es... —Me estremezco cuando la siento sin barreras, sé que no debería arriesgarme, pero me moría de ganas de hacerlo. Puedes llamarme inconsciente, porque ahora mismo lo soy. No reconozco a esta Jana, ni tan siquiera puedo ponerme nombre.

—Por favor, Jana. Para. No puedes hacerme esto. No puedes jugar conmigo así. Me está costando un puto mundo no correrme. No puedes ser tan jodidamente perfecta. No hoy. —Se lleva una mano al pecho e inspira, reteniendo el aire en sus pulmones, como si de verdad le estuviera partiendo en dos y le costara respirar.

¿Y si es verdad que le duele que me vaya?

No, Jana. No puedes creértelo. Ya no.

Se mueve para sacar un condón del bolsillo de su pantalón, que está hecho un gurrño sobre la colcha. En realidad, saca alguno más y los posa encima de la mesilla. Todo lo hace sin separarse de mí, por lo que sigue estando debajo. Cuando pilla uno, se lo quito de la mano y se lo pongo. Cierra los ojos cuando lo deslizo por su erección con toda la delicadeza que puedo.

—Mírame, por favor —le pido.

—¿Más? No te das cuenta de que te veo con los ojos cerrados, Jana. Te sueño sin dormir. Te huelo sin estar cerca del mar. Y te respiro por debajo de mis costillas. Has invadido cada puto hueco de mi cuerpo y de mi cabeza. Y ahora ni quiero ni puedo sacarte de mí —afirma con un hilo de voz.

—Yo también te voy a llevar conmigo, Gael. —Con la mano izquierda me agarro la luna que me regaló, que cuelga de mi cuello, y con la derecha guío su erección hasta mi entrada. Cojo aire y me deslizo sobre ella, colándola dentro de mí.

Nuestros cuerpos se prenden. Su lengua. Mi sexo. Mi nombre saliendo de su boca. La respiración agitada de su pecho. Cabalgo sobre su pelvis, trazando círculos, controlando el movimiento. Gime. Grito. Me siento poderosa aquí arriba, viendo cómo se deshace debajo de mí. Me mezo lento, como lo hago cuando espero encima de la tabla a que llegue la ola, ilusionada y atenta a lo que está por venir. No dejamos de mirarnos ni una milésima de segundo. Ni de sentirnos. Ni de olerlos. No lo decimos, pero los dos sabemos que lo de hoy es distinto, ni mejor ni peor que las otras veces, solo con un sabor diferente. A despedida. Gael se incorpora y me envuelve entre sus brazos, estrechándome contra él, y en esta postura todo se intensifica por mil. Su boca en mi cuello. La mía en su oreja. Sus manos en el final de mi espalda. Las mías desperdigadas, una aferrada a su nuca y la otra colándose en el hueco que queda libre entre nuestros estómagos para llegar a mi clitoris.

—Tócate, Jana. Mastúrbate y déjame verlo —me dice mientras su polla entra y sale de mí.

No dejo de botar. Pegamos nuestras frentes y desviamos la mirada a nuestros sexos.

—Es muy probable que me corra con esta imagen —suelta y vuelve a gruñir.

—Gael...

El placer lo llena todo. Mis pechos. Mi vientre. Mi sexo. Se concentra en cada nervio. Acompasamos el ritmo, que sigue siendo tortuosamente lento. Flotamos. Nos hundimos. Y luego nos ahogamos. En la boca del otro, mientras un orgasmo brutal me arrastra a mí primero, descontrolando mi cuerpo. Gael trata de aguantar un poco más, pero termina cayéndose conmigo, hasta el fondo. Le araño la espalda mientras me pitan los oídos.

—Dios, ha sido perfecto, *casi fea*. —Gael me da picos en los labios mientras recuperamos el aliento—. ¿Estás bien?

—Sí, solo necesito un segundo. —Me separo de él, aturdida—. Ha sido tan intenso que escucho un zumbido.

Me regala su sonrisa más gamberra y me ayuda a desencajarme de él para quitarse el condón. Le hace un nudo y lo deja encima de la mesita. Tira de mi cuerpo para tumbarnos, cara a cara.

—Espero que lo hayas grabado todo, aquí. —Pega su mano en mi pecho y yo poso la mía en el suyo. Estamos sudados y calientes, deberíamos darnos una ducha, pero eso supondría malgastar el tiempo.

Vamos a dormir juntos, pero antes de cerrar los ojos, tendríamos que despedirnos y hablar de lo que seremos dentro de unas horas. ¿Dos amigos que mantienen el contacto? ¿O dos extraños que compartieron solo un verano? Me lanzo yo, haciéndome la valiente.

—Gael, ¿y ahora qué?

30

El último beso

GAEL

—Gael, ¿y ahora qué? —me pregunta Jana.

Sé a qué se refiere, pero todavía no he recuperado el pulso después del orgasmo, así que, si abro la boca, lo haré bajo los efectos de la hormona esa que se libera al correrse. Me apuesto mi sueldo en el *pub* a que Leah sabe su nombre. Por cierto, hablando de mi amiga y de Bruno, voy a matarlos. ¿Cuándo cojones han preparado esa actuación? Se notaba que lo tenían ensayado. Vale, va a ser eso lo que me estaban ocultando. Cabrones.

—Ahora tienes que darme unos minutos para recuperarme, Jana. Me has reventado, a mí y a esta preciosidad.

—No estoy hablando de eso, idi...

La beso, para callarla y para que no se pique. Ahora mismo los dos estamos demasiado nerviosos y susceptibles. Tenerla encima llevando el control y sentir cómo se balanceaba sobre mí ha sido inesperado e increíble. No he podido quedarme pegado al colchón. Me he incorporado y la he estrujado entre mis brazos para no dejar ni un hueco entre los dos. Casi como estamos ahora, aunque ya tumbados.

—Vale, lo pillo. No quieres hablarlo —afirma cortante y separa su boca de la mía.

—No es eso, Jana. No te mosquees. Estoy muy perdido y muy jodido, no te voy a mentir. A mí nunca me había pasado esto, no sé gestionarlo, ni expresarlo. Sin embargo, puedo asegurarte que ha sido la hostia rendirme a tus pies. Pero ahora te vas al otro lado del mundo y no sé cómo afrontarlo. ¿Tú qué quieres hacer?

—Seguir en contacto. Creo —duda un segundo—. No quiero perderte de repente. No quiero que dejemos de hablarnos para siempre. Pero tampoco puedo retenerte en este verano que ya acaba, Gael. Ni obligarte a hablar conmigo si tú no quieres.

—¿Cómo no voy a querer, Jana? No seas tonta. Lo que pasa es que nos hemos conocido en un buen lugar, pero en un mal momento. La distancia es un bache, enorme, y no sé cómo gestionarla. Por eso necesitaba que decidieras tú por los dos. Porque, ahora mismo, si te digo lo que realmente quiero, sería el tío más egoísta del planeta.

—¿Por qué?

—Porque sí, Jana. —Hago una pausa larga mientras sus ojos se clavan en los míos. Uno. Uno. Dos. Dos. Tres. Tres—. Será mejor dejarlo. Solo nos quedan unas horas, deberías descansar y dormir un poco.

—No. No quiero dejarlo, Gael. ¿Acaso no he significado nada para ti?

—No me puedes estar preguntando eso en serio. —Esquivo la pregunta y, además, cambio el tono a uno menos relajado—. ¿Necesitas que lo diga con palabras? Porque las declaraciones de amor no son lo mío, Jana, aunque, durante estas semanas, has podido verlo. Lo has significado

todo. TODO. No te he sacado de mi cabeza desde el día del accidente, y, para serte sincero, no creo que pueda sacarte en un tiempo.

—Entonces, dime qué es lo que quieres.

Y una parte de mí, la más cabrona y egoísta, se muere de ganas de decirle lo que quiero.

Ojalá mi luna dibuje tus mareas.

Eso es lo que te diría, Jana.

Ojalá mi luna dibuje tus mareas. Solo la mía.

Sin embargo, hace apenas dos meses que nos conocemos y la intensidad de estos últimos días ha sido bestial. Es imposible que esta conexión no se rompa cuando ella se marche. Jana se merece vivir esa aventura, feliz, sin cargas y sin pensar en lo que dejó atrás. Por eso me callo y me guardo las palabras bajo llave en un rincón secreto, uno que ni yo mismo sabía que existía.

—Jana. —Jugueteo con la luna que cuelga de su cuello y noto cómo un escalofrío le recorre el cuerpo. Por la ventana entra luz de los focos del jardín, es tenue, pero suficiente—. Quiero que te vayas y que vivas esa experiencia al máximo. Quiero que te diviertas y que surfees hasta que te duela el alma. Y, si después de eso, te queda algo de tiempo libre, espero que te acuerdes un poquito de mí.

¿Eso es todo, Gael? ¿Nada más que añadir?

No. Nada más.

Has sido correcto.

He sido correcto, no valiente.

—Es imposible que no me acuerde de ti, Gael. Jamás se me va a olvidar este verano. Ha sido increíble, aunque no empezara nada bien. Además...

—He sido el primero, *casi fea* —la interrumpo—. Eso no se te va a olvidar.

No estoy colgándome ninguna medallita, pero lo que he dicho es una verdad absoluta.

—Jamás se me va a olvidar. Además, fue perfecto. Así que me acordaré de ti cada vez que me desnude... —Lleva sus manos a mi pecho y me acaricia con lentitud, provocándome—. Cada vez que me toque... —Cuela una mano entre los dos y la posa en su sexo, rozando con los nudillos mi polla, que da un brinco, contenta.

—Jana... —Me muerdo el labio con fuerza—. No puedes decirme todo eso aquí, desnuda y pegada a mí.

—Sí puedo. —Sujeta mi erección y empieza a acariciármela mientras se le dibuja una sonrisa malvada en los labios.

—Que conste, si pretendes dejarme fuera de juego una larga temporada, me parece una táctica cojonuda que me dejes vacío hoy.

La carcajada de Jana al ver mi cara de contención retumba contra las paredes. Se ríe tan fuerte que me da miedo que Marga se presente aquí a ver qué le hace tanta gracia.

—Mierda. —Se tapa la boca—. Tengo que ir al baño.

Se levanta de la cama y se cubre con el vestido, que estaba en la alfombra. Yo me quedo desnudo, tumbado encima de la colcha. Enciendo la pequeña luz de la mesita y miro al techo. Recuerdo que no he puesto la alarma. Cojo el pantalón, para sacar mi móvil, y la programo para que me dé tiempo a subir al ático y darme una ducha antes de ir al *pub*.

Jana se asoma por la puerta, ya vestida, y me dice que baja a buscar a Tubo al jardín. Aprovecho esa pausa para ir al baño. Me pongo el bóxer y salgo sin hacer ruido. Las puertas de

las habitaciones de Leo y Hugo están abiertas. Eso significa que no han venido. Si esta noche se tumban un rato, me hago una ligera idea de en qué cama lo harán.

Cuando regreso, recojo la ropa y la doblo para colocarla encima de la butaca. Sonrío al coger las braguitas de Jana del suelo. Unos minutos más tarde, entra en la habitación con Tubo en brazos.

—Hola, campeón. ¿Qué tal la salida nocturna?

—Pobre —se lamenta Jana—. Me lo he encontrado grogui en la cocina.

—Normal, estaría aburrido de dar vueltas solo. —Me acerco a acariciarlo, pero sigue adormilado, así que Jana se agacha y lo posa en su cojín.

—Uf, todavía no me creo que vayamos a separarnos. No sé qué voy a hacer sin él. —Su voz suena entrecortada y se limpia las lágrimas con los nudillos.

—Anda, ven aquí... —Me pongo de cuclillas y la abrazo, la posición es bastante extraña, así que antes de caernos en la alfombra, la levanto a pulso—. No llores, Jana, no quiero verte así.

—Es que... —No le salen las palabras. Trata de controlar el llanto mientras la llevo a la cama. Sin embargo, no lo consigue.

—No te pongas así. Tubo va a estar bien.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Va a ser durísimo estar tan lejos de él —suspira, y es como si todas las dudas del mundo por su viaje la atacaran de repente.

La dejo sobre la cama con cuidado. Retira la colcha y abre la sábana. Antes de meterse dentro, se quita el vestido y se queda desnuda otra vez. Yo también me quito el bóxer. Sentir su piel suave sobre la mía es un puto placer al que me jode renunciar. Bordo el colchón para colocarme en el otro lado. Apago la luz y me tumbo con ella. Nos pegamos como dos lapas y nos miramos de frente. Yo también estoy raro y triste, porque cada minuto que pasa es uno menos.

Esto se acaba aquí.

Con mis pulgares le limpio las lágrimas. Respira despacio y trata de calmarse, pero todavía escucho sus sollozos. Mis dedos recorren su mejilla en dirección descendente y terminan bordeando su boca, húmeda y entreabierta. Me los lame con suavidad y te juro que sentir cómo mi cuerpo se activa duele. Jana tiene el poder de hacerme perder la cabeza y que pase de ir a buscarla. Y eso es algo muy nuevo para mí. Pego mi nariz a la suya y estudio su mirada en la oscuridad. Atrapo sus labios mientras mis manos siguen de paseo por su cuello hasta la luna. Sus dedos se entrelazan con los míos mientras tocamos el colgante y dejamos escapar un suspiro al unísono.

—Para mí también va a ser jodido no verte más, Jana.

Necesito su calor. Necesito hundirme en ella. Necesito sentirla una vez más.

—Gael, te quiero dentro una vez más.

Como si me hubiera leído el pensamiento, es ella la que se estira por detrás de mi hombro para coger otro condón de la mesilla. Le tiembla el pulso, así que me lo da para que me lo ponga yo. Paso su muslo por encima de mi cadera y antes de llevar mis manos a su espalda, para abrazarla a todo lo que da, me encajo entre sus piernas. En cuanto estoy dentro, todo se funde. La intensidad es tan brutalmente real que me mata. Sí, Leah tenía razón, toda la razón del mundo. He follado muchas veces, pero jamás me he expuesto ni he sentido tanto como ahora con ella.

Entonces lo escucho. El crac. El puto crac que me parte por dentro. Y me molesta porque es con Jana. Y Jana se va. Y Jana lo nota. Sus pulmones retienen el aire y se inclina para enterrar su

boca en mi cuello. Olor a sal. Piel. Saliva. Caricias. Uñas. Deseo. Sexo lento. Sexo salvajemente lento. Nos perdemos el uno en el otro durante los siguientes minutos, hasta que el corazón se nos sale por la boca cuando nos corremos.

Pasamos un buen rato así, quietos, sudados y pegados. Ella aferrada a mí y yo todavía dentro de ella. Solo la abandono para quitarme el preservativo. Protesta, pero su sonrisa sigue intacta. Está preciosa; desnuda, con el pelo revuelto sobre la almohada y los labios hinchados por los besos.

—Es una lástima que no podamos detener la salida del sol —balbucea somnolienta.

—Una verdadera lástima. Trata de dormir un poco.

Se da la vuelta y la abrazo por detrás. Sonrío cuando acomoda su trasero a mi paquete y ronronea. Estamos satisfechos y agotados, así que no solo se duerme ella, también caigo yo.

En su habitación hace un calor asfixiante, aunque la ventana está abierta. A ella no le debe de molestar porque duerme profundamente, en cambio, yo alterno ratos desconectado con otros en duermevela. Cuando la alarma suena por primera vez, me debe de pillar en uno de los primeros, porque no me entero.

El sonido machacón no cesa.

—Gael, la alarma. —En el segundo intento Jana se despierta.

—Voy... —Me giro para apagarla y miro la hora en el móvil—. Mierda, voy a llegar tarde.

Me levanto mientras ella se despereza y me visto a toda prisa. Tubo levanta una oreja y se empieza a estirar en cuanto me escucha, o en cuanto me huele, porque la verdad es que apesto. Huelo a sexo y a sudor, así que, aunque solo sea un minuto, tengo que pasar por el ático para ducharme.

—Gael... —Jana se incorpora en la cama y se tapa el pecho con la sábana, tímida—. No te vayas todavía, tengo algo para darte... —musita, y puedo ver la intensidad del gris de sus ojos sobre el verde.

Esto duele. A los dos.

—Si no abro al de las cervezas, Lidia me mata, y ya voy tarde. No te vayas sin despedirte, por favor. En cuanto termine vengo. Si no he regresado cuando os vayáis a marchar, llévamelo al *pub* y me lo das con el último beso, ¿vale?

—Está bien —cede y bosteza.

Me inclino y le doy un pico rápido en los labios antes de salir por la puerta a toda leche.

Empiezo el día con mal pie, porque Marga me pilla en el último peldaño de la escalera. La miro un poco acojonado.

—Buenos días.

—¿Desayunas conmigo? —La sonrisa de oreja a oreja que me regala me destensa por completo. Por supuesto, se la devuelvo.

—Me encantaría, pero llego tarde a abrir al repartidor. —Me agacho para darle un beso sonoro en la mejilla—. Luego vuelvo.

Voy corriendo hasta el portal, como no veo el camión del reparto cuando llego, subo a casa a darme una ducha. Todo está en silencio. Bruno estará durmiendo en su habitación. Abro el grifo y me meto debajo del chorro sin esperar a que el agua salga templada. Necesito despejarme, y, de paso, quitarme esta sensación tan rara de encima. Cuatro minutos más tarde, estoy en la entrada listo para salir. Busco las llaves de La Luna en la cómoda y, antes de abrir la puerta para irme,

oigo un ruido seco, como el del golpeteo de un cabecero contra una pared. ¿Cóóómo? ¿Ese es mi Bruno? ¿Practicando el *metesaca*? Pero ¿con quién? Sí señor, cómo me alegro por él. Cierro la puerta descojonándome, pero con cuidado de no hacer ruido, que tampoco quiero cortarle el rollo.

Entro en el *pub* y dejo la puerta abierta. La sujeto con la cancela a la pared y me acerco hasta el almacén para apagar la luz, que está encendida. Antes de entrar, oigo ruido, parecen hipidos. Me acojono un poco, pero avanzo para ver quién es.

—¿Lidia? ¡Qué puto susto! —Está sentada sobre una jaula de cerveza vacía. Tiene la cabeza gacha y se la sujeta con las manos.

—Lo... Lo... —tartamudea y se sorbe los mocos, todo a la vez—. Lo siento, tenía que haberte avisado de que me daba tiempo a llegar después de salir del médico, para que no hubieras madrugado.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Hola... —La voz del repartidor nos interrumpe.

Lidia se limpia las lágrimas y no deja de temblar. Le digo que no se mueva y voy yo a recibirlo. Mientras él se sube a la parte de atrás del camión para descargar el pedido, yo le voy sacando las jaulas con los cascos vacíos. Normalmente se encarga de hacerlo todo él, pero no quiero que vea a Lidia en ese estado. ¿Qué le habrá pasado? Compruebo que está todo correcto y le pido que las deje en el final de la barra, prefiero encargarme yo de colocarlas ahora en el almacén. Firmo el albarán y nos despedimos.

—¿Ya se ha ido?

—Sí, tranquila. Ya ordeno ahora el pedido y, de paso, relleno las neveras para esta noche.

—Que sepas que no pienso pagarte, ya no curras aquí. —Trata de sonreír, pero no lo consigue.

—Esto lo hago gratis. Tú relájate. —Estoy sudando como un gocho y encima llevo puesta una camiseta blanca, así que me la quito para no mancharla mientras cargo con las cajas. Lidia me mira el pecho, pero en vez de soltarme alguna de las suyas sobre mi físico, se frota los ojos y la nariz. Es evidente que está jodida—. Has dicho que has salido del médico, ¿está todo bien?

—No. Sí. Mierda, no. Nada está bien. Nada de esto está bien.

—¡Ey, ven aquí! —me acucillo y le quito las manos de la cara. Lidia levanta la cabeza y me mira. Tiene la punta de la nariz roja y los ojos llenos de lágrimas. Es el puto karma, Gael. ¿No quieres ver llorar a las tías?, pues toma, por partida doble. ¿Es una especie de prueba? Porque no sé si hoy voy a pasarla—. Cuéntame, ¿qué te ha pasado?

Consigo que se levante y nos acercamos a la mesa. Ella se apoya y yo la abrazo. Es lo único que se me ocurre en este instante para calmarla.

—Es que no sé ni por dónde empezar. Me da hasta vergüenza contártelo. He sido tan tonta. Tan tan tonta —solloza.

—Venga, ya. Todos la cagamos alguna vez, Lidia, no será para tanto.

—Estoy embarazada.

Jo. Der. ¿Embarazada? Y, ¿se supone que ahora tengo que ser capaz de decir algo coherente para animarla? Menudo marrón. Para ella. Porque no puede ser mío, ¿verdad? Quiero separarme para coger aire, que me empiece a faltar. Sin embargo, ella presiona sus manos sobre mi espalda y hunde su cara en mi pecho, me imagino que prefiere esconderse unos segundos tras su afirmación.

—Lidia, uf. No sé ni qué coño decirte. ¿Estás segura?

—Sí, me lo ha confirmado el médico esta mañana.

—Vale, entiendo que si estás así es porque es una putada, de las gordas.

—¿Tú qué crees? No sé qué ha podido pasar, te juro que me cuesta creerlo todavía. Es algo que no me esperaba, ni entraba en mis planes. —Lidia vuelve a temblar y la sujeto entre mis brazos, mi pulso también se acelera—. Ahora ya no te parece tan poca cosa, ¿verdad?

—A ver, tú y yo usamos protección. —Mi mente ahora mismo es una maldita calculadora. Ella y yo. No. No puede ser.

—Los condones a veces se rompen, Gael. No son cien por cien fiables. De todas maneras...

—Te puedo asegurar que el condón no se rompió, hasta me lo llevé a casa —la interrumpo.

—¿De recuerdo? —Se separa un centímetro de mí y mezcla el llanto con la risa. Sonrío al ver su mueca, pero sigo con el comecome por dentro.

—No, listilla, para no dejarlo ahí. —Señalo la papelería.

Lidia se aleja de mí y abre su bolso, saca un paquete de pañuelos y se limpia la cara. Después, me entrega el informe del médico, donde leo que está de tres semanas. Eso significa que ese niño no es mío, porque nosotros lo hicimos hace casi nueve.

—Lo que te quería decir es que no es tuyo, Gael. Ya puedes volver a respirar.

—Vaya, ahora me vacilas, cojonudo. Supongo que no vas a contarme nada más, ¿no?

—No. Con este numerito ha sido suficiente.

—Pues entonces, ordeno todo esto y me piro. Quiero despedirme de Jana. ¿Tú ya te has despedido de Leo y Hugo?

Lidia rompe a llorar de nuevo. Descontroladamente. Genial. He metido el dedo en la llaga.

—Lo siento —me disculpo—. No quería hacerte llorar otra vez.

Con lo fácil que hubiera sido cerrar la boca, terminar la tarea y salir corriendo hasta el Salitre para despedirme de Jana.

Lidia se va al baño y yo miro mi móvil. Es muy tarde. Tienen que estar a punto de marcharse. Y Jana no ha aparecido. Lleno las neveras y salgo de aquí. Quiero darle el último beso. El último.

31

Nada

JANA

Mi hermano y Hugo llegan bastante perjudicados y con la hora pegada al culo. Su colega Israel, que es el encargado de llevarnos a Madrid, hace más de diez minutos que está esperando en la furgoneta. Me abstengo de preguntarles dónde han estado hasta ahora y también de echarles la bronca. Cuando quieren, parecen dos críos. Marga también los mira algo seria, pero no puede mantener ese rictus, porque el adiós está aquí. Irremediablemente.

—¿Ya has guardado todo? —me pregunta Hugo—. ¿Y la documentación?

—Sííí... —respondo con retintín. Ayer repasé uno por uno todos los documentos para el viaje y los tengo guardados en mi mochila.

—Vale, pues voy al baño a refrescarme la cara y nos vamos.

—Yo también —añade Leo, y desaparecen de la cocina.

Miro mi móvil. No tengo ningún mensaje de Gael y me extraña que no haya vuelto. Me dijo que no iba a tardar mucho, igual es que el repartidor no ha llegado todavía. Subo los escalones de dos en dos y cojo el dibujo que quiero regalarle. Lo miro una vez más y sonrío. Puede que sea la manera más ridícula del mundo de decirle que no voy a olvidarme de él. Además, no puedoirme sin darle un último beso.

Paso delante de Marga a todo correr.

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista?

—No seas tonta y no me hagas llorar otra vez. —Desando los pasos y la abrazo. Tubo revolotea entre nuestras piernas, pidiendo atención. ¿Por qué me lo ponen tan difícil?—. Diles a los chicos que enseguida vuelvo, voy a despedirme de Gael.

Salgo escopetada y no tardo nada en llegar al *pub*. La puerta está abierta, así que entro. No he avanzado ni un metro cuando oigo sus voces. Desde este ángulo, antes de llegar a la barra, también los entreveo, están en el almacén. Lidia está apoyada en la mesa y habla como si estuviera llorando. Me quedo quieta y muda, creo que hasta dejo de respirar para que no se giren y me vean aquí plantada. Gael está sin camiseta. ¿Por qué? ¿Por qué narices está medio desnudo? ¿Y por qué se abrazan así? Ella con la cabeza en su pecho. Cojo aire. Cojo todo el aire que circula en el local y lo retengo mientras espero a que se separen. No lo hacen. ¿Qué pasa aquí? ¿Y por qué no soy capaz de entrar ahí? Es su jefa y los he visto más veces trabajando juntos, pero, ahora, esa complicidad que vislumbro entre ellos desde aquí me desconcierta.

—Estoy embarazada. —Dos palabras de Lidia que oigo con total nitidez. ¿Embarazada? No me veo en un espejo, pero sé que estoy pálida. Blanca como una pared.

—Lidia, uf, no sé ni qué coño decirte. ¿Estás segura? —le pregunta Gael y ella se despega para mirarlo, pero no aparta sus manos de él. Como si necesitara mantener el contacto. Y sus manos en su espalda... y esa postura entre sus piernas.

Basta, Jana. Esto no puede ser lo que parece.

Debería saludar, toser, carraspear. Avisarlos de que estoy aquí. No obstante, algo dentro de mí me lo impide. Algo dentro de mí me anima a seguir escuchando. No puedo evitarlo. Ella le dice que está segura, que el médico se lo ha confirmado esta mañana, y él la calma, pasándole la mano por el pelo. Y la imagen de su mano en mi melena me cruza la mente.

—Vale, entiendo que si estás así es porque es una putada, de las gordas —comenta Gael, y ella sonríe con cinismo.

—¿Tú qué crees? No sé qué ha podido pasar, te juro que me cuesta creerlo todavía. Es algo que no me esperaba, ni entraba en mis planes —dice ella y, de repente, se pone a temblar. Gael la estrecha entre sus brazos y yo soy incapaz de moverme de aquí—. Ahora ya no te parece tan poca cosa, ¿verdad? —El tono de Lidia cambia y la cara de Gael también. Da igual que esté a cierta distancia y solo vea su perfil, le ha cambiado el gesto y a mí también. Está preocupado y se nota.

—A ver, tú y yo usamos protección.

Tú y yo usamos protección. La afirmación se graba a fuego en mi cerebro en una décima de segundo. Por si tenía dudas de haber escuchado mal, una vocecilla interior me la repite en bucle. Tú y yo usamos protección. ¿Él y ella? ¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo? ¿Se ha liado con ella mientras lo hacía conmigo? Me llevo una mano al estómago al sentir el vuelco y estoy a punto de vomitar el desayuno aquí mismo. Me tapo la boca para no gritar o para no soltar hasta la primera papilla.

Aire. Necesito aire. El de la calle, porque el de aquí adentro es irrespirable. Doy la orden a mis pies y empiezo a retroceder.

—Los condones a veces se rompen, Gael... —La voz de Lidia suena distorsionada porque ya me he dado la vuelta para largarme de aquí. No quiero escuchar más. No quiero saber nada más. No quiero.

Embarazo. Gael. Condones. Las tres palabras me taladran durante el camino de vuelta al hostel. Me limpio las lágrimas a manotazos mientras corro hacia el Salitre. Me duele el pecho y el corazón se me va a salir de la caja torácica. Me detengo antes de doblar la esquina de la entrada y me agacho, apoyándome en mis rodillas. El dibujo se arruga y se moja por el llanto que no soy capaz de controlar.

Mentiroso.

Gael, el mentiroso.

Me da tanta pena y tanta rabia haber sido tan tonta. Me lo creí. Creí sus palabras. Creí sus mentiras.

Lo has significado todo, me dijo, y le creí. ¿Todo? No he significado nada. Na. Da.

¿Qué pretendías, Jana? ¿Que hubiera sido real? Gael tiene mucha más calle que tú. Está claro que he sido una muesca más en su cinturón. No ha sido real. No lo ha sido. ¿Y Lidia? Ella también sabía que estaba conmigo este verano, pensé que me apreciaba y que quería que fuera feliz. Además, ella, Hugo y mi hermano siempre han sido muy amigos. No entiendo nada.

Inspiro. Espiro. Tengo que aguantar. Mi cuerpo tiene que aguantar, aunque disimular el dolor no será fácil. Me calmo y llego hasta la entrada.

—Vamos, Jana. Te estamos esperando —me riñe mi hermano. Menos mal que está distraído colocando la funda con las tablas y no me ve la cara.

Subo a mi habitación para echar el último vistazo y no olvidarme de nada y para coger mi mochila. La pena y la rabia suelen confundirse, así que estrujo el dibujo arrugándolo con mi puño y lo tiro encima de mi cama, como una pelota. Intento arrancarme la cadena con la luna del cuello, pero me hago daño porque no es tan frágil. Suelto el cierre para que no me deje marca mientras me llamo ilusa mil millones de veces más. La aprieto en mi mano y la lanzo al lado de la bola de papel. Tubo huele mi enfado, porque se presenta en mi habitación para saltar sobre mis piernas y buscar mis manos.

—Ven aquí. —Me cuelgo la mochila y lo cojo en brazos para llenarlo de besos.

Miro mi cama una vez más. ¿Cómo lo voy a olvidar? La imagen de nosotros abrazados y desnudos, ahí, hace unas horas, me cierra los pulmones. Respira, Jana. Controla esa respiración o te dará un ataque de ansiedad. Inspiro. Espiro. Ahora es cuando cogería la tabla y me metería en el agua durante horas, hasta salir con los labios morados, para borrar el recuerdo de su boca sobre la mía. Y de sus manos acariciando mi piel. Y de sus malditos ojos océano, pero, sobre todo, para borrar lo que me ha hecho sentir durante estas semanas. Lamentablemente, no podré refugiarme en el océano hasta dentro de cuarenta y ocho horas, por lo menos.

Cierro la puerta con un portazo y bajo las escaleras cargando con Tubo, preparándome para el último adiós.

—No llores, cariño —me dice Marga en el jardín cuando me ve con los ojos rojos—. En cuanto te subas en el avión, lo verás todo de otro color.

Ay, si ella supiera. Ahora mismo solo veo gris tirando a negro.

—Claro, verá todo blanco, del color de las nubes, tía. —Su sobrino le da un montón de besos en la mejilla para hacerla rabiarse, antes de meterse en la furgoneta.

Marga hace un esfuerzo enorme para no llorar. Lo noto, y la congoja me burbujea en la garganta. Me gustaría contarle todo lo que me ha pasado, pero no quiero dejarle mal cuerpo con la despedida. Me quita a Tubo de los brazos y nos acompaña hasta la salida, donde está Leo con Israel esperándonos.

—Margarita... —La achucha mi hermano—. Échanos de menos tanto como nosotros a ti. Y cuida de esto, que diez meses se pasan volando.

—Diez meses... —repite ella con media sonrisa.

—Cuidaos mucho, mutuamente. —Les doy un último abrazo largo y me meto en la furgoneta. Necesito huir de aquí ya o el dolor será insoportable.

Leo cierra la puerta y se pone en el asiento del copiloto. Hugo se sienta a mi lado. Comprueban que hay gasolina suficiente en el depósito y arrancan. Ellos se van a dormir en el primer kilómetro y a mí me viene perfecto para desahogarme sin tener que darles explicaciones, porque Israel estará concentrado en la carretera.

Saco los auriculares de mi mochila y los conecto a mi móvil. Antes de buscar una canción que me permita terminar de hundirme, lo pongo en silencio. Gael dará señales de vida en cuanto vea que no me he despedido y que ya no estoy, o eso creo, porque supongo que bordará su actuación hasta el final. Todavía no sé si quiero mandarle a la mierda con un mensaje cuando me pregunte o bloquearlo y eliminar su contacto directamente.

No Queda Na, de Babi con Marc Seguí, es la primera canción que elijo para seguir desangrándome hasta llegar a Madrid. Ese es el plazo que me doy, casi cinco horitas de carretera

para recomponerme, no está mal. Sé que seguiré rota bastante más. Cierro los ojos, aunque mi mundo ya está a oscuras.

No queda nada, Jana.

Nada.

32

Roto

GAEL

Me despido de Lidia, un poco flipado todavía con la noticia, y salgo pitando hacia el Salitre. Me parece rarísimo que siendo la hora que es Jana no haya aparecido por el *pub* para despedirse de mí. Hasta donde yo sé, querían irse a Madrid temprano, a no ser que su hermano y Hugo todavía no hayan llegado al hostel y salgan más tarde.

Cuando llego a la carretera y miro a ambos lados para cruzar, a lo lejos, me parece ver la furgoneta verde de Hugo. No, no pueden ser ellos. Hay miles de furgonetas como esa por aquí. No es el estilo de Jana irse sin decir adiós. No. No puede irse así después de la noche que hemos pasado juntos, es imposible. Además, está lo del regalo del que me habló, algo que quería darme antes de irse. No, definitivamente no puede haberse marchado. ¿O sí?

En cuanto diviso la entrada principal y veo a Marga, limpiándose las lágrimas, me detengo en mitad de la nada, tan en mitad que no soy capaz de llegar a poner un pie en la pequeña acera al lado de ella. No, no, no. No puede ser. ¿En serio se ha ido así? ¿Sin despedirse?

El claxon de un coche me saca del trance y camino lo que me falta para ponerme a resguardo.

—E... —tartamudeo—. ¿Eran ellos? ¿Se ha marchado ya?

—Sí. —Marga saca un pañuelo del bolsillo y se lo pasa por la nariz—. Acaban de irse.

—¿En serio? ¿Ya?

—Sí. Venga, entra conmigo, que te invito a desayunar.

—Dios. No me lo puedo creer. —Resoplo y me paso las manos por el pelo. Tiro tanto de los mechones más largos que me hago daño. Marga no me ve porque ya se ha dado la vuelta y avanza por el jardín—. Jana se ha ido sin despedirse —me lamento en un susurro cuando entro en la cocina.

—¿No ha ido a verte? —Marga arruga la frente—. Qué raro. Porque salió hace un rato y me dijo que iba a despedirse de ti.

¿De mí? Pues va a ser que no. Ni tan siquiera he llegado a verle la cara. No me puedo creer que después de todo se haya largado así.

—He estado en La Luna hasta ahora mismo y ella no ha aparecido por allí. No sé, habrá ido a despedirse de otro. —La mala hostia habla por mí.

No lo entiendo, estoy descolocado. Y, ahora, mucho más. ¿Por qué coño ha mentido a Marga? No tiene sentido decir que va a despedirse de mí y no hacerlo. Te juro que no lo entiendo. Es como si hubiera optado por una huida de cobardes, algo que no le pega nada. Si no quería verme una vez más, podía haberse despedido de mí cuando he salido de su cama esta mañana, y no dejarme ahora así, con este mal cuerpo y esta sensación.

—No te pongas así, Gael. Conozco a Jana, si no ha pasado a verte es porque le resultaría difícil decirte adiós, ¿no crees? Nunca la había visto así de feliz con nadie. Y las primeras veces duelen. —Marga se queda pensativa, como si ahora su mente estuviera viajando a un lugar lejísimos de

aquí. Después, aprieta mi hombro para darme ánimos mientras me sirve el desayuno. Me da igual, nada de lo que diga ahora mismo me quitará esta sensación asquerosa de encima—. O, quizá, bajó a la playa una última vez y se le hizo tarde, ya sabes que ella y el mar son inseparables, puede que por eso no entrara a verte —comenta Marga y, por su gesto, ni ella misma se cree sus palabras.

La teoría del tiempo es bastante débil. El camino por el que baja Jana a la playa es el que pasa por la puerta del *pub*. No tiene ningún sentido que haya pasado por delante y no haya entrado, aunque solo fuese un minuto, a decirme adiós.

—No lo sé. La verdad es que no sé nada. Solo que no quería que se marchara así. Aunque me hubiera jodido de las dos formas, no habría elegido esta.

El sonido de los aullidos de Tubo llega hasta la cocina. Pobre. No me había parado a pensar en él. Unos huéspedes reclaman a Marga para hacer el *check out* y ella me pide que suba a abrirle la puerta del cuarto de Jana, para que se tumbe en su cama y deje de montar este escándalo, o despertará a todo el hostel. Subo las escaleras comiéndome el último trozo de bizcocho que me quedaba.

—Shh..., colega.

Tubo araña la puerta con las patas y me agacho para cogerlo en brazos.

—Te entiendo, ¿sabes? Yo también voy a echarla de menos. —Abro y lo dejo en el suelo, automáticamente se sube de un salto a la cama y se hace un ovillo al lado de la almohada.

Miro la cama y las imágenes de anoche juntos vienen como ráfagas a mi cabeza. Ella sobre mí. Yo sobre ella. Su pelo en mi mano. Nuestros dedos entrelazados. Su boca en mi cuello. Mis dientes en su oreja. Inhalo y exhalo, rápido, a toda la capacidad que tienen mis pulmones. Me mareo, no sé si por los recuerdos o por el nudo en la garganta que impide pasar el aire. Me siento en el borde de la cama y entonces lo veo. El colgante de la luna está tirado sobre la colcha, al lado de una bola de papel. De lujo. Cada vez entiendo menos. Lo cojo y lo huelo, sí, en esa clase de imbécil me he convertido. Huele a playa, a sal, a ella.

¿Por qué narices lo habrá dejado aquí? Pues para olvidarse de ti, capullo.

¿Y qué pasa con lo de no olvidarnos? Porque parece que ella lo ha hecho en cuanto he puesto un pie fuera de la habitación esta mañana. Cojo el papel y me levanto. Me acerco a la pared donde ha dejado colgados la mayoría de sus dibujos, mientras voy deshaciendo la bola.

Hostias, Jana.

Lo poso encima de su escritorio y lo estiro con la palma de la mano, alisándolo. Me quedo mirándolo como un idiota, que es lo que soy. Cada trazo, cada sombra, cada línea. Ella y yo abrazados, la marea y la luna llena que nos acompañaron aquella noche, haciéndola menos oscura. Es una jodida maravilla. ¿Por qué no me lo habrá dado? Lo miro una y mil veces más, es imposible dejar de hacerlo. Es pura fantasía. La noche. La playa. Nosotros. Tan nosotros que me asusta, porque ya no lo seremos más. Cada segundo que pasa estoy más perdido. ¿Por qué lo ha tirado aquí? Sujeto el dibujo y saco mi móvil para llamarla. Quiero, al menos, oír su voz. Necesito oír cómo me dice adiós antes de irme a recoger mis cosas para dejar este verano atrás.

Un tono, dos, tres... cinco. Nada.

Otro intento.

Un tono, dos, tres... cinco. Nada.

Otro intento.

Nada.

Vamos, Jana. Cógelo. No me puedes dejar así.

Otro intento.

Otro nada.

Me ignora, está clarísimo que está pasando de mí. ¿Qué se creía? ¿Que yéndose así no iba a llamarla? Pues no podía estar más equivocada.

Tubo no está dormido, pero está mucho más tranquilo, así que me acerco a acariciarlo mientras me como la cabeza. ¿Qué narices ha pasado para que se haya ido así? Analizo todo lo que sucedió anoche y lo de esta mañana. Palabra por palabra. Gesto por gesto. Hasta ese lenguaje no verbal que siempre dice mucho más de las personas que las frases. No encuentro nada raro. Le dije claramente que, si no llegaba a tiempo, fuera a La Luna a darme el último beso, y ella me dijo que estaba bien, que sí. ¿Entonces? No sé, lo único que se me ocurre es que haya entrado en el *pub* cuando yo estaba consolando a Lidia en el almacén y se haya montado una película en la cabeza. No, no puede haber sucedido eso. ¿O sí? Me llevo las manos a la cara y me la froto. Vale, vale. Quizá eso sí que tenga algún sentido. Nos ha visto juntos y, en vez de interrumpirnos y despedirse, se ha pirado de allí, sacando sus propias conclusiones. Por eso ha dejado el dibujo y el colgante, aquí, tirados. De puta madre. ¿Tan difícil es confiar en mí?

Doblo el dibujo y me lo guardo en el bolsillo trasero del vaquero junto con el colgante. Si el regalo era para mí, me lo llevo, aunque no lo haya recibido de sus manos. Me despido de Tubo y bajo para decirle adiós a Marga. Sigue ocupada con otros huéspedes, así que solo le doy un beso rápido con una sonrisa demasiado triste en la boca.

—Ven a verme cuando quieras. Ya sabes dónde estoy.

Cuando camino de regreso al ático, voy pensando en todo lo que he vivido en este pueblo durante estas semanas. En la casualidad del accidente. En lo bonita y borde que me pareció Jana. En el impulso irrefrenable que me empujó a conocerla más. Y en todas las horas invertidas y disfrutadas a su lado, llenas de algo nuevo e inesperado, de algo que jamás había sentido con nadie. Y en la puta despedida, que me deja un sabor amargo, no dulce. Antes de entrar en el ascensor, hago un último intento y la llamo. Nada. Como veo que pasa de mí, le mando un wasap.

Escribo y borro cien veces. Estoy muy cabreado con ella y no quiero que mis palabras sean puñales. Me duele que se haya marchado así. Lo del dibujo y el colgante es raro. Pero tampoco tengo la certeza de que los haya dejado porque me haya visto con Lidia. ¿Y si solo se ha deshecho de ellos porque no he significado nada para ella? Lo que no deja huella, no tarda en olvidarse. Cuestión de minutos. Supongo que es lo que le ha pasado a ella conmigo.

Yo:

¿De verdad que no vas a cogerlo?

Doble *check*.

Lo recibe. Lo ignora.

—Hola, ¿y esa cara? —me pregunta Bruno cuando entro en casa.

Pues la de él no es mucho mejor que la mía. Lleva los rizos revueltos, los ojos medio cerrados, y solo se ha puesto los calzoncillos. Tiene pinta de recién despertado o de recién follado. No, no

se me han olvidado los ruidos de antes. Pero estoy tan jodido ahora mismo que no me apetece ni interrogarlo.

—La mía.

—¿Qué te ha pasado? ¿Es por Jana? ¿Ya se ha marchado?

—Sí, sin despedirse.

—Vaya, lo siento, *bro*.

—Yo más.

—¿Quieres un abrazo? —Se acerca a mí abriendo los brazos mientras disimula una sonrisa cínica. Lo conozco y sé que el muy capullo está disfrutando de verme por primera vez así. Ni de coña me voy a pegar a él si no se ducha antes.

—No, y borra esa sonrisa de triunfador de la cara, sé lo que estás pensando.

—¿Del uno al diez, cuánto escuece? —me pregunta ahora sin sonreír.

—Doce.

—Vaya, es más grave de lo que creía.

—Me voy a recoger mis cosas. —No me apetece seguir hablando—. Solo quiero meterlas en tu coche y largarme a casa.

—Aun así, ha sido una pasada de verano.

—¿Para ti o para mí? —Arqueo una ceja, esperando que quizá me cuente algo.

—A ver, Gael, aunque ahora estés roto, se te pasará. —Será capullo, qué bien me conoce. Y, cuando pienso que va a ignorar mi pregunta, masculla—: Creo que para ambos. —Y se va a la cocina.

Entro en mi habitación y abro la maleta para llenarla y pirarme de aquí cuanto antes. Quiero llegar al *loft* y meterme en mi cama hasta que vuelva a ser de día.

Bruno tiene toda la razón, estoy roto.

Roto.

Muy roto.

Solo quiero aterrizar

JANA

Solo quiero aterrizar. Lo peor de todo es que todavía nos faltan unas dos horas para llegar a Doha, y es nuestra primera escala. Yo solo quiero llegar a nuestro destino, dejar las maletas en el apartamento, coger la tabla y meterme en el océano. Necesito soltar en el agua toda la rabia que tengo dentro.

Con el paso de las horas, porque, a lo tonto, ya llevo casi veinticuatro fuera de casa, he pasado por un montón de estados, aunque supongo que la rabia está ganando terreno a la tristeza. ¿Cómo he podido ser tan ilusa? ¿Cómo he podido caer? ¿Cómo...?

—Jana, ¿no piensas dormir nada? —Mi hermano me saca del bucle—. Mira que ahora vamos a tener que esperar cinco horas en el aeropuerto. Deberías descansar al menos en los vuelos, o vas a llegar a Sídney reventada.

Reventada ya estoy, por dentro. Un poco más de castigo para el cuerpo no me supondrá un problema.

—No puedo. Además, ya dormís vosotros por mí.

Antes de que saliéramos del pueblo ya estaban groguis. El viaje hasta Madrid ha sido bastante pesado. Había un tramo en obras y nos hemos retrasado. Su amigo se ha tenido que aburrir como una ostra, porque mientras ellos estaban sobados, yo he perdido la vista por la ventanilla, me he puesto la música a un volumen poco recomendable, y no le he dado conversación. Lo que menos me apetecía era hablar, sobre todo porque dudo que me salieran las palabras. Lo único que me brotaban eran las lágrimas. Y más después de ver las cuatro llamadas de Gael y su único wasap.

Casi guapo:

¿De verdad que no vas a cogerlo?

Su mensaje me saltó en la pantalla cuando estaba escogiendo el siguiente tema para terminar de hundirme. Claro que no voy a cogérselo. No. No tiene ningún sentido para mí, y menos ahora que ya estoy a kilómetros de él y de sus mentiras. He archivado el chat, así no tendré que ver si me envía más mensajes, a no ser que yo, como buena masoquista, entre en él dentro de un tiempo. Ya sé que podría haberlo borrado o bloquearlo directamente, sin embargo, no sé por qué en el último segundo no lo he hecho.

Al llegar al aeropuerto, hemos tenido que pegarnos un poco con la empleada de la compañía para facturar las tablas, porque, aunque ya lo habíamos hecho *online*, no parecía estar muy conforme con el peso y el tamaño. Las horas muertas en el aeropuerto hasta subir a este avión han sido insoportables, al menos para mí. No he sido capaz de cerrar los ojos, porque, en cuanto lo hacía, la imagen de Lidia y Gael abrazados volvía a mí. Una y otra vez, persiguiéndome. Y ya sé que lo nuestro tenía fecha de caducidad, pero, después de cómo hemos pasado la última noche

y de todo lo que nos hemos dicho estos días, no sé, pensé que lo nuestro había sido especial. Lo que jamás imaginé es que fuéramos a tener una despedida tan mala y rodeada de tantas mentiras.

Leo sonrío por mi comentario sobre sus siestas mientras bosteza. Menuda traca debió quemar la última noche, solo hay que verle la cara. Bueno, la de él y la de Hugo, que es la misma.

—A ver, nos pasamos un poco en la despedida —me confirma—. Aun así, fue una auténtica pasada. Memorable.

—Ya, imagino. Por cierto, ¿dónde dormisteis?

—¿Dormir? En ningún sitio, peque.

—Me refiero a dónde estuvisteis. La Luna cerraría, ¿no?

—Sí, de allí nos fuimos al garaje de Daniela, la fiesta tenía que continuar.

—¿Y Lidia? —No sé por qué pregunto por ella.

A mi hermano se le amplía la sonrisa al oír su nombre y a mí, en cambio, se me hace más grande la bola en el estómago. Definitivamente soy tonta.

—Lidia también estuvo. Aunque ella se fue a dormir a su casa porque tenía que ir al médico a primera hora.

Lo sé, aun así, sigo. No dejo de darle vueltas al tema en cuestión.

—¿Al médico? ¿Está bien? —Estoy bordando el papel de cínica.

—Sí, sí. Tenía que ir a por recetas para su padre o algo de eso.

Mentirosa.

Me revuelvo incómoda en el asiento. Estoy sentada en medio de los dos. Hugo ni se inmuta con nuestra conversación, porque está dormido con la cabeza pegada a la ventanilla. Bebo un buen trago de agua. La garganta se me está quedando seca y de lágrimas ando justita. En la terminal, antes de subir al avión, me he metido en el baño y me he desahogado a gusto.

—Pensé que le pasaba algo.

—No que yo sepa.

—¿Y habéis hablado con ella hoy? —Vamos, Jana, déjalo.

—No, la despedida fue algo jodida. Fue peor que la primera vez. Ya sabes que con ella hemos compartido todo. Se quedó hecha polvo. Nos pidió que la llamáramos dentro de unos días —comenta mi hermano, y veo cómo le brilla la mirada—. ¿Y tú? ¿Qué hiciste cuando te fuiste del *pub*?

—No voy a responder a eso —espeto.

Ni de coña. No pienso hablar de eso con Leo, no es necesario. Además, me derrumbaría antes de ni tan siquiera empezar.

—Valeee. No obstante, tienes mala cara, Jana. ¿Estás bien? ¿O solo son los nervios por el viaje?

—Estoy bien, tranquilo. —No sueno muy convincente.

—Es por Gael, ¿no? ¿Te ha dado pena dejarlo? —me pregunta, y oír su nombre, aunque sea de los labios de mi hermano, me retuerce las tripas. No voy a llorar. No—. Es normal, hacíais una pareja guay.

¿Una qué? No me puedo creer que mi hermano esté sacando este tema, justo ahora.

—Leo...

—¿Qué? Es verdad. Al final, me ha caído bien el capullo —se ríe—. Se notaba que estaba loco por ti, solo había que ver cómo te miraba. Un día lo pillé en la playa, ¿sabes? Tú estabas con los

niños y él parado en la orilla. Había terminado de correr y seguía todos tus movimientos con una sonrisa de idiota en la boca. Le tenías loco, te lo digo yo. —Sí, loquísimo, por mí y por todas. ¿Con cuántas tías más se habrá enrollado estos meses?

—No estoy así por él. —Apenas me sale un hilo de voz al mentir. Se va a dar cuenta. Leo siempre sabe cuándo miento, porque jamás lo hago, por eso me suele pillar a la primera.

—¿Por quién? —Hugo se despierta en este instante para meterse en la conversación. Lo que me faltaba.

—La peque, que se ha enamorado de Gael y ahora está un poco de bajón.

—No digas tonterías, Leo —me mosqueo.

—Es una mierda enamorarse, Jana. Tienes que evitarlo a toda costa, te lo digo yo.

—¿Tú? —le chinch a mi hermano—. ¿Qué vas a decir tú? Si solo te has enamorado una vez.

—La misma que tú —suelta Hugo.

Mientras ellos se pican, porque sé que lo harán, quizá yo tenga una tregua. No quiero hablar ahora de sentimientos, y si en la ecuación solo sale el nombre de Gael, mucho menos. Nerviosa, me llevo una mano al cuello, pero el colgante ya no está, así que me froto la piel. Divago pensando en aquella noche de luna llena en la que me sentí especial. En sus manos, en la marea, en cada estímulo que despertó en mí. Basta. No. No debo ir por ahí. Eso fue solo un juego más para él. Un nuevo desafío. Eso es. Solo he sido un reto más para él.

—Exacto, Hugo —insiste mi hermano—. La misma que yo y de la misma que yo. ¿O eso ya lo has olvidado?

Vale, ninguno cede. Voy a tener que intervenir. Esta conversación se les está yendo de las manos. ¿En serio mi hermano acaba de insinuar que él y Hugo han estado enamorados de la misma chica? ¿Los dos? Pues, en ese caso, solo puede tratarse de ella. Una tía a la que ahora mismo no saco de mis pensamientos.

—¿Cómo voy a olvidarlo, Leo? Si habéis estado todo el puto verano recordándomelo...

—Stop. —Levanto las manos para que se callen los dos—. No quiero veros así, ¿vale? Hace semanas os dije que teníais que arreglar vuestros problemas y parece que seguís igual.

—Tranquila, peque —me dice Hugo—. No hay nada que arreglar. Lo tenemos asumido.

—No pasa nada, Jana —añade mi hermano, quitándole hierro al asunto.

—Sí que pasa. Este es el viaje de nuestras vidas. Ya os lo estropeé una vez.

—No digas eso —me riñe Hugo.

—Lo digo porque es verdad. No quiero que se vuelva a fastidiar todo. Así que vamos a pensar en lo que nos espera cuando lleguemos; en la playa, las olas y ese nuevo país. No soporto veros discutir.

Todo lo que llevo guardándome desde hace horas empieza a salir. Debería controlarme. Debería morderme la lengua y no echar más leña a este fuego, que ya de por sí está calentito, sin embargo, ahora mismo, estoy indecisa. La pausa es demasiado larga y los dos me miran, esperando a que continúe. Puedo contarles todo lo que vi y escuché en el *pub*, a ver si les quito la venda de los ojos. O puedo seguir guardándomelo para siempre y confiar en que, en cuanto pongamos un pie en Australia, se olviden de ella.

—No discutimos, peque —mascullo Leo.

—Sí lo hacéis. Y odio que os enfadéis por su culpa. —Me vuelvo a pensar si continúo o no. En el fondo, solo quiero aterrizar.

Un amor de verano y mis cojones

Gael

Como Leah y Asier me vuelvan a cantar el estribillo de *Summer Of Love* en el oído, les voy a arrancar las lenguas. No me hace gracia ser su blanco. El rubio, todavía, pero mi mejor amiga podía cortarse un poco. Este es el tercer garito donde la escuchamos y con el pedo tan tonto que llevo hasta yo mismo la tarareo. Patético, lo sé.

Cuando los chicos han petado el chat para que quedáramos todos, he estado a punto de decirles que no contaran conmigo y silenciarlos hasta mañana. Sin embargo, en el último segundo, me he convencido a mí mismo de que la mejor opción para sacármela de la cabeza era salir.

Han pasado más de veinticuatro horas y no he tenido noticias de Jana. Ni me ha devuelto las llamadas ni tan siquiera ha respondido a mi wasap, así que, claramente, está pasando de mí. He bebido tres o cuatro copas con la esperanza de que el alcohol me ayudara a bloquearla de mi mente, aunque eso no ha ocurrido. No va a ser tan fácil olvidarme de ella. Sé que, antes de seguir haciendo el ridículo, debería dar por finalizada la noche y largarme a casa. Lo que pasa es que, cada vez que lo intento, Bruno me pasa el brazo por encima del hombro y me lo impide, como hace en este instante.

—Estás muy cariñoso tú hoy, ¿no? ¿Ya no te dan amor tus amigas de Tinder?

—¿Amigas? ¿En plural? Me gusta que tengas tanta fe en mí.

—No te hagas el listillo conmigo, que no soy tan tonto. Sé que tu polla ha tenido actividad.

—¿Actividad? ¿Como el WhatsApp? —Bruno pone los ojos en blanco y cabecea.

—Sí. —Miro el reloj de mi móvil haciendo el cómico—. Última penetración, ayer a las nueve en punto de la mañana. Que yo sepa.

—Me parto contigo.

—Te oí ayer en el ático. A no ser que estuvieras colgando un nuevo cabecero en la pared. ¿Usaste taladro o martillo?

Leah se abalanza sobre nosotros y nos arrastra a la barra, interrumpiendo la salida airosa o no de mi colega, nunca lo sabré. Qué oportuna.

—Silvia ha pedido unos chupitos —nos informa.

—Para Gael no —añade mi amigo, y me giro para mirarlo—. ¿Qué? No me mires así. Has bebido más esta noche que en todo el verano. No quiero tener que llevarte al *loft* a rastras.

—Puedo ir solo, *mami*.

—A ver... —intercede Leah—. Ha bebido, pero todavía controla, no como Silvia, que le acaba de comer el morro a Neco y después se ha dado un pico con el camarero.

—¿Lo dices en serio? —pregunto flipando.

—Sí, ella y Neco han tenido algo hace días —nos cuenta Leah.

—No me jodas, ¿tan ausente he estado este verano? —Me sorprendo—. Y es en plan, ¿rollo esporádico? ¿O algo más serio?

—No lo saben ni ellos —nos aclara Asier, que se acaba de colar entre los tres—. Pero vamos, que tampoco es tan extraño, Neco nunca suele meditar mucho dónde meterla. Más o menos como hacías tú con tu preciosidad —me vacila.

No me río, pero tampoco me enfado. Entre colegas es bastante común hacer sangre.

—Por favor, ¿podéis dejar de centrar las conversaciones en vuestras pollas? —se queja Leah.

—A mí no me mires. —Bruno levanta las manos, exculpándose.

—Ni a mí. Porque ahora mismo es en lo último que estoy pensando.

—A ver, yo igual sí que quiero centrarme en la mía. En el pueblo no me he comido ni los mocos —afirma Asier, y nos pone cara de cordero degollado.

—¡Vamos! Que se van a calentar —nos anima Neco, ignorando que ha sido el protagonista de nuestra conversación, mientras nos acerca los vasos.

—El de Gael es para ti —afirma Bruno.

—¡Vamos, tío! —Me pega una palmada en el pecho, algo más fuerte de lo normal. Sabe que tengo la mecha corta, y más hoy, que no estoy de humor—. No me puedo creer que tengas ese bajonazo. Pues sí que te ha dejado tocado esa niñata.

—¿Qué coño dices? —Aprieto el puño y tenso la mandíbula.

Silvia se cuelga del cuello de Neco y le dice algo al oído, mientras sonrío enseñándome todos sus dientes.

—Anda, ¡bebe y calla, Neco! —le dice Asier y lo aleja de mí.

Cojo el vaso y no espero al brindis. Me lo llevo a la boca y me lo bebo de un trago.

—Me voy a fumar un piti. —Poso el vaso vacío en la barra y salgo a la calle. Sé que Leah viene detrás de mí.

—Pensé que este verano lo habías dejado. Apenas te he visto fumar. —Mi amiga se apoya en el coche a mi lado mientras me enciendo el cigarro.

—No lo he dejado. Solo he fumado menos.

—Pues hoy estás recuperando el tiempo perdido, enganchas uno con otro. ¿Por qué has fumado menos?

—Porque... —Medito mi respuesta. He fumado poco porque no he tenido la necesidad de hacerlo. Vamos, que he estado entretenido en otros temas y no me lo ha pedido el cuerpo—. Porque he sido más gilipollas. —Resoplo antes de dar una calada larga.

—Basta. Soy yo, Gael, a mí no me la cueles. Te voy a decir una cosita...

Se avecina sermón, menos mal que me he tomado ese chupito.

—¿Solo una? —contraataco borde—. Pues qué raro, porque con esa bocaza que tienes...

—Una o las que me dé la gana. No pasa nada porque estés jodido, ¿vale? Es normal que estés triste, que te duela, que te dé rabia. Es *normal* —me grita—. No eres menos tío por sentir, ¿sabes? Además, esto se te pasará, tarde o temprano. Pasará. Porque es un amor de verano. Siento hacerte *spoiler*, sin embargo, ahí va: así es la vida, mamón. Volverás a mojar el churro por ahí, no sufras, no vas a tener ningún problema con esa preciosidad.

—Ja, ja, ja. —Me descojono—. ¿Pero tú te oyes?

—Sí —afirma—. Jana te ha roto los esquemas. ¿Sabes por qué? —continúa y no me deja responder—. Porque es la primera vez que no follas como si fuera una competición. Te jode un montón haberte implicado así y que, según tú, ella no te haya correspondido. Bienvenido al club de los sentimientos.

—Pues menuda mierda de club.

—Vamos a ver, Gael. Te has bebido hasta el agua de los floreros hoy. No paras de echar pestes de Jana, de lamentarte por haber caído, y de lo tonto que has sido. Aunque, en el fondo, solo te estás comportando como un niño pequeño al que le han quitado el caramelo. Madura, amigo. Ella se iba a ir de todas maneras; si no se ha despedido, tendrá sus motivos. Solo tienes que aceptarlo y punto. Mañana dolerá menos.

—¿Tú no estudiabas un doble grado de Derecho y Administración de Empresas? ¿O al final estás haciendo Psicología en secreto?

—Imbécil.

—Ella me llamaba idiota y me gustaba más... —Me arrepiento en cuanto lo digo.

Esto solo confirma la teoría de mi amiga, que cabecea a mi lado cuando me escucha. Meto la mano en el bolsillo de mi vaquero y enredo con el colgante de la luna; sí, hasta ese punto me ha dejado tocado.

¿Qué cojones hice? No entiendo nada, y lo peor de todo es que ya no tiene ningún sentido averiguarlo, porque, cada segundo que pasa, ella está más lejos de mí.

—Venga, vamos a despedirnos de estos y te acompaño a casa.

—No, en todo caso, será al revés, yo te acompaño a ti. Sigo siendo un tío.

—Lo que sigues siendo es muy tonto. ¿Tú te has visto? Será mejor que me asegure de que te metes en la cama.

Bruno sale en ese momento y nos dice que el resto se quedan a quemar la noche y que él también se pira. A pesar de mis quejas, me acompañan los dos al *loft*. Menos mal que estamos cerca.

—Acompáñala a casa, por favor —le ordeno a mi amigo cuando me dejan en la puerta de arriba.

—Su casa está antes que la mía, Gael —se queja Leah. Cuando quiere se pone muy pesada con el tema de ser autosuficiente.

—Tranquilo, me aseguraré de meterla en la cama. —Leah lo mira elevando una ceja y él me mira a mí con... ¿una sonrisa arrogante? Me está vacilando. Puto pedo que llevo—. Duerme la mona, anda. Mañana te llamo.

Voy al baño. Me desnudo y, antes de lanzar la ropa a la alfombra, saco el colgante del bolsillo y lo dejo encima de la almohada. Me tumbo en la cama, sin abrirla. Miro al techo con los ojos como platos. El alcohol es así de puñetero, o te deja KO o te desvela. A mí me pasa lo segundo. Saco los auriculares que tengo en la mesita y el dibujo de Jana, que coloco al lado de la luna. Enredo en Spotify. A *Cuestas*, de Marc Seguí, ilumina la pantalla, como si el maldito teléfono detectara mi puto estado de ánimo a través de mi huella dactilar. Deja el móvil, Gael. Apágalo. Mételo en el cajón. Tíralo antes de cometer el error más común del borracho despechado.

Busco su perfil en Instagram. No hay *posts* nuevos; el último es uno de la semana pasada. La foto se la hice yo sin que se diera cuenta, está en el jardín, de espaldas, cerca de la hamaca. Cierro la aplicación y entro en el WhatsApp. Aquí sigue teniendo la misma foto; ella y Tubo subidos en su tabla. La última conexión fue hace horas.

¿Y si le mando un audio? Así, por narices, tendrá que escuchar mi voz, que es algo que parece que no quiere. A no ser que lo borre antes de abrirlo, y entonces no habrá servido para nada. Pulso el micrófono, aunque en el último segundo lo suelto, sin pronunciar una palabra. Se me

empieza a pasar el pedo, aunque sigo teniendo la voz algo pastosa. Si le mando un audio, se dará cuenta de que estoy borracho.

Me incorporo, subo la intensidad de la luz y doblo la almohada para colocarme recostado de lado, sobre el codo derecho. Abro la cámara del móvil para hacerme un *selfie*. Estiro el otro brazo y en la pantalla me veo de cintura para arriba. Pegados a mis costillas están el dibujo y el colgante.

Clic.

Escribo.

Yo:

Ni despedida. Ni beso. ¿También me vas a dejar sin explicación?

Adjunto la foto. Lanzo el móvil y apago la luz. Mierda. Gruño y me froto la cara. Supongo que mañana, cuando vea que no se ha dignado a responderme, me arrepentiré. Si al menos supiera cómo borrar sus huellas...

Duele, y sí, ya sé que es la primera vez que me pasa. ¿Ves? Al final, me vas a dar la razón, las relaciones no son para mí. No sé por qué lo venden como algo bueno y bonito. El amor confunde y escuece. Yo era un tío feliz sin complicarme, y ahora, mírame. Mis amigos me dicen que se me pasará, que no es para tanto, solo un amor de verano.

Un amor de verano y mis cojones.

35

De esta forma

JANA

Acabamos de aterrizar en Kuala Lumpur, y ahora tenemos que esperar casi seis horas para coger el siguiente avión. El viaje se me está haciendo interminable. Mi estado anímico tampoco ayuda a que sea más llevadero. Me da rabia, porque esta tenía que estar siendo una de las mejores experiencias de mi vida y está siendo justo lo contrario. Estoy agobiada y cansada. Da igual las horas que pasen, cada vez estoy peor.

Durante el vuelo a Doha estuve a punto de contarles todo lo que escuché en La Luna y así abrirles los ojos de una vez. Sobre todo, porque me pone enferma oír el cariño y la admiración con la que mi hermano y Hugo hablan de su amiga, como si fuera la mujer más maravillosa del mundo, y no una falsa y una mentirosa, que es lo único que es para mí en este instante. De Gael no voy a decir nada más, sus actos han hablado por él. He sido una idiota, es evidente. No sé por qué pensé que yo iba a ser especial para él y no una más de su extensa lista. Eso me pasa por confiar. Una vez más, confiar ha sido un error.

—Voy al baño —les comunico a los chicos.

—Yo también —dice Hugo.

—Vale. Tened cuidado, que aquí hay mucha gente. Mirad, ahí parece que hay asientos vacíos —nos indica mi hermano—. Voy a por algo de comer y regreso aquí. No os mováis.

Cuando entro en el baño con mi mochila a la espalda, lo primero que hago es mirarme en el espejo. Estoy hecha un desastre. El pelo enredado, los ojos cansados y los labios reseca, hasta me ha bajado un tono el color de la piel. Me refresco la cara y me sujeto al lavabo. Mi primera experiencia cogiendo aviones va a quedar grabada en mi memoria, aunque no por los motivos que esperaba.

Cinco minutos más tarde salgo y busco un hueco en la zona de asientos que me ha dicho Leo. Me siento en uno libre y saco el móvil para quitar el modo avión. Me he puesto nerviosa mientras aterrizábamos, más, si eso es posible, así que no me había vuelto a acordar del teléfono. Enredo un rato hasta que arranca y se conecta con la red wifi del aeropuerto. El fondo de pantalla es una foto de Tubo, así que me quedo absorta en esa cara de bueno que tiene mi peludo mientras llegan las notificaciones. Una lágrima se me escapa. Y después, otra. Cojo aire y contengo la tercera. De Gael no hay noticias. Archivé el chat y no he sido capaz de volver a mirarlo, seguro que ha seguido mandándome mensajes. Lo conozco, o eso creí, será un mentiroso de manual, pero es muy insistente; por lo menos no ha vuelto a llamarme. Tengo wasaps de Marga y de Iris. Bueno, de mi amiga también tengo dos llamadas perdidas. Si escucho su voz, me desmoronaré, aunque quizá es lo que necesito. Soltarlo.

Descuelga cuando estoy a punto de cortar la llamada. Ni me he parado a pensar en la diferencia horaria.

—Jana... Joder, ya estaba atacada. Iba a buscar el vuelo en Skyscanner y todo.

—Hola. Hemos aterrizado hace un rato y no he cogido el móvil hasta ahora.

—Vaya. ¿Y esa voz? ¿No te está gustando volar? —se interesa mi amiga. La escala en Doha iba a ser de cinco horas, sin embargo, cuando aterrizamos, nos informaron de un cambio de última hora y embarcamos enseguida en el siguiente avión, así que solo me dio tiempo a mandarle un mensaje—. ¿No me digas que te has cagado? Porque para volver de Australia en coche lo vas a tener complicado, Jane.

La tercera lágrima que me aguanté antes sale ahora. Y la cuarta y la quinta. Iris se queda descolocada con mi congoja y trata de calmarme con sus bromas, pensando que lo que tengo es pánico a volar. Yo trato de decirle que no es por eso y ella me da técnicas para sobrellevar el miedo. El minuto siguiente es como el teléfono escacharrado, hasta que suelto la bomba.

—Gael se ha estado enrollando con Lidia y ahora están esperando un bebé.

—¿¡Cómo!? ¿Qué acabas de decir? —Hugo, de pie, justo detrás de mi asiento, es el primero en hablar, porque Iris al otro lado del teléfono se ha quedado muda.

—Hugo, yo...

—Repítelo. —Hugo rodea la fila de asientos y se pone enfrente de mí. Levanto la cabeza y sus ojos echan fuego, los míos solo están apagados. Se agacha para estar a mi altura.

—Joder, Jana —reacciona Iris por fin—. ¿Estás segura? ¿Cómo lo sabes?

—Porque los vi en La Luna. Y los escuché. Lidia habló de un bebé y de que usaron condón...

Me rompo. Me rompo mientras empiezo a reproducir lo que escuché. Justo cuando llega Leo, que se queda atónito con la palabra embarazo. Nos mira a Hugo y a mí sin entender nada. La señora y el niño que estaban sentados a mi lado les dejan sus sitios. Me quito el móvil de la oreja y lo pongo sobre mi regazo, activando el altavoz, para que Iris también nos escuche.

—Peque... —Mi hermano trata de consolarme.

—Dice que Lidia está embarazada y que es de Gael —le informa Hugo.

En su mirada solo veo rabia contenida. Y decepción. Además, mira a Hugo como si quisiera asesinar a alguien y niega con la cabeza. Nuestro amigo solo se frota la cara con las manos y resopla.

—Jana, no llores. Igual has escuchado mal. O yo qué sé —dice Iris—. Igual lo has sacado de contexto.

—Él sin camiseta, abrazados y ella con la cara hundida en su pecho. Sé lo que oí, y siendo Gael el protagonista es muy difícil equivocarse.

—Me cago en la puta —masculla Hugo, y se pone de pie con su móvil en la mano.

—Estoy flipando —comenta Iris.

—Tranquilízate —le pide mi hermano a Hugo, y se levanta también.

—Tengo que hablar con Lidia. Embarazada, joder —espeta nuestro amigo.

—¿Tú? ¿Por qué? —le pregunta mi hermano, y me llevo la mano al codo. El tono de Leo es de desconcierto, aunque también de enfado, como los días que han estado cabreados. Oh, no...

—Iris, luego te llamo.

—¿Qué pasa? No me dejes así...

Cuelgo y me pongo de pie. Hugo y Leo están en su particular cruce de miradas; de igual modo, me acerco a ellos.

—Te he hecho una pregunta —insiste Leo—. El que tiene que hablar con Lidia, en todo caso, será yo. No tú. A no ser que se me haya escapado algo. ¿Me he perdido algo, Hugo?

—Chicos, por favor...

Me ignoran. Se tensan. Mi hermano más.

—Si Gael entra en la ecuación también, creo que los dos nos lo hemos perdido —masculla Hugo, y de repente todo encaja para mi hermano, para mí y para el maldito universo. Los tres han estado enrollándose con ella.

—Hostias, Hugo. Hostias. No me esperaba esto de ti.

Ni yo que se enteraran de esta forma.

36

La rabia

Gael

Sofía tira de las sábanas y me balancea con su minimano para que me levante de la cama. Bufo e intento taparme con la almohada. Ella se sube encima del colchón y me lo impide.

—Sofía...

—Quiero helado de chocolate. Mamá me ha dicho que, si comía todas las cosas esas verdes del plato, tú me llevabas a comer helado.

—¿Yo? ¿Y por qué no vas con Teo?

—Porque Teo no está, se ha quedado a dormir en casa de Berta.

—¿Y tus padres? —pregunto y me la quito de encima sin abrir los ojos del todo—. Porque tú tienes unos padres, ¿no?

—Te estamos oyendo... —grita mi madre desde donde quiera que esté.

—Gracias, mamá. —No me puedo creer que le haya abierto la puerta a mi hermana para que venga a despertarme.

—De nada, hijo. Es que son casi las cinco de la tarde.

¿Las cinco? ¿Y hoy es...? Porque cuando me incorporo me duele el cuerpo como si hubiera estado durmiendo tres días.

—¿Y este dibujo? ¿Es para mí?

Mierda. Lo recojo antes de que Sofía se encapriche y quiera llevárselo a su habitación.

—Es un regalo de Jana. —Su nombre me sigue quemando la garganta.

—Me gusta, dibuja muy bien, como Teo y mi papá.

—Como Teo y tu papá, ¿eh? ¿Estás diciéndome que yo no dibujo bien? —La cojo de la cintura, por la zona donde tiene cosquillas.

—Tú dibujas *fatal*.

Tiene razón, se me da muy mal; aun así, se gana las cosquillas, y yo la bronca de mi madre por hacérselas.

Tendría que guardar el dibujo bajo llave y tirarla. A ver si de esa forma no lo vuelvo a sacar. Puto masoquismo. Que lo sacara de pedo el sábado tiene una vuelta, lo de la foto no admite consideración, lo sé. Sin embargo, lo de repetir la misma operación el domingo, ya sin resaca, y anoche, no hay quien lo entienda. Lo tuve entre mis dedos un buen rato antes de dormirme y lo estudié a conciencia. Como si el puñetero trozo de papel fuera a hablarme.

Cuando me comporto y dejo de hacerla reír, me exige, sí, esta enana es de ordeno y mando, que me vista y la lleve a comer ese helado.

—Vale, pero tengo que ducharme primero. Vete a calzarte.

—Mamá, Gael ya ha dicho que sí —canturrea cuando entra en su casa.

—Qué fácil, ¿no? —pregunta Axel. Me parto con él.

—*Chupao* —afirma ella. Menuda cameladora.

Ellos se ríen y yo también. Aunque a mí la risa se me congela en cuanto me miro en el espejo. ¿Hasta cuándo voy a estar así? Porque tendría que empezar a espabilar ya. Y a dejar de regodearme, eso también. Jana sigue sin ver mis mensajes y sin responderlos. Ha debido de bloquearme. Aunque yo no he dejado de insistir. Después de la foto del sábado, le envié otra el domingo; mi mano sujetando el colgante. Igual de penosa, lo sé. Y algunos textos bastante contradictorios. En algunos le he pedido una triste explicación y en otros simplemente le he echado en cara su falta de sinceridad. Habla la rabia por mí. Porque no sé gestionarla. Lo único que no he hecho ha sido volver a llamarla.

He estado a punto de mandar un wasap a Iris, solo para que me dijera si su amiga está bien. Al final, lo he dejado, porque no quiero comprometerla. Si les hubiera pasado algo parecido a Leah o a Bruno, yo tampoco habría compartido información sobre ellos con nadie más.

Mientras me ducho, las imágenes de los dos juntos sobrevuelan mi cabeza. No puedo seguir así. Tengo que empezar el desalojo. Hoy, mejor que mañana. La solución para volver a ser Gael es sacármela de dentro. Sin poder evitarlo, me pierdo en el recuerdo de sus manos sobre mi piel. Sobre todas las partes de mi cuerpo. Vale, sobre una específica. Por ahí no, Gael. Por ahí no sigas. Como soy imbécil, sí que sigo. Jana con una sonrisa enorme saliendo del agua. Jana mojada. Jana jadeando. Jana sonrojada. Jana corriéndose. Jana soltándome una de sus borderías. Jana encima de mí...

Basta. Esto es insano. Sí, es evidente que estaba empezando a empalmarme, lo último que necesito. Así que me estrangulo la polla para evitar que le siga llegando la sangre, termino de aclararme y cierro el grifo.

Me visto, y en vez de guardar el colgante en el bolsillo de mi vaquero, como he hecho estos días, lo meto junto al dibujo en una caja metálica y coloco esta dentro del cajón. Doble barrera. Me prometo a mí mismo no volver a sacarlos de ahí.

Cojo mi móvil, que estaba en silencio, y echo un último vistazo a su chat.

Nada. Cero.

Perfecto, pues se acabó. No pienso seguir arrastrándome. Si ella no quiere saber nada de mí, yo tampoco quiero saber nada de ella.

Yo:
Adiós.

Una sola palabra antes de archivar el chat y bloquear su número. Solo me falta hacerlo también de Instagram y eliminar sus fotos. Como Sofía me reclama, impaciente, tendré que dejarlo para cuando regrese.

—Vamos, Gael. Yo ya estoy.

Al final, este paseo con mi hermana va a ser mi mejor distracción.

37

La culpa

JANA

—Tienes que calmarte, Jana. —El tono de voz de Iris al otro lado de la línea es más suave que nunca. Después de aguantar mis sollozos y mis hipidos durante más de quince minutos, se ha dado cuenta de que reñirme no es la solución—. En serio, tienes que dejar de llorar y respirar profundo, no quiero que te dé un ataque de ansiedad, ¿me estás escuchando?

—Sí... —baluceo, y trato de contener las últimas lágrimas. Digo las últimas, porque necesito que lo sean, en algún momento tengo que parar.

Inhalo. Exhalo. Inhalo otra vez y exhalo despacio, dejando salir el aire en pequeñas cantidades, tengo que cortar este llanto para poder abandonar el baño con un aspecto decente, uno que no haga a mi hermano querer llamar a los servicios de emergencias del aeropuerto, si es que los hay.

—¿Sigues en el baño?

—Sí, tengo que salir porque Leo y Hugo estarán preocupados. No descarto que se cuelen en el baño de mujeres para encontrarme. Aunque sea por separado. Dios, Iris, ¿qué voy a hacer? Me parece estar viviendo dentro de un mal sueño. —Me froté la cara con la mano libre—. Menuda mierda. Todo es por mí...

—No se te ocurra terminar esa frase.

—Es que... —hipeo—. Me siento fatal. Si Hugo no me hubiera escuchado contártelo...

—Deja de culpabilizarte, Jana —me repite Iris—. Te prohíbo hasta que lo pienses. Tú no tienes la culpa de nada. Por favor. Sabes de sobra que hay circunstancias que se escapan a nuestro control, ponen nuestro mundo patas arriba, y, además, son inevitables. No están en nuestras manos, así que no podemos cambiarlas. Tú más que nadie deberías tener aprendida esa lección. No es tu culpa. Repítelo conmigo.

—Iris.

—Vamos, quiero oírte. Repítelo.

—No es mi culpa.

—Más alto.

—Venga ya, Iris —protesto—. Aquí hay mucha gente, se van a pensar que estoy loca.

—Vamos, Jana, nadie va a juzgarte. Grítalo, a ver si así de una vez por todas te lo crees. Tienes que centrarte y canalizar toda tu energía en llegar.

—¿Centrarme? Es muy fácil decirlo. —Tengo que vaciar mi cabeza de cualquier pensamiento negativo y pensar solo en lo que quiero, llegar.

Estoy agotada. Estoy decepcionada y desilusionada. Ahora mismo me siento como si me hubieran partido a la mitad y separado en dos partes, llevándose una muy lejos de la otra. Destrozada. Sin fuerzas. Con el corazón me pasa un poco lo mismo.

He perdido la noción del tiempo hace horas. No sé si es de día o de noche. No tengo ni idea de si la siguiente escala será la última, o si todavía nos esperan más cambios en el siguiente

aeropuerto y seremos incapaces de parar esta maldita rueda de hámster donde parece que vivimos desde que salimos de casa. No recuerdo cuándo fue la última vez que dormí algo. Ni cuándo comí. No sé si voy o vengo. No sé si oigo voces o solo están en mi cabeza. Estoy ida. Lo que sí sé es que tengo músculos, porque no dejan de dolerme, hasta los faciales, que se han tensado y contenido tantas veces para no llorar delante de ellos y empeorar la situación que, probablemente, no podré sonreír de nuevo. Ojos rojos. Pelo enmarañado como un nido de pájaros. Piel pálida. Y la garganta seca, de tragarme palabras, de gritar para adentro, de guardarme todo. Aeropuertos. Retrasos y las caras de mis dos compañeros de viaje. No suelo darme por vencida casi nunca. Digamos que soy de las que lucho. Me aferro a lo positivo. Me siento cómoda buscándome la vida. Sin embargo, no puedo engañarme más, sé que también tengo un límite, y, aunque todavía no lo he sobrepasado, debo estar a punto de hacerlo.

—¿Has comido algo? Venga, vete a comer algo antes de embarcar.

—Tengo el estómago cerrado.

—Lo sé. Sin embargo, ahora tienes que ser más fuerte que nunca. Esto solo es una pequeña piedra en el camino. Recuerda que, de los tres, tú eres la brújula, sin ti están perdidos.

—¿Ves? Tú misma me cargas con esa responsabilidad, y no sé si la quiero. He sido una ingenua, yo pensé que si... —Cojo aire. Tengo que parar de llorar. Tengo que salir de aquí y empezar a afrontarlo.

—Basta, Jana. —Iris no me deja terminar la frase—. Las decisiones de los demás son tuyas. No puedes culparte de lo que hacen otros, porque no es tu problema, es el de ellos. ¿Me oyes?

—Sí, pero...

—Ni pero ni nada. Se acabó. Tú eres tú y tomas tus propias decisiones. No las de Gael, ni las de Hugo, ni las del imbécil de Iván en su momento, ni las de Leo, ni las mías, ni las de tus padres. Lo que hacen los demás escapa a tu control, Jana. Y tienes que dejar de cargar con ese peso, porque no es sano.

Mi amiga tiene razón, hacía muchísimo tiempo que no me culpabilizaba por todo lo que no puedo controlar. Sé que no debería hacerlo, lo que pasa es que el revoltijo de sentimientos que tengo en las tripas me ha llenado la cabeza y el pecho de inseguridades. Me costó muchas horas de terapia tomar conciencia de que el incendio no fue por mi culpa y que tampoco fui responsable de las consecuencias. La aventura fallida de Leo en Australia. La nueva vida en casa de Marga. La ayuda inestimable de Hugo. Cargué con el peso de todos los daños colaterales. Igual que hice cuando me pasó lo de Iván, asumiendo que la tara la teníamos yo y mis cicatrices. Liberarme de ese peso y aceptar que no puedo tener el control de todo me hizo más madura y más libre, por eso, ahora, me molesta el doble estar así, como si estuviera desaprendiendo y no al revés. No me gusta sentirme de esta manera y, evidentemente, a mi amiga tampoco le agrada que lo haga.

—Lo sé. Lo sé.

—Entonces, no te hagas eso. Y no me lo hagas a mí, porque me mata saber que estás atravesando una crisis tan lejos. No me hagas tener que llamar a la Interpol y ponerte en busca y captura para que te traigan a mi casa. —Cambia de nuevo el tono y, aunque no me río, sí que curvo un poco los labios—. Ya me conoces, y sabes de lo que soy capaz.

—Tranquila, te prometo que se acabó. Voy a sonarme los mocos por última vez, ¿vale? Y salgo de aquí. —Inconscientemente me llevo la mano al cuello. Su luna no está, idiota.

—Está bien, aunque hazlo después de que cuelgues conmigo. En cuanto te subas en ese avión, piensa en que todo ocurre por algo, *sister*. Te juro que el cosmos, de ahora en adelante, te tiene preparado de lo bueno, lo mejor. Seguro.

—Ojalá.

—Palabrita de Iris.

Sonríó, me despido y cuelgo. Me sorbo los mocos, como ya había anunciado, y salgo del cubículo para refrescarme un poco la cara. La imagen que me devuelve el espejo es bastante lamentable. Nada que una ducha de media hora y mi gel no arreglen. Lo del pelo quizá me lleve más rato.

Cuando salgo busco a Leo, está pegado al cristal que da a la pista, con el móvil en la mano.

—Iba a mandarte un mensaje o a entrar directamente. Me estabas poniendo de los nervios. ¿Estabas hablando con Gael?

Gael, Gael, Gael. Todavía me cuesta pronunciar su nombre en voz alta. El nudo. El maldito nudo no se ha deshecho, aunque tengo la esperanza de que lo haga, quizá solo necesito sentarme en el avión y ser valiente, más valiente que nunca. De los errores se aprende, o eso dicen.

—No, estaba hablando con Iris.

—Deberías llamarlo, Jana.

—Ahora no puedo. —No le digo a mi hermano que, en cuanto hablaron con Lidia, recuperé el chat que tenía archivado de Gael. Leí sus mensajes y vi las fotos que me envió. Hizo que me sintiera mucho peor. En el último solo me decía adiós y sonaba a definitivo—. ¿Y Hugo? ¿Dónde está?

—Se acaba de ir hacia la puerta de embarque, supongo que quiere volver a hablar con Lidia sin tenerme cerca, como si yo fuera gilipollas.

—Leo, yo...

—Ahora no —me parafrasea—. Venga, que parece que no hay retraso y saldremos en hora.

—Está bien.

—Jana, espera. —Mi hermano me sujeta de la muñeca y me detiene en mitad del pasillo—. Todo va a estar bien, ¿entendido? —Asiento con la cabeza, no muy convencida, y mi hermano me abraza—. Nada de esto ha sido culpa tuya, ¿vale? Así que, por favor, cambia esa cara, porque no soporto verte así de triste.

A mí tampoco me entusiasma verme así.

Mientras hacemos fila para embarcar, le envío un mensaje a Gael, dando de nuevo señales de vida.

Yo:
Perdón.

No voy a mentirte, la culpa es muy puñetera y no se esfuma tan rápido como me gustaría. Espero que, durante las próximas horas de vuelo, consiga dejarla flotando entre las nubes.

38

Ojalá

GAEL

Teo tira de las sábanas y me zarandea. ¿Por qué tengo la sensación de que todos mis días empiezan igual? Parece que me he quedado atrapado en el Día de la Marmota. Y no, no me apetece una mierda volver a clase, pero es lo que necesito, porque este plan de estar todo el día tirado tampoco va conmigo.

—Vamos, has dicho que ibas a acompañarme.

—¿Por qué yo? ¿Tú no tienes amigos?

—Sí, y un hermano borde al que le encanta hacerse el duro, aunque, en el fondo...

Le atizo con la almohada antes de que termine esa frase. Sí, la familia también es esto. Están un poco sorprendidos de verme tan perdido estos días. Sé que lo achacan a la marcha de Jana, aunque no conocen los detalles.

—Venga, dúchate, que hueles a choto. —Teo ignora mis quejas—. Y rápido, que son casi las cuatro de la tarde.

¿Las cuatro? Pero si me acabo de despertar. Ayer me quedé viendo una mierda de película que terminó muy tarde, y luego estuve chateando con Leah un buen rato, porque ella tampoco se dormía. Enlacé eso con un vistazo rápido a Instagram, nada reseñable. Y de ahí salté a la cadena de vídeos chorras de TikTok; vamos, que lo importante era consumir los minutos y no pensar, hasta que caí rendido.

De camino al baño oigo cómo me rugen las tripas.

—Hazme un sándwich mientras me ducho, que me muero de hambre —le pido a Teo.

—Vale. Y date prisa, que luego he quedado, te lo digo en serio.

—Que sí, pesado.

Teo ha insistido mucho para que lo acompañe hoy de compras, y como lo conozco como la palma de mi mano, sé que quiere estar conmigo a solas. No sé, querrá contarme algo y no sabe cómo, lo que se me escapa es por qué extraña razón quiere hacerlo fuera de casa.

Abro el grifo y espero a que el agua salga templada. Me quito el bóxer, que es lo único que tengo puesto, y me meto debajo del chorro. Agacho la cabeza y dejo que caiga sobre mi nuca para despejarme. Bloqueo cualquier imagen. Hoy sí. Cierro los ojos y pego la frente a los azulejos.

—Lo estás haciendo bien, Gael —me digo en voz alta para creérmelo. Es como si estuviera en pleno proceso de desintoxicación y necesitara automotivarme.

Me parece oír a Teo al otro lado de la puerta, supongo que metiéndome prisa de nuevo.

—Ya voy...

Salgo de la ducha y cojo la toalla de la percha. No he traído ropa, así que me seco por encima y me la anudo en la cadera antes de abrir la puerta para salir. Doy un par de pasos con la cabeza

agachada, mientras me revuelvo el pelo con los dedos, lo que provoca que las gotas que me caen de las puntas vuelvan a mojarme el pecho.

—¿Me has hecho el sándwich? —Levanto la cabeza y mis pies se pegan al parqué. No, no hay ni rastro de Teo.

Uno. Uno. Dos. Dos. Tres. Tres. ¿Segundos? ¿Minutos? O putas horas. No sé cuánto tiempo pasa hasta que mi cerebro reacciona a la imagen que ven mis ojos. Sigo paralizado. Ella. Aquí. En mi casa. A dos metros de mí. Está de espaldas, sin embargo, esa melena larga y el olor a sal, que ha impregnado cada metro cuadrado de mi *loft* en cuestión de minutos, son inconfundibles. La otra alternativa es que las cañerías tuvieran residuos alucinógenos que se hayan transferido al agua y yo ahora mismo esté en pleno colocón.

—Ho... Hola. —Se gira y, cuando me ve, curva sus labios de manera tímida. Sus ojos se achinan mientras me hace un buen repaso. Se detiene en mi boca, supongo que buscando que mis labios imiten a los suyos, pero no lo hacen. Ahora no.

—¿Qué haces tú aquí?

He sonado muy borde. Sin embargo, ¿qué pretende? ¿Que acorte la distancia que nos separa y me abalance sobre ella? ¿Que la abrace? ¿Que mis dedos se enrosquen en su melena antes de invadir su boca? ¿Que me rinda a sus pies? ¿Que la agarre tan fuerte que sea incapaz de volver a marcharse? Podría hacerlo, porque las ganas siguen ahí, no voy a engañarme, sin embargo, la dignidad también y gana la batalla.

¿Qué hace aquí? Tenía que estar surfeando en Australia, en la otra punta del mundo. No en mi casa, mirándome como si quisiera acercarse a mí.

—Gael, yo... —Mi nombre saliendo de su boca suena igual que hace días, aunque también diferente—. He venido a pedirte perdón.

—Tarde.

—Te he mandado un mensaje.

—Yo mil.

—Gael, por favor. Todo esto tiene una explicación.

—Una que ya no necesito, gracias.

—Gael, entiendo que estés enfadado, pero escúchame.

—¿Enfadado, yo? Para nada. Y escúchame tú a mí. La puerta está ahí.

—No me voy a ir. —Se cruza de brazos y me desafía con la mirada.

—Pues ponte cómoda, porque el que se va soy yo. —Me doy la vuelta y saco un bóxer y una camiseta del cajón de la cómoda, lo lanzo encima del colchón y busco el vaquero, que debe de estar encima de la silla.

Jana se mueve, oigo el sonido de sus chanclas. Sé que se está acercando, aunque esté de espaldas. Voy hasta la mesita y cojo la caja metálica para colocarla encima del colchón.

—Gael. He leído tus mensajes, yo...

—¿Los has leído? Genial. Esto cada vez se pone mejor. Y no eres capaz de responderme, sin embargo, así, sin avisar, te presentas aquí.

—No los leí cuando me fui porque archivé el chat. Yo no...

—No querías saber nada de mí —la interrumpo—. Me quedó bastante claro, tranquila. —Abro la caja, cojo el dibujo y lo hago una bola, después, lo tiro de malas maneras sobre la colcha y también la cadena con la luna; caen al lado de ella, que está a los pies de la cama—. Me parece

perfecto, por eso no entiendo qué haces aquí. —Acorto la distancia que nos separa. Su olor se cuela con fuerza, y sus ojos *verdegrises* no dejan de mirarme. No me escondo, y menos en mi casa. Estoy enfadado y, aunque verla aquí me ha dejado en *shock*, no pienso volver a caer—. Eso es tuyo, llévatelo al salir. —Le señalo sus cosas.

—Gael, lo siento. Lo siento mucho.

—De puta madre, Jana. —Aplaudo y ella da otro paso hacia mí. Mierda, la distancia de seguridad, ¿dónde está? No quiero tenerla tan cerca. No puedo tenerla tan cerca.

—Siento haberme marchado así, pero tienes que escucharme, por favor. Puedo explicártelo.

—He quedado con Teo, me pillas en mal momento. Quizá mañana o nunca. —Retrocedo un paso. Necesito terminar con esto cuanto antes. Ella no cede y vuelve a acercarse a mí. Vaya, ahora es ella la que no va a dejar de insistir, ¿no?

—Solo serán unos minutos, por favor. Podría haberte llamado por teléfono, aunque prefería darte una explicación en persona. La he cagado, lo siento, tienes que perdonarme. Pero entiende que yo también necesito escuchar lo que tengas que decirme.

—¿Perdona? ¿Decirte yo a ti? —Cada vez alucino más—. No lo estarás diciendo en serio. —Cabeceo—. Yo no tengo nada que contarte. Igual se te ha olvidado, pero el que se quedó como un idiota de manual, sin beso ni despedida, fui yo. Huiste, Jana. Y ni siquiera tuviste el valor de cogerme el teléfono o responder a mis mensajes. Llegué al Salitre y nada. Humo. Bueno, no, tu dibujo y la luna tirados sobre tu cama, un mensaje bastante explícito. Así que no sé qué coño quieres que te diga. De todas maneras, no sufras, tampoco me interesa oír lo que me hayas venido a contar. Ya veo que no estás en Australia, pues de lujo. Bienvenida de nuevo y adiós.

—Por favor, Gael, escúchame.

—Esto no tiene sentido —me desespero.

Sigo en mis trece. No quiero escucharla. Es más, ahora mismo no quiero verla. He quedado con mi hermano y solo quiero largarme de aquí. Me suelto el nudo de la toalla y dejo que caiga a mis pies. Me quedo desnudo delante de ella. Jana me mira y, en vez de sentirse incómoda, noto cómo se muerde el labio. Joder. Así no. Uno. Uno. Dos. Dos. Tres. Tres. Esos son los segundos que nos retamos con la mirada. Luego, la suya desciende desde mi iris hasta mi boca, y se queda ahí, atrapada.

—¡Por eso necesito que hablemos, Gael! —Eleva la voz por primera vez—. Para que lo tenga. No tienes ni idea de todo lo que he pensado, llorado y sufrido desde que me fui el viernes hasta llegar aquí. —Ahora agacha la cabeza y parece derrotada.

—Pues entonces, déjalo estar, *casi fea*. —No. No. No. Ahora no. ¿Por qué se me ha escapado justo en este instante, y además con esta entonación?—. Es mejor así. —Me visto despacio, dándole la espalda de nuevo y maldiciendo para mis adentros. ¿Por qué ha aparecido? ¿Por qué ahora?

No lo entiendo.

¿De verdad que no quieres saber qué pasó para que se comportara así?

Vale, igual sí quiero.

Saber la verdad implicará dejar de suponer y cerrar esa puerta por fin.

—No quiero dejarlo —insiste.

—Pero yo sí. —No cedo.

—Déjame explicártelo y después me voy. Te lo prometo.

—Jana...

—¿Qué pasa? ¿Tan poco he significado para ti? —Suenas triste, y la careta que me había puesto de indiferencia se desvanece al verla así. Claro que me importa, cómo no va a hacerlo.

—Podría preguntarte lo mismo. —Bajo un tono y siento que estoy dejándole una pequeña rendija—. Lo que pasa es que a mí no me hace falta preguntártelo. Yo sé la respuesta y es un sí. Yo he significado muy poco para ti.

—Eso no es cierto, y lo sabes.

—¿Entonces?

—Lidia —masculla y los ojos se le llenan de lágrimas, que contiene a duras penas.

—¿Y qué tiene ella que ver con nosotros? —Me subo el pantalón, aunque no termino de atármelo. De verdad, no me lo puedo creer. ¿En serio que la teoría más retorcida de todas las que pensé en su momento va a ser la correcta? No puede ser.

—¡Todo, Gael! Todo y nada. —Se abraza y se lleva la mano al codo. No me jodas. ¿Ahora está nerviosa? ¿Y qué se supone que tengo que hacer? Porque ya me propuse desalojarla de mi interior y empezar a olvidarla, y ahora está aquí. Tan bonita, tan vulnerable, tan cerca... Le tiembla el labio, por eso se lo vuelve a morder con saña—. Fui a La Luna a despedirme y te vi consolarla. Estabas sin camiseta y la abrazabas. No supe qué hacer y me quedé observándoos. Escuché lo que hablabais... —Se lleva las manos a la cara y se frota los ojos, limpiándose las lágrimas.

—Joder, Jana... —Mi autocontrol se va a tomar por el culo en cero coma. Acorto un paso y, antes de tocarla, ella se da la vuelta y se aleja.

—No. No me toques, por favor. Necesito contártelo antes —me suplica.

Quiero creer que, en el fondo, está igual que yo, con el corazón en un puño y los nervios descontrolados. Si nos rozamos, nos hundimos. Lo más probable es que el uno en el otro. No hemos estado separados ni una semana y las ganas de tocarnos siguen aquí.

Se sienta en el sofá y yo la imito, aunque dejo un pequeño espacio entre los dos.

—Tenías que habernos interrumpido, Jana. Todo eso tiene una explicación.

—Ahora lo sé. Por eso te pedí perdón en mi mensaje.

—Te he bloqueado —confieso—. No dabas señales de vida y no podía seguir así.

—Lo imaginé. Por eso tenía que venir a disculparme aquí. Te vi. Pensé lo peor de ti. Y di por hecho muchas cosas, Gael. Te juzgué. Te juzgué solo por las apariencias.

—Suele pasar. Estoy acostumbrado.

—Pero eso no es justo. Te hice precisamente lo que toda mi vida he odiado que me hicieran a mí. Y lo fastidié todo. Cuando mi hermano y Hugo se enteraron de lo que había escuchado, intentaron hablar con ella. Hasta que lo consiguieron, me sentí fatal, porque yo no era nadie para contar las movidas de los demás. Sin embargo, en cuanto ella les explicó cómo había sucedido todo, me sentí aún peor. Porque, con mi actitud, no solo había estropeado la relación entre ellos, sino también lo nuestro. Estoy tan cansada y tan harta de que todo en esta vida se me tuerza que no tengo ganas de discutir más, Gael. Solo he venido a decirte que lo siento, así que ya me voy. —Se limpia las lágrimas con los nudillos y hace el amago de levantarse. Se lo impido, sujetándole la muñeca.

No puedo resistirme más, porque no soy idiota y sé que, por muchos esfuerzos que haya hecho estos días, y por muchos estados de ánimo por los que haya pasado, Jana sigue dentro de mí.

Apartarla a un rincón no es sinónimo de olvidarla. Y, joder, ya no sé cuántas veces más voy a tener que decir que no me gusta verla llorar.

La atraigo hacia mí y la abrazo. La pego a mi pecho y absorbo su olor como un maldito yonqui. Oigo su respiración agitada por encima de la mía, y la rabia y el dolor de estos días se empiezan a evaporar a cámara lenta.

—Ey, mírame, Jana. —Mis manos enmarcan su cara y nuestros ojos se alinean de nuevo—. Yo también lo siento.

—¿Qué sientes, exactamente?

—Todo. No haberte contado que me lie con Lidia la primera noche que llegué al pueblo. Pude haberlo hecho, porque lo hicimos solo una vez y no tuvo importancia, pero ella me pidió discreción. Siento que me vieras con ella y te imaginaras cosas que no son. Que no confiaras en mí. Siento que no me hayas llamado en tantos días. Espero que entiendas por qué te he recibido así. Sin embargo, también siento verte tan triste. Supongo que es porque tu vida se ha torcido de nuevo. —Le limpio las últimas lágrimas y un escalofrío me recorre la espina dorsal al sentir su piel bajo las yemas de mis dedos—. Cuéntame qué ha pasado, desde el principio.

—Ha sido todo muy loco. Fui a La Luna. Te vi consolarla y después te oí decir que lo habíais hecho con condón y ahí fue cuando me imaginé que tú y ella... —Se remueve en el sofá.

—No soy el padre, Jana. Y no me he enrollado con ella estando contigo ni con nadie más. Joder, es que todavía me mata que lo primero que pensaras fuera eso. En serio, estaba seguro de que confiabas en mí.

—Y lo hacía, pero, no sé, soy humana, Gael, y me equivoqué. En ese momento, todo se volvió negro. Te escuché y me fui corriendo. No pude seguir allí, y mi mente se montó el resto de la película. Me rompí, Gael. Mi inseguridad volvió y me rompí. Después de la noche que habíamos pasado juntos, pensé que tú y yo habíamos sido mucho más que dos amigos que se enrollan. Soy tonta, porque, en realidad, nosotros no habíamos hablado de nada y no éramos...

—Nosotros éramos todo, Jana. Éramos todo lo que queríamos y podíamos ser hasta que te fueras. Te lo dije. Y creí que te lo había demostrado.

—Yo pensaba que sí era especial para ti, pero cuando te vi con ella...

—No he estado ni he necesitado estar con nadie más mientras estábamos juntos —repito—. Pensé que lo sabías. Tenías que habernos interrumpido. Podías haberme llamado, chillado o hasta insultado allí mismo. No sé, cualquier cosa antes que marcharte así.

—Yo...

—Cuando llegué al Salitre y supe que te habías ido, me quedé destrozado, Jana. Después encontré tu dibujo y la luna y... —Las palabras se me atascan en la garganta y, entonces, ella se levanta y se sienta a horcajadas encima de mí. Entrelaza sus manos sobre mi nuca y, ahora sí que sí, adiós, careta, muro y dignidad.

Caigo, caigo de bruces en ella. En el sabor de su boca, en el calor de sus labios y en la humedad de su lengua, que busca con impaciencia la mía. El beso es profundo y provocador. Nos tentamos, nos reconocemos y nos enredamos. Mis manos en su pelo. Las suyas ahora en mi pecho. Y, aunque me encantaría cogerla por el culo y tumbarla en mi cama, para deshacerme de las prendas que se interponen entre nuestros cuerpos, no lo hago. Eso solo sería una pobre maniobra para retrasar una despedida que de todas formas llegará. Porque esta historia ya tiene un final. Y no quiero volver a revivir la misma pesadilla cuando ella se vaya otra vez.

—Jana... —Corto el beso—. No puedes llegar aquí y besarme así. No puedes aparecer, acabar conmigo y luego desaparecer. Cuando llegué a buscarte y te habías ido, no entendí nada. Te llamé. Te mandé mensajes y nada. La puta nada. Volví a casa hecho polvo, y a quién quiero engañar, así sigo.

Ella no se baja de mi regazo, sin embargo, se aparta lo suficiente para que entre algo de aire a nuestros pulmones.

—Te entiendo, y lo siento. Yo también estuve así. Creí que Lidia y tú os habíais estado acostando todo el verano y que habías jugado conmigo. Me sentí como una imbécil por haberme enamorado de ti.

—Jana... —Me desarma, y mi fuerza de voluntad, la poca que me queda, empieza a desvanecerse.

—Sí, Gael, tiene que ser eso y no tiene sentido negarlo. Yo en la vida me he expuesto así. Llegué al hostel, me deshice de tus recuerdos, al menos de los tangibles, y me metí en la furgoneta para alejarme lo máximo posible de ti.

—Yo ya te había dicho que estaba loco por ti, aunque no me creyeras. No sabes la rabia y la tristeza que he sentido. Jamás había estado así con nadie. Y joder, fue real.

—¿Fue? ¿Ya no?

—No lo sé, Jana. Dímelo tú. Todavía no me has contado por qué en vez de estar en Australia, subida en tu tabla, estás aquí.

—¿Subida encima de ti? —Se balancea sobre mis muslos y me muestra una sonrisa tan bonita y tan sincera, una de las que me gustaba guardar para mostrársela más tarde, que me complica la vida. Estoy a punto de sucumbir.

—Sentada aquí. —La bajo de mi regazo y la siento a mi lado en el sofá.

Sonríe y protesta, pero me coge la mano mientras me empieza a contar su periplo de aeropuertos y aviones por medio mundo. Doha. Kuala Lumpur, donde Hugo escuchó cómo ella le contaba a Iris por teléfono lo que vio en La Luna y cómo explotó la bomba en cuanto escuchó la palabra embarazo. Luego, Leo y su reacción. La discusión entre los dos amigos. La culpa que la mataba. La explicación de Lidia. La pena por haberla cagado. Otra fuerte discusión.

—Conseguimos cancelar los vuelos que todavía no habíamos cogido y buscamos la manera de regresar. Otra escala en Dubái. Y luego otra en Londres. Ha sido una auténtica odisea. Mi hermano y Hugo no pueden dejar que Lidia pase sola por todo esto. Así que, por mi culpa, una vez más, cuando estábamos a un solo vuelo de Sídney, todo se ha ido a la mierda. Una constante en mi vida.

—Venga, Jana. —Le acaricio el muslo, y ahora soy yo el que quiere acortar la distancia que nos separa y abrazarla. Odio verla así de decaída—. No digas tonterías. Nada de esto es culpa tuya.

—Si me hubiera callado la boca...

—Pues se habrían enterado de cualquier otra manera. Es algo bastante gordo para ocultarlo, ¿no crees?

—Ya, pero se lo he dicho yo. Además, mi hermano y Hugo han discutido como nunca, se han dicho de todo y nada bonito. Me parece que Leo no sabía que Hugo y ella seguían enrollándose. El viaje de vuelta ha sido horrible.

Me cuenta que está agotada. Que han llegado al hostel antes del mediodía. Ha abrazado a Marga más fuerte que nunca, ha jugado con Tubo un rato en el jardín y ha cogido la lancha para presentarse aquí, porque necesitaba verme y pedirme perdón. Me confiesa que, sin saber por qué, tenía la esperanza de que iba a estar en casa.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —pregunto con miedo. Lo que más me gustaría en el mundo es oír que se queda aquí y que podemos seguir juntos.

—Hemos retrasado una semana nuestra llegada al trabajo, lo que pasa es que los conozco, y sé que no vamos a ir. Ahora lo único que me preocupa es que ellos vuelvan a hablarse. Así que no sé qué voy a hacer aquí, Gael. No me he matriculado en nada y no habrá plazas en ningún sitio. En invierno no hay tanto trabajo en el hostel ni en la escuela y no quiero perder un año sin hacer nada. Era nuestro año. No quiero parecer una egoísta, pero me he esforzado un montón para llegar allí. También era mi aventura y tenía muchísimas ganas de vivirla.

—Jana. —La ayudo a levantarse y la coloco encima de mí otra vez. Una sonrisa tímida asoma de nuevo en sus labios—. No quiero verte así. —Mis dedos se posan en la comisura de su boca para hacer su sonrisa más grande.

Ahora mismo soy un puto nudo de nervios. Mi corazón y mi cabeza van a distintas revoluciones. Esto tiene que haber pasado por algo. Pensé que no volvería a verla y que no había significado nada para ella. Sin embargo, está aquí, hemos aclarado lo que pasó y hemos confesado cómo nos sentimos. Esto tiene que ser una maldita señal de esas de las que hablan para estar juntos y no dejarnos escapar. Ya lo dice Rayden en su canción *Ser, Estar, Aparecer*. Se pierde más por miedo a no intentarlo.

—No puedo perderte, Jana. Otra vez no.

—Ni yo a ti. Pero tengo miedo, Gael. Y también estoy triste, porque aquí estás tú, que eres lo mejor que me ha pasado, y en Australia está mi sueño, al menos uno de ellos. No sé qué voy a hacer. O, mejor dicho, ¿qué vamos a hacer?

—Intentarlo, Jana. Intentarlo. No quiero que renuncies a tus sueños y tampoco a mí. Lo primero que quiero hacer es devolverte esto, que nunca debió dejar de estar en tu cuello.

Le doy la mano y la arrastro hasta mi cama, cojo el colgante y ella se da la vuelta para que se lo coloque. Se abre la melena en dos mechones y los posa por encima de su pecho, facilitándome la tarea. Su olor me vuelve loco. Y el tacto de su piel. Y la suavidad de su pelo. Y cada fibra de su cuerpo.

Definitivamente, no quiero perderla.

—No he parado de tocarme el cuello, buscándolo.

—Pues no te lo vuelvas a quitar. Es tuyo. Siempre lo fue.

—Es nuestro, como el dibujo. —Lo coge y lo estira. He sido un idiota arrugándolo—. Pensé que era una buena manera de que nunca olvidaras lo nuestro, por eso lo hice. Lo siento, debería habértelo dado yo.

—Verlos tirados en tu cama dolió de cojones, Jana.

Nos miramos y, aunque suene raro, sonreímos mientras nuestras respiraciones se agitan. Me encanta sentirla tan cerca, y está claro que a ella también le gusta, porque sus manos buscan mi piel.

—De verdad que lo siento, no creí que fueras a encontrarlo en mi habitación. Te prometo que no volveré a quitártelo. —Se lleva las yemas de los dedos a la luna y mis dedos la acompañan

—. Gael... —Me tiemblan la mano y el labio, y el alma, aunque eso ella no lo vea—. ¿Estás bien?

—Sí, solo estaba pensando en una cosa que me callé y que ahora quiero decirte en voz alta.

—Pues dímela.

—Ojalá mi luna dibuje tus mareas. —Ahora sí que tengo el valor de decirlo, por fin—. Solo la mía, Jana. Siempre.

—Ojalá.

Son nuestros sueños

JANA

La boca de Gael repartiendo besos por mi cuello y mi espalda me despierta. Abro un ojo, confundida. Sé que estoy en su cama, aunque no sé cómo he llegado hasta aquí. Lo último que recuerdo es estar tumbada sobre su regazo en el sofá y lo mucho que me costaba mantener los párpados abiertos.

Ayer me presenté aquí porque necesitaba pedirle perdón y sacarme la espinita de nuestra *no despedida*. Necesitaba verlo. Vale, y sí, creí que existía una pequeña esperanza de poder arreglarlo. Supongo que, después de tantos días grises, ansiaba su azul marejada. Me recibió como un auténtico borde y tampoco pude culparlo, porque había sido yo la que lo ignoró desde que me fui. Le conté cómo había surgido el malentendido, le pedí disculpas por la desconfianza, y dejamos salir todos los sentimientos que nos habíamos guardado. A partir de ahí, con muchas menos dudas, nos pusimos a analizar nuestras posibilidades. Es como si todo el lío de mi hermano nos hubiera dado una segunda oportunidad para hacer las cosas mejor que la primera.

Los dos tenemos claro que no queremos separarnos, y si para ello debemos evitar la distancia kilométrica que existe entre dos países, lo haremos, o, al menos, lo intentaremos. Hemos hablado mucho, hemos hecho una lista de pros y contras, en la que hemos incluido hasta las réplicas a todos los inconvenientes que mi hermano y su madre puedan ponernos. Hemos barajado otras alternativas, como que me quede aquí y busque trabajo, que nos separemos y mantengamos una relación a distancia, o, incluso, que busquemos otro destino más cercano que nos permita irnos a los dos ahora. Y, aunque pueda sonar a locura, la que más nos emociona es que él pueda acompañarme en mi aventura.

Gael está agobiado con la universidad y quiere tomarse un año sabático, venir conmigo es su mejor opción. Quiere buscarse la vida lejos de su zona de confort y demostrar a su familia, y a él mismo, que puede ser autosuficiente y responsable. Yo solo quiero irme de una vez, y vivir esa experiencia para la que me llevo preparando tanto tiempo. Ahora solo falta encontrar la manera de salvar los obstáculos, que no son otros que su madre y mi hermano. El resto, los sortearemos según vengán. Es que, francamente, nos parece una putada tener que renunciar tan pronto a lo que ha surgido entre nosotros este verano, aunque nadie lo entienda. Solo queremos alargarlo todo lo que se pueda, y si es estando juntos en el mismo lugar del mundo, mucho mejor. Sé que mi hermano y Hugo no van a irse lejos de Lidia y, además, no soy nadie para obligarlos.

—¿Qué hora es? —pregunto sin darme la vuelta. Estoy tan a gusto encajada entre sus brazos que no quiero moverme. Solo quiero disfrutar de su calor y de esta tregua que tanto anhelaba.

—Casi las siete.

—Vaya. ¿Por qué no me has despertado?

—Estabas exhausta, Jana. Te quedaste grogui encima de mí y te metí en la cama. Necesitabas descansar. —¿Y mi ropa? Levanto la sábana y compruebo que solo conservo la ropa interior—.

Te descalcé y te quité la falda y la camiseta. Te hubiera quitado todo, pero estabas rozando la inconsciencia —me informa como si me hubiera leído el pensamiento.

Me doy la vuelta y nos quedamos de frente. Sus ojos océano brillan con una intensidad especial, una tan fuerte que no solo me ciega en mitad de esta oscuridad, sino que me calienta la piel.

—Me parece un sueño tenerte aquí. —Respiro sus palabras pegada a su boca. No quiero perder ni un minuto más. Quiero tragarme los miedos y vivir este presente. Quiero volcarme en todas las posibilidades.

—Pues estoy aquí. Después de millones de horas, yo tampoco me lo creo. —Tiro de su bóxer para desnudarlo, al tiempo que sus manos intentan soltar mi sujetador. Es hábil y lo consigue a la primera. Después, yo misma me deshago de mi bragueta, porque todo lo que se interponga entre los dos me estorba. Gruñe cuando me pego a él como una loncha de queso fundido y balanceo mi pelvis sobre su principio de erección.

—Uf, Jana. Pellízcame.

—¿Aquí? —Le estrujo su preciosa polla. Vale, las hormonas, el *jet lag* y las ganas que tengo de tenerlo dentro están hablando por mí—. ¿O aquí? —Le muerdo el labio haciendo más presión de la necesaria.

—Donde quieras —gruñe excitado—, aunque déjame coger un condón o me correré sobre tu ombligo.

—Eso suena muy bien. ¿Probamos? —le provoco y empiezo a masturbarlo.

Me vuelve loca ver su cara cuando lo acaricio con precisión. Gael blasfema y pega su frente a la mía. Me encanta ver cómo se contiene durante unos segundos para después desatarse, descontrolado.

—Estás de puta coña, ¿no? —me pregunta mientras se mueve y se pone encima de mí.

Niego con la cabeza y me muerdo el labio con fuerza, él sonríe canalla y se inclina para posar sus labios en mis pechos. Me chupa los pezones, los besa y los pellizca suave con sus dientes. Me retuerzo sobre la sábana y arqueo la espalda, muerta de deseo debajo de él. Cuando los abandona, pega su boca en mi oído.

—Eres cruel, *casi fea* —me susurra—. La idea es muy tentadora; lamentablemente, tenemos que empezar por ser responsables, si queremos que salga adelante nuestro plan.

Nuestro plan. Qué bien suena eso. Nuestro. De los dos. Trazado ayer con el corazón y con las tripas. Que consiste en exponer a los nuestros un montón de propósitos y argumentos para convencerles de que irnos juntos a la otra punta del mundo es la mejor opción para crecer y madurar como personas. Y que, por supuesto, vamos a ser megaresponsables y podremos sobrevivir lejos de ellos. Es ahora o nunca. Porque ninguno deberíamos tener que renunciar a nuestros sueños.

—¡Oh, por favor, Gael! —Su lengua jugando con el lóbulo de mi oreja antes de que sus labios dejen un reguero de besos por todo mi cuello me deja ida. Mi sistema nervioso se activa y manda pequeñas descargas a todos los rincones de mi cuerpo.

—Todavía puedes elegir —me reta—. Así que, dime, ¿qué quieres, Jana? —Su tono me termina de convencer.

—Seguir con el plan. Ponte un condón. —Por fin un poquito de lucidez.

Se lo coloca en tres segundos sin mi ayuda, aunque la impaciencia hace que yo misma le sujete la erección y la acerque a mi entrada. Juego con ella y disfruto de su cara de resignación. Como estoy tan mojada, la punta se resbala al interior sin ningún esfuerzo. Gael empieza a empujar, despacio, y no llega hasta el fondo. Se mueve suave, en un baile lento. Me gusta este ritmo, sin embargo, no me sacia, por eso elevo mis caderas, para buscar más fricción y llegar a su encuentro. Su risa al verme desatada se mezcla con mis jadeos. Le tapo la boca; no se me olvida que su familia está al otro lado de la pared y saben que llevamos más de doce horas encerrados aquí. En cuanto llega hasta el final, contraigo todos los músculos para retenerlo dentro de mí.

—Gael...

—Dios, Jana. Cómo te he echado de menos. He estado a punto de machacármela en el baño pensando en ti hace dos días. En tu boca, en tus manos, en tu culo...

—Si estabas enfadado conmigo. No te creo. —Sonrío por su confesión y entrelazo mis manos sobre su nuca. Sus ojos destilan deseo.

—Pues créetelo. Una cosa no quita la otra. Pregúntale a esta. —Se sujeta la polla y sonrío.

En un movimiento rápido consigo cambiar de posición y ponerme encima. Me coloco de rodillas y vuelvo a guiar su erección. Pego mis manos a su pecho, me inclino para que mi pelo caiga sobre él y lo beso con demasiada intención antes de empezar a botar, llevando el control. Primero me muevo suave. Trepo por su cuerpo sin dejar que salga de mí. Luego me muevo salvaje. Con sus dedos clavándose en mis caderas. Todo se vuelve menos sutil. A partir de ese instante, perdemos la paciencia y los modales. Yo arriba. Él abajo. Le toco. Me acaricia. Jadeamos. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. El giro se repite y continúa el *round*. Gael encima de mí. Sus manos en mi cintura. Mis talones cruzados detrás de su trasero. Húmedos, sudados y excitados. De repente, su ritmo se vuelve demasiado lento y agónico para mí, así que le animo a que acelere y él me complace. En medio de este combate, nos preparamos para estallar; es una tontería alargar lo inevitable. Su mano se posa en mi sexo y sus dedos se abren paso para dibujar círculos sobre mi clítoris. Los míos se anclan en su culo firme. Tres embestidas brutales más y yo misma le pido que me calle la boca mientras grito su nombre.

—Gael...

—Hostias, Jana...

Nuestras respiraciones empiezan a ralentizarse con el paso de los segundos.

—Yo también te he echado de menos, aunque eso ya lo has notado.

Gael se ríe contra mi boca para no seguir armando mucho escándalo y la vibración de sus labios me provoca un hormigueo por todo el cuerpo. Mientras recuperamos la calma, no nos movemos. Él sigue dentro y encima de mí, aunque ahora apoya el peso en sus codos, para no aplastarme.

—Algo he notado. Yo quería ir despacio y tú, todo lo contrario. Me da igual el ritmo, Jana. Me da igual quién se pone arriba. Me da igual el día. Y la hora. Me da igual todo, si es contigo.

—Conmigo —afirmo con la voz densa, cargada de orgullo.

—Hay que reconocer que no se nos da nada mal, y solo acabamos de empezar. Contigo el sexo tiene otro sentido. Es más, más de lo que había sido.

—¿Lo dices en serio?

—Absolutamente. No dudes de mí otra vez. Me conoces lo suficiente para saber que no le regalo el oído a nadie. Y eso te incluye a ti. Hablo en serio, me muero de ganas de enfrentarme a

todos y de seguir adelante.

—Y yo. Pero para eso deberías empezar por salir de mí y quitarte el condón.

—Lo sé. Aunque, estoy tan a gusto así, que me quedaría a vivir entre tus piernas.

Las risas suben de volumen y nos impiden escuchar el sonido de la puerta al abrirse. Hasta que no oímos la voz de Sofía, no somos conscientes de la pillada que nos acaba de hacer.

—Mamá, Gael ya está despierto, voy a ver aquí los dibujos.

—¡Sofía, no! —grita su hermano—. Ahora no.

—Mamá, está encima de Jana Banana. La va a aplastar.

—¡Oh, mierda! Me quiero morir —digo, y trato de quitarme a Gael de encima. Él no se aparta. Me sujeta la cara con las manos y pega nuestras frentes.

—El puto preservativo —sisea—. No te muevas hasta que me lo quite —gruñe—. Sofía, por favor. Vete con mamá un minuto.

—No. Voy a ver los dibus aquí. —Parece que se sienta en el sofá, con Gael encima tampoco la veo muy bien. Qué vergüenza. Solo falta que entren su madre o Teo.

—Sofía, ¿qué son esos gritos? ¿Has desayunado ya? —Ese es Axel. Maravilla. Menos mal que se queda en el marco de la puerta, observando a su hija.

—¡Joder, Axel! ¿Te la puedes llevar un minuto?

—Me cago en todo, Gael. ¿No sabes bloquear la puerta por dentro?

—No se dicen tacos, se lo voy a decir a mamá.

Un agujero. Necesito un agujero para meterme dentro y no salir de él en unos meses. Este momentazo se va directo al top de los *Tierra, trágame*. Lo peor de todo es que Gael está más cabreado que avergonzado, como si fuera tan normal que nos hayan pillado después de hacerlo.

—¿Qué pasa? Vais a despertar a todos los vecinos. —Genial, es su madre, ya solo falta Teo—. Pero... Ya te vale, Gael. Ya te vale —le riñe.

Axel coge a Sofía en brazos e intenta llevársela en medio de sus protestas.

—Joder... ¿Podéis salir? —Gael no espera a oír el sonido de la puerta al cerrarse. Mientras les invita a dejarnos solos, sujeta el preservativo por la base y sale de mí—. Lo siento. —Se coloca a mi lado. Quiero taparme la cabeza con la sábana, hasta que me falte el aire. Él me lee la mente y tira de la tela para atrás.

—Gael, ¿estás loco? —protesto atenazada por el miedo—. ¿Y si vuelven a entrar?

—Tranquila, creo que se les han quitado las ganas. A no ser que se entere Teo y quiera partirse el culo en mi cara. Venga, a la ducha, que ahora sí que no quiero retrasar nuestro plan.

—Yo... Yo no puedo mirar a tu madre a la cara, ni a Axel, ni a ningún miembro de tu familia... No puedo mirarme ni yo en el espejo. —Me tapo la cara con las manos y es bastante absurdo, porque estoy completamente desnuda.

Gael me las retira y me da un beso rápido en los labios antes de levantarse y tirar de mí para llevarme al baño.

—Será mejor que yo hable con mi madre a solas, y tú lo hagas con Leo. ¿Quieres que te lleve?

—No, prefiero coger la lancha, y así me voy pensando el discurso por el camino.

—Está bien, además, es mejor que hable con ella cuando Axel esté en casa. Sé que él me va a apoyar y sabrá convencerla mejor que yo.

Gael abre el grifo y se mete dentro. Tengo ganas de hacer pis, aunque, ¿con él, aquí? No sé. La verdad es que es una tontería, porque si vamos a irnos juntos, estos remilgos no tienen mucho

sentido.

—¿A qué esperas? Te vas a quedar fría así.

—Es que quería...

—Ay, Jana Banana, no me puedo creer que te dé palo hacer pis delante de mí, después del caluroso recibimiento que te ha dado mi familia. —Encima me vacila.

Lo miro fatal, sin embargo, el muy capullo se da la vuelta para darme cierta intimidad, y no le replico. Cuando termino y tiro de la cadena, me cuelo en la ducha. Gael me besa con una sonrisa preciosa y mi pequeño mosqueo se va por el desagüe.

—Gael, yo no tengo ni idea de cómo reaccionará Leo con la noticia. Es obvio que no está en su mejor momento, así que no puedo prometerle nada.

—Lo entiendo, Jana. Sé lo importante que es que nos vayamos con su aprobación y sin malos rollos. Espero que confíen en nosotros y en nuestra capacidad para salir adelante tan lejos de ellos. Aun así, recuerda que los dos somos mayores de edad y que, aunque siempre tengamos en cuenta su opinión y sus consejos, podemos tomar nuestras propias decisiones. Es nuestra vida. Son nuestros sueños.

—Son nuestros sueños.

Tan grande como el océano

GAEL

Echo un vistazo por encima del hombro de Bruno, que está haciendo muecas con mi hermana, en busca de Jana. Ni rastro. No sé dónde se habrá metido, hace un segundo estaba aquí. Me cruzo con la mirada divertida de Iris. Sí, su amiga no ha querido perderse esta segunda despedida, como le pasó con la primera, así que llegó ayer de Madrid para pasar las últimas veinticuatro horas con ella.

—Está arriba. —Me señala con el índice la ventana de su habitación y me guiña un ojo.

Igual es muy evidente que estoy de los nervios, ¿no? A ver, mi preocupación no es del todo infundada, dado el historial de los últimos fracasos viajeros que ha sufrido Jana, es entendible que me preocupe por que nada salga mal.

Levanto la mirada y ahí la veo, apoyada en el marco, observando a todos los invitados desde arriba. Me escabullo entre toda la gente que abarrotó el jardín del Salitre para ir a buscarla. Sé que está triste, y lo más probable es que esté así varios días, por eso no quiero dejarla sola. Aunque Jana tiene muchísimas ganas de irse, le duele tener que despedirse otra vez de su familia y, sobre todo, dejar aquí a Hugo y a Leo sin dirigirse la palabra. Es un tema sensible y no he querido agobiarla con preguntas, sin embargo, el embarazo de Lidia y la relación que han tenido los tres las últimas semanas lo han complicado todo. Jana cree que solo necesitan algo de tiempo, pensar con la cabeza y no con lo otro, y salvaguardar su amistad por encima de todo. Quizá cuando se resuelva el tema de la paternidad todo vuelva a su cauce, o no. Como supuso Jana, ellos van a quedarse aquí, de momento; Lidia es muy importante para ambos y no pueden largarse y dejarla pasar por esto sola.

Al final, tuve que venir a hablar con Leo hace dos días, después de que Jana le contara nuestro plan para irnos. Vine preparado para resolver todas sus dudas y con más decisión que nunca, porque, después de pasar el jodido interrogatorio de mi madre, podría enfrentarme a cualquiera. Él solo quería estar seguro de que Jana y yo lo teníamos claro, que sabíamos que no solo el viaje era una odisea, sino que las cosas tampoco iban a salir rodadas cuando estuviéramos allí.

—Mi hermana ha luchado mucho por este sueño. No puedo quitárselo. No quiero que se quede sin vivirlo, como me pasó a mí —me confesó. Oírle tan cabizbajo me dejó tocado. Aunque también me reconfortó saber el amor incondicional que siente por ella.

—Sé que solo llevamos juntos dos meses, Leo, y que puedes pensar que estamos cometiendo un error estratosférico porque somos muy jóvenes y no nos conocemos tanto, no obstante, te puedo asegurar que Jana ahora mismo lo es todo para mí —le dije convencido—. Sé que convivir por primera vez y tan lejos de casa será duro, aunque también será divertido. Porque será nuevo para los dos, y no nos quedará más remedio que aprender, juntos.

Leo se quedó satisfecho con mi declaración y no mencionó mi rollo con Lidia, hecho que agradecí, aunque la conversación nos llevó un par de veces más al tema de la confianza ciega que

Jana tiene ahora en mí.

—Puedes estar tranquilo, voy a cuidarla. —Con un apretón de manos y un guiño cerramos nuestro pacto. Una sonrisa enorme apareció en mi cara justo a continuación, cuando me di cuenta de que Jana estaba apoyada en el quicio de la puerta y había escuchado parte de nuestra conversación.

Como te he dicho antes, después de lo de mi madre, podía con todo. Lía Bejes fue un hueso duro de roer. Sin embargo, como bien imaginé, la mano de Axel me vino muy bien para que aceptara pensárselo, después de ponerme la cabeza como un bombo con su interminable lista de objeciones. No sé lo que pasaría en su habitación aquella noche, ni quiero imaginármelo. A la mañana siguiente, cuando me dijo que sí, me volví literalmente loco. Me abalancé sobre ella y la comí a besos. Mi reacción le sorprendió más que la propia propuesta en sí. He tenido que prometerle que me buscaré un trabajo de lo que sea y que no tendrá que mantenerme ella, ni tampoco Jana, que es la única que, de momento, tiene un trabajo esperándola allí. También le prometí que, en septiembre del año que viene, retomaré mis estudios en la universidad. Tuve el valor de confesarle por primera vez que esa carrera no me entusiasma y fue bastante liberador. También le dije que mi estancia en el extranjero será una buena experiencia para añadir a mi futuro currículum. Axel volvió a interceder por mí y corroboró mi teoría. Él ha vivido en varios países, y está convencido de que, en estos tiempos, conocer otros lugares y otras culturas es igual de importante que la formación académica. Él me ha hecho prometerle que seré responsable, que me portaré bien con Jana, y que aprovecharé esta oportunidad al máximo, divirtiéndome y siendo feliz. Mientras me daba un abrazo largo me dijo que seguirá metiéndome pasta en la tarjeta, por si hay algún imprevisto. Yo me he prometido a mí mismo que no voy a usarla, a menos que sea un caso de extrema necesidad.

Entro en la cocina y pillo a Marga y a mi madre cuchicheando. Ha sido idea de la propietaria del Salitre que hoy nos despedamos con nuestros amigos y familiares aquí, en su jardín. Por eso ha preparado un par de mesas largas y las ha llenado de comida. Parece que mi madre y ella se han caído bien, porque desde que las hemos presentado antes, no han parado de hablar de nosotros y de sus dudas.

—Voy a subir a buscar a Jana —les informo, y desaparezco.

En mitad de la escalera me cruzo con Hugo, lleva las llaves de la furgoneta en la mano y baja con prisa.

—Gael. —Se detiene en medio de un escalón—. Como se te ocurra hacerle daño, te encontraré en cualquier rincón del planeta y te mataré.

—¡Hugo! —lo llama Jana, que ha debido de oírle—. Deja de amenazar a Gael y arregla lo tuyo, recuerda que me lo has prometido.

—No era una amenaza, peque. —Su amigo me apunta con el dedo, para dejarme claro que sí, y continúa bajando, sin añadir más.

Cuando entro en su habitación, Jana se lanza a mis brazos. La atrapo al vuelo y doy un par de vueltas con ella antes de posarla en el suelo. Nuestras bocas colisionan con tanto ímpetu que nuestros dientes chocan haciendo un ruido que nos da dentera. Nos reímos sin control y Tubo se contamina con nuestro entusiasmo. Salta como un loco y se cuela entre nuestros pies.

—¡Tranqui, colega! Que mañana va a ser un día muy largo. —Le acaricio entre las orejas para que se calme. Es tan listo que está así de revoltoso porque sabe que se irá con nosotros. Sí,

después de darle muchas vueltas, hemos decidido que lo mejor es llevárnoslo, aunque nos da un poco de miedo pensar en cómo aguantará tantas horas de viaje.

—¿Estás preparada?

—¿Para irnos?

—No, de momento para volver ahí abajo y despedirnos de toda esa peña. Va a ser muy raro no volver a verlos.

Abrazo a Jana por detrás y apoyo mi barbilla en su hombro mientras observamos la fauna y la flora que hay congregada abajo. Teo, Sofía, Axel y mi madre. Mi familia. Hablando con todos, sonriendo, acompañándome en un día que no olvidaremos. Leo, Iris y Marga, solos, charlando y comiendo al lado de la mesa, sin Hugo, que estaba claro que no tenía intención de quedarse. También está Lidia, que habla con Noemí y Daniela. Y después, desperdigados por el césped, están mis amigos. Asier, Neco, Anaís, Silvia y, por supuestísimo, Bruno y Leah, que parece que ya están asimilando la noticia de mi partida, porque empiezan a reírse de algo que se comentan al oído. A todos les sorprendió mi decisión, sin embargo, cuando les conté que me iba, los más afectados fueron ellos. No me he separado de mi amiga desde que tengo uso de razón, excepto durante algunos viajes en vacaciones, así que será imposible no echarla de menos. Este verano la he visto pasar por varios estados, tan pronto parecía muy feliz como se ponía melancólica, y, aunque yo he estado centrado en otros temas y quizá no haya insistido para que me dijera lo que la preocupaba, ella sabe que puede contar conmigo para lo que sea. Sé que la voy a necesitar, y aunque la diferencia horaria convierta nuestra comunicación en un caos, no dejaré de consultarle cada paso. Y qué voy a decir de Bruno, mi *hermano*. Mi apoyo incondicional y mi dolor de cabeza constante. Hemos compartido tantas cosas que se me va a hacer rarísimo no tenerle a mi lado cada día. En fin, que, aunque la mayoría de las veces me haga el duro con ellos, y saque mi lado más borde, los voy a echar en falta, porque los quiero. Los quiero mucho.

—Lo sé. —Jana se da la vuelta y la envuelvo entre mis brazos, antes de empezar a besarla.

En ese instante me entra un wasap. Me separo de su boca un segundo y miro mi móvil. Es mi amigo.

Bruno:

Gael, te paso la canción perfecta, por si acaso no te salen las palabras adecuadas para Jana entre tanta saliva y tanta lengua.

Será mamón. Me adjunta el enlace de Spotify de *La Suerte De Mi Vida*, de Dani Martín, y le hago una peineta, que ve claramente desde abajo mientras se parte el culo. No me queda más remedio que reírme.

—Era Bruno, que me manda un tema. —Le enseño a Jana su mensaje y volvemos a observarlos.

—No se los ve muy tristes, ¿verdad?

—Mejor, no quiero más lágrimas. Con las de Leah, Bruno y mi madre ayer ya he tenido suficientes. —Mientras me ayudaban a hacer la maleta, el *loft* parecía un velatorio. Al menos hasta que nos metamos mañana en el coche. Axel será el encargado de llevarnos al aeropuerto de Madrid, aprovechando que tiene que ir unos días allí por trabajo.

—Claro, se me olvidaba que no soportas vernos llorar.

—Y a ti menos. —Le limpio una lágrima que le cae por la mejilla y deposito un beso justo ahí.

Antes de separarme de ella, nuestros dedos se entrelazan sobre la luna que cuelga de su cuello. La intensidad con la que nos miramos podría iluminar el jardín, ahora que empieza a anochecer. Jana entreabre los labios, como para decir algo importante, sin embargo, en el último segundo, solo suspira sobre los míos.

—¿Quieres preguntarme algo antes de bajar?

—No. Bueno, solo quiero oírtelo decir. Una vez más.

—¿El qué, Jana?

—Que estás seguro de lo que hacemos, que hemos tomado la decisión correcta.

—Estoy segurísimo, y no sé si será la decisión correcta o un tremendo error, pero te aseguro que, en el hipotético caso de que sea lo segundo, quiero cometerlo contigo. —Cojo su mano libre y la coloco sobre mi corazón, junto a la mía. Noto cómo le tiembla el labio, y a mí está a punto de reventarme el pecho—. Desde que estás, soy capaz de pronunciar la palabra amor sin que me dé una embolia, Jana, y te puedo asegurar que lo que siento ahora es enorme.

—¿Tan grande como el océano? —me pregunta achinando sus preciosos ojos verdes—. Porque así es lo que yo siento por ti.

—Tan grande como el océano —afirmo—. Y, aunque no tenga ni idea de lo que pasará con nosotros y todavía vaya sin brújula, mire donde mire, solo estamos tú y yo. Mi luna. Tus mareas. ¿Recuerdas?

Ella asiente, y en el silencio de su habitación solo escuchamos el sonido de nuestros latidos por encima del murmullo de las voces de los que están en el jardín.

—Tu luna y mis mareas —repito paladeando cada palabra—. Claro que lo recuerdo, aunque si me lo susurras de nuevo en el oído, me harías muy feliz —me confiesa con un tono de voz muy dulce al que no puedo resistirme.

—Ojalá mi luna dibuje tus mareas.

—Solo la tuya. Siempre.

Epílogo

6 meses después...

GAEL

Respondo al wasap de Leah primero, que luego me pega la brasa si no lo hago.

Leah:

Quiero una fotito de esa cena, para el álbum de nuestros momentos irrepetibles.

Momentos irrepetibles, ¿eh? Será cabrona.

Yo:

Qué graciosa. ¿Pero ese álbum tiene hueco para más fotos? Porque tú llevas unos meses aportando mucho material. Vas a *full*.

Sonrío cuando se lo envío, aunque ella no me vea. Me pongo los *airpods* y ajusto el volumen, a ver si así escucho mejor la voz de Teo. No quiero cagarla con los últimos pasos del plato y estropear la cena. Hoy es un día especial, por eso me lo estoy currando tanto, y por eso mi amiga me vacila. Mi error ha sido pedirle a mi hermano la receta del pato, esa que le sale tan bien a Axel, porque el muy capullo se ha venido arriba y ha grabado un vídeo mientras lo cocinaba él, como si fuera el simpático de Arguiñano, con chiste guarro incluido. El sonido es malísimo, porque mientras se ha grabado no ha parado de trajinar por la cocina del *loft*, que es el doble de grande que esta.

—Y ahora le tienes que echar un poquito de pimienta, Gael, no pimentón —me dice mirando a la cámara, y yo me descojono.

Me está explicando los pasos como si fuera lerdo. Está claro que no se ha enterado de que llevo seis meses cocinando y algo controlo. Puedo confirmar que no hay color entre el Gael inútil que llegó aquí, que no sabía ni encender el fuego, y el Gael cocinillas de ahora.

Buah, seis meses. Todavía me cuesta creérmelo. Hace justo ciento ochenta días que entramos por la puerta de este apartamento en Noosa Heads. Con dos maletas enormes, dos tablas de surf y con Tubo en brazos, al borde de la deshidratación por el viaje. Por eso estoy preparando una cena especial para celebrarlo. A ver si no me retraso, porque me gustaría meterla en el horno antes de que llegue Jana.

No voy a mentir, ha sido complicado. Con esa posibilidad ya contábamos, así que tampoco nos ha cogido de sorpresa. Otro país, otro idioma, que es bien distinto al inglés que nos enseñan en España, y otra cultura muy diferente a la nuestra; los horarios, las comidas, hasta el clima, aunque tuvimos la suerte de que, durante los meses de septiembre y octubre, el tiempo fue muy similar al nuestro. Los primeros días fueron los peores; el *jet lag*, el agotamiento y la incertidumbre de no saber si seríamos capaces de disfrutar de esta aventura juntos. Esos días Jana y yo apenas nos hablábamos, éramos como dos zombis, deambulábamos por la casa sin encontrar

nuestro sitio. Supongo que teníamos tanto miedo a empezar nuestra convivencia con mal pie que optamos por quedarnos dentro de nuestro propio caparazón e ir saliendo poco a poco. Y así lo hicimos, despacio, hasta que nos dimos cuenta de que lo importante era vivir el presente. El ahora. No tenía sentido pensar en lo que podía salir mal. El lado bueno de estar tan perdidos fue que, como todo era nuevo para los dos, tanto dentro como fuera de casa, no nos quedó más remedio que espabilar y empezar a aclimatarnos a este hogar, que ahora es el nuestro. Con el paso de los días todo fue encajando, incluso nosotros como pareja, gracias a ese cursillo intensivo que da la convivencia.

Ahora sé que a ella le gusta la leche fría, que el primer día que tiene la regla solo quiere que le dé mimos, comer chocolate negro y escuchar en bucle a Billie Eilish. Y que el segundo, se pone cachondísima. Sé que desde que llegamos no ha vuelto a tener pesadillas y que cuando echa en falta a los suyos, se pone un poco más borde con todo el mundo, donde me incluye. Ella ahora también sabe que me gusta el silencio nada más levantarme, que odio que me toquen los pies, no en sentido figurado, que me da igual ponerme una alarma a las tres de la mañana si es para hacer una videollamada con mi familia, y que solo saco mi lado más borde cuando un australiano, capullo, alto y rubio, compañero suyo, le tira la caña. También hemos creado rutinas juntos; yo he dejado de fumar y ella, de usar pijama; dice que dormir conmigo es igual que hacerlo al lado de un radiador. A ver, en el fondo, nos estamos acoplando bastante bien, ¿no crees?

La zona donde vivimos es tranquila y muy familiar. Cerca tenemos bares, restaurantes y tiendas. Es un lugar muy cómodo para vivir. Y, por supuesto, está la playa, justo enfrente de casa. Es un buen arenal y tiene unas olas suaves, ideales para empezar a surfear. Por ese motivo a Jana no le supuso ninguna dificultad adaptarse a su nuevo curro. Cuando ella empezó a trabajar, yo me dediqué a buscar empleo, de lo que fuera. Mientras me salía algo, paseaba con Tubo e iba descubriendo los entresijos de este lugar. También me ocupaba en tener el apartamento limpio, que es minúsculo pero muy chulo, por lo que esa actividad la terminaba enseguida. Ah, y también gastaba el tiempo en ir a la compra y tener lista la comida antes de que llegara Jana a casa. Las primeras semanas estuvieron relativamente bien. Periodo de adaptación. Sin embargo, a partir de la sexta semana o así, me subía por las paredes. Ahí fue cuando rogué para que me saliera algo que me mantuviera ocupado. He sido lavaplatos en el restaurante del club de surf, paseador de perros, repartidor en un pequeño supermercado, y el recadero de nuestra vecina Betty. En enero, Mandy, la jefa de Jana, me contrató para que diera clases particulares a sus hijos. Aparte de darles español, también les ayudo con las matemáticas. Y, además, al mayor lo llevo los martes y los jueves a sus entrenos de fútbol. Gracias a esa última tarea, he conseguido un nuevo trabajo que me tiene bastante ilusionado. Soy el entrenador de un equipo infantil femenino en ese club. Siempre me ha encantado el fútbol y, en general, todos los deportes, así que me encanta el puesto; lo que no me había atrevido a reconocer nunca es que puede que también me gusten los niños. Sonará raro, pero los enanos se me dan bastante bien. No me estoy haciendo rico con esto, aunque me da para pagar todos los gastos. Así que, como me prometí a mí mismo, no he usado la tarjeta de Axel desde que estoy aquí (confieso que estuve a punto, pero al final no me hizo falta). Jana compagina sus clases de surf para los niños con otras individuales para adultos, y, a veces, mete horas extras en la tienda de surf que tiene la escuela. Ella sí que es como una hormiguita, y ahorra cada dólar que puede para ese futuro proyecto que tiene en mente.

Los domingos, si los dos estamos libres, solemos hacer viajes cercanos para conocer las ciudades de alrededor, como el pasado, que fuimos hasta Brisbane, la tercera ciudad más poblada de Australia, después de Sídney y Melbourne. Este país es inmenso y hay un montón de sitios interesantes, sin embargo, muchos están lejos de nuestro alcance.

Meto el pato al horno y paro el vídeo de mi hermano. Mientras me lavo las manos, escucho un audio de Bruno, que no sé por qué tenía sin abrir.

—Gael... Esto...

¿Por qué narices titubea? Espero que no la haya liado otra vez, porque lo de diciembre fue de traca, y mira que pensé que nada podía superar al puto bombazo del verano; sin embargo, ya ves. Irreconocible está mi *bro*. En fin, que me jodería mucho que volviera a cagarla lo más grande, sobre todo con ella.

Después de la pausa larguísima, continúa:

—Me he enterado de una cosa, pero no sé si contártela. Quizá es mejor que te la cuente él.

¿Él? ¿De quién habla? El audio se corta y salta el siguiente.

—Perdón, no sé qué he tocado, que esto se ha cortado. Me refiero a Teo. Pero, nada, olvídale. Creo que lo mejor es que te lo cuente él.

Ya está. Eso es todo. ¿Me va a dejar así? Puedo llamarlo, porque allí son ocho horas menos. En este momento, oigo el sonido de las llaves en la puerta y decido olvidarme de esos dos. Bruno y Teo son tan intensitos que necesitan más de cinco minutos. Vamos, que necesitan su propia historia.

JANA

—Hola... Mmm... Huele muy bien.

Entro en casa y respiro, me encanta esta sensación. Saber que, aunque esté a miles de kilómetros de mi familia, Gael, Tubo y yo hemos conseguido formar un nuevo hogar. Mentiría si te dijera que ha sido fácil, sin embargo, los dos nos estamos tomando esta experiencia como un aprendizaje mutuo. No solo estamos conociendo y disfrutando de este país, sino que estamos conociéndonos y divirtiéndonos juntos. Y la verdad es que soy muy feliz compartiendo todo con él.

—Pues mejor sabré, ¿quieres probarme? —Gael se acerca a comerme la boca con ese tono de ser soberbiamente guapo que tan bien gestiona. Me acorrala contra la puerta, sin darme tiempo ni a dejar las llaves en la entrada. Sus recibimientos suelen ser así de intensos, sobre todo cuando ha estado solo toda la tarde, como hoy.

—No, *casi guapo*, no estaba hablando de ti, sino de la cena.

Ignora mi réplica y se abre paso entre mis labios. Nuestras lenguas se enredan y me río, porque, aunque el apartamento es diminuto, me ha pillado con tantas ganas que todavía no he dado un paso. Tubo, que está tumbado en la terraza, su rincón favorito de la casa (el mismo que el mío para dibujar), salta de un brinco y viene también a recibirme.

—¿Tú también quieres chuparme la cara? —le pregunto y me agacho para acariciarlo. Mi perro mueve la cola y, después de lamerme la mano un rato, se da la vuelta y se vuelve a su cojín.

—Tubo pasa de ti, Jana —me confirma Gael—. Pero, si quieres, puedes preguntarme a mí lo que quiero chuparte.

—Cerdo.

—Pero te gusto.

—Pero me gustas. —Para qué voy a negarlo, si cada poro de mi piel me delata. Me descalzo—. Antes de cenar tengo que ducharme.

—Perfecto, me ducho contigo.

—No te he invitado.

—Sin problema, te invito yo a ti. —Maldito. Siempre sacando ese ego gigante a pasear. No me da tiempo a replicarle, porque ya se ha quitado los pantalones de chándal grises y, tachán, no tiene nada más debajo. Ni encima, porque da igual la estación del año en la que estemos, Gael, en casa, la mayoría de las veces, está sin camiseta. Y eso, aunque no lo confiese, es un placer para mis sentidos, e irremediabilmente me quedo como una imbécil contemplándolo.

—¿Te gusta lo que ves?

—No. Ni un poco.

—Mentirosa.

—Creído.

Me ayuda a quitarme el jersey, la camiseta y los vaqueros, y me deja solo con las braguitas, porque no llevo sujetador. Gruñe con fuerza, porque sé que eso le encanta. Se inclina y pega su boca a mi oído.

—Pues que sepas que a Betty le encanta. No deja de decirme que soy el vecino más guapo que ha tenido. —Se pavonea mientras me baja las braguitas. Sus dedos acariciándome me ponen la piel de gallina. Se pega tanto que obstaculiza el paso del aire entre nuestros cuerpos.

—Betty tiene noventa años y está esperando a que la operen de cataratas. Si ese es tu filtro, *casi guapo*, vas mal. Muy mal. A mí por lo menos me mira...

—El puto *surfer* de los cojones —me corta, y ya no sonrío—. No se te ocurra decir su nombre.

—Gael, ¿en serio? Solo estaba bromeando. —Me río porque es muy cómico ver su cara en este instante.

—¿Acaso ves que me esté riendo? —resopla.

—Está bien, borde. No volveré a mencionarlo.

Será mejor que no lo vacile con ese tema. Solo lo hago porque me parece graciosa la manía infundada que ha cogido a mi compañero, que, por cierto, no me parece tan guapo como a las otras chicas de la escuela, que no dejan de babear por él. Incluso hay días en los que me resulta un poco cargante. Cuando le mandé una foto a Leo, porque mi hermano compitió hace años contra él, y se la enseñó a Lidia, ella me dio la razón; me dijo que tampoco era nada del otro mundo. Por cierto, es raro que no me hayan llamado todavía, porque hoy tenía una ecografía, solo espero que todo siga bien.

Gael se da la vuelta y abre el grifo de la ducha.

—Cierra los ojos.

—¿Por qué?

—Vamos, Jana. Confía en mí. Métete en la ducha y cierra los ojos, que tengo una sorpresa para ti.

—Gael, yo no te he comprado nada. Dijimos que nada de regalos.

—No pasa nada, en realidad, es un regalo para los dos. Venga, que solo faltan diez minutos para que suene la alarma del horno y no nos va a dar tiempo a recrearnos.

Obedezco y me meto en la ducha la primera. Cuando estoy debajo del chorro cierro los ojos. Noto cómo Gael entra y se coloca enfrente de mí. Oigo cómo abre un bote de gel o de champú, y ese sonido característico del líquido cuando sale. En cuanto el olor se mezcla con el vapor de agua e inunda el baño, lo reconozco. No puede ser. Mi cerebro manda señales a todas mis células, que brincan de alegría, y abro los ojos. Me topo con los ojos azul marejada de Gael y con su preciosa sonrisa.

—Gael... Esto es... No me lo puedo creer. ¿Cómo lo has conseguido?

Se pasa una pequeña cantidad de mi gel Fior di Salina de una palma de la mano a la otra y las lleva hasta mis pechos. Hace pequeños círculos suaves mientras lo esparce por mi piel. La textura, el aroma que tanto me gusta, y su tacto terminan por encenderme.

—Dejándome la puta vida en ello, aunque ha merecido la pena todo el esfuerzo solo por ver esa sonrisa en tu boca. Y por enterrar mi nariz y aspirar tu olor favorito en cada rincón de tu bendito cuerpo, Jana. —Se agacha y me besa. Sus palabras me confirman que habrá estado rebuscando en internet hasta dar con algún vendedor que lo enviara aquí.

—Yo también quiero dejarte limpito, para luego lamerte. —Le provoco y me río cuando me llama *cabrona*. Alargo mi mano para que me eche un poco de gel e imito sus movimientos sobre su cuerpo, como si estuviéramos jugando a los espejos.

Su dedo índice se posa en la luna que me tatué hace tres semanas, cerca de mi ingle, que cubre parte de mi cicatriz y que Gael besa cada noche.

—Mi luna —susurra, y siento un suspiro en el pecho que me roba un par de respiraciones.

Ahora es mi índice el que zigzaguea por las olas que él se tatuó en su ingle, sí, cerquita de esa preciosidad que tiene entre las piernas, y de la que jamás se cansa de hablar.

—Mis mareas —jadeo, pegada a sus labios.

El vaho convierte el baño en una postal londinense, aun así, nuestras manos y nuestras bocas se conocen y se reconocen. Siempre.

En este instante, nuestras pieles tienen el superpoder de detener el tiempo.

Aquí.

Aquí y ahora.

Ojalá pueda ser eterno.

Ojalá.

Fin

Agradecimientos

Mi undécima novela ya es vuestra y como me ocurre siempre que llego a este punto no sé por donde empezar a dar las gracias. Así que allá voy, espero no olvidarme de nadie.

Gracias a mis tres corazones, por respetar mi espacio y mi tiempo de escritura.

Gracias a mis lectoras cero, que me han animado en los momentos complicados y que han disfrutado conmigo de mi primera historia *New Adult*. Triana, Ana, Yesenia, Anaís, Marta, Helena y Taira. Gracias por los audios, los mensajes, las aportaciones y por vuestro tiempo. Gracias por leerme bonito y estar ahí pese a la distancia física. Sin vosotras el proceso sería más aburrido.

Gracias a todas las *bookstagrammers* que dais visibilidad a mi trabajo, las que compartís mis publicaciones y hacéis esas increíbles reseñas de mis novelas. Vuestro tiempo y dedicación son importantísimos para las autoras independientes como yo.

Y, por último, quiero darte las gracias a ti, que estás sosteniendo en tus manos esta historia. Gracias por leerme, si ya eras una de mis lectoras, espero que la hayas disfrutado, aunque sea un género diferente, y que te haya hecho sentir. Y si acabas de conocerme, te animo a que sigas leyendo mi universo de #amordelbueno. Y por supuesto, que te hayan quedado muchas ganas de leer la historia de Bruno, *Ojalá tu estrella susurre en mi cielo*, que será la siguiente.

Recuerda que me puedes encontrar en las redes sociales como @lacadelo y que me encantará conocer tu opinión sobre mis libros.

Mil millones de gracias, de corazón.